

Una historia de amor que te atrapará desde
las primeras páginas

LÍNEA CONTINUA



JESSICA RIVERO

LÍNEA CONTINUA

Jessica Rivero

Diseño de cubierta: Jessica Rivero
Imágenes de portada: Adobe express y Canva
Diseño de maquetación: Jessica Rivero
Publicado por Editorial Amazon Kdp
Impresión y encuadernación: Amazon Kdp
Primera edición en Amazon Kdp agosto de 2023
ISBN proporcionado por Amazon: 9798856098272
Esta obra queda registrada en el registro de propiedad intelectual con el número: REGAGE23e00053374751

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal)

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1 Pasado y presente

Capítulo 2 Bucle

Capítulo 3 Promesa

Capítulo 4 Chica temeraria

Capítulo 5 Encuentro

Capítulo 6 No puede ser coincidencia

Capítulo 7 Reflexiones

Capítulo 8 Decisiones desafortunadas

Capítulo 9 Provocación

Capítulo 10 Acantilado

Capítulo 11 Sensaciones

Capítulo 12 Dime que sí

Capítulo 13 Ibiza

Capítulo 14 Felicidad

Capítulo 15 No todo es casualidad

Capítulo 16 Un lugar mágico

Capítulo 17 Volverte a ver

Capítulo 18 Sentir

Capítulo 19 Todo fue un error

Capítulo 20 Arrepentimiento

Capítulo 21 Dejarme llevar

Capítulo 22 Culpabilidad

Capítulo 23 Confesiones

Capítulo 24 Roto en mil pedazos

Capítulo 25 Explicaciones

Capítulo 26 Rencor

Capítulo 27 Dolor

Capítulo 28 Errores

Capítulo 29 Volverlo a ver
Capítulo 30 Fue real
Capítulo 31 Mezcla de sentimientos
Capítulo 32 Comprensión
Capítulo 33 Mi escapatoria
Capítulo 34 Carrera
Capítulo 35 Adrenalina
Capítulo 36 Mi debilidad
Capítulo 37 Felicidad
Capítulo 38 Agonía
Capítulo 39 Lo hago por ti
Capítulo 40 Esperanza
Capítulo 41 Emoción
Epílogo

Dedicatoria

Prólogo

Un día te despiertas y sin mover un solo músculo del cuerpo, fijas la mirada en el techo de tu habitación pensando en la palabra felicidad.

“*Felicidad*”, esa palabra que cada vez estás más convencido de que no está hecha para ti, porque al parecer todo está en tu contra. Todo lo que necesitas y deseas ya no está, y en vez de tener felicidad, en su lugar está la resignación, porque después de tanto tiempo buscándola es lo único que te queda, después de tanto tiempo buscando esa palabra idealizada, esa sensación que al parecer la gente a tu alrededor parece sentir.

Y con resignación te levantas sin ganas de la cama esperando un nuevo día, otro día igual sin esperanza ninguna.

Pero entonces, sin siquiera esperarlo, aparecerá alguien que te cambiará la vida. Esa persona que poco a poco se aferrará a ti tanto como tú a ella, esa persona que te hará vibrar, esa persona que desestabilizará toda tu vida haciéndote sentir un sin fin de sensaciones; esa persona que entrará en mi vida sin pedir permiso, sin juzgarme, queriéndome y jurándome amor eterno.

Capítulo 1

“Pasado y presente” Mery

Sabía que esto no estaba bien, sabía que todo el esfuerzo que estaba haciendo se iría a la mierda con esta locura, sabía cuáles eran las graves consecuencias que esto podía acarrear pero necesitaba hacerlo para intentar seguir adelante y dejar el pasado atrás; pero sobre todo, necesitaba hacer esto porque era una promesa que tenía que cumplir.

Viernes 22:30 pm:

La adrenalina corría por mis venas, sentía como todos los músculos de mi cuerpo se tensaban mientras agarraba con firmeza el volante para coger la siguiente curva. Mi corazón latía con tanta fuerza que podía sentir los latidos martilleándome tras mis costillas y ese simple gesto fue lo que necesité para sentirme viva. Aspiré hondo y pensé pisar a fondo el acelerador nada más ver la recta que me esperaba, en ese instante cerré los ojos unos segundos para así poder oírlos: uno, dos, tres..., los latidos de mi corazón.

Tres kilómetros y medio bajo mis pies antes de llegar a aquel lugar y pensé: esta es mi oportunidad.

El représ hizo que me pegara al asiento de mi Mercedes, olvidándome de todo, olvidándome de quien fui, de quien era y de quien querían que me convirtiera. Y esa triste palabra: “olvidar” fue mi único consuelo en ese momento.

En cuestión de segundos puse el coche a gran velocidad: 120, 150, 180 km/h. Hacía tiempo que no sentía esa sensación que me traía tantos recuerdos y me llenaba de vida.

Recuerdo cuando rocé la felicidad con las yemas de los dedos para verla desaparecer en tan solo un instante, recuerdos que me atormentaban, recuerdos que dolían tan fuerte que sentía como me rompía en mil pedazos; dándome cuenta así de que mi alma iba apagándose sin poderlo remediar. Esos recuerdos que no me dejaban continuar, recuerdos de una promesa que estaba a punto de cumplir.

Una promesa que cerraría una etapa, una promesa que pondría punto y final a algo que no debió ocurrir porque si algo había aprendido, era que no todo dura para siempre. Y las carreras ilegales eran peligrosas, tan peligrosas que tu vida podía cambiar en tan solo un chasquido de los dedos, en un abrir y cerrar de ojos, en un simple suspiro.

Seis años atrás:

—¡Va! ¡Písale! —Le animé entusiasmada— ¡Ya es tuyo!

Él me hizo caso, pisó a fondo el acelerador, a todo dar, y en cuestión de segundos puso el marcador a 170km/h.

El chico del otro coche nos seguía de cerca, tanto que sentí un pequeño roce entre la morrera de su coche y la trasera del nuestro; pero no adelantó, tan solo esperó nuestro último movimiento dentro del Jaguar.

—¡Vas a ganar! ¡La meta está ahí! —Grité emocionada saltando en el asiento del copiloto, al lado de mi novio.

Era la cuarta vez que le cogía el coche a su padre para venir aquí, para competir sin importar

las consecuencias, para jugarnos la vida a cara o cruz. Para escapar de nuestras vidas, para creernos invencibles.

Habíamos nacido en una vida que no nos correspondía, llena de lujos y falsedad; rodeados de gente que no mira más allá de sus comodidades, mirando hacia otro lado cuando ven gente con necesidades o lo que es aún peor, sintiéndose superiores a ellos.

Lo miré fijamente y pensé en aquel día, ese día en el club como cualquier otro en el cual me entró sin pensarlo demasiado, hablándome, tentándome; de eso hacía ya dos años.

Sonreí levemente al recordar su vestimenta nada acorde a su personalidad: vestía unos chinos, polo de una marca bastante cara y el pelo súper engominado, todo indicaba ser otro niño de papá.

Aún recuerdo nuestra primera conversación:

—Hola tesoro ¿te apetece bailar?

—¡Claro que me apetece! —Respondí con una falsa sonrisa —Pero no en éste lugar y mucho menos contigo.

¡Puaj! Este tío me daba asco, como todos los tíos del club.

—Algún día suplicaras estar un solo instante conmigo —advirtió muy cerca de mi oído a la vez que me cogía por el codo.

Se marchó sin dejar de mirarme, con una mirada tan intensa que en ese mismo momento me di cuenta que ese chico era muy diferente a todas las personas que me rodeaban. Él era intrigante, ocultaba algo y tenía que descubrirlo.

Dejé a un lado los recuerdos y me centré de nuevo en la carrera, tan solo quedaban unos metros para traspasar la línea de meta y todo mi cuerpo se tensó por el efecto de la adrenalina.

—¡¡Has ganado!! ¡Te quiero! —Exclamé emocionada al ver como pasaba con ventaja por la línea de meta.

El tío del BMW 330 pasó rozándonos e hizo volar el retrovisor izquierdo del Jaguar.

—¡Ese hijo de puta se va a enterar! —Amenazó Gonzalo muy cabreado, pisando el acelerador, tanto que en tan solo unos segundos se puso a su par —.¡Te voy a dejar en ridículo! —Gritó Gonzalo, mi novio, bajando la ventanilla.

El chico del BMW se echó a reír descaradamente mientras nos enseñaba el dedo corazón.

—Ya le has ganado, déjalo, el solo se pone en ridículo.

—Nena..., voy a volver a ganar —afirmó sonriéndome para tranquilizarme.

Sin embargo, nunca imaginé que esas serían las últimas palabras que lo escucharía decir; esas palabras que se repetían una y otra vez entre sueños intranquilos en los que me despertaba empapada en sudor, palabras que recordaré por el resto de mi existencia como mi último recuerdo de su voz.

Pisó el acelerador todo lo que pudo, la aguja subió a toda velocidad, no obstante eso no nos frenaba, nada nos asustaba.

Le animé como a él le gustaba y me sonrió ampliamente, todo parecía ir perfectamente bien hasta que un ruido de explosión me asustó, algo no iba bien. Miré a Gonzalo con gran preocupación pero su mirada estaba clavada en el asfalto de la carretera. Con cara de concentración intentó controlar la desviación del vehículo girando el volante de un lado a otro, pero a pesar de sus intentos no funcionó.

Todo pasó muy rápido. Me agarré al salpicadero con todas mis fuerzas mientras él se giró durante un segundo para mirarme con un miedo que jamás vi en su rostro, un miedo que me hizo pensar en lo peor.

Chocamos. Si, chocamos fuertemente contra algo que no pude ver, yo tan solo cerré los ojos con fuerza al sentir como el coche comenzaba a dar vueltas de campana sin parar.

Dicen que cuando vas a morir ves tu vida pasar rápidamente como si fueran diapositivas, como si tu mente quisiera recordar cada momento importante vivido para que tus últimos alientos de vida no sean tan amargos como podían llegar a ser. Pero eso no me sucedió. Yo tan solo esperaba que el coche parara y todo pasara rápido.

No recuerdo nada desde ése momento en el que lo vi por última vez.

Tres semanas más tarde desperté en la habitación de un hospital. Asustada, aturdida, desorientada y sin comprender que estaba ocurriendo. Me asfixiaba, algo obstruía mi tráquea y no me dejaba respirar, la presión era tan fuerte que pude notar como mis lágrimas resbalaban por mis mejillas sin control, como el mismo control que jamás tuvimos.

Palpé con nerviosismo mi garganta, miré angustiada a mí alrededor sin apenas poder enfocar la visión, pero mi madre me inmovilizó a la vez que gritaba desesperadamente llamando a alguien.

Médicos y enfermeros llegaron en menos de un minuto, mi madre desapareció de mi visión nublada y en su lugar cinco o seis personas con batas blancas intentaban tranquilizarme sin éxito, a continuación me inmovilizaron para sacarme el tubo de la tráquea, me inyectaron algo en un gotero y es cuando me di cuenta que mis brazos estaban llenos de vías.

A mi derecha, una máquina informaba mis constantes vitales y más cosas que en ese momento no sabía a qué se referían. Sentí algo de alivio al notar como la medicación comenzaba a correr por mis venas, haciéndome caer de nuevo en un sueño profundo.

Por la puerta apareció un hombre trajeado con semblante serio, mirándome con furia al pie de la puerta; pensando en avanzar o no en mi dirección. Lo hizo lentamente, manteniendo esa tensión que parecía que lo alimentaba mientras a mí me consumía, esa tensión que se transformó en odio desmesurado y a pesar de la situación en la que me encontraba no tenía ni una pizca de compasión por mí.

Ese hombre tan duro y recto me hizo sentir miedo al tenerlo cerca, un miedo que me hacía pequeña. Ese hombre era mi padre.

Con la mirada que le echó a mi madre pude entender que le habría prohibido tener un ápice de compasión por mí. Ella bajó la mirada, pero antes de hacerlo pude ver en esos ojos tan verdes como los míos un gran dolor.

—¡Mira esto! —Gritó él, tirándome varios periódicos sobre la cama del hospital; asustándome, haciéndome temblar a causa de su voz amenazante y autoritaria.

Intenté tranquilizarme para que no pudiera ver lo vulnerable que estaba en ese momento, pensando en que tan sólo habían pasado dos días de mi despertar y ya quería darme el sermón.

"Chico de 18 años muere tras un accidente en carreras ilegales"

"Herida de gravedad la única hija de Jesús Del Valle"

"Joven muere tras robarle el coche a su padre para competir en carreras clandestinas"

¿Qué?! ¿De quién hablaban esos titulares? Seguí leyendo sin apenas entender pero una bofetada de realidad me hizo comprender lo que pasaba, las iniciales de mi novio estaban escritas sobre esas líneas que describían un horrible desenlace. ¿Gonzalo había muerto?! No podía ser cierto, no podía creer lo que decían los titulares de esos periódicos arrugados y algo desgastados.

No..., no..., no..., por favor que no sea cierto, pensé cuando mis manos temblorosas recogían esa página del siguiente periódico esperando la no confirmación de mis temores. Tan solo pensar que eso podía ser cierto me llenaba de ansiedad. Empecé a ponerme nerviosa, tan nerviosa y angustiada que sentía como algo en mi interior se desgarraba para destrozarme por dentro, mi ritmo cardíaco estaba cada vez más alto y mi respiración demasiado agitada. Algo me quemaba en el mismo lugar donde hace unos segundos me arañaban con furia y una fuerte presión se apoderó de mí, presionando mi pecho, subiendo sin control hacia mi garganta; transformándose en una sensación tan amarga y espesa que comenzó a sentirse sobre mis papilas gustativas, creando una salivación excesiva al mismo compás que mis manos perdían las fuerzas. Las náuseas se manifestaron con dolor, un dolor que me estrujaba las entrañas, dejándome sin habla, sin fuerzas. La presión continuó su camino de ascenso hasta llegar a mi cabeza, haciendo que doliera con demasiada intensidad.

Comencé a procesar lo que mi madre me había ocultado desde mi despertar, mis lágrimas cayeron con desesperación a la vez que empañaban mi visión por completo, no dejándome así seguir leyendo los diversos titulares de los periódicos que mi padre me había lanzado con fuerza.

Me faltaba el aire, no podía respirar y la mirada acusadora de mi padre acabó con mi ataque de nervios, dejándome totalmente exhausta.

Perder a Gonzalo estaba siendo un golpe muy duro para mí, él era la única persona que me entendía realmente y me quería tal y como era.

En esos momentos solo podía pensar en el tiempo: el tiempo con él, ese tiempo que pasaba sin apenas darte cuenta que ya no volverá, ese tiempo insignificante que pasa para no regresar. Y tiempo es lo que tuvimos, lo que ya no podré recuperar.

Mis pensamientos dejaron de estar dentro del tornado de emociones en el que estaban sumidos y fue cuando entonces, esas diapositivas pasaron lentamente por mi cabeza: imágenes con él, veía su sonrisa pícaro el segundo día de nuestro encuentro, ese día en el que lo busqué con la mirada en varias ocasiones, ese mismo día en el que lo seguí hasta los servicios para encontrarme con esa mirada de complicidad que habíamos compartido toda la noche. Ese primer beso que me animé a darle tras seguirlo para a continuación largarme como si nada. Imágenes de un sinfín de días posteriores en el que jugábamos a ser desconocidos mientras nos buscábamos entre la multitud, para acabar en algún rincón escondido para compartir confidencias y algo más. Momentos únicos a su lado, divertidos y peligrosos. Pero eso tan solo eran recuerdos que no iba a volver a sentir, porque ya no lo volvería a ver.

Golpeé con rabia los periódicos que aún posaban sobre la sábana de mi cama para apartarlos de mi visión. No quería darme cuenta de la realidad, porque sin él, nada tendría sentido, sin él no sabría cómo seguir con esta vida en la que me había tocado vivir.

—Me has puesto en ridículo y lo vas a pagar —amenazó mi padre mirándome con un odio desmesurado, haciendo que regresara de nuevo a la cruda realidad.

Actualidad, jueves 21:30 pm (día anterior por cumplir la promesa):

—Te ves preciosa mi vida —alagó mi madre mientras me arreglaba el lazo de mi vestido.

—Gracias mamá —conseguí decir con tristeza.

—Pronto llegará José Miguel, he hablado con su padre y ya vienen de camino —dijo mi padre desde el marco de la puerta de mi habitación. Solo lo miré y asentí sin expresión alguna.

Jesús del Valle (mi padre) junto a Francisco González, el padre de mi prometido, eran los

socios mayoritarios de una multinacional muy conocida. José Miguel era el hijo menor y un pijo a más no poder y gracias a dios, súper religioso.

Jamás en mis 23 años de vida había conocido a una familia tan religiosa como la mía. Iban a misa todas las semanas, incluso enferma me obligaban a ir, y digo obligaban porque mi madre hacía y decía lo que mi padre quería. Ella era su títere, la manejaba a su antojo y se aprovechaba de ello para tenerme a su merced.

Tras el accidente me llevaron a un internado hasta cumplir diecinueve años, que es cuando terminé de estudiar bachillerato ya que mi primer año se fue al traste académicamente hablando debido a mi rebeldía. Nada más salir, mi padre me dejó muy claro que ni se me ocurriera seguir con mis juegucitos de niña rebelde, ni mucho menos escaparme. Si lo hacía, mi madre sufriría las consecuencias y por esa pobre mujer me sacrifiqué en un principio.

Casi cuatro años atrás en una cena de navidad con los González, José Miguel me invitó a salir, quise excusarme para no aceptar pero mi padre aceptó por mí mucho antes de que pudiera pronunciar palabra. Unos meses después, en otra cena nuestros padres dieron por hecho que estábamos saliendo y sin saber cómo me pidió matrimonio. Me negué rotundamente, algo que creó un silencio incómodo. Mi padre se excusó por mi comportamiento mientras me fulminaba con la mirada. Muy a mi pesar y tras meses de insistencia llegamos a un acuerdo. Aceptaría la propuesta de matrimonio con la condición de dejarme ir a Londres a estudiar. También puse en ese acuerdo la condición de darme tiempo para mí, para poder ser la persona que ellos querían que fuera, aunque yo tan solo quería ese tiempo para retrasar el momento y buscar una solución para arreglar la situación.

Por suerte, él no me tocaba ni un pelo, llegaría virgen al matrimonio, pero lo que él no sabía es que yo ya no lo era.

—Buenas noches Isabella, ¿preparada para la cena en el club? —Preguntó José Miguel ofreciéndome su brazo nada más traspasar la puerta de casa.

—Por supuesto —afirmé forzando una sonrisa a la vez que entrelazaba mi brazo con el suyo con desgana.

Debía esforzarme por hacer creer a mi padre que su plan seguía tal y como esperaba, al día siguiente tenía que salir a hacer algo importante y debía comportarme para tener algo de tregua.

Oír pronunciar ese nombre me creaba aún más frustración ya que así era como mi padre me llamaba con su tono autoritario. Podría decirse que tengo varios nombres: en mi partida de nacimiento pone María Isabella Del Valle Martínez, María según mi madre, Isabella solo lo usaba mi padre pero con el que realmente me sentía a gusto era con Mery.

Capítulo 2

“Bucle” Álex

Siete de la mañana y el puto despertador no paraba de sonar, era la tercera vez que insistía y maldije el momento en que activé la repetición.

Me levanté dando tumbos hasta llegar al baño, miré mi rostro en el espejo y como últimamente..., no me gustó lo que vi.

El agua estaba helada y a pesar de que mi cuerpo comenzaba a engarrotarse, no giraría la manilla del agua caliente. Necesitaba despejarme, aguantaría como todas las mañanas tras una noche intensa.

La ducha fría terminó con la borrachera que aún sentía al levantarme, anudé la toalla sobre mi vientre y salí rascándome la barba de cuatro días. Volví a mirar de nuevo mi reflejo en el espejo mientras apoyaba ambas manos sobre el lavabo pero a pesar de que me sentía algo mejor todo seguía igual: el pelo demasiado largo para mi gusto, los ojos hinchados por la falta de sueño y mi tez apagada. Seguía siendo esa persona infeliz que no tenía motivación alguna para intentar cambiar y seguir adelante. Definitivamente, estaba metido en un bucle del que no sabía salir.

Darme cuenta me enfadaba, me cabreaba ser la persona en la que me había convertido, esa persona fría que le costaba abrirse a los demás.

Llegué al taller cinco minutos tarde a pesar de que no perdí tiempo afeitándome y solo pensar en el día que me esperaba no mejoraba nada. Tenía que entregar el Focus que dejé a medio terminar el día anterior, dar varios presupuestos y llamar a la tienda de repuestos para pedir las piezas.

—Pero ¿qué ven mis ojos? ¿Solo cinco minutos tarde? —Preguntó el viejo de mi jefe.

—Paco, hoy no es el día.

—Como veo que hoy estás de buen humor quiero verte a las dos en mi despacho.

—¿Qué pasa? —Pregunté intrigado.

—Todo a su tiempo campeón, todo a su tiempo.

Paco había sido como el padre que nunca tuve. Desde que empecé como aprendiz en su taller de mecánica con dieciséis años supo cómo ganarme, como tratar conmigo a pesar de mi situación; y a día de hoy puedo decir que es la persona más importante que tengo en mi vida. Si, lo sé... es triste, pero cierto.

Cuando empecé a trabajar en el taller no pensé que me encantaría tanto ese trabajo, y no sabía si era porque me fascinaban los coches y la adrenalina que me hacían sentir o por lo bien que Paco me introdujo en el sector, con sus enseñanzas y paciencia. Y si algo tenía claro en esta vida era que sin esto y sin Paco estaría acabado.

La mañana pasó volando y el momento que tanto me intrigaba llegó:

—¿Que pasa viejo? ¿Vas a contármelo ya? —Pregunté apoyándome en el marco de la puerta de su despacho.

—Siéntate Álex —anunció extendiendo la mano para señalar la silla libre.

Observé su semblante serio y algo preocupado, si no lo conociera como la palma de mi mano no sabría hasta qué punto de importancia tenía lo que me quería contar, así que le hice caso sin rechistar y me senté frente a él; esperando con impaciencia y preocupación. No acostumbraba ver a Paco tan serio y eso me inquietaba.

—Sabes que estoy jodido, esto me viene grande Álex... —soltó tras un pequeño suspiro.

—Joder Paco, yo te ayudo en lo que sea, ya lo sabes — dije con el ceño fruncido.

—Lo sé, si no fuera por ti ya lo hubiera traspasado hace tiempo.

—¿Entonces?

—Voy a pre-jubilarme en seis meses.

—Y lo vas a traspasar —adiviné algo cabreado.

Pero tal y como mi cabreo llegó se esfumó en el mismo instante, no podía enfadarme con él, tenía razón. No debía continuar trabajando de esa manera y mucho menos aguantar por mí, no debía cargar conmigo. No era más que un simple trabajador, un simple chico por el que se preocupó demasiado cuando años atrás llegué para ganarme su corazón. Lo miré suavizando la expresión para no inquietarlo, para hacerle ver que no pasaba nada, para no causarle más problemas. Aunque dejar de verlo todos los días me dolería.

Jamás olvidaré el apoyo que recibí por su parte cuando mi abuela apagó su alma, cuando muy a mi pesar exhaló su último aliento.

—Si hijo, lo voy a traspasar y me gustaría que te lo quedaras tú.

—Sabes que no tengo pasta —informé extrañado.

—Claro que lo sé, no te pago lo suficiente como para que puedas ahorrar, por eso me lo pagarás poco a poco.

—No puedo Paco... —susurré con resignación—, de verdad que te lo agradezco pero necesitas la pasta, es tu dinero. —Rechacé su propuesta pensando en que debía dejar que hiciera lo que creyera conveniente, no podía ponerlo en un compromiso—. Me las arreglaré.

—Con lo que me pagará el estado no te voy a negar que me irá justo —continuó— pero con lo que me puedas dar tú me llegará para mi tapita en el bar, sabes que no tengo otro vicio.

Lo observé con cautela mientras su sonrisa se elevaba ligeramente al verme titubear. ¿Me estaba ofreciendo su taller y pagárselo poco a poco? ¿Me estaba ofreciendo la oportunidad de mi vida? Si podía haber una pequeña duda, con ese gesto quedaba todo claro..., este hombre era la mejor persona que había conocido en mi vida. Su generosidad era desbordante y de ahí que todo el mundo lo quisiera a rabiar y por eso mismo me dolía más su situación. La muerte de su mujer lo hizo decaer y poco a poco fue apagando esa alegría que tanto le caracterizaba, de eso hacía tres años y me juré no abandonarlo jamás.

—¿No estarás enfermo? —Pregunté levantándome, poniéndome a su lado con preocupación.

—¡Que va, chaval! A este viejo aún le queda mucha vida, pero la quiero vivir tranquilo y sin preocupaciones.

—Sabes que no te vas a librar de mí ¿verdad? —Conseguí decir con un nudo en la garganta.

—El que no se va a librar de mí eres tú chaval, que no trabaje no significa que no pase de vez en cuando por aquí —advirtió levantándose de esa silla deshilachada que se negaba a tirar. A continuación entrelazó sus dedos entre mi pelo para despeinarme de la misma forma que lo hacía su mujer cuando llegaba de improvisto para traernos la comida al taller.

—No esperaba menos —dije apartándome y riéndome por su reacción.

Al terminar la jornada pude entregar sin imprevistos el Focus, mandar los presupuestos y arreglar un par de coches con averías leves con los recambios que pedí.

Al salir del taller, no sin antes darme una ducha, la vi: ahí estaba ella, la morena de ojos

oscuros que venía dos o tres días por semana, esperándome apoyada sobre mi coche para cenar juntos si es que me apetecía. Nunca fui de tener algo serio y mucho menos etiquetar la relación con un nombre llamado “novia”, había visto a amigos verdaderamente jodidos por eso mismo y yo ya lo había pasado bastante mal por mis problemas como para complicarme más la vida.

Irene sabía a la perfección hasta donde podía llegar, sabía que no quería nada de besos al vernos y que no se pensara por ningún momento que yo podría cambiar, porque jamás lo haría por nadie, y si algún día lo hacía sería por mí. Cenábamos como dos amigos y de vez en cuando nos acostábamos, nada más. Ella sabía cómo era, me conocía demasiado bien; no preguntaba más de la cuenta y sabía cómo tratarme, por eso nuestra relación seguía intacta.

Viernes, 20:00 pm:

—Cierra bien cuando termines —advirtió Paco mientras salía por la puerta del taller.

Esa noche habíamos quedado unos cuantos, había una quedada y corríamos los mismos de siempre, por eso estaba tan seguro de mi victoria. Me quedé en el taller para terminar de preparar mi BMW M3 para la ocasión. Una hora más tarde salía del taller con el coche a punto, me aseguré de cerrar bien y arranqué camino a la zona de las golondrinas. La llamábamos así porque cuando éramos pequeños íbamos a allí a tirar latas con piedras y meternos en la casa abandonada como si fuera nuestro refugio. Esa misma casa en medio del campo que compartíamos con varias familias de golondrinas que llegaban cada año para poner sus nidos en su interior. Años después todo desapareció para dar lugar a un polígono inactivo por el que circulábamos sin control.

Me encantaba conducir por esa carretera, vivir en Roses me gustaba; esa mezcla de mar y montaña con carreteras impresionantes me hacían sentir como un auténtico piloto de rally.

Oí un sonido estridente que provenía de más adelante, seguramente al pasar la curva pueda ver que coche es el que se hacía notar debido a los acelerones que daba el conductor, pensé. Pisé el acelerador cuando vi un Mercedes AMG GT63, quería tenerlo cerca, verlo de cerca; ese coche era impresionante. Cuando me acerqué más a él, su conductor pisó el acelerador creando un rugido estremecedor, haciéndome ver quién mandaba allí. Ese estúpido pensaba que quería picarme con él y siendo realistas, por muy buen conductor que yo fuera no tenía nada que hacer contra esa bestia.

Sorteaba las curvas con gran habilidad, dejándome atrás con cada pisada, pero tenía que ver el morro de aquel coche. Pisé el acelerador cuando por fin pude adelantar, me fijé en el conductor y mi sorpresa fue cuando vi que no era él, sino ella. Conducía una chica.

Se dejó adelantar, dejándome así delante de la bestia, observando por el espejo retrovisor cada detalle.

Quedé fascinado por la morrera del Mercedes y a pesar de su color blanco, me encantó. Venían unas buenas curvas y sonreí, era línea continua y no podría adelantarme. Me esperaban unos kilómetros con ella detrás, así que le haría una buena demostración de conducción.

Le hice frenar cuando reduje para coger mejor la curva, antes de salir de ella aceleré dejándola atrás, o eso era lo que yo creía. Me pisaba los talones, esa tía conducía bien. Apuré la velocidad antes de entrar en la siguiente curva y ella hizo lo mismo, no se acojonaba con nada. Aceleré en una pequeña recta antes de llegar a la tercera curva pero el Mercedes aceleró también, adelantándose a gran velocidad mientras sobrepasaba la línea continua.

La miré en el instante en que ella me adelantó y la tía sonreía como una puta loca: estaba de atar. A unos veinte metros comenzó la línea discontinua y la adelanté, cruzando el coche para hacerla frenar. Salí del coche a gran velocidad con un cabreo monumental.

—¿Estás loca?! —Grité al verla salir de su coche— ¿No has visto que era línea continua? —Seguí gritándole acercándome más a la rubia, pero ella comenzó a reír como la loca que era.

Por un momento se me olvidó todo, verla reír con tanta tranquilidad me hizo relajarme y por un segundo sonreí en mi interior.

—¿Y me lo dices tú?! ¿Qué venías a todo lo que daba ese coche? —Respondió con chulería, dejando de reír pero manteniendo una sonrisa perfecta—. Triplicabas la velocidad permitida. ¿Qué más da pasar esa estúpida línea?

Esa vez la miré detenidamente, grabando sin darme cuenta los rasgos de su rostro, un rostro perfecto que tiempo después recordaría con exactitud. Tenía unos ojos almendrados de un color verde intenso que poco destacaban con su piel clara; su nariz era fina y un poco más abajo una sonrisa inmejorable. Su pelo rubio algo ondulado, caía sin control sobrepasando la línea de sus hombros.

Cuando me di cuenta que los segundos pasaban sin pronunciar una sola palabra, intenté buscar algo que decir con coherencia, pero sus palabras me hicieron pensar. Ella tenía toda la razón, pero si se pensaba que iba a titubear lo tenía claro. Era la primera tía que me había dejado sin palabras y no podía dejarlo así.

—¡¡Háztelo mirar, estás loca!! —Grité mientras me marchaba para a continuación abrir la puerta de mi coche para largarme de allí.

Capítulo 3

“Promesa” Mery

Entré en mi coche casi temblando por el efecto de la adrenalina, aquel chico me había hecho sentir de nuevo el control sobre la situación y por un momento también sobre mi vida. Lo había seguido hasta el límite de mis conocimientos y parecía que él sabía muy bien lo que hacía.

Me agarré fuerte al volante asimilando lo que acababa de ocurrir, había estado en situaciones complicadas y jamás me tembló el pulso como en ese momento. Ese chico de ojos avellana me había hecho sentir algo extraño, una sensación agri dulce recorrió todo mi cuerpo haciendo que me pusiera en alerta sin ni siquiera saber porque. Pero... ¿por qué esa sensación estaba presente en ese momento? No conocía de nada a ese chico pero algo en él me era familiar. ¿Podría ser porque en el fondo me recordaba en algo a Gonzalo? ¿Su mirada penetrante podría ser la misma que ese primer día en el que Gonzalo y yo nos conocimos?

Verlo salir hecho una furia de su coche directo hacia mí hizo que todo mi cuerpo se tensara, pero no fue por miedo, yo no le temía a casi nada; tan solo fue algo completamente nuevo para mí, algo que no sabría explicar con palabras.

Mi risa nerviosa salió sin poderlo evitar y cualquiera que me conociera hubiera sabido que eso me pasaba cuando perdía el control de la situación. Lo sé, es un acto reflejo extraño, pero yo soy así.

Tenía una mirada profunda, una mirada tan cautivadora que a pesar de los metros que nos separaban sentí como esos ojos no transmitían lo mismo que sus palabras.

Arranqué el coche cuando lo perdí de vista. Tenía que pensar con claridad, no podía dejar que nadie arruinara mis planes y debía estar concentrada en la carrera para poder ganar por él, ganar para cumplir la promesa que aún quedaba pendiente y me perseguía día tras día.

No podía tener una distracción, esa sería la primera carrera desde que llegué de Londres y si me pasaba algo, no quería ni imaginar lo que le sucedería a mi madre.

Y con esa última carrera me despediría por completo de las sensaciones que me hacían sentir.

Me acordaba perfectamente de aquella época, en la que viajé a Londres para mejorar mi inglés. De eso hacía ya tres años. Aunque nuestro trato estaba casi cerrado, terminé de convencer a mi padre diciéndole que si quería que en un futuro yo manejara la empresa junto a los socios, debía tener un nivel de inglés elevado y solo podría conseguirlo viviendo allí. Seguí estudiando dirección de empresas, que era lo que mi padre quería, pero allí no estaba él para vigilar me, allí fui feliz por dos años. Dos años en los que no tuve que aguantar a mi prometido, dos años en los que me olvidé por completo de quien era, o más bien, de quien querían que fuera. Dos años en los que estudié a escondidas lo que yo en realidad quería: bellas artes. Dos años duros, trabajando a la vez para sentirme útil y convencerme a mí misma que yo podía sin la ayuda de nadie. El dinero que me mandaba mi padre para mis gastos lo guardé. Era muchísimo dinero. En teoría tendría que vivir en una casa acorde a mi clase social y seguir un ritmo de vida elevado. Lo que nunca se imaginó era que compartía apartamento con un grupo de gente bohemia. En aquel edificio de gente variada, conocí a Sergio, mi gran amigo Sergio. Era otro chico de bien al que sus padres le obligaban a no seguir con sus principios y ocultar su condición sexual. Sergio era homosexual, y muchas noches, sobre la terraza de aquel edificio, fantaseábamos en casarnos para

usarlo de tapadera y fingir lo que nuestros padres querían, pero a su vez, ser felices al fin y poder olvidarnos de todos nuestros problemas. Un día le conté mi pasado, como me sentía al pisar el acelerador de un vehículo, la adrenalina que me hacía sentir. Quiso saberlo en sus propias carnes y alquilé un Audi potente.

No pude evitar sonreír de nuevo al recordar su cara de susto. Se agarró a la puerta del copiloto como si le fuera la vida en ello. Nada más salir del coche, él se sentó en el bordillo y me hizo jurar que no volvería a conducir así con él dentro de un vehículo.

—¡Estás loca! Me gritó cuando recuperó el aliento — pero me encantas tal y como eres.

Ése fue el inicio de nuevo con los coches, tras casi cuatro años sin tocar un volante. Trabajé por horas en un taller de chapa y pintura con la aerografía de coches, conocí gente del mundillo y corrí de nuevo para sacar de mi cabeza los recuerdos amargos que muy a menudo volvían a mis pensamientos.

Pisé el acelerador y despejé mi mente. No debía pensar en nada, me estaba acercando a ese lugar donde perdí a Gonzalo y lo debía hacer por él. Tenía que ganar por él.

La gente se amontonaba a ambos lados de la carretera, observando fascinados los coches en la línea de salida. Había cuatro vehículos y conmigo serían cinco. Conforme fui acercándome pude observar los coches contra los que competiría: un Honda Civic, un Porsche viejo, un Audi tt mk1 y... ¡No! No podía creer lo que veían mis ojos, el cuarto coche era un BMW M3 negro, justo el mismo con el que hacía unos minutos me había cruzado en la carretera camino hacia ese lugar.

Me posicioné a su derecha y aunque mi propósito no era mirar en el interior de ese vehículo, lo hice. Era él. ¡Claro que era él! No podía ser otra persona. Mi corazón comenzó a palpar con más intensidad cuando su mirada se desvió y esos ojos color avellana se abrieron con asombro. Me miró tan fijamente que pensé congelarme en el acto, pero tenía que ser fuerte y dejar las tonterías a un lado.

Aparté la mirada enfocando toda mi atención en la carretera que teníamos al frente mientras apretaba con fuerza el volante de mi coche.

Gonzalo, solo debía pensar en él, ganar por él. Murió allí mismo y esa era mi forma de duelo. No me dio tiempo a despedirme de él y cuando fui al cementerio, nada más salir del hospital un duro golpe me llegó de nuevo:

—¡Tú eres la culpable! —Gritó una señora junto a la lápida de Gonzalo—. Por ti está ahí — continuó gritándome con lágrimas en los ojos.

Su madre me culpaba de la muerte de Gonzalo, pensó que su hijo quería impresionarme y por eso robó el coche de su padre, lo que ella no sabía es que su hijo era así antes de conocerme.

—Tres, dos, uno... ¡YAAAA! —Gritó un tío enorme con barba desaliñada a la vez que subía ambos brazos, indicando el inicio de la carrera.

Mis pensamientos hicieron que saliera con tres segundos de retraso, seguramente el tío del BMW se sentiría orgulloso por llevarme ventaja.

Pisé el acelerador y adelanté al Audi sin problemas, este intentó adelantarme pero le corté el paso pegándome lo más posible a la izquierda, aquí no había normas, así que lo intentó por la derecha. Pasamos la curva y aceleré para perderlo de vista. Lo hice, sonreí al ver por el retrovisor que ahora era el Honda el que le cortaba el paso, ese tío del Audi no sabía exprimir las marchas.

Unos treinta metros por delante estaba el Porsche con el BMW, el chico misterioso iba en cabeza, divirtiéndose un poco con el Porsche. Al acercarme a ellos el tío del BMW dio un acelerón dejándome sola con su contrincante, el chico del Porsche. Intenté adelantarlo en varias ocasiones pero me cerraba el paso de una forma agresiva. Éste tío se iba a enterar de quién era

yo. Me conocía esta carretera demasiado bien, Gonzalo me enseñó cada pequeño detalle de ésta para poder jugar con ventaja.

Esperé hasta llegar a la curva más ancha y me acerqué al Porsche antes de entrar en ella. Hice como si quisiera adelantarle por la izquierda y él picó como un tonto, su conducción agresiva casi lo saca de la carretera al dar un volantazo hacia la izquierda, para cerrarme el paso y ahí estaba: lo tenía donde quería. Aceleré posicionándome a su derecha casi rozando nuestros coches, la cara de aquel chico fue un poema al verme adelantarle al dejarlo atrás.

Tan solo me quedaba el BMW y por lo que había visto este sería el más complicado, me sacaba una ventaja considerable pero la recta me hizo ganar tiempo por lo que me puse detrás de él, pisándole los talones. Pasamos un par de curvas cerradas, por lo que ni lo intenté. Mi oportunidad estaba por venir, la última recta hasta la meta se aproximaba y la carretera se ensanchaba para poderlo adelantar. No me dejó ni un solo hueco, ese chico no me daba tregua por ser una mujer y lo agradecí. Él sabía perfectamente que podía ganarle, lo había comprobado hacía un rato.

La carretera se ensanchó y pude ponerme a la par. Veía la meta a tan solo doscientos metros y solo pensé en mirarlo de nuevo.

Lo hice, y él me miró también, fue un momento único, a 200km/h nuestros coches se mantuvieron a la par mientras nuestras miradas se resistían a perder el contacto. Miré al frente y cada vez quedaba menos. Él, dio un acelerón queriendo dejarme atrás, pero no lo conseguiría. Aceleré aún más, posicionándome de nuevo a su par, 215, 220, 230km/h y no titubeaba. Volví a mirarlo y una media sonrisa dibujaba su rostro, lo estaba disfrutando.

¡Joder! No te entretengas, piensa en Gonzalo, tenía que ganar por él.

Aceleré haciendo temblar la aguja del marcador: 235, 240, 245km/h y el chico del BMW quedó a unos centímetros por detrás. Mi coche era más potente y podía dar más de sí. Pasé la meta a 250km/h con aquel chico a un par de metros por detrás. Le había ganado y seguramente estaría de un humor de perros.

Pero ahora tan solo me importaba haber cumplido la promesa que le hice a Gonzalo delante de su tumba:

—Volveré de nuevo a aquel lugar y ganaré por ti —susurré mientras mi cara fue cubierta por esas lágrimas tan amargas.

Giré cuando descendí la velocidad para dirigirme de nuevo a la meta. Mis manos temblaban y la presión en el pecho fue más intensa al darme cuenta que todo se había acabado, lo había conseguido y mi promesa estaba realizada.

Al llegar a la meta me quedé unos segundos tranquilizándome dentro de mi coche, limpiándome las lágrimas que caían sin cesar.

Todo el mundo se nos acercó muy animadamente, alucinando al verme salir del coche. ¡Que se jodan todos esos tíos! Les había ganado.

—¿Mery?! —Llamó alguien a mi espalda.

Me giré lentamente a la vez que mi corazón latía con fuerza ¿quién me había llamado? ¿Me habían descubierto?

Me tranquilicé al ver un chico moreno con los ojos negros mirándome sorprendido, era Carlos, alguien que conocí seis años atrás, cuando Gonzalo aún seguía conmigo. Poco a poco se acercó a mí, dejando al chico misterioso del BMW, el mismo chico que se quedó sorprendido al ver que lo dejaba atrás con la palabra en la boca para venir junto a mí.

—Hola Carlos —conseguí decir con tristeza a ese chico medio mexicano mientras podía ver que el tío del BMW no me quitaba la mirada de encima.

Carlos se acercó a mí con urgencia mientras su rostro parecía haber perdido el color, sus ojos y la expresión de su cara me indicaban su gran asombro al verme allí.
—Pensé que... —susurró abrazándome sin terminar la frase.

Capítulo 4

“Chica temeraria” Álex

Mery, la chica temeraria se llamaba Mery y conocía a mi colega, pero... ¿De qué?
A pesar de haber ganado la carrera no se la veía para nada emocionada, más bien se la veía apagada, decaída.

—Ven conmigo, tengo que enseñarte algo —le dijo Carlos a la chica sin llegar a soltarla.

Tras una mirada cargada de tristeza, ella asintió mientras sus labios se curvaron creando una sonrisa forzada.

Seguí observando con más detenimiento y su mirada cambió, transformando la tristeza en complicidad. Una complicidad que no entendía y me llenaba de curiosidad.

—Con ese coche ya podrás —se quejó Irene a mi lado.

—A pesar de eso conduce bien —contesté adulándola.

—Bueno, pero ese coche ha hecho que ganara, tú le das mil vueltas —siguió ella sonriéndome.

—Eso ni lo dudes —le devolví la sonrisa.

—Se la ve una niña de papá, tendrá mucha pasta. Solo hay que ver su coche. —Se vino arriba con mi contestación y sabía que estaba tanteando el ambiente para continuar con su crítica.

—Ya —dije sin apenas escuchar lo que me decía. Solo miraba en la dirección por la que habían desaparecido entre la oscuridad de la noche esperando su regreso, pero eso no sucedía.

—Voy a por una lata de cerveza ¿quieres una? —Me ofreció a la vez que me daba un codazo para sacarme de mis pensamientos.

—Vale.

Agradecí que Irene me dejara solo para meterme en mi coche e intentar comprender lo que pasaba por mi cabeza. Estaba cabreado por haber perdido, pero no tanto como otras veces. Incluso, podía decir que me alegraba que fuera ella la que ganara. Se lo había currado. Verla adelantar al Porsche me dejó alucinado, ella sabía perfectamente que esa curva era su oportunidad pero me descolocaba no haberla visto jamás por allí. ¿Quién era ella? ¿Habría tenido algo con Carlos? ¿Le enseñaría él a conducir? Tenía mucha curiosidad por la chica del Mercedes y esperaba que llegaran ya para conocerla un poco más.

—¿Por qué no sales con nosotros? —Preguntó Irene pasándome la cerveza a través de la ventanilla de mi coche—. No te rayes, solo es una carrera.

Cogí la lata sin decir nada y salí del coche para tomármela junto a mis colegas. Anduvimos hasta ellos sin pronunciar una sola palabra, pero cuando llegamos todos hablaban animadamente. Al verme llegar, callaron, por lo que intuí que estarían hablando de la ganadora.

—Podéis seguir con lo que estabais hablando, soy consciente de que esa bestia —dije señalando con la cabeza el Mercedes —le da mil vueltas a cualquiera de nuestros coches.

—Pero la tía que lo conducía sabía cómo llevarlo, se ha merecido ganar, no todo el mérito es para el coche —respondió Miguel, el conductor del Audi.

—Ya, no lo ha hecho mal.

—Dejemos de darle más protagonismo a la pija, no es nadie, nunca la hemos visto por aquí y seguramente no la volvamos a ver jamás —soltó Irene con amargura en su voz.

—¿Se sabe ya si para la próxima carrera vendrá Felipe? —Preguntó Carlota, la mejor amiga de Irene intentando desviar la conversación para ayudar a su amiga.

—Sí que vendrá —contesté—. Se va a liar a lo grande.

—Ese tío es de los mejores, será complicado ganarle —advirtió Jonathan, uno de mis mejores amigos.

Al final de la calle pude observar como dos bultos a lo lejos se aproximaban hacia nosotros, era Carlos con la chica. Me fijé en cualquier detalle que me pudiera dar alguna pista, algo de información de la relación que tenían esos dos, pero no vi nada más que dos personas hablando. Cuando llegaron a nosotros desvié la mirada y me di cuenta que Irene me miraba algo confundida, celosa podría decirse. Ella sabía que no teníamos nada, tan solo esperé que ni se le ocurriera montarme un numerito de celos, pues no se lo aguantaría y pasaría de ella. Evidentemente, ella me conocía demasiado bien por lo que no lo hizo, simplemente me abrazó con su brazo derecho por la cintura, haciendo ver a la amiga de Carlos que yo era su chico. Por supuesto no lo era y nunca lo sería, pero la dejé hacerlo y aún me pregunto el porqué.

Mery nos miró por un instante y su rostro no reflejó nada. No sabría decir si estaba satisfecha por haber ganado, si estaba enfadada o contenta. Era como si eso le importara una mierda.

Todos mis colegas la alabaron, comentando cada movimiento que recordaban de la carrera. Ella comenzó a sonreír tímidamente y poco a poco se animó y se metió en la conversación como si los conociera de toda la vida. Carlos la miraba con admiración pero a la vez pude ver que él tampoco demostraba una alegría desbordante, algo pasaba con ellos dos y tenía que descubrirlo.

Manuel, el organizador de la carrera se acercó a la chica temeraria y le ofreció un sobre.

—No he corrido por esto —dijo ella sin coger el sobre.

—Es tuyo —insistió Manuel cogiendo la mano de la chica y colocándole el dinero sobre su mano—, haz lo que te dé la gana con él, como si lo quieres quemar.

Mery asintió y se lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero. Ella me miró de nuevo, tan intensamente que noté como algo en mi interior no iba bien.

Ese gesto me dejó aún más descolocado, si no era por dinero... ¿Por qué corría?

—La próxima vez no te lo pondré tan fácil —le advertí con una media sonrisa.

—Esto no ha sido nada —informó muy orgullosa de sus habilidades—. Si estás acostumbrado a correr con esos paquetes —dijo señalando al Audi y al Honda que estaban aparcados uno junto al otro— normal que te sientas el rey, pero eso se acabó.

—¿Y vas a ser tú quien me quite el trono? —Pregunté riéndome divertido.

—Tiempo al tiempo —advirtió devolviéndome la sonrisa.

—¿De verdad crees que vas a ganar de nuevo? —Casi escupió Irene con sorna— ¿En tu mundo de niña rica no te enseñaron la humildad? —Continuó con su ataque —No te creas tan buena..., cualquiera con ese coche puede ganar. —Terminó de decir con una sonrisa triunfal.

Mery la miró durante unos segundos con rabia pero al segundo cambió su expresión a indiferencia.

—Estoy aquí para hacer lo que tenía que hacer, no para escuchar las palabras sin sentido de una choni de polígono.

Irene se puso furiosa, tanto que tuve que tranquilizarla para evitar que esta se abalanzara sobre la amiga de Carlos.

Esa chica tenía cojones y cada vez me intrigaba más. Tenía que sacarle información a Carlos, quería saber todo sobre la chica temeraria y enterarme que era lo que se traían entre manos.

—Me alegro haberte visto de nuevo —se dirigió hacia Carlos despidiéndose con un abrazo—. Estoy pensando en algo, en qué hacer con el dinero. ¿Puedo contar con tu ayuda?

—Cuenta conmigo sea lo que sea —respondió Carlos con una sonrisa cómplice.

—Te llamaré —le informó largándose hacia su coche.

Miré a Carlos. Él no le quitaba el ojo de encima, volví a mirar a la chica y ésta se quedó observando su coche con el ceño fruncido, muy detenidamente mientras lo rodeaba un par de veces. La chica temeraria volvió hacia nosotros quedándose a unos centímetros de Irene, esta se tensó pero sonrió maliciosamente al tener a Mery frente a ella.

—Si os pensáis que esto me puede joder estáis muy equivocados —escupió las palabras con rabia en los ojos—. Hace un rato te he demostrado un poquito de lo que puedo hacer, ahora te he ganado y la próxima vez te haré tragar la carbonilla del Mercedes —advirtió esta vez mirándose solo a mí—. No juguéis conmigo porque no sabéis nada de mí —amenazó, esta vez posando esa mirada fría sobre la chica que no había dejado de abrazarme desde el momento en el que posó de nuevo su brazo sobre mi cintura.

—Eso habrá que verlo —respondí algo chulo sin entender que cojones estaba pasando.

Ella se largó hecha una furia, se metió en su coche y salió chillando rueda a toda velocidad.

—¿Qué le pasa a esa? —Preguntó Irene riéndose— ¡Esa tía está loca!

—¡Déjala en paz! —Advirtió Carlos en tono amenazador.

—¿Ya te la has follado? Eso habéis hecho cuando te la has llevado al callejón ¿verdad? —
Soltó Irene mirándome de reojo.

—Eso a ti no te importa, pero si quieres saber si es tan suelta como tú, pues no; no me la he tirado.

Me aparté de Irene, no quería seguir con ella en esa situación, me sentía incómodo con ella tan cerca y mucho menos quería escuchar a Carlos decir que eran algo más que amigos. Pero... ¿a mí que cojones me importaba lo que habían hecho o no?

Tan solo quería estar solo como tantas veces desde que mi abuela murió. Me largué sin decir nada, me metí en mi coche y conduje sin rumbo durante una hora, quizá más.

Capítulo 5

“Encuentro” Mery

Esos dos no iban a amargarme. Reconozco que ver como esa tía morena lo agarraba por la cintura hizo que una pequeña punzada se sintiera en lo más profundo de mi corazón. Ese corazón que creí muerto tras perder a Gonzalo. El siempre latía, pero simplemente para sobrevivir.

La furia inundó mi cordura cuando vi como mi coche había sido rayado por un lateral con algo fino y puntiagudo, no lo pude evitar y fui directamente a por los que creí culpables.

Una hora más tarde quise olvidar el incidente y pensé en lo que le dije a Carlos. Aquel chico me había llevado a un lugar donde se honraba a los fallecidos en las carreras y el nombre de Gonzalo estaba en ese corcho junto a un recorte de periódico plastificado. No pude evitar sentir una presión en el pecho y comencé a llorar tras verlo y a pesar de que Carlos me observaba con angustia, no lo pude evitar. Le conté porque estaba allí, la promesa que le hice a Gonzalo tras mi salida del hospital después del accidente.

Observando aquel mural me di cuenta que todos los de aquel lugar tenían algo que les había pertenecido junto a sus nombres y una fotografía. Tenía que hacer algo por ellos y pensé en protegerlo con un armario con cristalera. Pensé en poner una placa con unas pequeñas frases honrando a esas personas: el dinero ganado lo invertiría en eso.

Ahora tenía que llamar a Marcus:

"Un tono, dos...

—Dime Mery

—Hola Marcus, ¿cómo va?

—Pues ahora de viaje.

—¿Cuando vuelves?

—En diez días ¿necesitas algo?

—Quería que me dejaras pintar mi coche en tu taller, unos estúpidos me lo han rayado.

—Si me llegas a llamar hace dos horas te habría dejado las llaves, pero ahora no hay manera.

Las tengo encima.

—No te preocupes, me las arreglaré.

—Puedo darte el teléfono de un buen hombre, tiene un taller de mecánica, en el cual tiene una pequeña cabina que no usa desde hace tiempo. No creo que ponga problemas.

—Puedo pagarle bien.

—Lo sé, pero le diré que vas de mi parte. Mañana lo llamaré, de todas formas te paso su número de teléfono por WhatsApp y lo llamas el lunes.

—Muchas gracias Marcus.

—Sabes que no tienes nada que agradecer. Pero hazme caso y no te metas en líos.

—Lo intentaré —respondí sonriéndole al teléfono y colgué a continuación."

Marcus era un gran amigo, su padre trabajaba en el departamento de recursos humanos en la empresa de mi padre y su socio. Cuando éramos unos críos y tenía lugar alguna salida con el club social que había en la empresa yo insistía en acudir. A mi padre no le hacía ninguna gracia pero como los hijos de su socio sí acudían, a él no le quedaba otra que aceptar.

A Francisco siempre le gustó mezclarse entre sus trabajadores para que vieran que él los admiraba, al contrario que mi padre: él solo veía números.

Me acuerdo que tanto Marcus como yo nos escondíamos de José Miguel y sus hermanos para hacer trastadas y perdernos entre los otros niños.

Y pensar de nuevo en esa época, me dí cuenta que esos momentos fueron los más felices de mi infancia: las excursiones por la montaña, los días en parques de atracciones, patinaje sobre hielo...

Con la adolescencia perdí el contacto con Marcus, pero hace dos años, cuando aún estaba en Londres lo vi mirando uno de esos escaparates que tanto atraían a los turistas. No me lo podía creer, estaba ahí riendo tras el cabreo de su acompañante que lo arrastraba de la mano.

Evidentemente, aunque no era el mejor momento los interrumpí. La chica me miraba con desconfianza, pero tras unas horas más tarde mientras tomábamos un chocolate caliente, me gané su confianza.

(...)

Aparqué el coche en el garaje que tenía alquilado y me cambié de ropa, algo más acorde para mi vida falsa en familia. Llegué a casa tarde y como era de esperar, mi padre me aguardaba en el salón.

—Son las tres de la mañana —anunció nada más que traspasé la puerta—. No me gusta que llegues tan tarde.

— Solo han sido dos veces... —contesté desganada.

—Piensa bien lo que haces, creo que sobra repetir lo que podría pasar si vuelves a dejarme en ridículo.

—No te preocupes por eso, que yo sepa no estoy haciendo nada que esté fuera de nuestro acuerdo.

—Eso espero —y se largó dejándome sola en el recibidor.

Parte de nuestro acuerdo era dejarme algo de tiempo para poder estar tranquila, no se metería en mis asuntos mientras yo cumpliera con sus deseos. Saldría de vez en cuando con mi prometido, iría a cenas acordadas y a eventos sociales. No podía pedirme más. Yo, no podía dar más.

Había momentos en los que mandaría todo a la mierda, olvidarme de los problemas de mis padres y vivir mi vida; pero cuando creía tomar esa decisión, los recuerdos de aquel día volvían: recordaba a mi madre semiinconsciente sobre el suelo camino al servicio y con una salivación extraña saliendo por la comisura de sus labios. Restos de pastillas por el suelo de su habitación y el blíster completamente vacío. Tiempo después me enteré porque lo había hecho: el culpable de que mi madre quisiera desaparecer fue mi padre, él la engañó con otra mujer.

No podía dejarla sola, temía que si mi padre la dejaba, ella pudiera hacer otra locura. Mi padre había sido su único amor y por eso era que estaba completamente ciega.

Lunes, 8:30 am:

Estaba impaciente por saber si aquel hombre me dejaría su cabina por lo que sin demorarme más lo llamé y me lo cogió al cuarto tono:

“

—Talleres Paco

—Buenos días, soy María amiga de Marcus, no sé si habrá hablado con usted.

—Sí, hablé el sábado con él, me dijo que necesitabas la cabina, pero te voy a ser sincero: está hecha polvo, hace años que no se utiliza y no sé en qué estado estarán las pistolas.

—Yo tengo pistolas, por eso no hay problema.

—Puedes venir y verla, pero te digo que necesita una limpieza.

—¿Puedo pasarme ahora?

—¡Claro! ¿Sabes dónde está el polígono de la Ciutadella?

—Sí.

—Cuando estés ahí, es la calle principal la nave 23, Talleres Paco.

—Muchas gracias, en quince minutos más o menos estaré ahí.

—Cuando quieras. ”

Arranqué el coche y salí del garaje dirección al taller. Todo lo relacionado con la pintura y mi ropa de cambio la guardaba en aquel trastero tras la plaza de garaje. En él me cambiaba de ropa a menudo.

Llegué al taller y oí un timbre al traspasar la barrera imaginaria que indicaba mi llegada. Un hombre canoso de unos sesenta años anduvo en mi dirección con una sonrisa agradable.

—Hola, buenos días —dije acercándome a aquel hombre canoso y regordete—. Soy María.

—Buenos días —respondió ofreciéndome su mano— Soy Paco, hablamos hace poco ¿verdad? —Asentí con una sonrisa para que continuara sin más demoras—. Pasa conmigo..., como ya te he comentado: hace años que no se utiliza, no sé en qué estado estará ni tampoco si te servirá.

—No se preocupe, lo miro y le digo si la puedo utilizar.

Pasamos a su interior, era un taller no muy grande dividido en dos zonas: la principal era de mecánica, la cual no cabía ni un solo coche más; en la del fondo estaba la cabina de pintura y aunque era aún más pequeña, suficiente para lo que la quería.

—Ahí está todo y en ese cajón creo que hay unos monos, puedes probar en esas chapas primero y si te sirve toda tuya.

—Gracias.

Paco me dejó sola y me puse manos a la obra. Me coloqué el mono que traía en una maleta junto a mis pistolas y los botes de pintura. Estaba dejado, pero no estaba tan mal como aquel hombre pensaba.

Limpié los depósitos y los conductos para que no hubiera contaminación y tras unas pruebas todo estaba listo.

Entré el coche y lo preparé para pintarlo: desmonté las piezas, lo lijé y le di la base. Aprovechando el momento cambiaría del simple blanco a 0camaleón.

Se me echó la mañana encima en un abrir y cerrar de ojos y aunque parecía que iba bien de tiempo, aún no había empezado a pintar. Tras comer un bocadillo en el bar de la calle de atrás, metí los paragolpes y las puertas desmontadas a la cabina y los pinté.

Las horas pasaron y el momento de cerrar el taller llegó por lo que no continué con la pieza

que iba a empezar y lo dejé todo recogido para volver al día siguiente.

—Conozco a la dueña de ese coche —oí una voz a mi espalda—. ¿Cuál va a ser el color final?

Esa voz..., no podía ser. No podía creer que aquel tío estuviera justo a mi espalda y hablándome como si nada. Me giré suplicando que no fuera él, que no fuera el estúpido que rayó mi coche tres días atrás.

—Tú no la conoces de nada —contesté mientras me giraba y me echaba hacia atrás la capucha del mono para tenerlo de frente.

Era él, era el mismo chico que me quitaba el sueño. El mismo que me miraba de arriba abajo sin disimular, el mismo que abría los ojos como platos para a continuación sonreír abiertamente.

Pero... ¿qué se creía? ¿Por qué sonreía de esa manera? ¿De verdad me creía tan estúpida? Y aunque me encantaría estar furiosa con ese chico, no podía.

Había algo en él que me hacía creer que no llegaría a jugar tan sucio, pero luego las evidencias no engañaban, estaban ahí. Sabía que había mucha gente en aquel lugar y que pudo ser cualquier persona, pero todos hablaron conmigo con simpatía y sin rencor por haber ganado. Tan solo ellos: él y su novia me demostraron lo contrario.

—¿Tu? ¿También pintas? —Preguntó con gran sorpresa, alucinado al verme allí.

—Sí, como te dije el otro día, no me fastidió para nada la obra de arte que hicisteis en mi coche. Pensaba cambiar de color tarde o temprano.

—¿Pero qué dices? ¿De qué hablas?

—Déjalo ¿vale? Si hubiera sabido que tú estabas aquí no habría venido.

Capítulo 6

“No puede ser coincidencia” Álex

No tenía ni idea de lo que me estaba culpando, ¿qué le pasaba? ¿Por qué me hablaba así? ¿Qué le pasó a su coche?

Estaba perdido, no entendía nada pero tampoco me importaba. En esos momentos solo pensaba en que ella estaba allí, la tenía frente a mí mirándome como si le debiera algo, pero me daba igual porque hasta enfadada estaba guapísima.

—¿Cómo vais chavales? —Interrumpió Paco justo cuando iba a decirle que yo no tenía nada que ver con lo que le hubiera pasado a su coche.

—Bien, pero tendré que volver un par de días más o tres para dar la segunda capa y el barniz, si no te importa claro... —respondió ella forzando una sonrisa, dejando de mirarme.

—Ven cuando quieras, por lo que veo esta vieja cabina te ha servido para algo —respondió Paco observando las piezas preparadas para ser pintadas—, estás haciendo un buen trabajo.

—Se hace lo que se puede... —Contestó con una sonrisa preciosa, agradeciéndole a Paco.

—Es una pena que no la utilicéis, podríais sacarle mucho partido. Sí, es vieja pero buena, con unos ajustes quedará perfecta —continuó ella ignorándome por completo—, tendrías que cambiar las pistolas, y puede que alguna pieza sin importancia para mejorar la presión. Por lo demás está bien.

—Hija, yo no sé pintar y Álex tampoco. Hace unos años mi socio enfermó y dejó el taller en mis manos. Yo me encargaba de la mecánica y él de la chapa y pintura. Nunca he tenido tiempo para aprender.

—Bueno, si algún día necesitas saber qué es lo que tienes que cambiar, llámame; estaría encantada de ayudarte. Y ahora, dime cuánto te debo de los días.

—Nada hija, siendo amiga de Marcus no te pienso cobrar nada. De más que la has puesto en marcha, cuando quieras utilizarla ya sabes, es toda tuya.

—Gracias, pero me sabe mal..., si no quieres mi dinero puedo pintar algún coche si lo necesitas.

—¿Te interesaría trabajar con nosotros? Aunque tan solo sea por horas —. Interrumpí metiéndome en la conversación.

—No, gracias. —Contestó algo arisca.

—Sería buena idea —insistió Paco —podrías ganar casi el cien por cien, solo te pediría un pequeño gasto por la luz. Te dejaría la cabina gratis, así tendríamos más clientela fija.

—No puedo llevar horarios —contestó muy amable a mi jefe— no tengo mucho tiempo libre.

—Piénsalo hija, si algún día quieres trabajar yo estaría encantado de ofrecértelo.

—Gracias.

—¿Cómo vas con la Trafic? —Me preguntó Paco.

—Ya está lista.

—Muy bien chaval, si quieres puedes irte ya.

—Aún queda media hora.

—Ya, pero no hay nada pequeño, mañana empezarás con ese trasto —dijo refiriéndose a un Corsa del noventa y dos, su dueño se resistía a echarlo al desguace.

—¿Seguro que no me necesitas para nada?

—Como no te largues ya, empezarás con el trasto y tienes por lo menos tres horas con él.

—Vale, vale —dejé de insistir.

La chica temeraria nos dejó solos, comenzó a limpiar las pistolas y recoger la zona de trabajo. Por lo que había oído ella estaría allí unos días más, así que debía aprovecharlos. Me lavé rápido y fui de nuevo en su encuentro mientras pensaba en lo que anteriormente me había reprochado.

—¿Podemos hablar? —Pedí cuando tan solo le quedaba muy poco para terminar.

—¿Para qué? —Respondió sin perder un segundo en mirarme.

—Yo no le hice nada a tu coche.

—Ya... —soltó con desgana.

—Te digo la verdad —dije acercándome más a ella—, jamás lo haría.

—Entonces sería tu novia, me miró fatal.

—Yo no tengo novia.

—Pues lo que sea esa chica morena que te está esperando ahí fuera —informó mirando al otro lado de la calle desde la ventana del taller.

—¿Que le han hecho? —Quise saber sin preocuparme lo más mínimo por hacer esperar a Irene.

—Rayaron todo el lateral —susurró.

—Si me entero que fue Irene, hablaré muy seriamente con ella —dije enfadado, al recordar que durante cinco minutos no estuve con ella—. Y si es así te pagaré los gastos.

—Ni te molestes, no creo que vuelvas a verme por ahí.

—¿Por qué?

—No voy a volver a correr.

—Lo haces muy bien, mejor que bien.

—Es un halago viniendo de ti..., creo que me llamaste loca ¿no es así?

—Que estés loca no significa que no conduzcas bien.

—Gilipollas... —susurró pensando que no la oiría.

—Tengo el oído muy fino —advertí divertido.

—Bien, así no tendré que repetirlo —dijo esta vez más alto sonriendo falsamente.

—¿De qué conoces a Carlos? —Pregunté ansioso.

—¿Y a ti que te importa? —Siguió a modo defensa. Esa chica me lo estaba poniendo difícil.

—Tengo curiosidad.

—La curiosidad mató al gato ¿no lo sabías?—Contestó riéndose de mí.

—¿Que tengo que hacer para que me creas? Yo no lo hice —dije señalando las partes de su coche.

—Si te digo la verdad, me da igual.

—Joder, vale... —dije levantando las manos en son de paz—, si no quieres hablar lo entiendo.

Ella me miró algo confusa, pero continuó con lo suyo sin prestarme más atención.

Al salir del taller, vi cómo Irene me esperaba pacientemente mientras ojeaba su teléfono móvil.

—Hola —saludé con desgana acercándome a ella—. Lo siento, pero hoy no es el día.

—Venga..., me iré pronto —casi suplicó.

—He dicho que no.

—Vale, pero por lo menos podrías llevarme a casa —respondió malhumorada.

—Tengo prisa, lo siento pero no puedo.

—Cuando estás así no te aguanto —gritó largándose enfurecida.

Se lo merecía, sabía a la perfección que si alguien le había rayado el coche a Mery, esa era Irene. Lo que pasó aquella noche no me gustó nada: esos abrazos posesivos, miradas interrogantes y queriendo dejar mal a la ganadora a toda costa. ¿Irene estaba celosa?

Esperé dentro de mi BMW hasta ver a Mery aparecer por la puerta. Salí del coche y anduve en su dirección sin pensarlo demasiado, no podía esperar al día siguiente.

—Hola, soy Álex, trabajo en este taller —dije ofreciéndole mi mano, como si fuera la primera vez que nos veíamos. Haciendo el tonto como antes acostumbraba a hacer.

—Hola —respondió sin estrecharme su mano, con una sonrisa oculta tras sus labios.

—Me he dado cuenta que vas a pie, puedo llevarte...

—Lo siento, pero no me monto en coches de desconocidos —continuó ella con una sonrisa que ya no podía ocultar.

—Soy Álex, y tú Mery ¿no?

—Sí.

—Entonces ya no somos desconocidos. Va, te llevo donde me digas.

—Está bien...

—¿Sí?

—Creo que me lo debes, por tu culpa mi coche está así.

—Créeme cuando te digo que yo no fui.

—No sé por qué pero te creo..., aunque estoy casi segura que fue tu amiga y eso te hace culpable indirectamente.

—Entonces, déjame enmendar mi culpa —sonreí.

Ella no contestó pero se colocó en la puerta del copiloto de mi coche, esperando que lo abriera. Entramos al coche sin decir una sola palabra, encendí el motor y salimos del polígono en dirección... ¿a dónde?

—Dirección a la playa, por Gran Vía —dijo leyéndome el pensamiento.

—¿Me vas a decir de que conoces a Carlos?

—¿De verdad te interesa? —Preguntó girando su cuerpo para quedar mirándome de frente.

—Si no, no te lo preguntaría —contesté mirándola fijamente al llegar al semáforo en rojo.

—Lo conocí hace seis años, en el mismo lugar del otro día.

—¿Corrías entonces? —Pregunté sorprendido.

—No, pero se conducir desde aquella época —contestó relajándose de nuevo en el asiento.

—¿Te enseñó él?

—No —anunció a la vez que negaba con la cabeza algo pensativa—. Me enseñó otra persona, pero no me apetece hablar de ello.

—Está bien.

La entendía a la perfección, me estaba comportando de la misma manera que odiaba. No me gustaba que nadie preguntara sobre mi vida y mucho menos que se entrometiera en mis decisiones.

Pasamos el resto del trayecto en silencio y a pesar de que éramos dos desconocidos no sentía ese momento incómodo en el que crees que deberías hablar de cosas triviales para matar el tiempo.

—Es por aquí.

—Puedo recogerte mañana, pero entro a las ocho de la mañana.

—¿Paco es tu padre? —Preguntó una vez que paré el coche en doble fila para que bajara.

—¿También eres curiosa?

—Menos que tú —contestó girándose de nuevo para tenerme frente a ella.

—No, Paco es mi jefe, pero llevamos trabajando juntos nueve años.

—A las ocho menos veinte aquí —dijo mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Te apetece tomar algo? —Pregunté esperando que aceptara.

Ella me miró durante unos segundos, pensativa y algo dudosa, pero un poco después me contestó mientras negaba con la cabeza.

—He quedado, lo siento.

—Vale —contesté algo decepcionado—, hasta mañana entonces.

Iba demasiado rápido, debía ir poco a poco si quería ganarme su confianza para saber más sobre quien era ella. No era como las demás, ella parecía ser diferente en todos los sentidos.

Carlos, en que ella salió del coche me acordé de él. La chica temeraria había quedado con alguien, y ese alguien seguramente fuera él. La seguí con la mirada hasta que se metió en el portal, no sin antes mirar hacia ambos lados de la calle. ¿Buscaba a alguien?.

Capítulo7

“Reflexiones” Mery

No había mentido, esa noche había quedado con mi prometido para cenar y dar una vuelta, pero por muy dura que pretendiera parecer me hubiera encantado cenar con Álex. Fue un alivio darme cuenta que no fue tan capullo como para rayarme el coche, pero aun así seguía siendo un capullo guapísimo.

Esa tal Irene me las iba a pagar. ¿Quién se creía que era para rayarme el coche? ¿Todo esto era por celos? Si era así..., iba a conseguir que Álex se olvidara de ella en menos que canta un gallo, pensé sin saber que poco tiempo después mis sentimientos por él se intensificarían sin poderlo controlar.

Mi teléfono móvil sonó insistentemente, miré el visor de la pantalla y vi que era mi prometido el que llamaba:

“

—Hola —contesté.

—Hola tesoro ¿dónde estás?

—He venido a mirar algo de ropa, estoy cerca de la playa.

—Paso en cinco minutos a recogerte. ”

Tanto él como mi familia pensaban que no tenía vehículo, que me movía en taxi de un lado para otro. Si se enteraba mi padre que tenía un coche oculto en un garaje alquilado, me mataría. Una de las normas era no tenerlo.

Mi prometido llegó justo a los cinco minutos de colgar, ni un minuto más ni un minuto menos. Ese chico nunca se salía de la línea, pensé.

Y pensar en ello me recordó a aquel encuentro, ese primer día que jamás olvidaré, ese día en el que Álex me llamó loca por haber sobrepasado la línea continua de la carretera para adelantarlo. Me hizo mucha gracia por la contradicción de la situación y esa simple frase me hizo reflexionar, me hizo darme cuenta que la línea continua es lo que la mayoría de las personas se empeñan en seguir. Si no actuamos como la sociedad quiere hacer ver o creen que es lo correcto, es que estamos locos. Mi vida era esa línea continua, esa línea que mi padre se empeñaba en no dejarme desviar ni un solo centímetro.

—Te veo pensativa, ¿qué pasa por esa cabecita? —Preguntó José Miguel bajando la carta del restaurante para prestarme atención.

—Nada José Miguel, está todo bien —contesté, volviendo de nuevo a la realidad.

—¿Cuándo dejaras de llamarme así?

—¿De qué hablas?

—Ya lo sabes... —respondió algo frustrado.

—¿No es ese tu nombre? —Pregunté algo irritada.

— Si —contestó decepcionado —pero ya sabes a lo que me refiero, vamos a casarnos y tú sigues como al principio—. Contestó como si la situación le superara— No sé..., un amor, un cariño, no me vendría mal de vez en cuando.

Lo miré por unos segundos pensando en que decirle, parecía dolido y lo menos que quería era

que se sintiera fatal por mi culpa. No era mal chico y aún seguía teniendo esa cara de niño bueno que delataba que no había roto un plato en su vida. Seguía siendo el mismo niño de hace quince años cuando venía a mi casa con su familia y jugábamos en el jardín.

—Tienes razón pero sabes que no puedo dar más —dije tras un suspiro—. Seguramente con otra persona podrías ser feliz de verdad, tener lo que tanto quieres junto a alguien que te quiera tanto como tú a ella.

—Yo te quiero a ti.

—No creo que pueda hacerte feliz —susurré muy apenada por la situación.

Los minutos pasaban y la conversación quedó en tan solo palabras. Palabras sinceras y llenas de culpabilidad.

Cuando llegó el primer plato me vi a mi misma removiendo con el tenedor los tallarines carbonara mientras fantaseaba, mientras pensaba que Álex podría estar al otro lado de la mesa, haciéndome preguntas que yo no estaría dispuesta a contestar.

Sin darme cuenta sonreí para mí misma, José Miguel se dio cuenta, pero me dejó en mi mundo por unos minutos más.

Martes, 7:15 a.m.:

Por suerte mi padre salió de casa a las siete de la mañana, no estaba acostumbrado a verme madrugar y estaba segura de que si me veía a esas horas levantaría sospechas y dudaría de mí. Tenía que llamar la atención lo menos posible o me exponía a que me pillara.

Salí muy despacio para no despertar a mi madre o a Carmen, aunque esta última dudaba que siguiera durmiendo. Bajé corriendo la avenida que llevaba a la mansión que tenía por casa y me incorporé, esta vez andando por la Gran Vía. En quince minutos ya estaba dentro del garaje. Miré mi reflejo en el espejo que coloqué tras la puerta del trastero y con un breve vistazo di por buena mi indumentaria: unas mayas negras, gorra, zapatillas deportivas y una chaquetilla de chándal; sonreí al pensar que si alguien me veía pensarían que salí temprano a correr. Tenía la cara inflamada aún por haber dormido, esperaba que en los diez minutos que quedaban hasta que llegara Álex cambiara a mejor.

Salí a la calle y esperé cerca de la carretera, cinco minutos después un BMW giró la calle y se aproximó a toda velocidad. Paró al llegar a mi altura y pude ver que su cara de dormido era aún peor que la mía.

—¿Que te hace tanta gracia? —Preguntó él desde el interior de su coche.

—Te has despertado hace cinco minutos ¿verdad? —Dije entrando en su coche.

—Me lo dice la que aún lleva las sábanas pegadas —y acercando su mano poco a poco dibujó con su dedo una línea sobre mi mejilla, haciéndome tensar, volviendo a sentir esa punzada en mi interior, esa pequeña punzada en mi corazón que me hacía pensar que él seguía más vivo que yo.

Tras quitarme la gorra me miré el rostro en el espejo del parasol, tenía razón. Mis sábanas habían dejado una marca bien profunda atravesando todo mi pómulo, no entendía como una marca tan visible pasó desapercibida cuando minutos atrás miré mi reflejo.

—¿Me enseñarás algún día a pintar? —Preguntó él, dando por hecho que después de estos días volveríamos a vernos.

—Puede que saque un hueco para ti en mi apretada agenda —contesté bromeando.

Álex rió con ganas, mostrando una sonrisa perfecta, esa sonrisa que me hizo curvar aún más mis labios para acabar riendo los dos al mismo tiempo.

—¿Dónde aprendiste a pintar? —Quiso saber tras unos segundos en silencio—. Nunca te

había visto por aquí.

—Estuve viviendo en Londres. Me marché para estudiar y allí empecé algunas horas en un taller pintando coches.

—¿Antes de Londres vivías aquí? ¿En Roses?

—Sí... ¿por qué lo preguntas?

—Me extraña no haberte visto antes por aquí, estoy seguro que si te hubiera visto antes me acordaría.

—¿Ah sí? —Pregunté curiosa—. ¿Y eso por qué?

—Porque lo sé —respondió sonriendo de nuevo.

El resto del camino hablamos de los días que tardaría en terminar de pintar mi coche, de lo que le gustaba trabajar con Paco, de cosas sin importancia que hizo que me olvidara por completo del tiempo, dándome cuenta al sentir que su coche frenaba para aparcar que ya habíamos llegado a nuestro destino.

—Buenos días chavales —saludó Paco muy animadamente.

—Buenos días —dijimos al unísono los dos.

—Cada uno a su puesto —ordenó con una sonrisa picarona dirigiéndose a Álex.

Le hicimos caso, fui al final de la nave y me coloqué la ropa de trabajo. Miré a través de los coches y me quedé embobada con un cuerpo trabajado y perfecto, se había puesto una camiseta de tirantes que dejaban ver unos brazos de infarto. Mi imaginación fue por libre cuando me di cuenta que estaba pensando en cómo se vería sin ella. Su mono de trabajo era de un azul oscuro, el cual ató con las mangas sobre su abdomen para a continuación ponerse a trabajar.

Decidí no mirarlo más, tenía que empezar a pintar y si seguía espiando a hurtadillas difícilmente podría tener mi mente despejada para concentrarme en el trabajo.

Preparé el color y me dispuse a pintar sobre la primera capa ya seca. Terminé con las piezas sueltas a las dos menos cuarto por lo que decidí parar y continuar con lo demás tras comer.

Tanto Paco como Álex comerían allí, así que me animé a acompañarlos e invitarles a comer en el bar de la calle de al lado.

Si no supiera que estos dos no tenían un parentesco, hubiera jurado que eran padre e hijo al ver como se bromeaban y lo bien que lo pasaban juntos. Sentí alegría por ellos pero a la vez una gran tristeza al recordar que yo jamás tendría esa complicidad con mis padres.

Por la tarde terminé de pintarlo, pero regresaría al día siguiente para darle el barniz que le daría el toque final.

Llegaba la hora de marcharse pero pensaréis que estoy loca si os digo que a pesar del cansancio que tenía de todo el día trabajando, aún me quedaría unas cuantas horas más allí, disfrutando de la compañía de dos personas encantadoras y alargando más el momento de volver a casa. Así que no lo pensé dos veces y llamé a mi madre para disculparme y decirle una pequeña mentira para que me cubriera por unas horas.

—¿Qué os parece si os invito a cenar? —Propuse mientras me acercaba a ellos.

Paco me miró con una sonrisa divertida, pero se negó a acompañarnos debido a su dolor insoportable de espalda. Álex por el contrario aceptó mi invitación algo sorprendido, lo que hizo que una pequeña sonrisa socarrona asomara por la comisura de mis labios.

—Esto no es una cita —advertí divertida mientras salíamos del taller.

—¿Ah no? —Preguntó fingiendo tristeza absoluta—, por favor... —prosiguió con la escenita —no me rompas el corazón.

—Siento rompértelo cariño —le seguí el juego— esto es tan solo una cena de trabajo.

—¿Qué propones? —Preguntó una vez que entramos en su coche.

Miré la hora en mi reloj. Habíamos terminado pronto, eran las siete y media de la tarde así que pensé en algo que me apetecía hacer.

—¿Tienes tiempo? —Pregunté.

—Todo el tiempo del mundo, cariño —contestó acentuando esta última palabra a la vez que sonreía.

Le conté mi plan y por su expresión no pareció disgustarle. Paramos en un supermercado para comprar unas bebidas frías y aunque sabía que no era el momento indicado, compre también una caja de tampones. Sí ya lo sé, pero... ¿qué pasa si los necesito?

—Está por llegar mi gran amiga —le informé cuando vi que su mirada se posaba en esa pequeña cajita.

—¿Tu amiga te pide que le compres tampones? —Preguntó muy divertido.

—¿De verdad necesitas que te explique quien es mi amiga? —Reproché esta vez, poniendo los ojos en blanco. Y como era de esperar, ese chico no dejaba de sorprenderme. Se echó a reír como si le hubiera contado el mejor chiste del mundo.

Una vez en carretera escuchamos música, hablamos nuevamente de cosas insignificantes como podía ser la serie de Netflix que Álex estaba por terminar o las mil manías sin sentido que la gente ocultaba que tenía, como por ejemplo: mi madre no podía ver que las pinzas de colores estuvieran mezcladas en las cuerdas de tender, cada cuerda tenía que ser del mismo color.

Paramos en un restaurante para comprar una pizza, a Álex le encantaba chorreante de barbacoa y a mi más sencilla. Por eso y tras volver loco al cocinero nos hizo una pizza por mitades. Él evidentemente de barbacoa y carne; yo de york, beicon y huevo.

Diez minutos más tarde llegamos a ese pequeño pueblo de interior que no creía que llegara a doscientos habitantes. Subimos a la ermita que estaba sobre la montaña y respiré hondo tras sentarnos sobre la hierba que crecía sin control en la pradera.

—¿Escuchas eso?

—¿El qué? —Preguntó mientras prestaba atención.

—El silencio... —susurré al echarme sobre mi espalda tras cerrar los ojos.

No escuché respuesta, pero estaba segura que volvió a sonreír. Imitó mi gesto y se recostó a mi lado con tanta suavidad que pude notar como su mano rozaba la mía por un segundo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, uno junto al otro sin decir nada, tan solo escuchando el siseo de nuestra respiración.

—Como sigamos así nos vamos a perder la puesta de sol —advertí muy relajada.

—Como sigamos así te vas a dormir —respondió estirándose para a continuación levantarse e ir a por nuestra cena.

Quince minutos después seguíamos en el mismo lugar, al pie de la ermita, al borde de la colina. No sé si fue por la compañía, la pizza que estaba buenísima o la puesta de sol que fue impresionante, pero supe que ese momento había sido el mejor en mucho tiempo.

Cuando comenzó a refrescar volvimos al coche para bajar de nuevo a ese pueblecito con tanto encanto de casas blancas, arcos y puente de piedra. Tan solo llevaba la sudadera de chándal que me puse por la mañana así que él, como buen caballero que intentaba ser me ofreció una chaqueta que tenía en el asiento trasero para dar un paseo por las calles del lugar. Continuamos hablando sin parar, riendo y saludando a las personas mayores que salían a tomar la fresca en la puerta de su casa.

Me quedé mirando una puerta a mi derecha con un llamador con forma de ángel, la observé porque juraría que ya lo había visto un rato atrás.

—¿Tienes la sensación que estamos pasando todo el rato por las mismas calles? —Dijo tras adivinar mis pensamientos.

—Lo estamos haciendo —admití entre risas.

Miré la hora y no me lo podía creer, eran las doce y media de la noche. ¿Cómo habían pasado tres horas desde el atardecer?

—Creo que ya es hora de volver —anuncié algo decepcionada.

—Si —admitió—, por desgracia... —siseó entre dientes casi imperceptible.

Esa vez anduvimos más deprisa, dejando ese ritmo calmado y despreocupado.

Cuando quedaban unos metros para girar la calle donde estaba aparcado el coche, noté como su mano se posaba sobre la parte baja de mi espalda para guiarme mejor. Ese gesto hizo que algo se sintiera nuevamente en mi interior, creando así un leve escalofrío casi imperceptible. No me soltó hasta llegar y abrir el coche para darme paso como el buen caballero que pretendía ser. Y ahí estaba de nuevo esa sonrisa que me hacía olvidar todo lo demás.

El viaje de regreso fue más largo que los cuarenta minutos que marcaba el GPS, algo me decía que él tampoco quería que la noche terminara.

—¿En el mismo lugar y a la misma hora? —Preguntó cuándo me bajé del coche en la misma calle donde él me recogía.

Capítulo 8

“Decisiones desafortunadas” Álex

Llegué un poco pronto, diez minutos antes que ese día en el que la recogí por primera vez. Miré hacia esa bolsa que dejé sobre el asiento del copiloto, parecía que me llamaba. Ese olor a croissant recién hecho hacía que mis papilas gustativas comenzaran a salivar sin parar, pero cuando mis dedos buscaron una pieza de esa dulce tentación, la vi salir.

Observé como miraba a su alrededor mientras se ponía la gorra hacia abajo, como si se escondiera de alguien, como si quisiera ser invisible para los demás.

—Buenos días —anuncié a la vez que cogía la bolsa para dejarla atrás.

—Hola —contestó mientras se sentaba para a continuación coger la caja con los tres cafés que le estaba entregando para que los guardara sobre su regazo.

—¿Dónde está mi beso de bienvenida? —Pregunté señalando mi mejilla derecha.

—¿Dónde está el hombre tan atento y caballeroso que me abría la puerta antes de entrar?

—¡Bah! Ese quedó en el pasado...

Mery me miró divertida y tras unos segundos dudosos se acercó a mí. Con una mano cogió con fuerza la cajita sobre su regazo y con la otra se acercó un poco para posarla sobre mi mejilla

izquierda mientras besaba suavemente la otra.

Cuando se separó arranqué sin decir nada más, tan solo sonreí al pensar que me sentía como un puto crio de doce años, pensando en que no volvería a lavarme esa parte de la cara en la vida, como cuando jugabas al conejito de la buena suerte y te besaban por primera vez.

—¿Qué es tan gracioso? —Preguntó con el ceño fruncido.

Yo no contesté. Solo la miré, sonreí y negué con la cabeza.

La mañana pasó muy rápida, tras el desayuno cada uno se puso manos a la obra y después de varias horas sin verla apareció para dirigirse hacia nosotros.

Cuando se dio cuenta que Paco me estaba hablando sobre el fallo de un nuevo coche que llegaría por la tarde, ella quiso dejarnos más intimidad, pero Paco la frenó.

—¿Querías algo? —Preguntó el viejo amablemente.

—Os he visto hablando y no quería molestar.

—Hija, tu no molestas ¿ya has terminado?

—Sí, pero tendré que volver mañana para montarlo ¿queréis verlo?

—Por supuesto —informó Paco.

Cuando llegamos junto a la cabina de pintura ella me miró por un segundo y creí captar algo de ilusión en sus ojos.

—Hija, eres una artista —susurró Paco.

—Nunca había visto este efecto en persona, tan solo en revistas y videos—admití sorprendido.

—¿Qué te parece?

—¿Que, que me parece? —Respondí con otra pregunta a la vez que me acercaba más para verlo de cerca—. Impresionante..., es impresionante.

—Cuando lo veáis al sol, vais a alucinar. Hace tiempo que quería hacer este cambio.

—¿Estás segura que no te interesa trabajar aquí? —Insistí aún asombrado.

—Me encantaría trabajar con vosotros, pero no puedo —respondió resignada.

—¿Y si lo discutimos comiendo? —Pregunté.

Mery pareció pensarlo por un momento, su mirada me decía que sí pero algo la frenaba.

—Me encantaría..., pero he quedado con Carlos.

Claro ¿con quién si no era con él? Lo pensé por un momento y llegué a la conclusión de que probablemente tuvieran algo y si no era así, poco les faltaba.

—No pasa nada —contesté intentando ocultar mi desilusión—, pero la propuesta sigue en pie, si quieres trabajar con nosotros ya sabes dónde estamos. —Continué sin mirarla de nuevo mientras me limpiaba la grasa de las manos con un trapo.

—Cuando me dijiste dónde estabas no me lo podía creer —interrumpió Carlos entrando al taller.

—¡Hola! —Saludó ella con emoción.

—Hola tío —dijo acercándose para chocarme la mano.

Saludó a Paco y a continuación abrazó a Mery dándole a la vez un beso en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —Le preguntó a ella tras apartarse por fin de su lado.

—Ven conmigo, te lo enseñaré.

Se largaron muy animadamente hacia la cabina de pintura, ni siquiera se molestaron en decirnos una sola palabra, tampoco se molestaron en despedirse. Pude ver cómo Carlos posó su mano sobre la parte baja de su espalda, justo en el mismo lugar donde horas atrás la posé yo también. A ella no parecía importarle, pero... ¿qué cojones hacia observando estas cosas como

si me importaran? Tan solo era curiosidad ¿no?

—¿Te importa si me voy? Tengo algo que hacer —pedí permiso a mi jefe.

—A las cuatro y media te quiero aquí —me advirtió el viejo.

Me largué. No quería seguir pensando en ellos ni un minuto más. No soportaba esa sensación tan extraña, tan amarga. Jamás la había sentido antes y no me gustaba nada sentirlo en mis propias carnes. ¿Eso eran celos? ¡Ni de coña! ¡Claro que no! La chica era guapa, agradable, simpática y tenía un cuerpo impresionante pero no había nada más.

Tenía que acabar con esto, tenía que hacer algo para dejar de sentirme así.

Saqué mi teléfono del bolsillo antes de entrar a mi coche y una vez que me senté en su interior busqué su contacto sin pensarlo más. La llamé, Llame a Irene para disculparme por mi comportamiento de los días anteriores, para quedar a comer algo rápido y acostarme de nuevo con ella como tantas veces lo había hecho.

Salí pitando de su casa cuando me di cuenta que eso no había servido de nada a pesar de mi empeño en el momento de intimidad. Pero lo peor en ese momento no fue usar a Irene para eso, que en realidad lo era..., lo peor fue que no pude olvidarme de la chica temeraria con carita de ángel.

Cuando llegué al taller me enfoqué en el trabajo para no pensar, para evitar esa sensación de frustración que tenía conmigo mismo, para hundir en mi interior ese mal estar que no me dejaba concentrarme. Paco no era tonto y se dio cuenta de que me sucedía algo, hasta me dijo que parara para descansar. Esperé durante horas verla aparecer de nuevo pero eso no sucedió. El resto de tarde la pasé de un humor de perros y la noche no fue mejor.

Miércoles, 7:30 am:

Aparqué el coche en la Gran Vía, justo a unos metros donde la recogí el día anterior. No habíamos quedado, ni siquiera hablamos de vernos de nuevo para ir juntos al taller, pero a pesar del gran enfado conmigo mismo que aún persistía quería llevarla de nuevo.

Miré a ambos lados de la calle cuando me di cuenta de que no saldría de aquel portal. No aparecía por ningún lado, ocho menos diez de la mañana y todo seguía igual, ella no llegó. Arranqué el coche aún más cabreado por ser tan estúpido, y no podía negar darle la razón cuando me llamaba así. Mi cabreo fue incrementando al quedar atrapado en un atasco debido a un pequeño golpe entre dos vehículos en la salida a la carretera.

—El día en que llegues a tu hora montaré una fiesta —dijo Paco mirándose el reloj al verme cruzar la puerta del taller.

Sin decirle nada más que un: “buenos días” a regañadientes, traspasé la puerta del vestuario para cambiarme de ropa. Después me puse a trabajar en el Megane sin mirar ni un solo segundo hacia la cabina de pintura. Media hora más tarde la curiosidad me mataba y tuve que mirar para saber si ella estaba ahí. Si, ella estaba revisando su trabajo y ¿ahora qué?

Conforme fue pasando la mañana mi cabreo se iba esfumando pero a media mañana observé como hablaba con alguien muy animadamente por teléfono, se reía a carcajadas y fue cuando mi intuición me jugó una mala pasada. Mi mente iba por libre y pensé que la persona con la que seguramente estaría hablando sería Carlos. Tras colgar la llamada salió de su zona de confort para poner rumbo en mi dirección.

—Voy al bar de la esquina a comprar algo para almorzar ¿te traigo algo? —Se ofreció amablemente.

—No —dije algo seco.

— ¿Seguro?

— ¿Que parte del no, no entiendes? —Solté más borde de lo que pretendía.

¡Joder! Esa chica no tenía la culpa de nada, esta mierda que tenía en mi cabeza no me dejaba pensar con claridad y lo estaba pagando con ella.

Me miró con el ceño fruncido y sin decir nada más se marchó. Se largó sin ni siquiera insultarme, definitivamente la había cagado.

Una hora más tarde, vi como Mery andaba de un lado a otro sin posar su mirada sobre mí.

—¿Que buscas? —Pregunté, intentando suavizar la tensión que había creado.

Ella, como era de esperar me ignoró y se largó de nuevo a su puesto de trabajo. La seguí pensando en qué decirle, como hacer que olvidase lo sucedido sin tener que disculparme.

—¿Buscabas a Paco? —Pregunté al acercarme a ella, pero Mery seguía ignorándome— He tenido un mal día, no es nada personal —intenté justificarme.

—Pues piérdete y continúa con tu día de mierda —escupió por esa pequeña boquita por la que salían unas palabras dignas de escuchar.

—Venga, no seas tan dura, ya te he dicho que no pasa nada contigo.

—Me importa una mierda —dijo esta vez alzando la mirada—, no te quiero aquí. ¡Lárgate!

—¡Joder! Perdóname ¿vale?

—Como me vuelvas a contestar así de nuevo te juro que no te volveré a hablar en mi vida —advirtió fulminándome con la mirada, esa mirada profunda con esos ojazos verdes que tanto me intimidaban.

—De acuerdo —dije a regañadientes— y ahora dime... ¿qué buscabas?

—A Paco —respondió aún enfadada.

—Ha ido al banco ¿necesitas ayuda?

—Puedo esperarle —contestó aun guardándome rencor.

—¿No me habías perdonado?

—Que esté hablando contigo no significa que te haya perdonado —contestó esta vez no tan borde—. No me gusta esa palabra, no me gusta que la gente haga lo que quiera y luego pida perdón, a mí eso no me vale y... ¿sabes lo que creo? —Hizo una pausa para que la escuchara bien—. El perdón es una palabra egoísta que solo sirve para que el que lo pide se sienta mejor, en cambio, la persona herida no saca nada con perdonar ya que el dolor sigue con ella.

—Entonces... ¿qué es lo que te vale? —Conseguí preguntar algo desconcertado.

—Que se piense antes de actuar, no está bien hacer daño gratuitamente para después usar esa estúpida palabra.

—¿Tanto daño te he hecho? —Pregunté sorprendido.

—No, tú no eres nadie importante para hacer que me importe.

—¿Entonces? —Pregunté, esta vez dolido.

—Entonces nada, déjame sola por favor.

—Dime en qué puedo ayudarte y no seas tan orgullosa.

—¿Que parte de "voy a esperar a Paco" no entiendes?

—¿Sabes qué? ¡Que te den! —Dije algo enfadado volviendo de nuevo a mi trabajo.

Esa chica me ponía de los nervios. Era insoportable, era grosera y era aún más preciosa si se puede cuando se enfadaba. Esa chica me estaba volviendo loco.

Veinte minutos más tarde fui de nuevo a ese lugar en el que estaba tan concentrada.

—¿Se te ha pasado el enfado? —Pregunté a su espalda.

—¡¡Joder!! —Gritó— ¡Que susto!

—Ha llamado Paco, no volverá hasta la tarde.

—Genial... —susurró irónicamente.

—Te ayudo —informé cogiendo una de las herramientas del suelo.

—No hace falta.

—Si hace falta —solté riéndome al ver como intentaba colocar uno de los paragolpes del coche sin buen resultado.

Entre los dos lo colocamos sin problemas. No hablábamos de absolutamente nada pero tampoco hacía falta, sabíamos lo que había que hacer en cada momento y nos compenetrábamos a la perfección.

—Este coche es alucinante —susurré cuando por fin terminamos de colocar la última pieza —, has hecho una obra de arte —continué admirándolo.

—Creo que te has ganado una vuelta —aprobó ella sacándose del bolsillo la llave del Mercedes.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No hagas que me arrepienta —advirtió con una media sonrisa.

No me lo podía creer, iba a conducir a la bestia junto a la chica temeraria. Me cambié de ropa, me lavé lo más rápido posible y salí del vestuario para no hacerla esperar por más tiempo. Cerramos el taller y por fin posé mi culo sobre ese asiento de cuero tan confortable. Salimos a la carretera principal adelantando a los coches demasiado lentos para la bestia, llegamos a una curva carretera arriba y fue entonces cuando ella me animó: insistió para que pisara el pedal del acelerador y disfrutara del momento. Lo hice, vamos que si lo hice.

Una vez llegamos arriba, hice un cambio de sentido y bajé disfrutando de las vistas, el momento y la compañía. Ese momento fue perfecto.

Treinta minutos después llegamos de nuevo a la puerta del taller. La miré sin saber que decir ¿la invitaba a comer? ¿Le pedía su número de teléfono? Pero cuando me decidí a abrir la boca ella salió para dar la vuelta a su coche y abrir la puerta del lado del conductor.

Salí de él pero cerré la puerta para que no se marchara tan pronto.

—Me ha encantado conducir a la bestia —afirmé sin saber que decir.

—¿Cómo lo has llamado? —Preguntó divertida.

—La bestia, así llamo a tu coche.

Mery me miró, penetrándome con la mirada, sintiendo la calidez de su cuerpo cuando se acercó a mí para hablarme de nuevo.

—Me gusta... —susurró divertida.

—Me gustaría volver a conducirlo —respondí acercándome un poco más, entrando en su juego.

—Cuando quieras.

—No tengo tu número de teléfono.

—Si lo que querías era mi número de teléfono solo tenías que pedírmelo.

—Solo me interesa tu coche —mentí mirándole esos labios carnosos que deseaba besar.

—Ya... —respondió incrédula mientras se separaba un poco.

—¿Que más podría querer de ti? —Pregunté arriesgándome demasiado.

—Lo que quieren todos los tíos.

—¿Y qué se supone que queremos los tíos? —Continué a la vez que me acerqué de nuevo a ella, posando mi mano sobre el techo de su coche para así intentar ver alguna reacción en ella.

—¿De verdad necesitas que te lo explique? —Contestó con otra pregunta a la vez que acortaba la distancia entre los dos.

La miré durante unos segundos y las ganas de besarla inundaron todo pensamiento racional. No podía hacerlo. No quería cagarla.

—El sábado hemos quedado en el polígono donde corrimos. Nada de carreras, tan solo es una reunión para pasar un buen rato —dije esperando que aceptara la invitación—. Me gustaría verte por ahí.

—No creo que vaya —dijo mientras se giraba para entrar nuevamente en su coche.

—Piénsalo ¿vale? —Y sin pensarlo más yo también puse distancia entre los dos.

—¿No querías mi número de teléfono?

—Lo quiero, pero me lo darás el sábado —afirmé entrando en mi coche sin dejar de mirarla.

Capítulo 9

“Provocación” Mery

lex, ese chico llamado Álex me estaba volviendo loca. El otro día cuando fuimos a ver el

Atardecer a La Selva de Mar me transmitió paz, una paz que necesitaba en mi vida, pero el otro día me descolocó por completo cuando sin merecerlo me habló de aquella manera. Por eso mismo me veía con el debate de ir o no ir a esa reunión de amigos en la que estaba invitada.

Sábado, 23:45 pm:

—Tesoro, es un poco pronto para dejarte en tu casa ¿damos una vuelta por la playa?

—Te tengo dicho que no me llames así —contesté furiosa a José Miguel.

—Sabes que me sale solo, no me lo tengas en cuenta.

—Me pediste que me olvidara de Gonzalo ¿cómo crees que pueda hacerlo si esa palabra me recuerda a él?

—Tienes que pasar página, hace seis años que ese chico murió y aún no puedes ni darme un beso en condiciones—contestó algo cabreado—. Que te llame como él lo hacía no es el problema.

No, claro que no. El problema era él: José Miguel. No me atraía, no me hacía sentir lo que Álex me provocaba con tan solo una mirada. José Miguel era buen chico: paciente y respetuoso, era atractivo pero saber que mi padre me lo imponía me creaba un rechazo que no podía evitar.

—Sabías que iba a ser complicado. Él murió siendo mi novio y... es algo extraño porque siento como si aún lo fuera. Cuando estoy contigo es como si lo traicionara. —Contesté lo más sincera posible.

—No puedo competir con un fantasma Isabella, eso me crea una frustración insoportable —respondió algo afligido—. Cariño, tienes que darte cuenta de que él no volverá.

—Lo sé —conseguí decir con tristeza.

Dimos una vuelta por la playa tal y como él quería. Yo, aunque el paseo se me hizo ameno por las anécdotas que me contaba sobre sus compañeros de trabajo, solo pensaba en llegar a casa y hacer tiempo para que mis padres durmieran y así poder salir de casa sin sospechas; porque sí, había decidido encontrarme de nuevo con él.

Llegué a casa a las doce y media de la noche, mi padre quedó encantado al ver como José Miguel se despedía de mí con un pequeño beso en los labios. No lo rechacé como otras veces, incluso sonreí al separarnos, sabía que con ese gesto mi padre quedaría satisfecho. Esa sería mi oportunidad para hacerle creer que su plan seguía como él esperaba.

Domingo 01:45 am:

Las dos menos cuarto de la mañana y los ronquidos de mi padre se escuchaban desde el pasillo, aun sabiendo que estaba en un sueño profundo salí por la puerta del servicio ya que era la más lejana a la casa. Corrí carretera abajo, atravesé Gran Vía y llegué al garaje en diez minutos.

Mi corazón latía desbocado del esfuerzo, pero una emoción me inundó al saber que por fin lo vería de nuevo.

Llegué en tan solo quince minutos a ese mismo lugar en el cual se mezclaban sentimientos contradictorios, sentimientos que quería superar pero también sentimientos de empezaban a aflorar.

Aparqué junto a un Audi, que al parecer era el mismo al que gané. Había mucha gente que se amontonaba en pequeños grupos disfrutando de la música pero no era tanta como el día de la carrera. Esa música ensordecedora que salía de un altavoz potente de un Golf gti algo viejo, el

sonido era tan fuerte que pensé que el kit del equipo completo costaría más que el propio coche.

Cuando llegué me mezclé entre la multitud buscando una cara conocida, la gente me miraba al pasar e incluso pude notar alguna sonrisa a modo saludo de gente desconocida. Un poco más apartado había un grupo de gente que reían y hablaban animadamente, entre ellos estaba Álex, junto a él estaba Irene y a unos metros, Carlos con sus amigos. Respiré hondo, cogí fuerzas y anduve sin titubear hacia ellos, Álex me miró de arriba a abajo con una mirada que lo decía todo, por lo menos eso sentí junto a su sonrisa socarrona. Había resultado: me había puesto un vestido color verde militar muy ajustado hasta las rodillas con una raja lateral que llegaba hasta mitad de mi muslo, el escote en V hacía resaltar mis pechos y los tirantes finos dejaban al descubierto mis hombros desnudos. Llevaba una chaqueta vaquera en la mano, la cual me pondría nada más llegar, a pesar de que solo quedaba un mes para que comenzara el verano, aún hacía un poco de frío por las noches.

—¡¡Mery!! —Gritó Carlos mirándome con los ojos como platos—. No sabía que vendrías —. Dijo acercándose a mí con asombro.

Me abrazó, como cada vez que me veía. Sabía que este chico me miraba de forma diferente pero su cariño era sincero. Fue amigo de Gonzalo y entendía mi dolor.

—Casi no vengo, mira qué hora es.

—Me alegro de que estés aquí.

Llegamos con todos y algunos con los que hablé el otro día me saludaron dándome dos besos. Irene me miraba de arriba a abajo con cara de asco y eso hizo que me sintiera aún más orgullosa.

—¿No vas a saludarme? —Preguntó Álex viniendo hacia mí, dejando a Irene con la boca abierta. Esa chica no tenía ni idea de lo que pasaba entre nosotros.

—Hola —respondí con una sonrisa coqueta, intentando joder lo máximo a esa chica.

Álex se acercó, posó su mano en la parte baja de mi espalda y me besó en la mejilla, rozando la comisura de mis labios. Mi corazón dejó de latir por un segundo, un segundo en el que un calor demasiado intenso recorrió todo mi cuerpo dejándome con ganas de más.

—Sabía que estabas deseando darme tu número de teléfono —susurró antes de separarse.

—No seas tan creído, no estoy aquí por ti —mentí descaradamente.

Mi corazón comenzó a latir con más fuerza, con una furia que hacía tiempo no latía cuando vi cómo su mirada intentaba penetrar tras la tela de mi vestido mientras una sonrisa canalla asomaba por sus labios dirigida solo a mí.

—¿Quieres algo de beber? —Interrumpió Carlos sin entender nada.

—Voy contigo.

Álex me miraba con descaro como si pudiera ver tras mi ropa a la vez que su acompañante enmudecía llena de furia. La verdad, ese vestido marcaba cada centímetro de mi cuerpo, dejando poco a la imaginación.

Reí con Carlos y otros chicos más mientras terminaba mi refresco sin prisa, en realidad me lo estaba pasando bien. Miré en varias ocasiones hacia esa dirección en la que se encontraba ese chico por el cual yo estaba allí y mi sorpresa fue darme cuenta que su mirada se cruzaba con la mía en todo momento. Esa última vez se la sostuve esperando que fuera él quien la retirara, pero tal y como esperaba, no lo hizo. Deseaba estar junto a él, disfrutar de sus conversaciones triviales, de su ironía, de su sonrisa encantadora cuando bajaba la guardia. Nuestras miradas se perdieron cuando dos chicas bailando se interpusieron entre nosotros, dejándome unos segundos para volver de nuevo a la conversación que tenía Carlos con otro chico.

Lo intenté, os juro que intenté meterme en las conversaciones de la gente a mi alrededor. Intenté hablar con varias chicas las cuales no se les entendía absolutamente nada debido a su

grado de embriaguez, intenté no mirar en su dirección y desconectar, pero a pesar de mi empeño mis pensamientos seguían con él.

Media hora más tarde fui de nuevo a un coche con el maletero abierto donde estaban las bebidas dentro de una nevera de camping.

—¿Te ayudo en algo? —Preguntó un chico moreno bastante alto, con la tez algo rugosa, suponía que fue debido al acné severo en su adolescencia.

—Solo quiero un refresco.

—¿Sabes quién soy?

—No, lo siento —negué con una disculpa.

—Lorien —respondió ofreciéndome su mano tatuada —soy el chico del Porche al que ganaste.

—Mery —sonreí mientras se la estrechaba— lo hiciste muy bien, me lo pusiste muy difícil.

—Me quedé asombrado al ver cómo me adelantabas, no sabía que en esa curva podrías hacerlo.

—Pues ahora ya lo sabes —advirtió Álex apareciendo a mi espalda— tenemos una buena contrincante— anunció pasando su brazo sobre mis hombros.

Me encantó sentirlo tan cerca, sentir su beso me había hecho querer más de él y en ese momento lo tenía pegado a mí, abrazándome como si lo hiciera como a cualquiera de sus amigos y a pesar de que deseaba que no se apartara de mí, algo en mi interior me hizo reaccionar y no dejar que se saliera con la suya.

—Sabes que volveré a ganarte —le respondí cogiendo su mano, saliendo de su abrazo.

—Tienes ventaja, con la bestia a tu favor todo puede ser.

—Algún día intercambiaremos los coches, y entonces veremos —dijo con una sonrisa burlona.

—Puedo dejarte mi Porche si es para ganar a este tío —anunció Lorien—. Su coche es una chatarra.

—Pues la chatarra te ha ganado en varias ocasiones —respondió Álex algo irritado, se notaba que esos dos no se llevaban bien.

—Gracias por tu ofrecimiento, lo tendré en cuenta —respondí sonriendo a Lorien, llevándome a Álex de allí cogiéndole por el brazo.

—¿Que ha sido eso? —Pregunté curiosa.

—No somos muy amigos.

—He podido darme cuenta.

—No es de fiar, créeme —advirtió algo serio.

Llegamos junto al grupo y esa vez dejé que posara su mano sobre mi espalda para guiarme. Irene estaba que echaba humo por las orejas así que tenía que aprovechar el momento.

—¿Sigues queriendo conducir mi coche?

—¿Vas a darme tu número de teléfono?

—Algo mejor —contesté sacando la llave del Mercedes.

Irene se puso muy nerviosa al ver lo que pasaba entre nosotros y se acercó como la víbora que era.

—Has dicho que estarías con nosotros, no me digas que ahora te vas a ir con esta... —dijo ella mirándome con desprecio.

—No me digas que te da miedo que se venga a dar una vuelta conmigo...

—Para nada, tú no le gustas, piensa que eres una niña de papá como lo pensamos todos.

—Tú eliges... —dije mirando a Álex a los ojos haciéndole elegir.

Él me sonrió y pude ver que algo en su mirada me indicaba que quería jugar.

—¿Y tú número de teléfono?

—Solo te interesa mi coche ¿no? Ahí lo tienes —dije señalando mi coche con la mirada a la vez que le ofrecía la llave.

Él colocó su mano sobre la llave que posaba sobre la palma de mi mano y muy despacio rozó sus dedos con los míos demasiado tiempo mientras me miraba intensamente. Entrelazó sus dedos con los míos dejando la llave totalmente oculta entre nosotros.

La expresión de esa chica morena que se moría por los huesos de ese chico que tanto me tentaba, indicaba que estaba alucinando, mirándome con odio, un odio que me encantó sentir.

Capítulo 10

“Acantilado” Álex

Me encantó ver cómo Mery le dio un zasca bien dado a Irene, se lo merecía, cada vez estaba más convencido de que había sido ella la culpable del destrozo del coche de la chica temeraria. No me gustaba nada que ella creyera que era de su propiedad, yo no era de nadie y tampoco estaba con nadie. Podía ir con quien me diera la gana y tenía que demostrárselo.

—¿Estás contenta? —Pregunté nada más arrancar el coche.

—¿Yo? ¿Por qué? —Respondió con una sonrisa inocente.

—No te hagas la loca ¿crees que soy tonto? Se perfectamente que me has ofrecido tu coche solo por joder a Irene.

—¿Porque has aceptado entonces? Puede enfadarse contigo...

—Desde que llegaste está muy pesada, no me gusta que me controlen.

—Pero... ¿es tu novia?

—No —dije mirándola a los ojos cuando dejamos las curvas atrás —solo somos amigos.

—Ya...

—Lo digo en serio, yo no quiero nada serio.

—¿Dónde vamos? —Preguntó al darse cuenta que salíamos a la autovía.

—Quiero enseñarte un lugar.

El resto del camino lo hicimos en silencio, un silencio agradable y para nada incómodo. Mery era la clase de persona con la que no tienes que forzar nada, esa clase de persona con la que no necesitas hablar de nada para estar a gusto.

Llegamos en diez minutos al acantilado, ese en el que me encantaba ir solo, ese que recordé cuando me llevó a esa colina donde se recostó para escuchar el silencio. Ese lugar que ahora quería compartir con ella.

—Me encanta saltar desde aquí —anuncié cuando llegamos al acantilado tras dejar su coche aparcado.

—¿Estás loco?

—Pensaba que no le temías a nada.

—Y no lo hago, pero esto... —dijo acercándose al borde— no sé, puede que algún día vuelva aquí y me lance.

—¿Por qué no ahora? El mar está tranquilo, no hay problema.

—No sabría hacia dónde nadar, no me conozco la zona.

—Tírate conmigo —dije sin pensar.

La había traído hasta allí solo para enseñarle esta maravilla de lugar. Quería compartirlo con ella, no tirarme de nuevo, pero la situación se estaba poniendo emocionante y cada vez me apetecía más.

—No me fío de ti —dijo muy seria— seguro que en el último momento me dejas caer sola.

—Venga, confía en mí —dije acercándome a ella, acariciándole la cara con mi pulgar.

—¿Por qué debería hacerlo? —Contestó mirándome con esos ojos que me volvían loco, esos ojos en los que me encantaba perderme.

—Porque eres la única persona que he traído hasta aquí.

—¿Qué tiene de especial este lugar?

—Es muy importante para mí —admití seriamente.

—Como me la estés jugando te vas a enterar —dijo sonriendo solo para mí—. Comenzó a quitarse las superstar blancas, después se quitó la cazadora vaquera y me miró.

—¿Que pasa contigo? —Dijo señalando mi ropa aún en su lugar.

—Sí, claro.

Comencé a desvestirme, hacía algo de frío pero solo por verla en ropa interior mereció la pena.

—¿Contenta? —Pregunté al ver como se quedaba embobada mirando todo mi cuerpo, cubierto tan solo por mis bóxer.

—Si —respondió bajándose los tirantes, dejando caer ese vestido, que a partir de ese momento se convirtió en mi preferido.

Tenía un cuerpo de infarto, esa chica era tan perfecta que daba miedo, porque no solo era una cara bonita..., con ella podían pasar las horas sin apenas darte cuenta.

Me acerqué a ella con cautela, despacio y sin prisa mientras veía como me observaba sin apartar la mirada. Una vez a su lado me acerqué un poco más para rozar nuestros dedos hasta entrelazarlos al fin.

—Si no quieres hacerlo, no lo hagas. No quiero que te sientas obligada.

—Nunca me he tirado al mar desde tan alto —susurró observando la altura por el acantilado—. Es algo totalmente nuevo para mí, pero me apetece hacerlo —admitió sonriendo de nuevo.

—¿Preparada?

—Sí —quiso sonar firme, pero su suspiro me indicaba su nerviosismo.

Nos acercamos al borde y noté un titubeo, estaba dudando.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Quiero saber que se siente... Sí, quiero hacerlo —respondió mirándome de nuevo muy segura—. ¿No será que tienes miedo? —Preguntó burlona.

—¿Yo? Para nada —contesté riéndome—. A la de tres. Una... dos... —esta vez la presión de nuestras manos se intensificó— ¡Espera! —Dije apartándola un paso atrás.

—¿Qué?! —Exclamó algo alterada.

—No pienses en nada —dije mientras me acercaba más a ella y la besaba suavemente en los labios— tres... —susurré acercándonos al borde de nuevo.

Ella me miró sorprendida, tanto que me dio miedo su reacción.

—¡Ya! —Grité aún de su mano y tirando un poco de ella caímos los dos juntos al mar.

El agua estaba tan fría que sentí como si un millón de alfileres se clavaran todos a la vez. Caímos muy profundo y la presión del agua hizo que la perdiera de mi agarre. Subí a la superficie lo más rápido posible para buscarla entre la oscuridad de la noche y comencé a asustarme cuando me di cuenta que aún no había subido a la superficie. Nadé de un lado para otro hasta que unos segundos más tarde pude ver cómo una cabecita se asomaba cogiendo una bocanada de aire.

—¿Qué tal? —Pregunté aliviado al verla.

—¡Ha sido impresionante! —Gritó nadando hacia mí.

—Ya lo sé, beso genial, todas me lo dicen...

—¡Estúpido! —Me insultó salpicándome con la mano— me refiero al salto. ¡Me ha hecho sentir viva!

Sentí curiosidad por lo que había dicho, pero pude darme cuenta que se arrepintió al segundo de que esa frase saliera por su boca. Por supuesto no dije nada para no incomodarla y no estropear el momento con preguntas inapropiadas.

—Sígueme, vamos a salir.

La guié a una pequeña cala donde iba tantas veces con mi abuela. A ella le encantaba esa playa y yo de pequeño me quedaba embobado viendo como la gente se tiraba desde ese acantilado. Salimos tiritando y me acerqué a ella para darle calor.

—Estás helada —dije mientras frotaba mis manos contra sus brazos.

—El agua es estaba helada —declaró tiritando.

—Ven —la atraje hacia mí, dándole calor con mi cuerpo.

La abracé y ella pasó una de sus manos por mi espalda, pegándose más a mí. Subimos sin decir nada hasta llegar donde habíamos dejado nuestra ropa junto a la llave del coche.

—Ponte mi chaqueta hasta que llegemos al coche.

—Estoy bien.

—No. Estas tiritando.

Me hizo caso y cogí todas nuestras pertenencias. Al llegar al coche ella me miró y por un momento creí que diría algo, pero apartó la mirada algo incómoda. Me miró pensativa de nuevo, pero antes de que se quitara mi chaqueta me acerqué a ella para mantenerla sobre sus hombros, para mantener esa mirada llena de palabras que no quería pronunciar, para besarla de nuevo.

Me acerqué para sentir sus labios helados junto a los míos, para sentir un contraste abrumador que me hizo querer sentirla aún más. No se resistió, por lo que me decidí a seguir besándola con tanta tranquilidad que hasta a mí me sorprendió la situación. Poco a poco su boca se abrió dejando paso a un beso más profundo, haciendo que mi cuerpo la quisiera aún más cerca. Bajé mis manos por sus brazos hasta llegar a la parte baja de su espalda para atraerla más a mí. Como no sentí negativa por su parte me decidí a profundizar más el beso: la besé con ganas, la besé con tanta intensidad que creí quedar sin aliento; mi lengua buscó la suya con cautela, pero mi sorpresa llegó cuando fue recibida con la misma necesidad, con ansia y determinación. Nuestras lenguas jugaban como si se conocieran desde hace tiempo, como si fueran almas gemelas y se encontraran por primera vez.

Y en ese momento lo sentí, esa química que me hacía dejarme llevar sin importar lo que viniera después, haciéndome sentir una sensación realmente agradable. Mi piel se erizó al notar el roce de sus dedos sobre mis brazos desnudos pero algo en mí volvió a la realidad y fue cuando lo noté: ella comenzó a tiritar de nuevo mientras sus manos subían lentamente por mis brazos. Y aunque me hubiera encantado descubrir que vendría después, decidí muy a mi pesar dejar de besarla.

—Esperaré aquí afuera hasta que te cambies —susurré con la voz entrecortada mientras posaba mi frente sobre la suya.

Mery no dijo nada, ni siquiera me miró de nuevo, simplemente se quitó mi chaqueta para entregármela a la vez que entraba al coche con su ropa en la mano. Mientras me vestía pensé en su reacción: no dijo ni una sola palabra, nada; ni siquiera me miró ni un solo segundo. ¿Estaba avergonzada? ¿Qué hacía ahora? Tenerla cerca me ponía nervioso y tan solo probar una pequeña muestra de lo que puede hacer esa boquita me hacía querer sentirla de nuevo, pero seguramente ella no pensaba lo mismo. Cualquier chica me habría sonreído, me habría hecho ver que todo estaba bien.

Tenía que despejarme, debía dejar de darle vueltas al tema y actuar como si no pasara nada.

—Aquí hace frío ¿sabes? —Anuncié dando unos golpecitos en la ventanilla del copiloto.

—Ya voy —dijo saliendo de nuevo del coche.

Ella seguía con la misma actitud: seguía pensativa, sin intención de hablar y sin volver a mirarme.

—¿Me llevas tu ahora? Quiero ver cómo conduces.

—Vale —respondió, esta vez devolviéndome la mirada.

Al entrar me di cuenta que una media sonrisa se asomaba en su rostro. Todo había pasado, el momento incómodo se estaba esfumando.

Observé como ella se fundía con aquel coche, lo llevó a límites extremos, haciéndome agarrar a la puerta por instinto. Lo supe cuando la conocí, esa chica estaba loca.

Poco a poco se relajó y me hizo ver a la Mery que conocía, sonreía al verme algo tenso y fue entonces cuando me dejé llevar e intenté disfrutar del momento aun pensando en que íbamos a pegárnosla.

—Ya hemos llegado —anunció al llegar a ese lugar donde mis amigos me esperaban.

—Quiero preguntarte algo muy seriamente... —dije intentando parecer realmente preocupado.

—Dime —contestó frunciendo el ceño.

—¿Eres consciente de que puedes morir cualquier día al volante de la bestia? —Pregunté sonriendo al ver como su expresión cambiaba—. No sé, igual no te explicaron de pequeña que esto no funciona como en el Mario Bros, solo tenemos una vida ¿sabes?

—¡Estúpido! —Insultó con la mejor de sus sonrisas.

—¿Ya te he dicho que estás loca?

—Sí, unas cuantas veces.

—Pues te lo diré una vez más, estas como una puta cabra.

—Sal de mi coche —ordenó sin dejar de sonreír.

—¿Me estás echando?

—¿Tu qué crees listillo?

—¿No vas a bajar? —Pregunté ahora más serio, mientras salía de su vehículo y a continuación me acerqué a su ventanilla.

—No —respondió mientras se miraba el reloj —es muy tarde y tengo que volver a casa.

—Ya, bueno... ¿me darías tu número de teléfono?

—¿Quieres conducir de nuevo a la bestia? —Preguntó Mery con una sonrisa que no podía ocultar.

—Nunca me cansaré de estar con la bestia.

—Ya, pues entonces puedes alquilar uno, se un lugar donde lo encontrarías.

—Pero el tuyo me sale gratis —respondí con una sonrisa de estúpido.

—Tendré que empezar a pedir algo a cambio —dijo metiendo la primera, preparándose para salir.

—Dime que volveré a verte —supliqué esta vez muy en serio.

—No puedo prometerte nada —contestó ella tras un suspiro.

Capítulo 11

“Sensaciones” Mery

Llegué a mi casa a las cinco de la mañana, todo estaba en calma pero después de dormir solo cuatro horas me esperaba un día caótico. A las once comenzaba la misa del domingo, al medio día comida con los González y la tarde en el club dejó por terminado un día completo. El lunes tuve una reunión con mi padre en la que me sorprendió su insistencia para que lo acompañara a la empresa para conocer más a fondo el trabajo. El resto de semana más de lo mismo y me hizo pensar si él sabría algo de mi doble vida ya que no me dejaba tiempo para mí. Mi vida como María Isabella estaba pasando de ser un auténtico muermo a un estrés constante y en los pocos momentos de tranquilidad solo podía pensar en él.

Álex, que bien besaba. Maldije el momento en que sus labios se separaron con un suspiro para dejarme vacía, porque así me sentí cuando se separó de mí: vacía, fría y vulnerable. Tan solo recordar como sus labios rozaron los míos, como sus manos cálidas se abrieron paso entre la tela de su chaqueta y mi piel para después acortar la distancia entre los dos, me hacía sentir de nuevo ese calor que recorrió todo mi cuerpo como si fuera una descarga eléctrica, como un aliento de vida cuando no lo esperas. Recordar ese momento era lo único bueno de la semana y me sentí una estúpida cuando tras terminar de besarme no supe reaccionar. El cuerpo me ardía por su cercanía a la vez que la vergüenza no me dejaba que lo mirase de nuevo. Desde que Gonzalo se marchó no volví a besar de esa manera a nadie más, sentí como todo mi cuerpo vibró con un simple roce de su lengua, la misma que me devoraba y me dejaba sin aliento. Ese beso me hizo recordar lo que era sentir, lo que era dejarse llevar y fue entonces cuando el miedo regresó. Miedo por volver a sentir y perderlo de nuevo.

Mi cuerpo comenzó a temblar debido al cambio que estaba experimentando, llevaba seis años que ni sentía ni padecía y todas esas sensaciones llegaban como un huracán dándome una bocanada de aire fresco.

Deseaba volverlo a ver, pero..., ¿qué pasaría entre nosotros? Él no quería nada serio y yo tenía una vida demasiado complicada. ¿Podría seguir viéndolo un poco más? ¿Podría dejar a un lado los sentimientos para evadirme de todo?

Tras unos días pensando y aprovechando que mi padre pasaría una semana en Barcelona, decidí buscar una excusa para verlo de nuevo.

Jueves 10:30 am:

Me miro por tercera vez y de nuevo vuelvo a cambiarme. Ni demasiado formal ni demasiado sencilla. Decido ponerme unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca ceñida. Maquillaje discreto y el dilema vuelve de nuevo cuando me recojo el pelo en una coleta alta. Me pongo de los nervios al ver como varios bollos se asoman por un lateral, y tal y como hice con la ropa voy a lo seguro: me quito la coleta y me dejo el pelo suelto a pesar de que tengo algún mechón rebelde.

Salgo de casa sin miedo a ser frenada, sin miedo a ser seguida y por supuesto sin ser cuestionada. Me meto la nota que escribí antes de salir de casa en el bolsillo trasero de mi pantalón y pongo rumbo al taller.

Veinte minutos más tarde aparqué cerca del Bmw y salí para encontrarme con Paco nada más entrar.

—¡Que sorpresa! —Exclamó Paco con alegría.

—El otro día no me despedí de ti —me disculpé—, he venido a verte y enseñarte como quedó mi coche.

Los dos salimos y Paco observó mi trabajo con detenimiento y admiración. Unos minutos después saqué del maletero mi maletín con las pistolas de trabajo.

—Me gustaría que aceptaras el regalo —dije mientras le ofrecía mi maletín—. Estoy segura que si contratáis un pintor os irá bien.

—No puedo aceptarlo hija —respondió asombrado.

—Si puedes, es un regalo.

Tras unos minutos de discusión se dio por vencido y aceptó mi regalo con la condición de que pasara más a menudo por ahí.

—No hace falta decirlo pero si me necesitas en algo o al taller, cuenta con ello —dijo Paco una vez que entramos de nuevo al taller para dirigirnos a su despacho.

Se preparó un café y de una nevera sacó un batido de chocolate, me lo ofreció ya que pudieron darse cuenta la primera vez que desayuné con ellos que no me gustaba el café. Comenzamos a hablar animadamente sobre las posibilidades que tendrían si ampliaban el negocio con la chapa y pintura. Le asesoré sobre las posibles estrategias y aunque le gustaron mucho mis ideas tuvo que declinar esa posibilidad. Fue ahí cuando me contó sus intenciones de prejubilarse en unos meses, que sería Álex quien cogería las riendas del negocio, por lo que en un principio no sería posible debido al grado de implicación que tendría en ese momento.

—Tienes razón, esto cambia las cosas —dije pensativa—. Tendrá mucha presión cuando esté solo y lo menos que necesitará en ese momento serán más complicaciones.

—Pero es una buena idea hija. Creo que cuando lleve un tiempo aclimatándose podría llegar a contratar a alguien y tú podrías enseñar a Álex a pintar.

Pensar en esa posibilidad me llenaba de tristeza porque cuando ese momento llegara, yo no estaría en su vida.

—Paco... —lo nombré apenada—, la vida es muy complicada y yo no tengo la libertad que tienen otras personas —admití.

—La vida es todo lo complicada que nosotros queramos permitir —susurró cogiéndome de la mano, como si entendiera mis palabras.

—Ojalá fuera tan fácil —respondí con una sonrisa triste a la vez que le devolvía el apretón de manos.

Quince minutos más tarde, Álex entró por la puerta del despacho para llamar a un proveedor para que le mandaran unas bujías y una sirga del freno de mano para una furgoneta. Una vez colgó se sentó sobre la mesa del escritorio y me miró durante unos segundos como si esperara algo de mí.

Lo miré sin poder ocultar la sonrisa mientras pasaba mi mirada entre la de Paco y la de él.

—Un “hola” estaría bien ¿no crees? —Anunció sonriendo levemente.

—¿Tanto melodrama por un saludo? —Preguntó Paco mientras se levantaba de su silla para revolverle el pelo—. Voy al baño— informó, aunque los tres sabíamos que era mera excusa para dejarnos a solas.

—Hola —saludé mientras me levantaba para marcharme—. Tengo que irme...

—¿Ya? ¿Eso es todo? —Preguntó sorprendido.

—¡Ah, no! Casi se me olvida —respondí a la vez que me sacaba el papel doblado del bolsillo —. Esto es para ti, pero solo te lo daré si me prometes que no lo leerás hasta la noche.

—No puedes ser tan cruel —dijo negando con la cabeza mientras cogía lentamente el papel de entre mis dedos.

—No te servirá de nada hasta esta noche... —susurré en su oído cuando me acerqué a su lado para a continuación marcharme con una sonrisa triunfal.

Una vez fuera me despedí de Paco con un abrazo y le prometí volver pronto.

Media hora más tarde, cuando paseaba descalza por la orilla de la playa mi teléfono móvil vibró para dar lugar a una llamada con un número que no tenía grabado.

“

—¿Si? —Pregunté.

—¿De verdad? ¿Por si quieres conducir de nuevo a la bestia? —Preguntó al otro lado del teléfono una voz masculina, evidentemente no necesité su presentación. Podría reconocer esa voz hasta debajo del agua, Álex.

—¿No era ese el único motivo por el que querías mi número de teléfono? —Contesté sonriendo abiertamente.

—Claro que sí, pero te consideraba un poco más ingeniosa. Esa frase y a continuación tu número de teléfono no es tu estilo.

—Siento decepcionarte... —continué con su juego.

—Espero que no me decepciones cuando te proponga un plan para el fin de semana.

—¿Quieres que te preste mi coche o prefieres compañía cuando lo conduzcas?

—Quiero que me acompañes a un lugar... —dijo dejando las bromas atrás —, pero no te confundas cariño —volvió a ser el vacilón de unos segundos atrás— no es una cita, es un viaje de trabajo.

—¿Quedamos esta noche para cenar y me lo explicas mejor?

—¿A las ocho y media donde siempre?

—No, mejor quedamos a las nueve en el taller.

—Vale.

—Adiós —me despedí apenada por tener que terminar la conversación.

—Hasta luego. ”

Cuando llegué a mi casa, oí voces en la cocina y me acerqué para estar con ellas: mi madre y Carmen estaban preparando la comida. Me senté en una de las banquetas altas de la barra de la cocina y observé como hablaban animadamente sobre una telenovela nueva que echaban después de comer.

Como era de costumbre cuando mi padre no estaba, (últimamente era más habitual), comíamos las tres juntas en la cocina mientras hablábamos y cotilleábamos.

En un principio, Carmen se negó ya que mis padres le pagaban por el servicio, pero tras nuestra insistencia no le quedó más remedio que aceptar, Carmen era una más de la familia.

Las horas pasaron y mi impaciencia crecía ¿dónde quería que lo acompañara? ¿Qué pasaría entre nosotros? ¿Cómo actuaríamos después de nuestro beso?

Antes de coger mi vehículo me paré en una food truck hamburguesería para pedir dos menús completos, hamburguesas rebosantes de la salsa especial, un par de refrescos fríos y patatas fritas para acompañar; esas hamburguesas me encantaban. Tengo que decir que era un poco caro si lo

comparas con los precios estándar de los alrededores pero merecía la pena.

Una vez llegué al lugar donde habíamos quedado, me sorprendí al verlo. Llevaba unos pantalones chinos color caqui y un polo azul marino, era un conjunto nada acorde con su estilo pero a él le quedaba de maravilla, incluso podría decir que esa misma ropa no se veía igual en los chicos del club; no sé..., él le daba un toque especial con las zapatillas y su porte.

Yo seguía llevando los mismos vaqueros con la camiseta blanca ajustada, tan solo agregué una chaqueta fina por si en la noche se levantaba el frío.

Salí del coche y su sonrisa iluminó mi oscuridad, esa misma sonrisa que me hizo pensar que quizá todo podía cambiar; que quizá había una oportunidad para mí.

Me acerqué a él sin titubear, tanto que pude sentir su respiración antes de rozar su mandíbula afeitada con mi mano para darle dos besos a modo saludo.

—¿Dónde vas tan guapo? —Pregunté mientras lo miraba de arriba abajo intentando cohibirlo.

—A cenar con una chica que me gusta —contestó lo más natural posible, sin ruborizarse ni un poquito—. ¿Crees que así voy bien o debería habérmelo currado un poco más?

—Todo depende de cómo sea la chica y el lugar...

—No sabría decir como es ella en realidad —anunció sin ocultar la diversión, sentándose en el capó de su coche mientras cruzaba los brazos—, hay veces que parece súper dulce y otras un cubito de hielo, pero... ¿puedo contarte algo? —Preguntó acercándose a mi oído.

—Sorpréndeme... —respondí con una sonrisa en mis labios difícil de ocultar.

—Me encanta... —susurró tan cerca de mi oído que hizo que esas simples palabras se colaran muy hondo, tan hondo que mi corazón empezó a latir con demasiada impaciencia.

Me aparte unos centímetros para tenerlo de frente, seguía con esa sonrisa vacilona que me hacía dudar de sus palabras, pero luego lo miré a los ojos y me di cuenta que brillaban de una manera inconfundible, no mentía.

—Deja de vacilarme y vámonos de una vez —dije dándole un manotazo en el brazo—. ¿En tu coche o en el mío?

—¿Lo dices en serio? —Preguntó mientras cerraba su coche y andaba hacia la puerta del copiloto del Mercedes.

Le lancé las llaves de mi coche para que fuera él quien lo llevara.

—¿Dónde quiere que le lleve, señorita?

—A tu playa —respondí enseñándole la bolsa de la cena.

—¿Me he vestido así para cenar en la playa? —Preguntó con una carcajada.

—Por lo que yo sabía tan solo era una cena de trabajo, no una cita... —me defendí.

—¿Desde cuándo las cenas de trabajo son en la playa? —Continuó con el mismo tono divertido—. Me da que lo que tú querías era una cita... —adivinó arrancando el coche para poner rumbo a aquel lugar.

Capítulo 12

“Dime que sí” Álex

Metí primera y salgo hacia el lugar donde la besé por primera vez. Ese lugar al que me había pedido que la llevara de nuevo. ¿Acaso quería repetir lo que pasó? ¿Quería que la besara? Lo que si me quedó claro fue que no le molestó, porque a pesar de que no habíamos hablado del tema, ella volvió y su actitud cada vez era más cercana.

Noté como su mirada se posaba de nuevo sobre mí, como su sonrisa se curvaba levemente mientras me observaba otra vez. Y eso hacía que recordara como iba vestido, el tiempo que había tardado en elegir algo acorde. Porque no quería ir como siempre, porque quería que ella viera que no soy solo Álex el mecánico, que no soy ese simple chico que conoció en chándal y deportivas que corría en carreras ilegales. Quería que viera que podía ser alguien más, alguien que puede adaptarse a las circunstancias sin problemas. Quería que viera quien era yo, que me conociera más allá de una simple fachada y sé que era contradictorio ya que me había vestido así por ella; pero en ese momento me veía allí, conduciendo de camino a la playa siendo consciente de la situación, demasiado observado por una chica con aires divertidos.

—¿Me vas a decir de una vez donde quieres que te acompañe? —Preguntó cuándo paramos en un semáforo.

—No seas impaciente...

—Me mata la curiosidad —admitió—. Bueno..., lo que sé es que si esta cena es de trabajo, el lugar tiene que ver también con algo relacionado.

—No pienso adelantarte nada —le informé divertido por la situación.

—Déjame especular un poco...—pidió algo pensativa.

La miré detenidamente, observando como exageraba torciendo el labio de un lado a otro como si lo que pensara la hiciera dudar. El semáforo se puso en verde y maldije en mi interior tener que dejar de mirarla para de nuevo poner el coche en marcha.

—¡Ya lo tengo! —Exclamó alegremente— Tiene que ver con la chapa y pintura, puede que queráis contratar a alguien para vuestro taller y es ahí cuando entro yo —Me miró a la espera de la confirmación, pero como yo no dije nada, siguió con su monologo—. Vas a ir a ver a alguien trabajar y quieres mi opinión.

—No has dado ni una...

Frunció el entrecejo mientras negaba con la cabeza, volvió a poner esa expresión pensativa mientras buscaba otra teoría que la acercara un poco más.

—Paco me contó su situación y su intención para que te quedes con el taller —declaró algo más seria—, si no es eso..., lo único que se me ocurre es que quieras ir a un notario o algo parecido para que te informen y... —alargó la frase pensando en la posibilidad—, quieres que te asesore tal y como hice con él.

La miré sorprendido, no sabía que esa conversación había existido, no sabía hasta qué punto estaba al corriente de todo y tampoco quería en ese momento pensar en ello. No quería ni pensar en ese sabor agri dulce que sentí aquel día, ese día en el que Paco me dijo que se prejubilaba en seis meses. Ese día en el que sentí tambalearse mi futuro, y no era por la pérdida del trabajo sino por la pérdida de aquel hombre a mi lado. No quería ni imaginarme un solo día de trabajo sin él, sin sus órdenes, sin sus reproches por mi tardanza.

—Tampoco es por eso.

—Entonces estoy perdida... —se resignó con un suspiro.

—Estamos llegando —cambié de tema mientras reduje la velocidad para coger el camino que llevaba a la playa.

Mery se dio cuenta donde estábamos por lo que no insistió más. Por el rabillo del ojo observé como deslizó sus finos dedos por la puerta del copiloto hasta dar con los botones de la ventanilla para bajarla, a continuación se relajó sobre el asiento mientras con los ojos cerrados aspiró el aroma del mar ya presente.

Su actitud me inquietó un poco ya que en vez de relajarse volví a ver esa expresión de indiferencia con un aire de tristeza, esa misma expresión que vi cuando me ganó el día que la conocí.

—¿Estas bien? —Pregunté algo inseguro.

—Sí, no es nada —respondió algo más alegre, pero sabía que estaba fingiendo.

No pregunté nada más. Salimos del coche y ella me dio una bolsa con la cena para a continuación abrir el maletero de su coche para sacar un bolso de playa.

Cuando llegamos a la arena nos descalzamos, andamos hasta buscar un lugar cerca de la orilla y Mery sacó del bolso una toalla enorme y varias velas.

—Si tenía alguna duda esto lo corrobora —dije señalando su bolso—, esto es una cita en toda regla.

—No es una cita..., simplemente es una guarrada comer llenos de arena. Y las velas... son para poder ver. ¿Qué ves de raro en todo esto? —Preguntó volviendo a sonreír mientras se justificaba.

—Me gusta nuestra no cita —declaré con sinceridad—. Pero me gustaría ver como preparas una cita de verdad.

—No tendrás esa suerte cariño...

Y no, yo jamás había tenido nada parecido. Jamás le había preparado una cita a nadie, y no era porque no pudiera llegar a ser romántico, sino porque no me había dado la oportunidad de serlo. Mi pasado me perseguía, me atormentaba y me hacía creer no tener el derecho de disfrutar.

—Esto huele de maravilla —admití al llevarme la bolsa a la nariz.

—Cuando la pruebes ya verás...

Nos sentamos uno junto al otro, desenvolvimos las hamburguesas y mi salivación comenzó a hacerse notar. El olor que salía era delicioso, pero la salsa anaranjada que caía por el borde me llamaba con impaciencia. Le hincó el diente un segundo después que ella lo hizo y todos mis

sentidos se paralizaron al sentir esa explosión de sabor.

—¡Jooooder! —Exclamé con la boca aún llena—. ¡Está buenísima!

—Sabía que te gustaría —adivinó tras tragar y reír por mi actitud—. Creo que me he ganado un adelanto ¿no?

—¡Mmmm! —Exageré un gemido con el segundo bocado—. Esto es lo mejor que he probado en mucho tiempo —digo tras saborearlo.

—¡No cambies de tema! —Me acusó dándome un codazo en las costillas.

Reí por su ataque y ella imitó una sonrisa falsa como si esta situación no le gustara tanto como a mí.

—Ibiza —anuncié a la vez que la miré a los ojos.

—¿Ibiza? —Repitió sin entender.

—Quiero que me acompañes a Ibiza —admití—, no me gusta viajar solo y pensé que si tenías unos días libres quizá podrías acompañarme.

Aparté la mirada para no meter presión, para que pudiese contestar y que no sintiera mi decepción si decidiese no aceptar.

—¿Qué hay en Ibiza? —Preguntó sorprendida— Quiero decir..., no lo que hay allí sino que es lo que te hace querer ir hasta allí.

—Un colega vende una furgoneta camper y estoy interesado en ella—. La observé y por un momento la vi dudar, así que me decanté por hacerla ver que ese viaje era más profesional que personal—. Tiene algún fallo sin importancia y algún bollo que otro, me gustaría que la vieras y me dieras un presupuesto por lo alto para saber si merece la pena pintarla o no.

No dijo nada, y su expresión tampoco ayudó en absoluto para saber qué es lo que pasaba por su cabeza. Cogió una patata frita de su recipiente pero antes de metérsela en la boca se giró en mi dirección y su sonrisa me dio esperanzas.

—¿De cuántos días estamos hablando?

—Tres —anuncié—. Saldríamos mañana y llegaríamos el lunes de madrugada.

—Es muy corrido —pensó en voz alta—, no se..., quizá si..., puede que...

—Dime que sí —la interrumpí para que dejase de pensar, porque cuanto más lo hiciera menos posibilidades tenía de que aceptase.

—Vale —aceptó tímidamente.

—¿El qué? —Pregunté acercándome un poco más a ella como si no hubiera escuchado bien.

—He dicho que vale.

—Esa no es la respuesta correcta, cariño —me burlé sin ocultar mi alegría.

—Si Alejandro, te acompaño a Ibiza —anunció riéndose.

—Eso está mejor, y ahora vamos a seguir cenando o se enfriará.

—¡Ah no! ¡Si piensas que me voy a conformar con ese pequeño detalle lo tienes claro! —Exclamó volviendo a ser la chica impaciente que vi dentro de su coche—. ¡Lo quiero saber todo! ¿Me has oído? Absolutamente todo, porque tres días dan para mucho.

No pude evitar reír con ganas, reír como hacía tiempo no lo hacía. Mery sacó en mí al Álex que creía que ya no volvería y aunque no era la misma persona, ella hacía que de vez en cuando regresase. Que me olvidase de todo y comenzase a vivir. Y darme cuenta de ello me daba miedo, porque mi mejoría no podía depender de una persona que apenas conocía, no podía ni quería que lo fuera porque si ella algún día desaparecía no quería volver a sentir ese vacío.

Dejé a un lado mis pensamientos y me centré en responder a todas sus dudas. Le conté que al día siguiente salía un vuelo desde Barcelona a la una y media de la mañana. También le conté que una vez que llegásemos iríamos a comer algo para después quedar con mi colega, iríamos a

un box de mecánica que había alquilado para cambiarle las bujías y la sirga del freno de mano, lo que me llevaría un par de horas. Después la probaría durante dos días viajando por la isla, durmiendo en diferentes lugares dentro de la furgoneta y probando cada cosa de la camper. Después coger el ferry en Ibiza a las diez de la noche del domingo para llegar el lunes de madrugada a Barcelona.

—Me encanta tu plan —declaró con ilusión—, me apetece mucho esta escapada. Creo que me vendrá bien —dijo más bien para ella misma que para mí.

Una vez que terminamos de cenar, recogimos los desperdicios en la bolsa y nos recostamos sobre la toalla para seguir hablando. La vi realmente ilusionada y verla así me hizo pensar.

No la conocía lo suficiente como para saber si ella era así de entusiasta o quizá fuera por mí; que al igual que yo me moría por estar más tiempo con ella, ese sentimiento fuera recíproco. Pero también existía la posibilidad de que estuviera confundido, que ella tan solo se sintiera a gusto conmigo sin la necesidad de querer nada más allá que una simple amistad.

Saqué mi teléfono móvil para comprarle el billete de autobús que nos llevaría a Barcelona, hice lo mismo con el avión y el ferry de vuelta y a pesar de que ella insistió en pagárselo, yo no dejé que lo hiciera. Una hora más tarde ya habíamos visto varios lugares de interés: playas que no podíamos dejar de ver, acantilados donde ver la puesta de sol e incluso lugares poco transitados por los turistas.

—Deberíamos irnos pronto —anuncié cuando me di cuenta que eran las doce de la noche.

—¡Tienes razón! ¡Tengo que preparármelo todo!

—¿Sabes que tan solo son tres días no? —Pregunté al imaginármela con una maleta enorme que pesaría más que ella.

—Lo sé estúpido —insultó con cara de pocos amigos.

—Con una bolsa de viaje será suficiente —informé—, podemos comprar allí todo lo necesario como puede ser el champú, toallas o algunas cosas más. No hace falta que te cargues mucho.

Quince minutos más tarde decidimos marcharnos. El camino de vuelta fue ella quien condujo, pero eso no le impidió ordenarme que buscara más sobre la isla y que por su puesto se lo contase todo.

—¿Quedamos en la estación de autobuses a las ocho? —Preguntó cuándo paró su coche junto al mío.

—¿Tan pronto? El autobús no sale hasta las nueve...

—Por eso... —respondió como si no entendiera nada—. Entre que desayunamos y buscamos nuestro autobús no creas que no sobrará mucho tiempo.

—Vaaale.

—Esa no es la respuesta correcta, cariño... —imitó mi frase con burla.

—Sí María, a las siete en punto allí.

—Eso está mejor —sonrió como una niña mala que se había salido con la suya.

Intenté dormir, de verdad que lo intenté pero cerraba los ojos y la veía a ella. Veía su mirada ilusionada por el viaje que íbamos a hacer juntos, veía su sonrisa sincera cuando me hablaba sin parar y casi pude sentir de nuevo cada roce no tan involuntario mientras mirábamos un sinfín de lugares a través de la pantalla de mi teléfono móvil.

Capítulo 13

“Ibiza” Mery

Cogí la bolsa de deporte que había al fondo de mi armario y comencé a meter todo lo que se me ocurría: ropa interior, bañador, camisetas, pantalones y un vestido. Cepillo y pasta de dientes, peine, coletero y un neceser con maquillaje. ¡Ah! Casi se me olvida: la cámara instax.

Me acosté en la cama sin dejar de pensar en los días que nos esperaban y no puede evitar sonreír.

Salí a las siete y cuarto de casa, no sin antes decirle a Carmen que me iba el fin de semana a Ibiza, que le dijera a mi madre que la llamaría a media mañana.

Llegué a las ocho menos diez a la estación de autobús, observé a la gente que estaba en la cafetería y me crucé con una mirada que me observaba detenidamente. Era una mujer de mediana edad algo desaliñada y se notaba que no había dormido muy bien. Algo nerviosa me acerqué a la barra para pedir un vaso de leche con cola cao y ella se levantó para acudir en mi encuentro.

—¿Isabella? —Preguntó observándome esta vez a tan solo dos metros de distancia.

—¿Debería conocerla? —Titubeé mirando a mi alrededor, esperando no encontrarme con alguien conocido.

—Estás hecha toda una mujer... —continuó —, tu madre estará muy orgullosa de ti —.Dijo con una sonrisa triste.

La miré a esos ojos sin vida, esos ojos que me trasmitían una tristeza profunda.

Sin decir una sola palabra intenté descubrir quién era esa mujer que parecía conocerme desde hacía mucho tiempo.

—Siento mucho lo que pasó... —se disculpó con los ojos vidriosos—, siento todo el dolor que os causé y si pudiera volver atrás te aseguro que no lo volvería a hacer.

En ese momento Álex llegó a mi lado para mirarnos con una sonrisa que poco a poco se desvaneció al darse cuenta de la situación, debía tener una cara de espanto.

—Adiós cariño, me alegro de verte tan bien. —Se despidió mientras una lágrima resbalaba por su rostro, después sonrió fugazmente a mi acompañante para despedirse.

Miré en la dirección por la que aquella mujer desapareció y no podía creer que fuera ella. Sí, era ella pero mucho más envejecida. Verla me llevó de nuevo a ese día, ese mismo día que recordaba como si fuera ayer, ese día en el que mi madre casi murió por el dolor. Recordar todo aquello y escuchar sus palabras me paralizaron y me hizo pensar en que le pudo pasar para acabar así.

—¿Estás bien? —Susurró Álex acariciándome suavemente en la cara.

—Ahora estoy mejor —admití al notar el calor de su mano, la misma que me devolvió a la realidad.

—¿Quieres hablar del tema?

Niego con la cabeza y fue entonces cuando se inclinó para darme un beso en la mejilla con total naturalidad, después pidió un café con dos croissants y nos sentamos en la mesa más íntima del local.

—Era amiga de mi madre —expliqué sin dejar de pensar en ella—, la recuerdo muy guapa y elegante y verla así me ha impactado.

Él me observaba sin decir nada, esperando que continuase con la historia que había detrás y pensar en ello me hacía querer hacerlo.

—Se lió con un hombre casado...

—Y después de eso ¿qué pasó?

—Lo único que sé es que su mujer lo perdonó y siguieron juntos.

—Él pasaría de ella —dijo tras darle un sorbo a su café.

—¡Esta señora y la mujer eran amigas! —Exclamé elevando un poco la voz, dejando claro que ella también tuvo la culpa.

—Cuando hay un trio amoroso no se puede juzgar a la ligera.

—¿De verdad?! ¡Ella era igual de culpable que él!

—Claro que era culpable pero puede que no en el mismo nivel. ¿Sabes su versión?

—Mi madre quiso hablar con ella pero desapareció.

—Puede que el hombre le regalara los oídos tan solo para llevársela a la cama, puede que ella se creyera sus mentiras y se enamorara de él.

—Pero era su amiga... —dije con exasperación.

—Seguramente ese hombre le dijo que su matrimonio estaba roto, que tan solo la quería a ella y le pediría tiempo para terminar con su matrimonio de la mejor manera posible.

—Eso no la excusa...

—¿Cómo crees que se sentiría ella al enamorarse del marido de su amiga? —Preguntó, intentando ponerme en el lugar de aquella mujer—. Puede que se sintiera culpable y cuando se dio cuenta de que tan solo la había utilizado fue aún peor.

—No debería haber dado lugar a ello —respondí negando con la cabeza ¿de verdad Álex la estaba defendiendo? No lo podía creer.

—Dicen que cuando te enamoras no lo puedes evitar —se acercó a mí para decírmelo en el

oído, como si fuera un secreto que no se pudiera contar.

—¿Alguna vez has sentido ese extraño sentimiento? —Pregunté como si fuera algo paranormal, dejando atrás mi frustración.

—Si te lo cuento tendría que matarte... —susurró divertido.

—Entonces..., prefiero no saberlo —respondí siguiendo con la broma.

El momento incomodo había pasado tan rápido como un simple suspiro. Álex tenía la capacidad de cambiar el ambiente con solo unas palabras, con una simple broma. Seguimos hablando esta vez más relajados, terminando el desayuno y casi saliendo corriendo para no perder el autobús.

Llegamos a Barcelona a las once y media de la mañana y mientras Álex cogía los billetes del siguiente autobús que nos llevaría al aeropuerto, llamé a mi madre:

“

—Algún día me vas a matar de un disgusto —se oyó a mi madre al otro lado del teléfono.

—Solo te pido que me cubras esta vez.

—Cualquier día nos va a pillar y entonces ya verás...

—No exageres.

—¿A Ibiza? ¿Con quién vas?

—Con un amigo.

—¿Qué amigo?

—Con Sergio —mentí.

—No hagas una estupidez por favor...

—Te prometo que llegaré sana y salva el lunes por la mañana.

—Tu padre llegará por la tarde —advirtió.

—No te preocupes mamá, el lunes nos vemos.

—Lláname cuando llegues.

—Lo haré.

—Te quiero.

—Y yo. ”

Le mandé un mensaje a Sergio, diciéndole que si alguien lo llamaba preguntando por mí, él estaba conmigo en Ibiza; o mejor aún que no respondiera el teléfono en todo el fin de semana. Evidentemente él me contestó con un “what the fuck?” y yo le respondí que ya se lo explicaría en un rato.

A las doce y cuarto llegábamos al aeropuerto y menos mal que no teníamos maletas que facturar ya que había una fila impresionante. La gente se amontonaba como si así fueran a llegar antes y eso me recordaba como cuando en la fila del supermercado siempre estaba la típica mujer que se arrimaba a tu culo como si así la cajera fuera a ir más rápido.

Llegamos a nuestra terminal sin problemas y cuando nos pudimos sentar a descansar, saqué mi teléfono móvil y lo apagué.

—Gracias —dijo Álex.

—¿Por qué?

—Hasta ahora no te lo había dicho, gracias por acompañarme.

—¿De verdad? ¡Gracias a ti por invitarme!

—Te he escuchado cuando hablabas con tu madre, lo que menos quiero es crear problemas.

—Estoy llena de problemas —admití—, esto solo me da un respiro.

—¿Quién es Sergio?
—Un amigo.
—¿Solo un amigo? —Preguntó con una sonrisa pícaro.
—Mi mejor amigo —le devolví la sonrisa.

Ibiza, lo poco que podía ver desde la ventanilla del avión me maravillaba. Veía un mar enorme con pequeños puntos cerca de la costa: barcos. Unos pinares espesos con pequeños pueblos blancos, haciendo honor a como se conocía a la isla: la isla blanca.

Luis, el amigo de Álex nos pasó a recoger al aeropuerto, nos enseñó la furgoneta camper y los tres nos fuimos a comer para a continuación ir al box donde cambiaría las piezas a la furgoneta. Una vez allí, insistí en ayudar a Álex en lo que pudiera y así aprender algo de mecánica.

Dos horas y media más tarde, la furgoneta ya estaba lista para funcionar y fue en ese entonces cuando la aventura comenzó.

Salimos en dirección a un centro comercial en el que poder cenar y aparcar sin problemas, una vez estacionados nos pasamos a la parte trasera y probamos el grifo, los fuegos, la nevera, las luces, el aire acondicionado, la mesa con los dos asientos para comer y por supuesto la cama. Parecíamos dos niños con un juguete nuevo.

Lo primero que hicimos al entrar en el centro comercial fue ir a comprar a un supermercado. Evidentemente pagué yo a pesar de su negativa. Después volvimos a la furgoneta para dejar la compra y meter el frío en la nevera y el paquete de hielos en el congelador. Una vez ordenado todo nos dirigimos a la zona de restauración y nos metimos a cenar a un restaurante donde nos sirvieron un risotto de setas buenísimo y unos huevos rotos con foie impresionante.

Nos hubiéramos quedado un poco más hablando en el restaurante pero teníamos tantas ganas de llegar a la furgoneta y emprender el camino a playa D'Hort que no quisimos ni postre.

Luis nos recomendó pasar la primera noche allí, era un lugar perfecto para observar Es Vedrá. Lo encontramos sin problemas y aparcamos muy cerquita de la playa, entre la vegetación del gran pinar; justo al lado de otra furgoneta que al parecer pasarían la noche también.

Había algún pequeño grupo en la playa, seguramente serían los rezagados que tras ver el atardecer no se habían marchado aún. Cogimos un par de toallas y buscamos un lugar apartado para descansar. Encontramos un pequeño refugio de pescadores y nos sentamos frente a Es Vedrá.

—¿Sabes lo que se cuenta de ella? —Le pregunté mientras contemplábamos esa pequeña isla con forma de montaña.

—Sorpréndeme...

—La cultura ibicenca ve en ella la libertad. Se dice que ven un nuevo mundo, algo así como un día nuevo con cada amanecer y atardecer que hace que cada mañana sea diferente a la otra.

—También dicen que una vez que has estado cerca de ella te dejará una impresión duradera en la imaginación y estés deseando volver —continuó él con más información.

—Creo que no me hará falta Es Vedrá para desear volver... —admití con una sonrisa.

—¿Sabes lo que dicen los más flipados? —Me miró y le hice un gesto con la cabeza para que prosiguiera—. Dicen que es el tercer punto magnético del mundo, que al igual que en el Triángulo de las Bermudas los barcos sufrían fallos en el sistema de navegación y tenían extrañas interferencias. También, algunos marineros contaban que veían grandes sombras bajo los botes; incluso buzos decían que llegaron a escuchar sonidos extraños bajo el mar. Que hasta

los bancos de peces se comportaban de manera extraña cuando eso pasaba.

—No pienso meterme en esta zona ni loca... —dije negando con la cabeza.

—Solo son leyendas sin fundamento —contestó riéndose con ganas.

—Yo no veo a nadie en el agua —continué negando con la cabeza.

—Ahora me verás a mí —y saltando del pequeño muro donde estábamos sentados comenzó a desvestirse.

Lo observé mientras se quitaba la camiseta para dejarla sobre su toalla, después se quitó el pantalón para quedarse en ropa interior y a continuación me miró.

—¿Vienes conmigo?

—¿Lo dices en serio?

—Conmigo no te pasará nada —dijo riéndose nuevamente—, no te va a atacar ningún monstruo marino...

—Te demostraré que no tengo miedo —contesté lo más chula posible, bajándome de un salto, desnudándome para quedar en ropa interior y recogíendome el pelo en un moño alto.

Mientras lo hacía, él cogió las llaves de la furgoneta y las escondió bajo una piedra entre los arbustos. Después se acercó a mí sin titubear para cogerme de la mano y tirar de mí, haciéndome correr mientras reía como una cría.

Su tacto era áspero pero la calidez de su agarre compensaba cualquier aspereza de sus manos dañadas por el trabajo. Entrelacé con más fuerza mis dedos con los suyos cuando una ola nos golpeó, haciéndome saltar casi encima de él, algo que por cierto no pareció importarle. Una vez que el agua me llegó a la altura de los hombros todo se calmó, creando un ambiente relajado a su lado, entre la oscuridad de la noche y el mar infinito. Pero esa sensación tan solo duró unos segundos, algo rozó entre mis piernas haciéndome tensar y acobardándome sin poder evitar.

—¡Ay! —Me quejé —¡Hay algo aquí! —Exclamé mientras me cogía de su brazo.

—No hay nada..., solo es la sugestión.

Lo fulminé con la mirada, si se pensaba que lo que fuera aquello que pasó junto a mí era producto de mi imaginación era porque se creía que estaba loca. Sabía distinguir a la perfección lo que era un roce. Volví a notar como esa cosa rozó de nuevo mi pierna y esa vez fue más evidente.

—¡Otra vez! —Exclamé, acercándome más a él mientras mi cuerpo se tensaba por el miedo.

Álex aprovechó mi acercamiento para rodear mi cintura con su brazo, riéndose con ganas de mí y seguramente pensando que todo era una excusa para pegarme a él.

—No eran algas —dije seriamente a la vez que pasé mi brazo por sus hombros, como si fuera un acto reflejo, como si no me diera cuenta de lo que estaba haciendo—. Esta vez ha sido más fuerte.

Él siguió con su agarre: más firme, más intenso y más sensual, creando un ambiente íntimo y agradable. Se acercó un poco más, dejándome notar como su cuerpo rozaba con el mío sin ningún pudor mientras su mirada oscurecida me penetraba en lo más hondo. Sabía a la perfección que él estaba haciendo lo mismo que yo, que buscaba el acercamiento y el contacto con excusas baratas.

Lo miré a los ojos algo nerviosa al mismo tiempo que acortaba la distancia entre los dos, aprovechando el vaivén de las olas que nos acunaban cada cierto tiempo para fingir un acercamiento casual. Su agarre se suavizó mientras su mirada insegura viajaba por mi rostro, esperando una pista para dar el paso, para besarme por segunda vez, para hacerme sentir de nuevo lo que un día olvidé.

Posé mi mano sobre su hombro mientras saboreaba con la punta de la lengua el agua salada

que posaba sobre mis labios ansiosos. Creí que lo haría, por un segundo noté ese brillo en sus ojos que me anunciaba lo que vendría después, que se acercaría sin prisa para sentir el sabor del mar sobre mis labios, para llevarme a un universo paralelo en el que tan solo existiéramos él y yo.

Pero cuando creí que por fin pasaría, cuando sus labios casi rozaron los míos, su agarre volvió a ser firme y su mirada cambió completamente.

—¡Es grande! —Exclamó con los ojos muy abiertos.

—¡Lo sabía! —Grité mientras me apartaba rápidamente para salir pitando del agua.

—¡Joder! —Me siguió con una risa nerviosa, saliendo tan rápido como lo hacía yo.

—¿Lo ves? Y luego la paranoica soy yo... —me defendí nada más llegar a la orilla.

Él no dejó de reír, como si esa situación en vez de asustarlo, le divirtiera aún más.

Corrí para coger mi toalla y me cubrí con ella mientras observé como se acercaba a mí sin prisa, con el agua resbalando por todo su cuerpo, mirándome con un brillo nuevo.

Nos secamos en silencio y mi cabeza no dejaba de pensar: ¿Qué hubiera pasado si ese maldito pez no hubiera tocado a Álex? ¿Me habría besado? ¿Lo habría besado yo? ¿Hasta dónde quería llegar? ¿Podía dejarme llevar? ¿Debía poner espacio entre los dos? ¿Le contaba que tenía una relación complicada? ¿Qué es lo que él quería de mí? ¿Qué es lo que yo quiero? Y esa última pregunta es la que me negué a escuchar, porque sabía que no podía ni siquiera planteármela. ¡Joder! ¡Basta ya! Pensé para acallar esa vocecilla que no dejaba de parlotear dentro de mi cabeza.

Capítulo 14

“Felicidad” Álex

Algo hizo que me despertara demasiado pronto, demasiado para mí. Cuando abrí los ojos me costó unos segundos procesar y darme cuenta donde estaba y con quien.

No moví ni un solo musculo del cuerpo para no despertarla, para seguir con su brazo sobre mi pecho mientras su pelo alborotado me hacía cosquillas en la oreja. Tenerla tan cerca me gustó más de lo que debería, me gustó tanto como me asustó.

Pensé en que el día anterior estuve a punto de besarla y me arrepentí no haber aguantado mi sorpresa al notar ese puto pez que rondaba entre los dos. Me arrepentía porque después de eso,

ella cambió. Algo en ella la frenó e hizo que lo que pudiera ser se enfriara.

Después de secarnos con las toallas volvimos a la furgoneta para preparar la cama y hacer tiempo antes de dormir. Hablamos de cosas sin importancia hasta que llegó el momento de acostarnos. Mery eligió el lado izquierdo de la cama ya que estaba más lejos de la puerta trasera, con la excusa de no ser la primera si alguien abría la puerta para robarnos, y esa simple teoría me hizo reír.

Sentía como su cuerpo rozaba mi costado cada vez que respiraba profundamente y en esos momentos me hubiera encantado posar mi mano sobre la suya, sentir con más intensidad su aliento sobre mi piel, hundir mi nariz sobre su pelo despeinado para recordar su olor. Pero eso tan solo complicaría las cosas, no podía dejar que una cara bonita me hiciera titubear y echar por tierra tantos años con mi armadura. No podía dejar que se cayera a la mínima de cambio porque eso me dejaría vulnerable.

Me levanté muy despacio para no despertarla, para poder despejar la mente, para alejarme de ella, de su mirada profunda cuando me miraba intensamente.

Salí de la furgoneta y lo primero que vi fue el mar, comencé a sentir la humedad conforme iba acercándome a la orilla y la brisa mañanera me despejó por completo. Tras unos minutos pensando en que cojones me pasaba, decidí regresar y afrontar mis decisiones.

Entré despacio para no despertarla, la miré por un segundo y sonreí al verla durmiendo en medio de la cama a pierna suelta.

Saqué la cafetera del armario, la preparé y la puse en el fuego. Hice lo mismo con el cazo lleno de leche y coloqué sobre la encimera una mesita portátil con los croissants, el azúcar y los sobres de colacao. Aún no había salido del todo el café cuando oí una voz a mi espalda.

—Buenos días —saludó ella con voz ronca.

—Buenos días —respondí y sonreí al verla con la cara hinchada y los ojos medio cerrados mientras parecía taparse con la sabana que estaba a sus pies.

—¿Te apetece desayunar en la playa? —Propuse volviendo la mirada de nuevo al desayuno.

—Me encantaría.

—Voy saliendo —le indiqué para dejarle intimidad. Apagué todo, eché mi café en una taza y la leche en otra para a continuación coger la bandeja y salir a la arena.

Poco tiempo después ella salió para uniese a mí. Su indumentaria me hizo sonreír cuando la vi con un jersey blanco que le iba enorme y le cubría hasta los muslos, piernas desnudas pero con unos calcetines de deporte que le llegaban poco más de las espinillas y... ¡cómo no! El pelo totalmente despeinado.

—¿Qué? —Preguntó sin saber por qué me reía.

—¿Tienes hambre? —Ofrecí enseñándole un croissant.

Ella asintió y se sentó a mi lado.

—Ahora vengo —anuncié al darme cuenta que se me habían olvidado las cucharillas.

Entré para coger las cucharillas y una cámara instax posaba sobre la cama pidiendo ser usada con urgencia. Cuando salí para ir en su encuentro me frené a unos metros de ella para observarla. Su mano rodeaba la taza a la vez que su lengua chupaba todo el lateral de la taza ya que el colacao se le había derramado al darle vueltas con el envoltorio del sobre hecho un churro. Y de nuevo volvió a mi cara esa sonrisa de estúpido que últimamente insistía en salir cuando ella estaba a mi lado.

Si unos minutos atrás huí de ella para olvidarme de lo que me hacía sentir, en ese momento la miré y pensé... ¡Qué más da! Que pase lo que tenga que pasar. Y decidí dejarme llevar.

—¿Puedo? —Hice un gesto enseñándole la cámara.

—¡Así no! —Exclamó mientras dejaba la taza para a continuación echarse el pelo a un lado para peinárselo con los dedos.

Preparé la cámara lo más rápido posible para no darle mucho tiempo para adecentarse, ya que así era como la quería recordar: manchada, despeinada y sexy.

Disparé la cámara y cuando la imagen empezó a salir mi desilusión se hizo visible, tanto que ella me la quitó de entre los dedos para observarla.

—¿Por qué la miras así? He salido bien... —reprochó con el ceño fruncido.

—Por eso mismo..., has salido perfecta. Te prefiero despeinada, con los dedos manchados de colacao, y con una pose más natural.

—¡Me estaba peinando! —Se defendió—, si me hubieras dado tiempo no hubiera salido con la cabeza de medio lado.

De repente la vi curvar sus labios y si no fuera porque ya la estaba empezando a conocer, no sabría que estaba tramando algo.

—Me has dado una idea... —anunció levantándose para quitarme la cámara de la mano.

No dijo nada más, tan solo se alejó con la cámara lo más cerca de Es Vedrá para capturar su imagen. Después, se acercó corriendo hacia mí mientras sacudía la foto sin parar.

—Al final me voy a creer la leyenda que dicen de Es Vedrá —ironicé riéndome de la situación—, te ha deslumbrado—. Continué mientras me sentaba en la arena para empezar con el desayuno.

—No es eso... —se justificó riendo también.

Mery se sentó a mi lado y me enseñó la imagen que ya empezaba a aparecer.

—He pensado que sería bonito que recordaras cada lugar en el que pases la noche en la furgoneta. Piénsalo... —continuó para que la entendiera mejor—, puedes hacer una foto cada mañana, pegar un imán detrás y ponerlo en la nevera.

Pensé en lo que me estaba diciendo y tuve que reconocer que era una idea estupenda. La miré por un momento a esos ojos que brillaban con ilusión y supe que recordaría ese momento como algo maravilloso. Ella y yo, juntos en esa playa desértica, sin pensar en nada más que vivir el momento y disfrutar de cada segundo como si fuera el último.

—Eres impresionante —admiré—, me encanta tu idea pero no solo quiero una foto del lugar...—continuó sin dejar de mirarla—, también quiero una foto contigo cada mañana.

—Solo si aceptas mi cámara como regalo —respondió con una sonrisa radiante—, así siempre la tendrás en cada viaje.

—No puedo aceptarla...

—Entonces te quedas sin fotos —amenazó con aire despreocupado mientras dejaba de mirarme para coger un cuerno del croissant e hincarle el diente.

—¿Me estás haciendo chantaje? —Pregunté imitando su gesto, cogiendo un trozo de mi croissant para comérmelo de un bocado.

—¿Que bruto eres! —Se rió al ver que me costaba tragar.

Continuamos desayunando entre risas y miradas cómplices y fue entonces cuando me di cuenta de que la felicidad estaba en los momentos insignificantes.

Una vez terminamos de desayunar lo recogimos todo, nos arreglamos un poco y hablamos sobre qué rumbo tomar.

—Falta algo antes de marcharnos... —anunció Mery alzando la cámara—, ¿no quieres una foto conmigo? —Continuó exagerando un puchero.

—Quiero no una, sino miles de fotos contigo, pero no puedo aceptar la cámara.

Mery se acercó a mí, colocó su cámara sobre mi mano y me susurró al oído:

—Tú me has dado este viaje maravilloso, acepta mi regalo por favor... — y tras ponerme los pelos de punta al notar su aliento sobre mi piel, me besó despacio en la mejilla.

La miré sin saber que decir, la miré esperando ver algo en ella que me hiciera reaccionar, la miré demasiado tiempo para verla curvar los labios anunciando su triunfo.

—Eres una manipuladora —conseguí decir devolviéndole la sonrisa.

Me quitó de nuevo la cámara para dársela a una mujer de casi cincuenta años que paseaba con su acompañante, le explicó cómo usarla y me hizo ponerme junto a ella con Es Vedrá a nuestra espalda.

Decidimos visitar algún pueblo para hacer kilómetros a la furgoneta y probarla mejor. Primero llegamos a San José, el cual no era tan pequeño como me esperaba; después llegamos a San Agustí des Vedrá, paseamos hasta la iglesia y calles cercanas; la plaza con la torre de defensa nos encantó. Ambos municipios tenían un encanto especial en el que sus casas blancas y acogedoras nos hicieron sentir como en casa.

Después miramos en el mapa donde estaban las puertas de cala Llentia ya que contaban que era un lugar mágico donde ver el atardecer. Pero aún nos quedaban muchas horas para ello, por lo que fuimos a cala Tarida para comer y pasar la tarde allí.

Comimos en la terraza de un bar, yo me pedí un plato combinado con costillar y Mery unos calamares a la romana con ensalada. De postre pedimos helado y en el poco rato que estuvimos esperando a que nos cobraran, nos dimos cuenta que varias personas amigas de lo ajeno merodeaban por la arena esperando el descuido de los turistas, fue entonces cuando entendí porque había tantas taquillas ocupadas a pesar de su precio.

—Creo que tendremos que coger una taquilla... —dijo Mery como si me leyera la mente.

—¿Quince pavos por una? —Me quejé.

—No me quiero bañar sola —respondió de la manera más inocente que pudo pero sus palabras o más bien mis pensamientos decían otra.

—Tienes razón.

Pagamos, cogimos las toallas, un botellín de agua, el protector solar y metimos todo lo demás en la minúscula taquilla.

—¿Vamos a esa zona? —Propuso Mery señalando con el dedo una parte alejada.

Miré donde ella indicaba y era una zona un poco más íntima, cerca de la pared de rocas y con menos gente.

—Vale.

Estiramos las toallas para echarnos sobre ellas para descansar, pero antes de hacerlo, Mery me tocó el brazo para que la mirase.

—¿Necesitará ayuda? —Me preguntó al ver a una mujer de unos ochenta años apoyada sobre una roca. Llevaba un vestido largo y oscuro, a su lado posaba un chal de punto marrón y sobre la arena unos zapatos viejos. Su pelo parecía largo a pesar de tenerlo recogido en un moño que llevaba bastante bajo. Se la veía cansada, con el semblante serio y algo pálido a pesar de tener la piel bronceada. Sus ojos permanecieron cerrados durante varios segundos y al igual que Mery, empecé a preocuparme.

—No lo sé... —negué con la cabeza, pero Mery ya se estaba marchando en su dirección.

—¿Se encuentra bien? —La oí decir cuando fui tras ella.

La desconocida abrió los ojos despacio, dejándonos ver en ellos el agotamiento y la desolación. Eran oscuros, tan oscuros que no supe distinguir la pupila con claridad.

Ella apenas pudo hablar, balbuceaba algo inentendible y una lágrima cayó sin control sobre

su rostro envejecido.

—No está sola...— susurró Mery mientras le acariciaba la cara. Me miró, y con un gesto me indicó que cogiera el botellín de agua que estaba en su toalla.

—¿Quiere agua? —Ofrecí quitando el tapón, acercándole la botella para que pudiera cogerla.

Su mano temblorosa alcanzó la botella para llevársela a sus labios. Bebió muy despacio, tanto que me inquietó aún más.

Unos minutos después, la anciana pareció sonreír levemente, tan levemente que fue casi imperceptible, pero su mirada nos hizo ver su agradecimiento.

—¿Está mejor? —Pregunté mientras Mery cogía la botella para dejarla en el suelo.

—Siii —afirmó alargando la sílaba.

—¿Necesita comer? ¿Quiere algo? —Insistió Mery mientras le acarició ambas manos con cariño. Ella se las estrechó y su semblante se endulzó un poco.

—Muchas gracias niña, pronto me repondré —anunció con voz ronca.

—¿Qué ha comido hoy? —Insistió Mery sin importar ofenderla.

—No mucho... —admitió la anciana con vergüenza.

—Eso tiene solución —afirmé—. ¿Se ve con fuerzas para andar?

—Gracias muchachos pero no puedo..., tengo que encontrar a mi nieto.

—No acepto un no por respuesta —continué—. ¿Puede andar?

Mery parecía angustiada pero a pesar de ello sacó una sonrisa mientras le acariciaba sus manos nuevamente.

—Lo intentaré...

Mery cogió sus zapatos y ambos nos pusimos a cada lado, siendo un apoyo por si lo necesitase. Yo, entrelacé su brazo con el mío y pusimos rumbo al mismo bar donde un rato atrás comimos tranquilamente.

Se pidió un pescado frito del día con ensalada y mientras comía algo avergonzada la acompañamos con un café y otro helado.

—¿Cómo os llamáis niños? —Preguntó con la voz más serena.

—Yo soy María y él Álex. ¿Usted?

—Manuela.

—¿Quiere algo más? —Le ofrecí.

—Nada más, tan solo agradecerles su ayuda —. Dijo algo apenada.

—¿Quiere que le acompañemos a casa? —Preguntó Mery con la preocupación en su rostro.

Manuela se dio cuenta y acarició la mano de Mery con dulzura.

—Gracias mi niña pero..., tengo que encontrar a mi nieto —y esa palabras la hicieron flaquear de nuevo.

Los ojos de Manuela volvieron a cargarse de lágrimas, unas lágrimas llenas de dolor que se resistían a caer. Su mano temblorosa buscó la mía para unirla con la de Mery y asentir.

Sus manos sobre las nuestras se relajaron, se relajaron tanto que dejaron de temblar para poner nuestras palmas de la mano boca arriba sobre la mesa, mientras las tocaba con sus dedos.

—Os puedo sentir —susurró—, os puedo sentir a los dos con la misma fuerza. Sois dos almas libres pero encadenadas—. Nos miró para a continuación seguir hablando—. Cada uno a su forma y debéis buscar la manera de escapar para ser felices.

La anciana nos volvió a mirar, observando cada gesto, cada expresión de nuestros rostros alucinados. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué nos estaba intentando decir?

—Lo siento, os juro que siento la felicidad en vuestra energía, pero también siento la inseguridad y el miedo —prosiguió con su visión—. Nadie gana sin arriesgar niños, aunque eso

pueda doler.

Mery la miró esperando algo más, alucinando tanto como yo pero deseando que prosiguiera con su dialogo. Vi como sus ojos se cubrían de lágrimas y en ese momento, Manuela dejó mi mano para posarla sobre la mejilla de Mery.

—Te queda mucho por llorar mi niña, pero tras eso llegará lo que tanto ansías.

Manuela volvió a enfocar su atención en mí, dejando que Mery se repusiera para a continuación hablar de nuevo.

—Puede que no hagáis caso a esta vieja que solo dice majaderías, puede que penséis que estoy tan loca que deberían encerrarme, pero creerme cuando os digo que tan solo vosotros tenéis la solución y debéis aprovecharla.

Hizo una pausa y me miró de nuevo.

—Y tú muchacho, déjate llevar... —terminó con esas palabras sonriendo levemente.

Vi cómo se levantó mientras procesaba todo lo que había dicho en tan solo unos minutos. Pensé en la razón, en la verdad de sus palabras. Pensé en que a pesar de mi escepticismo para esas cosas, la creí. La creí porque sabía que la felicidad estaba muy cerca, tanto que la pude sentir sin buscarla.

Capítulo 15

“No todo es casualidad” Mery

Sabía que no debería dejarme llevar de esa manera, sabía que sus palabras eran fácil de interpretar, pero sabía que ella me hablaba desde el corazón y por lo tanto..., la creí.

—¡Espera! —Grité esperando que frenara.

Manuela se giró al escuchar mis palabras, pero todas mis preguntas las dejé a un lado para ayudarla.

—No puedes ir tu sola a buscarlo...

Álex se levantó para acompañarme y apoyarme.

—Nosotros te ayudaremos, pero antes siéntese y cuéntenos porque lo busca con tanta desesperación. ¿Se ha escapado de casa?

Manuela volvió tras sus pasos y se sentó nuevamente, dio un sorbo al agua que dejó en su vaso y comenzó a hablar.

—Se ha enfadado conmigo —se lamentó—. No tenía mucha comida así que le mentí. Le dije que ya había comido para que él lo hiciera.

—¿Se ha enfadado por eso? —Pregunté sin entender nada.

—Teníamos un trato..., yo no le volvía a mentir y el no volvería a robar. Y lo peor de todo es que sabía que esto podía pasar.

—No es su culpa..., solo intentaba protegerlo —intenté animarla.

—Pero un trato es un trato niña y una promesa jamás debe romperse.

—Tiene razón —dijo Álex asintiendo—. Tenemos que encontrarlo y debéis solucionarlo.

Mientras lo buscábamos por la playa, Manuela nos contó su historia: ella se hacía cargo de su nieto, cuando el creció se dio cuenta de la falta de dinero e intentó trabajar, pero los prejuicios en la isla estaban muy arraigados y el chaval no encontraba trabajo por ser de etnia gitana. Así que no le quedó de otra y robar. Se paseaba por las playas repletas de turistas esperando el momento, esperando el descuido para llevarse lo que no era suyo. Para poder llevar a casa algo de dinero para poder comer. Manuela le suplicó que dejara de hacer eso, que iría a un centro de menores si lo pillaban y la mataría en vida, por lo que llegaron a un acuerdo: él no robaría pero ella jamás le mentiría. Él odiaba la mentira, su padre lo dejó con su abuela con engaños. Su abuela agrandó la mentira para no hacerle daño, hasta que el niño creció y se enteró. Y por eso el chico llevaba un día desaparecido.

—¿Abuela? —La llamó un chico moreno que venía de frente, llevaba un bañador negro y una toalla azul sobre el cuello.

—¡Estás aquí! —Exclamó ella, separándose de nosotros para abrazar al muchacho.

—¿Estás loca? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has venido? —Preguntó incrédulo.

—¿Estas bien? —Quiso saber ella con un hilo de voz.

—¿Quiénes son estos? —Dijo él mientras nos miraba de arriba abajo.

La gente a nuestro alrededor empezaba a mirarnos, esperando el desenlace como si estuvieran viendo una película muy entretenida.

—¿Qué tal si nos vamos a un lugar más tranquilo? —Ofreció Álex.

—¿Quién cojones sois? —Preguntó bruscamente.

—¡No les hables así! —Le regañó su abuela—. Me han ayudado, no me encontraba muy bien.

—Te voy a hacer una pregunta y quiero que me digas la verdad... ¿Has comido?

—He comido muy bien, estos muchachos me han invitado.

Pasado ese momento, decidimos volver al lugar donde teníamos las toallas.

Antonio, el nieto de Manuela dejó a un lado la actitud agresiva para intentar comprender lo que había pasado. Nos agradeció la ayuda que le habíamos brindado a Manuela y se disculpó por su actitud.

Nos explicó que vivían en las afueras de San José y que a pie tenía una hora y media a paso ligero. Pensar que esa pobre mujer había estado más de dos horas caminando con ese calor solo para buscar a su nieto me encogió el corazón.

Manuela y su nieto se apartaron un poco para tener la conversación que se debían, una conversación que duró poco más de diez minutos entre lágrimas y sonrisas.

—¿Qué te pasa? —Pregunté algo insegura. Desde que habíamos llegado, Álex no había soltado ni una sola palabra, se le veía pensativo y algo le preocupaba.

—Nada..., necesito un baño —anunció a la vez que se levantó de su toalla.

—¿Te importa si te acompaño?

—Vamos.

—Ahora venimos —anuncié elevando la voz para que Antonio y Manuela pudieran escucharme.

Álex seguía sin hablar, seguía con su semblante serio y paso acelerado. Yo no sabía cómo actuar, no sabía que decir, no sabía qué hacer para no incomodarlo; porque lo que sentía en esos momentos era su distancia. Una distancia que me dolía, una distancia que él necesitaba. Y en esos momentos me di cuenta de que él, quería huir.

Lo dejé marchar, lo dejé solo cuando se echó a nadar sin mirar atrás. Lo dejé solo a pesar de no entender que sucedía con él.

Nadé en dirección opuesta, nadé despacio y sin rumbo. Nadé hasta encontrarme entre un grupo de niños con una colchoneta esperando la siguiente ola y entonces la esperé yo también. Floté boca arriba esperando la ola mientras las nubes se entrelazaban entre sí y floté pensando en por qué... ¿Qué le pasaba? ¿Había dicho algo que le molestara? ¿Qué pasaba por su cabeza para llegar a estar tan distante? Y en ese momento lo supe: las palabras de Manuela, algo de lo que dijo le había puesto así. Desde entonces apenas cruzamos palabra y no me había dado cuenta hasta ahora.

—¿Por qué no me has seguido? —Preguntó el mismo chico que huyó de mí.

Sin mirarlo, supe que estaba a mi derecha, supe que no entendía mi comportamiento y supe que quería hacer como si nada hubiera pasado.

—Querías estar solo...

—Gracias...—siseó con voz baja—, no eres tú, soy yo...

—La típica frase para romper con alguien —dije tras tocar el suelo con los pies, y con una leve sonrisa suavicé el ambiente—, si querías estar solo lo podías haber dicho Álex, no me importa.

—¿La típica frase para romper con alguien? —Preguntó riéndose.

—Cualquiera que te haya escuchado pensará que estabas rompiéndome el corazón —dije tocándome en el pecho, cerca de mi corazón.

—Jamás rompería contigo de esa manera...

—¿Ah, no?

—Nunca...

—¿Cuál es tu táctica para romper con las chicas? —Quise saber mientras me reía.

—Yo nunca he roto con nadie porque siempre soy claro Mery, yo no tengo ataduras, no tengo novias, así que no te puedo decir como rompo con ellas porque nunca lo he hecho. —Parecía sincero pero lo que dijo me extrañó—. Y si algún día tuviera que hacerlo te aseguro que seré sincero, nada de adornar ni echarme la culpa para no hacer daño.

Lo que dijo me dejó sin palabras, no supe qué decir, no supe cómo actuar, porque a pesar de su sinceridad vi la seriedad en sus palabras. Ya no reía por una frase estúpida, ya no era el mismo de una hora atrás.

—Esa mujer está sufriendo por su nieto y él no es consciente de que en cualquier momento ella lo puede dejar —dijo demasiado serio—. Si estoy así es porque me recuerda lo que tuve con mi abuela, me recuerda los momentos que pude aprovechar y dejé pasar. Los momentos de tormento que le hice pasar...

—Te tienes que quedar con lo bueno Álex, con lo que fue y lo que tuvisteis. Con su sonrisa, con sus consejos..., no ganas nada lamentándote por lo que no puedes cambiar.

Él asintió y me miró, me miró intensamente, me miró de una manera tan intimidante que me hizo sentir calor. Me hizo sentir de nuevo ese calor abrasador de aquel día. Ese día en el que me besó por primera vez.

—Tienes razón, —susurró mientras acortaba la distancia entre los dos—, y... ¿Sabes lo que me has recordado? —Preguntó con esa sonrisa canalla que tanto lo caracterizaba.

Negué con la cabeza, negué porque no sabía que era lo que le había recordado, pero sí sabía lo que iba a hacer.

—Me has recordado que aquí estamos solos tú y yo, que los problemas se han quedado a miles de kilómetros. Me recuerdas en cada momento muchas cosas sin apenas esforzarte, y... ¿Sabes que más me recuerdas Mery? —Preguntó a tan solo unos centímetros de mis labios.

Volví a negar mientras mi respiración empezaba a agitarse, mientras mi pulso se disparaba por su cercanía, mientras mis labios se entreabrían esperando lo inevitable.

Alcé muy despacio la mirada para encontrarme con unos ojos brillantes, con unos ojos llenos de sentimientos desbordados. Unos ojos que se posaron sobre mis labios, para a continuación besarme sin dudar.

Para besarme con ganas, sin freno, para besarme con desesperación. Unos besos que fueron correspondidos de la misma manera, porque ya no me acobardaba, porque quería sentirlos hasta quedar sin aliento, porque quería olvidar todo lo demás, porque allí solo estábamos él y yo.

Subí mis manos para abrazarlo por el cuello, para jugar con su pelo mientras me devoraba sin compasión, mientras las yemas de sus dedos comenzaron a subir lentamente por mi espalda, hasta llegar a la altura de mi sujetador.

Su lengua tenía la misma habilidad de aquel día, esa habilidad para encontrarse con la mía y encajar a la perfección. Para sentir esa conexión multiplicada por mil que ya teníamos.

Lo sentía tan cerca que me encantó, me encantó tanto como me asustó; porque después de eso volveríamos a la realidad.

—Hay niños cerca... —susurré entre aliento y aliento.

—Pues que no miren —negó con la cabeza mientras me besaba de nuevo con una curvatura divertida en sus labios.

—Álex... —lo nombré sin dejar de besar sus labios salados.

—Eres tú la que no quiere parar —adivinó mirándome los labios hinchados.

—Es verdad —asentí mirándole a los ojos—, no quiero parar pero debemos parar...

—¿Estos niños no saben que deberían estar haciendo la digestión? —Preguntó exagerando un enfado.

Yo, no pude dejar de reír. Me abracé a él, lo besé nuevamente mientras me cogió por los muslos para alejarnos del grupo de niños que nos miraban entre risas inocentes.

—Lo digo en serio..., mi abuela me tenía dos horas bajo la sombrilla, era un sufrimiento. —Se quejó mientras negaba con la cabeza.

—¿Sabes lo que es un sufrimiento de verdad? —Pregunté algo avergonzada.

—Sorpréndeme... —respondió con una sonrisa radiante.

—Dormir contigo sin poder besarte —le susurré en el oído para que no pudiera ver la vergüenza reflejada en mi rostro.

—Joder Mery... ¿por qué me dices estas cosas? —Y volvió a besarme como si mis besos fueran lo único que le saciara.

Una vez pasado el calentón, salimos a la arena para reunirnos con Manuela y el chaval, él

miraba su teléfono móvil pero una sonrisa asomó por sus labios, indicándonos que lo había visto todo.

En cambio, Manuela rebuscaba algo en su bolso mientras lo que iba sacando lo apoyaba sobre la toalla.

—Quiero que aceptéis una cosa —dijo ella sin dejar de rebuscar.

—Abuela, no empieces... —la quiso frenar Antonio, pero Manuela era una mujer de armas tomar y nada la frenaba.

Ella lo ignoró y nos miró suavizando la expresión.

—Puedo ver cosas niños, ya lo sabéis. He visto obstáculos, pero también he visto el desenlace. Todo irá bien pero quiero que aceptéis un amuleto para sobrellevar mejor esos obstáculos.

—¿Qué amuleto? —Se interesó Álex.

Ella le enseñó dos especies de bolsitas cuadradas que parecían hechas con tela verde cosida por tres partes. En ellas metió unas monedas antiguas, romero, unas piedras y nos pidió que metiéramos algo que nosotros quisiéramos.

—¿Puedo meter una foto? —Pregunté.

—Si cabe si —dijo ella con una sonrisa.

Cogí la llave que tenía Álex en el brazalete para correr a la taquilla, sacar mi bolso y volver con ellos.

Saqué la cámara instax y nos hice una foto a modo selfi con los cuatro. Álex me pidió que hiciera otra igual y yo, después de hacerla le recriminé que era un copiota. Evidentemente todos reímos.

—¿Tienes un bolígrafo? —Preguntó mientras observaba las fotografías. Asentí y lo saqué—. Tenéis que escribir algo bonito el uno del otro.

Cogí una foto y en la parte baja puse: “Por una vida contigo”, después se la entregué a Manuela. Álex hizo lo mismo y ella cogió ambas fotografías para ocultarlas entre sus manos y dijo:” siempre que pueda os protegeré”.

Después, metió una foto en cada bolsita y las posó sobre la arena. Manuela se quedó unos segundos en silencio, con la mirada fija en los amuletos mientras susurraba algo que me costó identificar, algo sin sentido: “no todo es casualidad”.

—Quiero que cojáis un puñado de arena, cerréis los ojos y que penséis en lo que os gusta el uno del otro.

Cerré los ojos y pensé en su sonrisa, pensé en cómo me hacía perderme con tan solo su presencia y pensé en sus besos.

—Ahora quiero que abráis los ojos y me echéis en mis manos la arena a la vez —puso sus manos juntas, como si fuera un cuenco—, quiero que se mezcle mientras cae poco a poco.

Y así lo hicimos, Álex y yo nos miramos y comenzamos a soltar la arena sobre las manos de la anciana. Cuando terminamos, ella cerró los ojos. Cuando los abrió puso un poco dentro de cada bolsita sin decir absolutamente nada.

Comenzó a coserlo en silencio e hizo lo mismo con el otro.

—Este es el tuyo —me entregó la bolsa—, y este el tuyo —se lo dio a Álex mientras le sonreía de manera fraternal—, debéis llevarlo siempre con vosotros. Ya veis que es pequeño, os cabe en la cartera. No os hará ningún mal, solo os protegerá, pero para que funcione no debéis abrirlo.

—Muchas gracias —dije mirando mi amuleto.

Capítulo 16

“Un lugar mágico” Álex

Acompañamos a Manuela y Antonio hasta su casa, en un principio se negaron ya que no querían molestar, pero tras nuestra insistencia, aceptaron.

Vivían a las afueras de San José, en un terreno grande con una casa de unos sesenta metros cuadrados, se veía algo dejado pero la casa era acogedora. Hablamos con ellos durante un buen rato, tanto que nos hizo perder la noción del tiempo. Les contamos que vivíamos en Roses y el porqué de nuestra visita a la isla.

Antonio quedó fascinado con la furgoneta y nos contó que le encantaría tener una para ir a la península y conocer el resto de España. Ninguno de los dos había salido de la isla. Él, al enterarse que yo era mecánico se interesó mucho por la profesión, me contó que no había estudiado nada de mecánica pero que sabía desmontar una moto y volverla a montar con los ojos cerrados, y eso me dio una idea.

—Si me prometes que te vas a implicar, puedo hablar con mi colega y ver si conoce a alguien que pueda darte trabajo —ofrecí algo dudoso ya que no lo conocía de nada, pero la situación en la que estaban me daba pena.

Con la ridícula pensión de Manuela apenas les alcanzaba para llegar a fin de mes, eso sin contar los gastos extras que podían llegar.

—Te prometo que no te fallaré...

—No me fallarás solo a mí, sino a tu abuela también —le dije en voz baja para que no me escuchara su abuela.

—Lo sé.

Me apunté su número de teléfono por si conseguía algo de trabajo para él, después nos despedimos de ambos y pusimos rumbo a la Llentia.

Mientras conducía, observaba por el rabillo del ojo como Mery se miraba en el espejo del parasol, luchando con sus rizos salvajes con una goma de pelo que tenía en su muñeca.

—No sabía que tenías el pelo rizado.

—Suelo alisarlo ya que es mucho más fácil de peinar y bueno..., me gusta más —dijo mientras se lo recogía en un moño alto.

—Me gusta cómo te queda —y no lo decía por cumplir, estaba preciosa con sus rizos descontrolados.

Llegamos a un pequeño aparcamiento frente a una mansión impresionante, la cual era del famoso Guy Laliberté (creador del Circo del Sol), el cual mandó instalar la escultura del artista Andrew Rogers llamada: “Time and space”, conocida como: “Stonehenge Ibicenco” o “los monolitos de la Llentia”. Un poco más adelante lo encontramos: eran doce monolitos de basalto, con veinticuatro metros de altura, colocados de forma circular rodeando al décimo tercer monolito el más alto de todos y en cuya parte superior se veía una capa de pan de oro de veintitrés quilates. Cada columna tenía unos grabados de los cuales leímos, que se desconocía el significado. Justo frente a ellos en el suelo, había cientos de piedras que dibujaban formas circulares que tampoco supimos el porqué de eso. Buscamos algo más de información sobre la escultura y un artículo decía que su autor dijo que la escultura representaba el movimiento de los planetas alrededor del sol, por lo que el conjunto estaba alineado con la puesta del sol del solsticio de invierno.

Sobre cada monolito había un montón de piedras que los turistas lanzaban para dejar su huella, pero una pareja cercana comentó que había que conseguir que una piedra quedara en el montón del monolito de pan de oro y pedir un deseo. Eso a Mery le fascinó y cuando la gente fue marchándose, ella comenzó a lanzar piedras hasta que lo consiguió, yo desistí a los cinco minutos.

Por un pequeño sendero a la derecha nos topamos con las puertas de la Llentia. Se trataba de dos portones impresionantes con grabados árabes, en uno de ellos se podía observar la mano de Fátima. Ambas conformaban una especie de habitación sin paredes en la que el suelo también poseía motivos árabes. También buscamos información sobre las puertas pero nos encontramos que se desconocía quién fue el artífice de dicha instalación.

—Este lugar es impresionante... —admiró Mery fascinada abriendo una de las puertas para pasar tras ella—, ¡Mira! —Exclamó mientras señalaba al fondo, entre otra puerta abierta— ¡Es Vedrá!

Yo..., me acerqué a ella por la espalda, la abracé sin dudar y la besé suavemente en la mejilla mientras contemplábamos el paisaje.

Unos minutos después, regresamos junto a la escultura de los monolitos para acomodarnos sobre una roca y observar la puesta de sol. Mery se sentó entre mis piernas para apoyar su espalda sobre mi pecho mientras mis brazos la rodeaban.

—Es una pena que mañana tengamos que regresar... —susurró mientras el sol caía.

—Lo sé —respondí tras besarla sobre su pelo.

Mery se giró para ponerse de rodillas frente a mí, para besarme con ternura mientras el sol

dejaba su último reflejo sobre el pan de oro del décimo tercer monolito.

Nos quedamos aparcados en aquel lugar, ese lugar al que Mery lo consideró mágico.

Preparamos unos perritos calientes con una ensalada para cenar, después miramos cada fotografía tomada a lo largo de ese día tan intenso. Ese día que tanto me hizo recordar en lo que un día fui, ese día que me empezaba a curar.

Un día en el que empezaba a descubrir una chica diferente, una chica sensible y encantadora. Una chica llena de vida y con ganas de comerse el mundo, una chica muy diferente a la que conocí los primeros días.

Ella, que me miraba con ternura cuando me veía junto a Manuela y se emocionaba cuando veía mi interés por ayudarles.

—Has tenido un gesto muy bonito —me dijo un rato después cuando ya nos acostamos en la cama.

—¿A qué te refieres?

—Queriendo ayudar a Antonio para conseguir trabajo.

—Yo solo he hecho un par de llamadas, ahora todo depende de él.

—Le has dado dinero sin conocerles... —continuó mientras me cogía la mano.

Me giré para observarla, para mirar lo bien que encajaban nuestras manos sobre el colchón.

—Ojalá les vaya bien —respondí apretando un poco la mano, sintiendo su palma sobre la mía.

—¿Crees en lo que dijo Manuela? —Quiso saber mientras levantaba nuestras manos para compararlas—. Me refiero a todo eso de la energía, a que somos dos almas que necesitan curar.

—Yo no creo en esas cosas —negué con la cabeza, pero me giré para mirarla mientras le hablé—, pero no sé porque sus palabras me han parecido reales. No se..., parecía como si leyera mi vida mientras miraba la palma de mi mano.

—Cuando en su casa ha comparado nuestras manos ha dicho que era muy curioso que la línea de la vida se nos cortara en el mismo punto, pero después continuaba de la misma forma... —admiró tocando la línea de mi mano y comparándola con la suya.

—No sé si esa mujer realmente lo veía o simplemente se lo creía pero he de reconocer que ha sido la única vez que me han hecho dudar en estos temas.

—Me encantaría creer en lo que dijo, todo sería más fácil.

No entendí muy bien sus palabras, pero tampoco le pregunté ya que esa frase parecía más bien un pensamiento dicho en voz alta.

Bajé la mano para incorporarme un poco y tenerla más cerca, la otra mano la posé sobre el lateral de su cara con el pulgar acariciando su mejilla. Ella me miró mientras sonreía esperando y sabiendo lo que iba a pasar. Me incliné despacio hasta llegar a la humedad de sus labios, hasta notar como se movían junto a los míos. La calidez de su cuerpo me era tan reconfortante que me invitó a acercarme un poco más, a presionar un poco más mis labios sobre los suyos para profundizar un beso ansioso. Un beso que se volvió salvaje en cuestión de segundos, un beso que me dejó sin aliento y con ganas de más.

Mery posó sus manos sobre mi espalda, atrayéndome hacia ella, haciéndome subir sobre su cuerpo impaciente. Sobre ese mismo cuerpo que se presionaba contra mí sin vergüenza, aprovechando cada segundo que nos quedaba el uno junto al otro. Ese cuerpo vestido con tan solo una camiseta ancha y unas bragas debajo, el mismo cuerpo que minutos después posaba sobre mí, a horcadas mientras me devoraba con cada beso insaciable.

Unos besos llenos de impaciencia y necesidad pero a la vez de sentimientos encontrados y

descontrolados. Unos sentimientos que empezaban a aflorar a pasos agigantados, un sentimiento que no estaba preparado para sentir.

Un rato después, decidimos frenar un poco el momento de pasión. No porque no quisiéramos llegar a más, sino porque ni ella ni yo nos atrevimos a pasar esa línea.

Segundo día que me desperté con su pelo sobre mí, pero ese día era diferente, porque ese día la abracé al notar como su brazo posaba sobre mi pecho. Ese día en el que me acerqué más a ella para oler el aroma a jazmín sobre su pelo. Ese día en el que ella se despertó somnolienta para besarme en los labios y darme los buenos días.

Tras el desayuno salimos para encontrarnos con un sol radiante. Para hacernos la foto de cada mañana sobre el paisaje donde habíamos pasado la noche. Y ese día la imagen de la mañana fue un selfie con “Time and space” a nuestra espalda.

Quedamos con Luis para cerrar la venta y hablar sobre Antonio, le hablé de su situación y me comentó que tras varias llamadas, era posible que le hicieran una entrevista en un bar situado en el aeropuerto de Ibiza. Seguramente sería un trabajo de unos meses, hasta que los turistas abandonasen la isla, pero todo eran posibilidades.

Pasamos el día dando una vuelta por Dalt Vila (la zona alta amurallada), degustando la gastronomía y fotografiando cada momento vivido en libertad. Porque así me sentía con ella: libre.

El ferry salió puntual. Salimos a la cubierta para ver como Ibiza quedaba cada vez más lejos y el frío y la humedad se hacían presente. Decidimos ir al camarote para intentar dormir, me esperaba una cama grande para compartir, pero en su lugar había unas literas en la que tan solo cabía una persona.

Tras media hora de besos, risas y caricias decidimos acostarnos cada uno en su cama e intentar dormir. No se nos hizo muy difícil conciliar el sueño ya que había sido un día agotador. Llegamos a Barcelona sobre las cinco de la mañana y tras desembarcar dentro de la furgoneta pusimos rumbo a nuestro lugar: a Roses.

Mery volvió a dormirse durante casi todo el trayecto, algo que me gustó ya que pude fotografiarla al llegar con la cabeza inclinada y la boca abierta mientras dormía.

—Ya hemos llegado —anuncié después de guardarme el móvil en el bolsillo.

Mery observó la calle mientras se desperezaba y con su cara de dormida me miró pensativa.

—Ha sido un viaje increíble —declaró con una sonrisa triste.

—Sí, lo ha sido —le di la razón porque había sido el mejor viaje de mi vida.

—Te llamaré —se despidió acercándose a mí, posando un beso suave en los labios.

Después, cogió la manilla de la puerta, su bolsa de viaje y se marchó.

Capítulo 17

“Volverte a ver” Mery

Todo parecía ir bien hasta que llegó mi padre. Dio a entender que la empresa de Barcelona no iba lo bien que él quería. Y claro, su frustración la pagaba conmigo.

—A las siete de la mañana saldremos —me hizo ver que iría de nuevo a trabajar con él.

Las oficinas estaban impolutas, como siempre Rebeca daba los buenos días con la sonrisa más forzada que había visto jamás y Francisco González, mi futuro suegro me saludó con efusividad.

—Tres cafés por favor —ordenó mi padre a Rebeca, su secretaria. No sabía si lo hacía por joder o simplemente mis gustos se los pasaba por el arco del triunfo, pero odiaba el café.

—Yo un colacao porfa... —Mi padre me fulminó con la mirada y sabía el porqué.

Él, tenía la mayor autoridad en la empresa y como él decía todos debían saberlo, por eso no compartía conmigo el hablar con los empleados de manera cercana.

Media hora más tarde me marché a mi oficina, encendí el ordenador y me enfrasqué con la contabilidad.

Los días pasaban y mi padre no me dejaba respirar, me asfixiaba y cuando terminaba la jornada José Miguel pasaba a buscarme a la oficina para comer juntos. Más de una tarde tenía que continuar con el trabajo, por lo que esos días fueron agotadores.

En la noche pensaba en Álex, en el viaje a Ibiza y en cómo podía solucionar mi situación, pero antes de encontrarla..., me dormía.

Llevaba ocho días sin poder ver a Álex, ni siquiera pude hablar con él en todos esos días ya que mi otro teléfono estaba en el trastero.

Me costó una discusión con mi padre tener dos tardes libres, pero tal y como habíamos acordado, necesitaba tiempo para mí. Y ese miércoles me levanté contenta, me levanté con ganas de que la mañana pasara rápido para comer e ir al taller.

Miércoles 16:30 pm:

Arranqué mi coche y fui dirección al taller. Mi nerviosismo comenzó a incrementarse cuando aparqué cerca de la puerta, justo al lado del coche de Álex. La excusa para volver allí fue un casco que había comprado para aerografiarlo, para agradecerle a Carlos toda su ayuda.

—Buenas tardes Paco —saludé cuando lo encontré mirando el motor de un coche.

—Que sorpresa hija —dijo abrazándome tras secarse las manos en un trapo sucio.

—¿Qué tal todo?

—Como siempre, todos los días son igual.

—¿Está Álex?

—¿Has venido a verlo? —Preguntó sonriendo.

—He venido para pedirte la cabina otra vez.

—Es toda tuya hija, ya te dije que podías venir cuando quisieras.

—Gracias.

Hablamos un rato más, me contó que Álex había salido y que no tardaría mucho en volver.

Preparé la mesa de trabajo, el casco y comencé con el dibujo. El día en el que quedé con Carlos para colocar la cristalera donde se recordaba a los fallecidos en las carreras vi una pegatina del joker en su moto y eso me dio la idea. Le pregunté si le gustaba y me respondió con una sonrisa radiante que le encantaba.

—¡Pero si es la desaparecida!

—¡Joder! ¿Por qué eres tan silencioso?—Pregunté con el corazón en la boca.

—El problema no soy yo, eres tú. No he conocido nadie tan asustadizo. ¿Qué haces?

—Estoy aerografiando un casco de moto.

—Es increíble —dijo acercándose a mí —¿También vas en moto?

—No. Lo que me faltaba—dije riéndome—, es un regalo para Carlos.

—Ah..., seguro que le encantará —dijo cambiando su expresión.

Seguramente creía que entre Carlos y yo había pasado algo. Sabía que nos conocíamos de hace unos años, pero lo que no sabía era el porqué.

—Eso espero, es un buen chico y me ha ayudado en una cosa que tenía en mente. Me gustaría agradecerse con este regalo.

—Sabes que le gustas ¿verdad? —Afirmó con una sonrisa irónica.

—Algún día te contaré lo que me une a Carlos, pero no es nada de lo que crees.

Álex negó con la cabeza mientras se acercaba a mí, mientras me miraba como ese día en la playa que me besó delante de aquel grupo de niños. Y deseé que ese beso volviera a repetirse, deseé sentir de nuevo sus manos sobre mi piel, deseé poder perderme de nuevo con él.

—¿Qué pasa? —Pregunté con una sonrisa desafiante.

—¿Sonaría muy desesperado si te dijera que cada día esperaba una llamada que nunca llegó?

—Solo un poquito... —Le seguí el juego.

—¿Has venido solo para esto? —Preguntó señalando el casco.

—No —admití. Pude ver su ego engrandecerse y entonces continué—.Le prometí a Paco venir a verle más a menudo.

—Y yo me lo creo...

—¿Para qué más tendía que volver? —Pregunté divertida por la situación.

—Te morías por volverme a ver —susurró acercándose a mi oído, haciendo que todo mi cuerpo reaccionara de nuevo.

—Eres tú el que esperaba ansioso mi llamada.

—Y tú la que deseas que te bese otra vez —me susurró al oído.

—¿Cómo estas tan seguro?

—Lo veo en tu mirada —dijo esta vez muy cerca de mis labios—, ella no me engaña.

Y esa vez lo hizo. Me besó suavemente, me besó tan despacio que pensé morir de las ganas. Subí mis manos casi temblorosas y las posé tras su nuca. Como era de esperar le devolví el beso con las mismas ganas, unas ganas contenidas desde el primer momento que sus labios rozaron con los míos y me acerqué más a él, acortando la distancia entre los dos. Posó sus manos sucias

de grasa sobre mi mono blanco a la altura de las caderas y cerró por completo el espacio que aún seguía entre nosotros. Su lengua pasó para encontrarse con la mía una vez más y fue entonces cuando volví a sentirlo, ese simple roce volvió a darle algo de sentido a mi vida.

El beso fue bajando de intensidad, acabando cuando Álex mordió levemente mi labio inferior.

Mi corazón latía desbocado, tanto que creí que iba a salirse del pecho mientras otro escalofrió recorrió todo mi cuerpo sin poderlo evitar.

—No besas mal, pero podrías mejorar —informó tan chulo como pudo.

—¿Te he dicho ya que eres un estúpido? —Dije sorprendida a la vez que lo empujaba para apartarlo de mí.

—Sí, creo que lo confundes con mi nombre, por si no lo sabes... es Álex.

—Lo sé, pero estúpido te va como anillo al dedo —continué con una sonrisa malvada mientras le enseñaba el dedo corazón.

—Te dejo seguir con eso —se despidió señalando el casco que esperaba en la mesa para que continuara con él—, por cierto..., el joker le encanta.

Dos horas más tarde el joker había quedado plasmado quedando perfecto, ya solo quedaba secarse.

—Creo que tendrás que frotar —informó Álex señalando mi cadera.

Miré y sonreí al verlo. Tenía su mano marcada a la perfección. No lo lavaría jamás.

—Se lo daré al culpable para que lo frote, seguro que se le quitan las ganas de volverme a tocar.

—¿Sabes que aún estoy manchado verdad? —Amenazó enseñándome sus manos perfectas llenas de grasa.

—Ni se te ocurra... —advertí dando unos pasos hacia atrás mientras él se acercaba a mí.

—¿O sino qué?

—Haré que te arrepientas —amenacé con una sonrisa nada convincente.

Él se acercó más a mí y con su dedo índice manchó la punta de mi nariz. Abrí los ojos exagerando una incredulidad absoluta cuando me toqué la nariz y vi la grasa sobre mis dedos. Me abalancé sobre él y frotando mis manos con las suyas en un forcejeo conseguí mancharlas para usarlas en su contra.

—Ahora estamos en igualdad —advertí enseñándole las palmas de mi manos engrasadas.

—No te atreverás... —dijo riéndose como un niño.

—Tú lo has querido —amenacé divertida manchándole toda la cara mientras él intentaba esquivarme sin éxito.

—¡Niños! —Gritó Paco desde la puerta del despacho con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Dejar de jugar! Vamos a cerrar—. Ordenó muy divertido.

Me sentí algo avergonzada por la pillada de Paco. Una vez en el vestuario compartimos el único lavabo que había y nos lavamos con jabón.

—Estás muy guapa con el moño despeinado —afirmó mirándome a través del espejo.

—Tú no estás mal manchado de grasa —admití mirándole a esos ojos que me llenaban de vida.

Me retiró un mechón que se había pegado a mi cara aún mojada y me lo dejó tras mi oreja mientras me acariciaba nuevamente con su pulgar. Incliné mi cara para disfrutar aún más de sus caricias y él suspiró algo frustrado.

—¿Qué pasa? —Pregunté descolocada mientras cogía la toalla para secarme la cara.

—¿Puedo besarte?

Me sorprendió que lo preguntara. Estaba dejando que viera la parte más vulnerable que se empeñaba en esconder y como era de esperar no obtuvo respuesta. Me acerqué a él y lo besé.

Capítulo 18

“Sentir” Álex

Sentir, esa simple palabra estaba llena de emociones. Emociones buenas y no tan buenas. Emociones cargadas de angustia y desolación fueron las que me llevaron a dejar de sentir, porque no lo merecía y así era más fácil. Porque sentir era lo que no quería, lo que no me dejaba avanzar.

Pero sentir sus labios sobre los míos, sentir su mirada, sentir sus caricias me estaban llevando a querer plantearme algo más, porque... ¿Había sido necesario dejar de sentir?

Cuando al día siguiente regresó en busca del casco que le regalaría a Carlos pensé en cuál sería su próximo movimiento para volverme a ver, porque la realidad era que solo nos veíamos cuando ella regresaba.

Al ver el trabajo que realizó en el casco me asombré gratamente y de nuevo le ofrecí trabajo.

—No sabes lo que me gustaría trabajar aquí, pero no puedo, de verdad —dijo tras un suspiro—. Tengo una vida complicada. Algún día te lo contaré.

—Y hoy no es ese día ¿cierto?

—Has dado en el clavo— dijo sonriendo de nuevo.

—¿Te apetece que cenemos esta noche? —Pregunté cambiando de tema.

—Me encantaría, pero no puedo.

—Si no quieres puedes decírmelo. Tan solo somos amigos, no tienes ningún compromiso conmigo —informé algo decepcionado.

—Ya lo sé... —contestó con el ceño fruncido— solo es que hoy no puedo.

—Vale... —respondí decepcionado.

—Pero si puedo hacer otra cosa —anunció acercándose a mí, dándome un beso tierno en los labios.

—¿Eso es todo? —Sorprendido la cogí de la mano al ver su intención de marcharse hacia el despacho de Paco.

—¿Que más quieres?

—Lo sabes perfectamente... —susurré muy cerca de su oído y abrazándola por la cintura la acerqué más a mí.

—Creo que pones demasiado interés en unos besos que necesitan mejorar —recreminó mi frase del día anterior rozando sus labios con los míos.

—Puedo ser tu profesor —informé divertido sin soltarla.

—No, gracias —contestó muy segura separándose de mí.

La atraje de nuevo hacia mí y la besé. Sus labios sonreían junto con los míos, era un beso divertido, totalmente nuevo para mí. Sentía una atracción brutal por aquella chica que se negaba a confiar y contarme algo de su vida, una atracción que me hacía sentir un sin fin de sensaciones al tenerla a mi lado. Intenté besarla con más intensidad pero ella seguía riendo sin parar, no sabía muy bien de que o porqué pero no pude evitar reír también.

—No te molesto más... —le dije para que siguiera recogiendo sus cosas y con un simple beso en los labios me despedí.

—Por lo que veo tú tampoco sabes dar un beso en condiciones —se mofó.

—Te vas a enterar —. Me acerqué de nuevo a ella.

La miré con la misma fuerza que ella lo hacía y me acerqué peligrosamente a sus labios, esos labios tan carnosos que suplicaban mis besos.

Comencé cogiendo su labio inferior entre mis labios a la vez que la besaba y poco a poco nuestras lenguas comenzaron un juego peligroso, con demasiada euforia. Eran rápidas e insistentes, frotándose la una contra la otra sin control. Sentí como un pequeño suspiro salió de su garganta y ese simple gesto me hizo desearla aún más. La arrinconé contra una columna y la besé como nunca lo había hecho con nadie; controlando mi euforia, besándola suavemente y muy despacio, disfrutando del momento y esperando que nunca terminara.

—Paco nos va a pillar —susurró entre beso y beso.

—Me da igual —contesté sin dejar de besarla.

—Me va a prohibir entrar aquí de nuevo —advirtió mientras me acariciaba la nuca— no hago más que entretener a su mecánico.

—Que le den —y volví a buscar su lengua con la mía.

Unos minutos más tarde nos separamos y nos miramos sonriendo de nuevo. No sabía ni entendía qué tenía esa chica pero sabía que era especial.

Me obligó a marcharme para que continuara recogiendo todas las herramientas. Ya había terminado mi trabajo y tan solo quedaban quince minutos para cerrar. Regresé de nuevo con mi chica temeraria, porque a partir de ese momento sentí que lo era.

—Bueno, ya está.

—Sí, puede que nos veamos el sábado —informó ella para despedirse.

—¿No se te olvida algo? —Pregunté mientras nos alejábamos del despacho de Paco.

—¿El qué? —Se giró hacia su zona, observando que no se dejaba nada.

—Mi beso de despedida —pedí sin pensar.

Y no me di cuenta de lo que había dicho hasta que yo mismo me escuché. No podía creer que se lo estuviese pidiendo, esa era una regla que tenía con las tías: nada de besos al vernos ni al despedirnos.

—Ven aquí —y me besó dulcemente en los labios.

Nada más salir vimos a Irene apoyada en un coche, esperándome como tantos días. Su cara cambió al verme junto a Mery y mi reacción automáticamente fue mirarla a ella. A Mery. Como el día que ganó, no vi expresión alguna en su rostro cuando vio a la morena. Simplemente me miró y con una sonrisa se despidió.

—¿Que hace ella aquí? —Escupió Irene cuando llegué junto a ella.

—Creo que te has hecho un flaco favor al rayarle el coche —reproché con rabia, pero me tranquilicé al darme cuenta de que gracias a eso..., pude conocerla—. Vino el otro día a pintarlo.

Irene no dijo nada, no lo admitió pero tampoco lo negó y la expresión de su rostro lo dejaba

claro, tenía razón.

Mery se marchó sin mirar atrás y yo solo esperé que no se molestara.

Como todos los jueves, quedábamos todos juntos para tomar unas cervezas. Algo que agradecí porque no me apetecía estar solo con Irene. Ella intentó en varias ocasiones convencerme para largarnos a su casa, pero me negué en cada uno de sus intentos.

La llamé, llamé a Mery con un par de cervezas de más cuando me fui a mi casa mucho antes que los demás.

Sobre mi mesilla posaba su foto, esa foto de la primera mañana que dormimos en la playa, esa foto con cara de recién levantada.

Me acosté en la cama con la foto entre los dedos y colgué tras el tercer intento. Por un momento pensé que era mejor que no haya descolgado el teléfono, no quería arrepentirme de decir algo que seguramente al día siguiente pudiera arrepentirme.

No me acordaba en qué momento le hable por WhatsApp, pero al día siguiente me llegó la contestación por lo que pude leer lo que le dije:

—*Mery, que hayas visto a Irene no significa nada.*

Solo somos amigos.

—*No tienes que darme explicaciones, eres libre para hacer lo que quieras, solo somos amigos ¿no?*

Lo releí en varias ocasiones y su respuesta podía esconder algo de ironía, pero... también podía ser la simple realidad.

—*Claro*

—*Pero quiero que sepas que ayer no pasó nada con ella.*

—*Todo está bien*

Si todo estaba bien ¿Por qué tardaba horas en contestar? Le pregunté si le apetecía vernos esa noche pero no supe nada más hasta las once y media de la noche.

—*Siento no haber contestado antes pero he estado muy liada en el trabajo.*

—*¿Dónde trabajas?*

—*En la empresa de mi padre*

—*Tengo la sensación de que tu vida es un misterio, te conozco pero no sé nada de ti...*

—*Qué quieres saber??*

—*Todo*

—*Que es todo??*

—*Por eso no puedes trabajar en el taller? Como de complicada es tu vida para que desaparezcas tantos días?*

—*Tengo un padre muy estricto y me quiere tener controlada.*

—*Tanto como para secuestrarte tantos días?*

—*Te lo explicaré, pero no puedo tener esta conversación por aquí.*

—*Ok. Mañana nos vemos, no?*

—*Si*

—*Me lo prometes?*

—*Te lo prometo*

Sábado, 23:50 pm:

Mery me prometió ir ese sábado a la zona donde hacíamos las carreras para pasar un rato con nosotros, pero mi desilusión comenzó a sentirse cuando me di cuenta que no lo iba a hacer. Cada vez que oía un coche acercarse, miraba con la esperanza de ver a la bestia, pero nunca era ella.

Eran las dos de la mañana, el alcohol corría por mis venas a gran velocidad, la música ya no se oía tan alta, las chicas bailaban al son de la música mientras los chicos hablábamos y reíamos.

Irene no se apartaba de mí, hasta su amiga intentó bailar con ella en varias ocasiones sin poderlo conseguir. Sabía mi estado de embriaguez, y no solo lo sabía..., ella misma se encargaba que tuviera mi mano ocupada con una cerveza en todo momento. Estaba claro: quería emborracharme.

Me sentía cansado, con pocas fuerzas y ganas para mover mi culo de encima del capó de mi coche y mi visión cada vez estaba más borrosa pero ni siquiera eso pudo hacer que no lo viera: esa morrera inconfundible. La bestia había llegado.

Disimulé como pude mi alegría al verla salir del coche y más al sentir como Irene se daba cuenta de a quien miraba. Lo que menos quería era que se despechara con ella.

Esa vez llevaba unos vaqueros ajustados con un top negro de tirante fino dejando a la vista su abdomen plano. Una camisa vaquera cubría sus brazos, y las superstar blancas acababan con su conjunto. Su melena rubia algo ondulada, caía en cascada por sus hombros sin control.

Anduvo al frente mientras con la mirada buscaba una cara conocida, no tardó mucho en ver a Carlos; después, giró levemente la mirada hacia un lado, como si supiera que ahí fuera a encontrarme.

Ella me miró unos segundos dubitativa pero se detuvo nada más ver como Irene se levantaba de mi lado y con una sonrisa radiante se puso frente a mí para abrazarme.

Capítulo 19

“Todo fue un error” Mery

Cuando vi como esa chica abrazó a Álex de esa manera una sensación amarga recorrió todo mi cuerpo, porque no era cualquier chica, era ella. Y lo peor no fue el abrazo, lo peor fue que Álex no opuso resistencia.

Pero no me había escapado de mi casa solo para verlo a él, así que al igual que aquel día tras salir del taller y verla esperándolo, hice de tripas corazón y disimulé como estaba acostumbrada a hacer. Por desgracia mi padre había hecho de mí una auténtica actriz y podía disimular con gran facilidad con el paso de los años.

Vi a Carlos mirándome atentamente y esa fue mi salvación, fui hacia él ignorando por completo a la morena, el abrazo y a Álex.

—Hola Carlos —saludé animadamente.

—Mery... —me abrazó en modo de saludo. Pero ese abrazo duró unos segundos más de lo normal y eso me recordó a que Álex me dijo que yo le gustaba.

—Te he traído algo, pero lo tengo en el coche.

Me separé despacio y lo miré con simpatía. Carlos era atractivo, tenía la mandíbula marcada, piel morena y unos ojos tan oscuros como la noche, pero fue amigo de Gonzalo y siempre lo vi como un amigo.

—¿Qué es? —Preguntó sorprendido.

—Ven y lo verás.

Caminamos hacia mi coche en silencio. Yo tan solo pensaba en ellos, en que vendría después de ese abrazo, en que había pasado antes de él, en qué punto quedaba lo nuestro. Y fue cuando me di cuenta que en realidad no había un nosotros. Tan solo éramos dos personas con un futuro completamente diferente, un futuro que no quería afrontar.

Al llegar al coche abrí el maletero y saqué la caja del casco que pinté para él y se lo entregué forzando una sonrisa. Lo miró con el ceño fruncido y lo desenvolvió.

—¡¡Dios!! —Gritó emocionado —¡¡Gracias!!

Dejó el casco de moto sobre el techo de mi coche, me elevó en sus brazos y giró varias veces sobre el mismo punto, haciendo así que me agarrara fuertemente sobre sus hombros, abrazándome a él cuando me bajó poco a poco mientras nuestros cuerpos rozaban. No quería pensar en nada, no quería preocuparme por Carlos y su actitud conmigo, tan solo quería pasar un buen rato e irme de allí.

—¿Te gusta? —Pregunté una vez que mis pies tocaron el suelo.

—¡Me encanta! No tenías el porqué, te habrá costado una pasta. —Admiró con ilusión.

—Que va, lo he pintado yo.

—¿Que dices? —Su asombro me llenó de orgullo mientras su mirada pasaba entre el casco y yo.

—Quería agradecerte todo lo que has hecho, me has ayudado mucho.

—No hacía falta, sabes que él era mi amigo, era lo mínimo que podía hacer por ti.

—Me alegro que te guste, tu moto me dio una pista —le hice saber.

—Has dado en el clavo —susurró admirando de nuevo su casco de moto.

Regresamos con sus amigos y todos quedaron alucinados al ver mi trabajo. Varios de ellos

me preguntaron cuánto les cobraría por hacerles algo en el capó de sus coches, pero yo les comenté que por el momento no tenía mucho tiempo y que tampoco trabajaba en eso.

Mi subconsciente me hizo buscar a Álex en varias ocasiones, él no movió ni un solo musculo de su cuerpo para venir conmigo, ni siquiera me buscaba con la mirada entre la multitud. Tan solo seguía al lado de Irene, con su brazo sobre su cintura y parecía pasarlo bien. Tanta insistencia en que viniera ¿para qué? ¿Para qué viera como pasaba de mí mientras se lo montaba con su chica?

Me sentía una estúpida, fuera de lugar. Sentía como si fuera una extraña para él, como si no quisiera que nadie se enterase de lo que había entre nosotros y se comportaba de una manera muy diferente a como lo hacía en la intimidad.

Carlos me presentó a una chica llamada Elena, tenía el pelo castaño, la piel clara, ojos marrones y fue encantadora conmigo; nada que ver con Irene y su amiga. Al parecer Elena era la novia de Jonathan, otro amigo de Álex.

Hablé con ella de un montón de cosas hasta que Carlos regresó con nosotras, metiéndose en la conversación buscando algo de protagonismo.

Elena se marchó a los cinco minutos con su novio y yo me quedé a solas con Carlos. Él me cogió de la mano y comenzó a bailar de forma cómica para hacerme reír. Le seguí, seguí sus pasos y giramos entre risas, pero mi sonrisa desapareció cuando vi como Irene seguía a su lado, sentada sobre su pierna mientras posaba su brazo sobre sus hombros.

Sabía que no habíamos hablado de lo que teníamos, tan solo me dejé llevar y disfruté como nunca a su lado. Sabía que eso tenía un final y había llegado antes de tiempo junto a mi desilusión.

Nos acercamos un poco más al golf discoteca de la última vez cuando bad guy de Billie Eilish comenzó a sonar a todo volumen.

Había más gente bailando, así que... ¿por qué no evadirme un poco con esa gente? Quería quitarme la imagen de esos dos que aún me atormentaba. Cogí una coca cola y bailamos al son de la música, era una locura de canción pero pegadiza a la vez. Elena se unió a nosotros y Jonathan la siguió. Pasamos un buen rato entre risas a pesar de que mi mente seguía agobiándome.

Una mano atrapó mi muñeca cuando me quedé sola. Elena estaba demasiado entretenida con su novio a unos veinte metros buscando algo de intimidad y Carlos se había marchado al final de la calle a orinar.

—¿Qué haces? —Siseé entre dientes al ver como Álex tenía intención de separarme del pequeño grupo de gente que estaba a tan solo unos metros de mí. Quiso avanzar sin contestar pero con un tirón me zafé de su agarre.

—Ven conmigo —indicó con voz calmada, intentando que nadie escuchara lo que hablábamos.

—¿Por qué? —Pregunté cabreada.

—Quiero hablar contigo —.Y esa vez lo vi, vi su enfado a través de su mirada. Una mirada ensangrentada debido al alcohol que había ingerido. Una mirada que en el fondo me suplicaba que lo acompañara.

—¿Tú crees que éstas son las formas? —Pregunté más alto para su gusto—. Si me lo hubieras pedido de otra manera tal vez hubiera aceptado, pero yo ahora no voy a ningún lado contigo.

—¿Estas segura? —Preguntó desafiante.

—Más que nunca —.Quise parecer segura de mis palabras pero esa vez no pude enmascarar

por completo mi indecisión.

—Tú verás —.Me miró unos segundos más, esperando mi reacción, pero como no dije nada más se marchó.

Sentí como las lágrimas comenzaban a acumularse tras mis ojos, como un nudo se formaba en mi garganta sin poderlo controlar al darme cuenta de que todo había terminado. Mi mirada siguió el camino por el que se marchó y a pesar de que quise correr e ir tras él, no lo hice.

—¿Estas bien? —Preguntó una chica pelirroja que estaba a tan solo unos metros de mí.

—Sí—afirmé mientras tragaba saliva—, no es nada.

—No te fíes de ese tío —advirtió una amiga suya.

—¿Por qué? —Pregunté curiosa.

—Es un tío raro..., tan solo se relaciona con su grupo de amigos y su novia es de lo peor.

—¿Irene es su novia? —Quise saber mientras el estómago me dio un vuelco.

—Ella dice que sí..., yo lo que sé es que siempre están juntos.

—Ya... —Conseguí decir.

Unos minutos más tarde Carlos llegó y a pesar de que con él estaba muy a gusto, no podía quitarme de la cabeza la conversación con las chicas. Puede que Irene no fuera su novia pero estaba claro que no quería que se enterase de lo que teníamos él y yo.

Quince minutos más tarde decidí marcharme, no podía más, no debía seguir torturándome de aquella manera y ya era hora de volver a casa. Carlos me acompañó hasta el coche, intentando durante todo el camino convencerme para quedarme, pero lo tenía decidido. Me marcharía sin hablar con Álex.

Arranqué el coche muy a mi pesar, mirando un último momento por el espejo retrovisor. Pero... ¿Que pretendía? ¿Ver de nuevo a esos dos juntos? ¿Qué ganaba yo con eso?

Sin pensarlo más, cogí el desvío que llevaba a la ciudad para no volver jamás, pero una sombra en medio de la carretera me hizo frenar. Mi corazón comenzó a latir con más fuerza, mi pulso me martilleaba con ganas al darme cuenta que esa persona era Álex.

—¿Podemos hablar? —Preguntó en un tono pausado cuando se puso al lado de mi ventanilla.

—Ahora no me apetece —contesté algo chulesca, lo que al escucharme hizo que me arrepintiera en el mismo instante en que lo dije.

—No me voy a quitar hasta que hablemos —advirtió.

—Te escucho. —Acepte con resignación, aunque en el fondo lo deseaba. Deseaba hablar con él, deseaba borrar ese día y quedarme con la persona que conocí.

—¿Puedes salir del coche? —Me pidió algo irritado.

—¿Algo más? —Seguí con mi altanería mientras sacaba la llave del contacto y salía de mi coche.

—Te parecerá bien lo que has hecho... —Reprochó.

—¿Qué es lo que he hecho? —Pregunté sin entender nada. ¿A qué se refería? Yo no había hecho nada—. Dímelo porque no lo sé —grité incrédula.

—Me has ignorado, has pasado de mí como de comer mierda, has tonteado con Carlos... ¿Te parece poco?

No lo podía creer. ¿Me estaba reprochando algo que hizo él desde el momento en que me vio aparecer?

—¿Y me lo dices tú? —Pregunté exasperada con una risa nerviosa—. Tu sí que has pasado de mí, te has quedado junto a Irene sin pensar ni un segundo en mí e incluso he podido ver que te abrazaba en varias ocasiones. No me quiero ni imaginar lo que no habré visto...

—¿Pero de qué vas?! —Gritó en su defensa— ¿Quién te has creído que eres? Ya te dije que

yo no quería nada con nadie... y nadie es nadie. ¡Ni siquiera tú! —Gritó tan alto que hizo eco en el callejón cercano.

El eco que causó me hizo mirar en esa dirección. Ese mismo callejón donde el pequeño recuerdo de Gonzalo descansaba junto al de los demás. Pensar en ello me recordó aquel día en el que lo vi por última vez, en esos días posteriores llenos de sufrimiento y angustia. Y esos recuerdos me llevaron de nuevo a la realidad dejando mi corazón hundido por completo, haciéndome replantear si todo eso merecía la pena.

—No sé qué hago aquí discutiendo contigo —respondí esta vez con la voz calmada y triste—. Tú y yo no debimos conocernos. —Susurré mientras negaba con la cabeza para convencerme a mí misma de mis palabras—. Tu y yo no hemos sido nada y jamás lo seremos. —Pude decir con una sensación amarga, llena de dolor.

—Veo que te ha quedado claro —admitió esta vez con la voz ronca.

Tan solo fueron unos segundos en los que ambos nos quedamos callados, unos segundos en los que no sabíamos que más decirnos, unos segundos que nos miramos con dolor. Unos segundos que nos bastaron para darnos cuenta de los sentimientos que teníamos el uno por el otro.

Fui yo, no pude más con esa presión tras mis ojos que me indicaba que pronto se deslizaría una lágrima por mi mejilla dejando paso a unas cuantas más. No podía dejar que me viera así, no podía dejarme caer. Regresé al interior de mi coche para arrancar sin mirar atrás, para olvidarlo.

Haber conocido a Álex me había hecho creer en la esperanza, me había hecho sentir viva de nuevo, pero... ¿Para qué? ¿Para sufrir otra vez? Era consciente que el ataque de celos no me dejó pensar con claridad, pero aun así... ¿Qué me esperaba? ¿Qué podía aparcar mi vida a un lado? ¿Qué algún día mi padre me dejaría ser libre? No podía terminar bien, era de esperar. No podía pretender que Álex no estuviera con Irene cuando no le había dicho nada de la relación que me unía a José Miguel.

Cuando llegué al garaje me cambié de nuevo y dejé el móvil que utilizaba cuando era yo, Mery.

Aunque lo que había pasado no era del todo grave me hizo reflexionar, me hizo darme cuenta que debía afrontar mi vida tal y como era. Aceptar de una vez la vida que me había tocado vivir y por consecuente, tenía que desaparecer de la vida de esa gente.

Capítulo 20

“Arrepentimiento” Álex

Me había pasado, los putos celos me habían nublado el juicio, me habían hecho actuar de una forma irracional y no estaba orgulloso por ello. No me gustaba sentir esa nueva sensación que suponía iba a la par con lo que sentía por Mery. ¿Era obsesión lo que sentía por esa chica? No lo creía, más bien me estaba pillando más de lo que debería por la chica temeraria. Me había dejado claro que lo que teníamos se había terminado, que no tendría que haberme conocido. Y... ¡Joder! Me dolió como nunca el rechazo de una tía. Mery me había gritado, me había dejado claras sus intenciones de no volverme a ver y yo tan solo pensaba en encontrarla de nuevo.

Los días pasaban y ella no aparecía, mi desesperación cada vez se hacía más visible y de vez en cuando cogía el mono blanco que dejó colgado en su zona de trabajo y aspiraba su aroma aún presente para recordarla. Olía a ella y ver mi mano aún marcada de grasa me hizo recordar aquellos días en los que me sentí yo mismo, esos días en los que poco a poco dejé ver quien era yo en realidad.

Según su WhatsApp no se había conectado desde el día en que tuvimos aquella discusión, ese día en el que si pudiera volver atrás lo cambiaría todo.

Cinco días, cinco días habían pasado desde que la vi desaparecer. Quise darle tiempo para que fuera ella quien me llamara, que fuera ella la que regresara a mi como las veces anteriores pero no podía esperar más y debía hacer algo para solucionarlo.

No sabía que le diría, tampoco sabía cómo debía actuar pero lo que si tenía claro era que deseaba hablar con ella. La llamé esperando con nerviosismo oír su voz, pero ese momento no llegó ya que el contestador saltó al momento. Tenía su móvil apagado. Tras varios intentos decidí mandarle un mensaje de WhatsApp:

"

—Hola, soy Alex. Me gustaría que habláramos. Por favor, llámame. Siento lo ocurrido y no quiero que terminemos así."

No contestó y el viernes su móvil seguía en el mismo estado.

Quedé con Jonathan para cenar en el bar donde solíamos reunirnos. Pasado un rato Elena, Carlos y los demás fueron llegando para empezar la fiesta y aunque yo no estaba de ánimos me negaba a largarme tan pronto a casa. Tomamos unas cervezas compartiendo mierdas de la semana, pero ver el casco de Carlos me hizo tener una idea.

—¿Te gustó el casco? —Le pregunté iniciando una conversación con él.

—¿Lo dices en serio? Es alucinante —Lo admiró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya..., me ha salido algo de trabajo en el taller y quería saber si ella estaría dispuesta a trabajar por unas horas.

—Cuando la vea puedo preguntarle pero te adelanto que no tiene intenciones de trabajar en eso.

—Sois muy amigos, ¿verdad? —Insinué sonriendo falsamente, queriendo saber lo que se traían ellos dos.

—Solo somos amigos —declaró.

—Pues os vi muy bien el sábado, creo que hasta la besaste ¿no? —Me inventé queriendo saber hasta donde habían llegado.

—Que va, de momento somos solo amigos— anunció con una sonrisa pícar.

De momento..., Carlos iba a por ella y no ocultaba decirlo abiertamente.

—¿De momento? ¿Tuvisteis algo cuando os conocisteis? —Insistí.

—Ya me hubiera gustado —hizo un mohín de decepción—, pero en ese entonces tenía novio y él, era mi amigo.

Ya sabía algo más, por ahora lo dejaría así, no quería llamar la atención y Elena ya me miraba algo extrañada. Las horas pasaban lentamente y a pesar de que pensé en varias ocasiones marcharme a casa me negué a ello. Continuamos en una sala donde ponían música potente donde íbamos muy a menudo, Irene estaba allí y se alegró al verme llegar. La chica temeraria había desaparecido y a pesar que estuve tentado en varias ocasiones a seguir bebiendo, no lo hice. El alcohol no era buen aliado en esos momentos, aunque su recuerdo estaba torturándome. Cuando Irene me besó en un momento de descuido no la aparté, fue un simple beso en los labios pero con él, solo consiguió que la comparara con ella y Mery, era incomparable. Me alejé de Irene con la excusa de salir a fumar un cigarrillo a la calle, cuando tan solo le había dado dos caladas mi móvil vibró en el bolsillo, por un momento lo ignoré pero algo me hizo sacarlo con pereza y lo que menos me imaginé fue que la que me reclamaba fuera Mery.

" —*Hola, podemos hablar ahora.* "

Por cómo había hablado parecía enfadada, pero me bastó. Quería verla y arreglar las cosas.

"—*¿Podemos vernos en el acantilado?*

—*En 20 minutos estaré ahí.*

—*Ok. Ahora salgo para allá*"

No me despedí, y no fue por miedo a que me retuvieran sino porque en ese momento no me interesaba nada más que ella. Me monté en la furgoneta sin pensarlo ni un instante, la traje en vez del coche por si bebía demasiado poder dormir en ella sin necesidad de conducir hasta casa.

Al llegar vi su coche aparcado, ella había llegado y mis nervios comenzaron a notarse, pero me tranquilicé al pensar que los dos queríamos hablar y evidentemente, no podía ir a peor. Respiré hondo y me acerqué a su coche, miré en su interior pero estaba vacío por lo que me dirigí hacia el acantilado.

Vi su silueta como me esperaba sentada sobre la roca en la que me gustaba observar el mar. Me acerqué sin prisa, pensando en que decir, pero las palabras se me atragantaban sin poderlo evitar.

—Hoy está la mar picada —conseguí decir al llegar a su lado.

—No pienso tirarme de nuevo —informó sin quitar la vista sobre el mar.

—Siento lo del otro día, no debí tratarte así —Me disculpé realmente arrepentido.

—Ya..., te pasaste bastante.

—Sé que no te sirve —susurré agachándome junto a ella— Sé que no quieres un perdón, que lo que debería haber hecho era pensar antes de actuar, pero estoy arrepentido. Si me das una oportunidad prometo no volver a tratarte así. —Admití con sinceridad—. Es muy complicado para mí sentir esto ¿sabes?

—¿Qué es lo que sientes? —Preguntó mirándome al fin.

—¿Quieres que sea sincero?

—Sí.

—No lo sé —dije convencido—. No sé lo que siento por ti, tan solo sé que quiero compartir

mi tiempo contigo. Quiero reír y vivir el momento a tu lado, y quiero hacerlo solo contigo. ¿Entiendes?

—Explícate mejor —dijo sonriendo levemente.

—Estas disfrutando ¿cierto? —Y riéndome ella lo hizo también.

—Siento como te hablé —susurró agotada—. No debí echarte en cara tu actitud con Irene —continuó negando con la cabeza—. Ella estaba contigo cuando te conocí, soy yo la que está en medio, y tú y yo no éramos nada.

—Éramos amigos —respondí algo dolido.

—Pero eso no me da el derecho de ponerme así.

—Ya, pero lo que tenía con ella ya no está.

—No pretendo cambiar tu vida —suspiró algo seria—. Solo quiero llevarnos bien y si tan solo podemos ser amigos, lo acepto.

—¡Pues yo no! —Exclamé sin pensar— No quiero ser solo tu amigo, quiero ser algo más —declaré cogiéndole la mano—. Me gustaría seguir viéndonos como hasta ahora y te puedo asegurar que no podría verte sin sentir ganas de besarte.

—¿Esas ganas están ahora? —Me provocó con una leve sonrisa pero sabía que sus palabras escondían algo más.

—Siempre —anuncié mientras le soltaba la mano para levantarme, ponerme frente a ella y agacharme hasta su altura para tenerla a tan solo unos centímetros de mí—. Que te quede bien claro —susurré apoyando ambas manos en la roca, dejando a Mery entre ellas—, hasta en el peor momento, hasta cuando me sacas de quicio y los celos me consumen tengo ganas de besarte.

Me miró a los ojos tan fijamente que llegó a intimidarme, después subió sus manos para posarlas tras mi nuca y mientras acariciaba el final de mi pelo rapado continuó hablando:

—¿No me dirás esto porque has bebido? —Dijo acercándose más a mí.

—No estoy borracho, pero puedo repetirlo mañana si así quedas convencida de que me vuelves loco.

—No hace falta —y sin dejarme tiempo a nada más, ella me besó como tan solo ella sabía hacerlo.

Sus labios cálidos rozaron los míos antes de entrar sin pedir permiso, antes de devorarme con ansia. Su lengua jugaba peligrosamente, llegando al punto de hacerme estremecer, esa lengua estaba haciendo que mi autocontrol se esfumara, dejando salir el animal que llevaba dentro. La cogí en brazos y me senté donde ella había estado hace unos segundos. Me senté en la roca y puse a mi chica temeraria a horcajadas sobre mis muslos. Nos besamos con pasión, una pasión desbordante que me hizo suspirar. Mi entrepierna empezó a crecer y ella pareció darse cuenta ya que se apretó aún más a mí. Quería sentirla, quería ver lo que podía hacer con ese cuerpo de infarto que me excitaba tanto.

Toda la semana de mierda había pasado lentamente, pero tenerla así conmigo me hacía olvidar todo lo malo, todo lo que nos separaba.

—Prometo confiar en ti —susurré al fin abrazándola como tanto deseaba.

—No digas nada y sólo bésame —pidió con la voz entrecortada, con una mirada profunda que llegó hasta lo más profundo de mi corazón.

Capítulo 21

“Dejarme llevar” Mery

Me dejé llevar, me dejé llevar a pesar de todo, a pesar de que en un principio pensé no volverlo a ver. Me dejé llevar porque necesitaba terminar esa fase para bien o para mal. Porque si no lo hubiera hecho siempre me quedaría la espina y la duda de que habría sido de nosotros si no hubiera acudido a la cita.

Era imposible no dejarse llevar por él, imposible negarme a algo que ni yo misma supe lo que era, imposible negarme a esos besos que me dejaban sin aire para después dárme todo.

Esas manos que me cogían con seguridad para elevarnos y alejarnos de allí. Esos brazos que me mantenían a salvo mientras caminaba entre la oscuridad camino hacia nuestro refugio.

Abrió la puerta sin dejar de besarme, sin bajarme al suelo para subir, metiéndome en la furgoneta para después acostarme suavemente sobre la cama.

Se acostó sobre mí, dejando un reguero de besos que bajaron hasta mi clavícula. Unos besos que me excitaban de una manera sobrenatural, unos besos que descendieron con cautela hasta llegar al escote de mis pechos mientras mis dedos se entrelazaban en su pelo. Tiré de él muy despacio, llamando su atención, apartándole para después quitarme la camiseta sin dejar de mirarlo.

Álex se acostó a mi lado con la mirada ardiente, con una mirada tan profunda que me hizo quererlo aún más. Sus labios se curvaron para dejar una sonrisa socarrona, una sonrisa que se dilató aún más cuando me incorporé y le quité su camiseta también. Después lo empujé para sentarme sobre él, para acercarme a su cuello y besarlo sin prisa. Él, posó sus manos sobre mi espalda, acariciándome con ganas, atrayéndome hacia él.

—Meryyy... —susurró en mi oído.

—Shhh... —le mandé callar para besarlo nuevamente en los labios mientras mi mano bajaba peligrosamente sobre su abdomen.

Me cogió con fuerza para acostarse nuevamente sobre mí, para mirarme con deseo, para frotar su erección contra mi sexo. Para besarme con furia y dejarme sin aliento.

Mis dedos temblorosos buscaron el botón de sus vaqueros, desabrochándolo con torpeza mientras un jadeo se escapó de entre sus labios. Nos miramos por unos segundos, su mano me acarició la cara mientras la mía entraba por la parte trasera de su vaquero para presionarle el culo mientras me frotaba contra su erección.

—¿Estas segura? —Preguntó besándome de nuevo.

—Creo que sobran las palabras —contesté abrazándole con mis piernas.

Se inclinó para abrir un pequeño cajón, de él sacó una tira de preservativos de la cual desgarró uno para dejarlo sobre la almohada. Y no sé porque lo pensé, pero todo el momento se estaba estropeando al pensar que si tenía eso ahí era muy posible que ya hubiera usado el lugar como picadero. Mi decepción fue notable ya que Álex se inclinó hacia mí, me besó con dulzura en los labios y negando con la cabeza dijo:

—Puede que pasen dos cosas por tu cabeza —declaró acostándose a mi lado, jugando con sus dedos sobre mi piel desnuda, erizándola mientras descendía por la curva de mis pechos hasta bajar sobre mi abdomen—, una: que te arrepientas y no quieras seguir con esto o dos: que pienses que por tener eso ahí —dijo señalando el cajón con la mirada—, creas que ya he

estrenado la cama de la furgoneta con otra.

Su sonrisa se ensanchó al darse cuenta del motivo de mi preocupación.

—¿Me crees si te digo que no ha entrado ni una sola tía más que tú?

—Te creo —admití tocando ambos lados de su cara con mis manos para besarlo de nuevo.

—Pero si quieres... —susurró entre besos—, si no estás preparada... —prosiguió torturándome con sus caricias—, podemos dejarlo para otro día. No tengo prisa.

Dejé de besarlo para mirarlo de nuevo, para ver un brillo en sus ojos que me hacía creerlo, para querer seguir adelante porque era lo que sentía. Porque a pesar de que la razón me decía una cosa, cuando pensaba en él hacía todo lo contrario; porque cuando estaba con él me sentía libre, sentía que podía ser yo sin importar nada más, porque cuando estaba con él me sentía segura.

—No pienses en nada y déjate llevar —suspiré en sus labios.

Y nos dejamos llevar como nunca, porque en ese momento tan solo éramos él y yo. Nos dejamos llevar hasta perder la razón, porque cuando lo sentí en mi interior algo en mí cambió, porque supe que eso era lo que quería, porque lo quería a él. Y darme cuenta de ello me abrumó, me hizo darme cuenta de que lo que sentía por él era más grande de lo que creía. Porque ya no podía seguir jugando como una adolescente, porque tenía unos problemas que debía resolver.

Una lágrima resbaló rápidamente, tan rápida que no pudo darse cuenta de lo que me pasaba, una lágrima insignificante llena de sentimientos desbordados.

Aparté los problemas a un lado y me dejé llevar, disfrutando de cada segundo como si fuera el último; disfrutando de sus besos, de sus caricias y de su excitación. Una excitación que me hizo vibrar con cada embestida, con cada susurro, con cada temblor de su cuerpo junto al mío. Sentía que los dos estábamos en el mismo nivel, porque al igual que yo temblaba por cada caricia, él suspiraba por mis besos.

Llegamos al clímax en el mismo momento, dejándonos exhaustos y relajados. Dejándome plena, sintiéndome feliz. Sintiendo y pensando que todo podía cambiar.

Días después:

Ese fue mi propósito, cambiar. Porque eso era lo que debía hacer, debía luchar por lo que quería y tenía que conseguirlo sin perjudicar a los demás. Porque no solo mi felicidad estaba en juego, mi madre sufriría las consecuencias y José Miguel quedaría destrozado, porque aunque yo jamás le di esperanzas para formar una familia, sabía que él estaba enamorado de mí.

Los días pasaron y aunque algunos fueron duros otros en cambio fueron maravillosos. Los días en que mi padre me miraba con lupa no podía ni llamar a Álex pero los que se marchaba a Barcelona fueron los mejores. Algunos días comíamos con Paco en el taller, otros me llevaba a su casa para hacerme el amor y bajarme las estrellas.

Los días en que no podíamos vernos se hacían muy difíciles y más cuando Álex me reprochaba cuando no me oponía a las peticiones de mi padre, y aunque ya le expliqué que mi padre era muy estricto, él no lo entendía.

El último mes pasó entre trabajo, risas, besos y sexo. Mucho sexo. Mi relación con José Miguel iba a peor, ya ni siquiera podía darle un simple beso en los labios cuando debía pasar tiempo con él, cosa que casi ya no hacíamos. Mi padre estaba más arisco, más insoportable y yo no lo aguantaba más. En varias ocasiones intenté hablar con mi madre, contarle que había conocido a alguien que podía hacerme feliz, pero siempre había algo que me frenaba.

El segundo y tercer mes fueron mucho mejor, mi padre pasó un mes fuera de casa por lo que tuve total libertad para disfrutar de mi relación con Álex. Una relación privada, una relación que

pasábamos en su casa o visitando pueblos cercanos con la furgoneta. Una relación escondida.

Uno de esos días en los que hablaba con Paco mientras lo esperaba no fue tan bueno. Álex quería comer fuera, estaba cansado de tanto encierro y lo entendía.

—Ya he traído comida —me excusé enseñándole el recipiente lleno de la paella que Carmen había hecho por la mañana.

—Si no es por una cosa es por otra pero nunca podemos ni siquiera tomar algo en el bar de abajo de mi casa —anunció cabreado mientras abría la puerta de su coche para entrar en su interior.

No dije nada porque sabía que tenía razón pero no podía arriesgarme a dejarme ver en público con él.

Me monté en el asiento del copiloto y esperé a que siguiera hablando.

—Joder Mery ¿de verdad es por tu padre? —Preguntó frustrado—. Cada vez estoy más convencido de que son excusas...

—¿Qué insinúas?

—No insinuó nada, yo soy todo lo claro que tú no eres. —Reprochó.

—¿Entonces? ¿Qué quieres decir?

—Creo que te avergüenzas de estar conmigo... —susurró inseguro.

—¡Quítate eso de la cabeza! —Exclamé sin poder creer lo que pensaba de mí.

—Pues demuéstreme que me equivoco —Dijo muy tajante mientras aparcaba el coche justo en frente del portal de su casa.

Subimos en silencio, un silencio eterno e incómodo. Un silencio que me hizo pensar y reflexionar.

—Siempre te quejas de que hay un secretismo a mi alrededor —empecé diciendo—, te quejas de que podemos estar tres días seguidos sin vernos —continué cogiéndole la cara para que me mirase a los ojos—, y te quejas con razón. Pero quiero que sepas que te quiero, te quiero muchísimo y por nada del mundo quiero perderte.

—Todo esto podría ser más fácil si confiaras en mí —recriminó bajando la mirada.

—Confío en ti, por eso te pido que esperes a esta noche, te voy a llevar a un lugar para que puedas entender.

Él me miró nuevamente. Me miró con el ceño fruncido sin apenas comprender.

—Te quiero —declaré dándole un beso en los labios— y quiero que sepas que estoy enamorada de ti.

Su mirada cambió, sus ojos me miraron con asombro mientras su sonrisa se ensanchaba poco a poco.

—¿Qué has dicho? —Preguntó posando sus manos sobre mis caderas.

—Que te quiero. —Repetí posando las mías tras su nuca.

—¿Qué más?

—Que estoy enamorada de ti. —Susurré avergonzada.

Jamás se lo había dicho, nunca me atreví a hacerlo y no me veía con el derecho de pedir que él sintiera lo mismo.

La vergüenza pudo conmigo y lo besé, lo besé para dejar las palabras atrás, lo besé porque necesitaba sentir que no le estaba decepcionando.

A trompicones llegamos a su habitación, besándonos y quitándonos la ropa para después lanzarla sin mirar. Para tenernos nuevamente desnudos sobre esa cama que tanto conocía. Para sentir de nuevo su dureza en mi interior, para dejarme llevar por un huracán de sentimientos que

nos envolvían. Para dejarnos llevar como animales salvajes mientras nuestros sentimientos se iban agrandando. Para sentir que él me quería tanto como yo a él, aunque nunca nos lo dijéramos.

La tarde pasó como si estuviéramos a cámara lenta. Cerré la oficina a las siete de la tarde y me despedí de Rebeca. Llegué en un taxi hasta el garaje donde tenía el coche y el trastero y me quité esa ropa tan formal que tenía que llevar mientras trabajaba. Por suerte, mi padre aún estaba en Barcelona por lo que tendríamos toda la noche para nosotros.

Llegué a las ocho a casa de Álex, ya se había duchado y preparado por lo que no tardamos mucho en salir.

—Lo que te voy a contar es parte de mi pasado —anuncié mientras conducía para llevarlo a aquel lugar.

—No te veo muy contenta.

—No es algo agradable —pude decir con algo de dolor.

Llegamos a ese lugar donde vi por última vez con vida a Gonzalo.

—¿Porque estamos aquí? —Preguntó desconcertado.

—Ven conmigo. —Pedí saliendo del coche tras aparcarlo cerca del callejón.

Él lo hizo sin decir una sola palabra, le cogí la mano y lo adentré en el interior, nos paramos frente a aquel lugar donde se honraba a los fallecidos y lo miré con seriedad.

—Carlos me ayudó a hacer esto —y señalando la cristalera pude ver que su atención se posó en ella—. Este chico se llamaba Gonzalo —dije señalando la foto que puse el otro día junto a un anillo que le regalé—, era mi novio y murió hace seis años.

—Lo siento —consiguió decir a duras penas.

—El día en que murió estaba con él en el coche —seguí—, yo tuve más suerte. —Susurré casi llorando.

Lo miré y no conseguí saber lo que pasaba por su cabeza. Álex estaba petrificado, como si estuviera pensando en lo que le estaba contando y aunque no entendía muy bien su reacción quise pensar que necesitaba tiempo para procesarlo todo.

—¿Qué te pasa? —Pregunté tras unos segundos en silencio.

—Lo siento mucho —se lamentó—. Carlos era amigo de ese chico y por eso te conocía...

—Sí...

—Mientras él te ayudaba para hacer todo esto, yo tan solo pensaba que estabais liados —Me miró con compasión—. Fui un estúpido al juzgarte.

—Prometí ganar por él y por eso corrí el día que nos conocimos. —Declaré mientras me acordaba de aquel día.

El me miró con dolor y me abrazó tan fuerte que sentí que entendía mi agonía.

Lloré, lloré en su hombro abrazada a él. Lloré por Gonzalo, lloré por toda la presión que tenía encima y lloré por la impotencia que tenía respecto a mi padre. Pero también lloré por él, porque no quería perderlo como perdí a Gonzalo.

Álex fue muy comprensivo, no me pidió que dejara de llorar como lo hacían los demás, simplemente me abrazó hasta que me quedé sin lágrimas.

Capítulo 22

“Culpabilidad” Álex

La situación me sobrepasaba. Una sensación amarga recorrió todo mi cuerpo al verla llorar de aquella manera. Mery estaba destrozada y todo fue mi culpa.

Recordaba aquel día como si fuera ayer. Ese día llegué muy cabreado debido a una discusión entre mi padre y mi abuela y quise ganar a toda costa. Como siempre, mi frustración la pagaba con los que menos culpa tenían pero no lo podía evitar.

Ese día tenía las de ganar, ese día tenía rabia contenida y la descargué en el asfalto. Cuando lo vi supe que un niño de pijo no tenía nada que hacer conmigo, por mucho que llevara un Jaguar bajo sus pies.

Me ganó, y lo peor de todo fue que lo hizo limpiamente. No lo pude aguantar, no soportaba que nadie me ganara y mucho menos en un día así. Era un puto crio rabioso que no sabía controlar sus emociones. Era tan estúpido que tuve que pasar a toda ostia para romperle el retrovisor. Él salió disparado tras de mí, picándose por el gesto. La segunda vuelta la ganaría yo, pensé orgulloso de mi hazaña. Pero eso nunca sucedió, su coche pasó a toda velocidad llegando a aquella curva. Redujo y la cogió bien pero al acelerar y poner el Jaguar a más de 200km/h su rueda reventó y comenzó a dar vueltas de campana. Lo vi a metros de distancia por lo que fui el primero en llegar.

Mis extremidades comenzaron a temblar, mi rabia desapareció por completo y mis ojos se llenaron de lágrimas al ver el escenario. El chico salió disparado por la ventanilla del coche, su cuerpo inerte posaba sobre unas malezas que crecían fuera de la carretera y su rostro desfigurado daba a entender la gravedad de su estado.

Las náuseas comenzaron a sentirse cuando me acerqué a él para ayudarlo y me di cuenta que ya no había nada que hacer.

Corrí a ese coche destrozado en el que el cuerpo de una chica reposaba sobre el asiento del copiloto, me acerqué a ella con la esperanza de sentir su respiración, pero su cara ensangrentada me paralizó. Sus pestañas se apelmazaban debido a la sangre que se acumulaba sobre ellas y la herida de su cabeza me hizo pensar en lo peor. Con angustia posé mis dedos en su cuello para revisar su pulso y el alivio al encontrarlo me dio fuerzas para coger su cara e intentar despertarla.

No tardaron mucho en llegar los demás, la gente gritaba desesperada pero yo solo oía murmullo a mi alrededor mientras intentaba auxiliar a esa chica tan vulnerable.

Mis amigos tiraron de mí con fuerza, apartándome de ella, dejándola sola. Grité y lloré para que me dejaran allí, porque todo eso había sido mi culpa, porque no podía dejarla así. Alguien llamó a los servicios de emergencia, las ambulancias no tardarían en llegar y mis amigos insistían en meterme en el coche para largarnos de allí. Me negué. Grité y pegué a todo aquel que se me acercaba pero Elena se abalanzó sobre mí, abrazándome mientras lloraba desconsolada para intentar tranquilizarme. Ella se quedó conmigo mientras los demás se llevaron mi coche para dejar aquel polígono desértico.

Ella me cogió de la mano con aquella chica a nuestro lado, esa misma de la que años después me enamoré. Elena tiró de mí cuando escuchó las sirenas llegar, nos escondimos en una cueva

oculta fuera del polígono, y desde allí vimos como la ambulancia se llevaba a la chica mientras al chico lo tapaban con una manta.

Me sentí culpable de aquel accidente y aunque todos me decían lo contrario lo creí durante años. Llegaron a convencerme de que la rueda hubiera reventado igualmente, el periódico anunció que estaban cuarteadas debido al paso del tiempo sin ser utilizadas y en cualquier momento le hubiera pasado. Lo malo fue que le sucedió a esa velocidad, el chaval no llevaba el cinturón de seguridad puesto y murió en el acto.

Al verla destrozada la culpabilidad regresó, no quería ni imaginar por lo que había tenido que pasar y por un segundo se me pasó por la cabeza contárselo todo, decirle que era yo aquel chico contra el que corrieron esa maldita noche. Pero no pude, tuve miedo a perderla.

Cuando estuvo más calmada nos marchamos de allí, regresamos a mi casa, nos sentamos en el sofá y comenzó a hablar:

—Me desperté en un hospital tres semanas después del accidente, no sabía que pasaba y no podía recordar —cogió una servilleta de papel que posaba sobre la mesa y la miró—. Mi padre solo se preocupó por su reputación, su hija le daba igual... —Se quedó pensativa unos segundos mientras partía la servilleta en mil pedazos—. Cuando salí me internó en un colegio y desde entonces debo hacer lo que él quiere.

—¿Por qué deberías hacerle caso? Mery..., no le debes nada, puedes hacer tu vida sin él.

—No puede vernos juntos —declaró suplicando—. No sé lo que haría si supiera que he vuelto a correr o si me veo contigo, pero sé que no será nada bueno.

—Quédate conmigo. —Le ofrecí sin pensarlo.

—Hay más cosas detrás —anunció poniendo sus manos sobre su cara, ocultándola mientras sus codos reposaban sobre sus rodillas.

Acaricié su espalda para intentar tranquilizarla, no podía forzarla para que me contara más y mucho menos sabiendo lo que yo le ocultaba.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

—No lo creo... —se lamentó casi llorando.

—No sé qué más cosas habrá detrás pero por hoy ha sido suficiente —sentencié—. No puedo verte así —continué levantándole la cara, secándole las lágrimas con mi pulgar mientras intentaba controlar mi culpabilidad. Su cicatriz se hizo más visible cuando le aparté el pelo hacia atrás. Y en ese momento la vi, volví a ver a Mery seis años atrás.

La abracé para que no pudiera verme caer, para que no se diera cuenta de que me estaba rompiendo por dentro.

—Pase lo que pase quiero que confíes en mí —pidió una vez que se tranquilizó.

—Siempre. —Y tras un beso tierno en los labios ese tema quedó en el pasado.

Cenamos restos de paella que no nos dio tiempo a terminar, Mery me contó que vivía en una casa grande en la que Carmen trabajaba y le dejaba la puerta de atrás abierta para poder salir por las noches. Me explicó que esa mujer era su confidente, que era la única persona con la que podía contar a pesar de que aún le regañaba como cuando era pequeña.

Pasaron tres días y Mery no daba señales de vida. La llamé en varias ocasiones pero su móvil siempre estaba apagado. Un temor recorrió todo mi cuerpo al pensar que quizá Carlos se lo hubiera contado todo, que le hubiera dicho quién era yo en realidad.

Esa sensación desapareció al verla cruzar la puerta del taller. Se aproximó a mí con una sonrisa deslumbrante, lo que me indicó que no sabía nada.

—¿No vas a darme un beso? —Pidió al ver que me quedé sin mover un solo músculo del

cuerpo.

—Llevas tres días desaparecida —conseguí decir cogiéndola bajo su trasero, haciéndola pasar sus piernas alrededor de mi cintura.

Ella me abrazó y me besó suavemente en los labios.

—Ha vuelto mi padre —se justificó haciendo un mohín con los labios.

—¿Qué haces aquí entonces?

—Me he escapado para comer con vosotros —declaró mientras me enseñaba una bolsa con comida china.

—Me encantas —afirmé besándola de nuevo.

—¡Vamos ya! Tengo poco tiempo —y tras bajarse de mi cintura fue al despacho de Paco para prepararlo todo.

—Estamos solos —le hice saber.

—¿Y Paco?

—Papeleo.

—¿Va a volver? —Preguntó con picardía.

—No hasta media tarde.

Bajé la persiana del taller para que nadie nos interrumpiera, comimos y después la invité a pasar a mi furgoneta, ya que la guardaba en el taller.

—Te he echado de menos —declaré sentándome a su lado.

—No más que yo a ti —contestó tirándome sobre la cama para ponerse sobre mí.

—¿No tenías poco tiempo? —Pregunté mientras posaba sus manos por debajo de mi camiseta.

—Quiero mi postre —susurró mientras me lamía el labio.

—¿Yo soy tu postre? —Reí divertido.

—Tú lo eres todo.

Y esa frase me hizo entrar en su juego. Un juego que le encantaba y me ponía tanto como a ella. Un juego en el que ella trabajaba mientras yo disfrutaba bajo su cuerpo, un juego en el que yo era el sumiso.

—Estás loca... —jadeé al sentirme dentro de ella.

—Siii —susurró casi para ella—, estoy loca por ti —dijo esa vez más alto, mientras cabalgaba con ganas sobre mí.

—Joooder Mery... —casi supliqué, esa frase me hizo excitarme más, me hizo presionar sus piernas con mis manos para contener el orgasmo.

—Espérame —suplicó con la voz entrecortada.

Ella aceleró el ritmo y yo posé mis manos sobre sus pechos desnudos, jugando con mis dedos sobre sus pezones. Después, bajé mis manos hasta su trasero para estrujarlo fuertemente cuando noté que ya le quedaba poco.

Ese gesto hizo que se corriera y presionando fuertemente me dejé ir también. Mery gimió, pronunció mi nombre entre gemido y gemido, tanto que mi orgasmo continuó aún más cuando creía que estaba por terminar. Nos corrimos a la vez, y eso me encantó.

—No sé qué estás haciendo conmigo —declaré apartándole el pelo pegado sobre su cara, besándola suavemente en los labios, sintiéndome pleno, sintiéndome feliz. Ella sonrió abiertamente y se acostó a mi lado durante cinco minutos más.

—Necesito una ducha —informó al sentir su sudor.

—Me encanta como hueles —aspiré su aroma como un animal.

—Te cuento algo importante de mi si me cuentas algo de ti.

Me marché junto a ella a la ducha pensando en que me diría en que saliéramos de nuevo, pero sobre todo pensé... ¿Qué le contaba yo?

Capítulo 23

“Confesiones” Mery

El agua fría caía sobre nuestros cuerpos desnudos, en silencio lo observé grabando cada detalle de su piel, cada marca de su cuerpo perfecto. Me miró y su mirada era tan cautivadora que llegó a intimidarme pero también pude percibir la preocupación en su rostro.

Cuando entré al taller y lo vi estático como una roca pensé en que ya se había cansado de esperar, que se había consumido el amor que tenía por mí, porque él tan solo quería una relación normal y yo no podía dársela. También pensé que estaría enfadado, que volvería a reprocharme todo lo que hacía mal, pero solo percibí las ganas que tenía de mí, casi tanto como las que tenía yo de él.

Pensé en contarle el calvario que tenía viviendo con mi padre, sus amenazas y obligaciones. Pero no podía contarle toda la verdad, no quería estropear ese momento tan maravilloso que habíamos creado. Y pensé en contarle algo que me perseguía día tras día, eso que tuve que asumir para convivir con ello hasta el resto de mi vida.

—Puedes ir empezando —reclamó una vez que nos vestimos—, pero si quieres vamos al despacho de Paco, aquí huele a sexo. —Anunció con una sonrisa deslumbrante en el interior de la furgoneta.

—Ese es el problema —le hice saber mientras me sentaba sobre las sábanas arrugadas—. No puedo oler.

—¿Qué? —Preguntó incrédulo.

—Lo que oyes, no puedo oler, no tengo olfato —negué con la cabeza al recordar el pasado—. Cuando tuve el accidente con Gonzalo me di un golpe muy fuerte en la cabeza que me dejó en coma durante tres semanas y estas fueron las secuelas; se dañó el nervio olfativo y es irreversible. No puedo oler el aroma de un perfume, no puedo oler la salitre de la mar, no puedo olerte cuando hacemos el amor —continué mirando la cama deshecha—, es muy frustrante.

—No pensé que algo así pudiera sentirse de tal manera —declaró tras unos segundos—. Pero te entiendo.

—Me encantaría poder oler una flor, me encantaría poder sentir esa sensación de rechazo ante un olor desagradable..., dirás que estoy loca pero lo prefiero mil veces a esto —conseguí decir con una sonrisa entristecida—. Es muy frustrante ir a oler una rosa y no percibir nada, tan solo puedo recordar; es curioso pero mi cerebro tiene todos esos olores grabados y aunque no pueda olerlos..., el me los recuerda levemente—. Me encantaría percibir tu aroma, me encantaría reconocerte con los ojos cerrados... —fantasé mientras me acerqué a él para besarlo.

—Lo siento —declaró con dolor, como si el tuviera la culpa de algo.

—He aprendido a convivir con ello —le quité importancia para que no se sintiera mal—, pero me ha perjudicado de tal manera que los sabores tampoco son los mismos, se sienten diferentes.

—Me encantaría volver atrás y que ese accidente no hubiera ocurrido —susurró con los ojos cristalinos.

—Yo estoy aquí, y aunque en muchas ocasiones quise el mismo final de Gonzalo para mí..., hoy puedo decir que estoy agradecida a esos médicos que me salvaron la vida. Oler o no, ya no importa.

Jamás pensé que esa declaración pudiera afectarle tanto. Me abrazó con fuerza, me besó suavemente en el cuello y me juró cuidarme siempre.

—Te toca a ti —pedí impaciente.

Él me miró pensativo, me miró con cautela mientras yo esperaba ansiosa algo importante de su vida.

—Por donde empiezo... —se rascó la barba de dos días con preocupación. Suspiró y negando con la cabeza comenzó a hablar—. Me crié con mi abuela paterna en el piso que ya conoces. Mis padres eran dos drogadictos que no querían cargar conmigo y su solución fue dejarme con ella con tan solo tres años.

—Lo siento —susurré apenada, no quería estropearle el momento con malos recuerdos.

—No lo sientas, fue lo mejor —declaró con una sonrisa—. Mi abuela me crió y para mí fue mi madre. Me daba cariño y todo lo que estaba a su alcance, pero la adolescencia llegó y empecé a revelarme. Mis padres se separaron y Cesar, mi padre, quiso vivir con nosotros. Por una temporada lo consiguió pero discutía a menudo con mi abuela por dinero. El pretendía sacarle pasta y ella ya tenía bastante con criarme a mí. Tan solo tenía la pensión de viudedad ya que mi abuelo murió cuando yo tenía cinco años. Empecé a trabajar de aprendiz con Paco y desde entonces sigo con él.

—¿Cuándo te dejó tu abuela? —Pregunté con cautela.

—Mi abuela enfermó y murió hace un año. Para mí fue un golpe muy duro, pero Paco siempre ha estado a mi lado. Es como el padre que nunca tuve.

—Es una historia triste —lamenté sin pensar.

—Pero fui feliz viviendo con ella, si de algo puedo estar agradecido a mis padres, es que me dejaran con ella. No sé qué hubiera sido de mí si hubiera seguido con ellos.

—Ya —dije pensando en que nuestras vidas no habían sido nada fáciles. Pensé en Manuela y su nieto y recordé la preocupación de Álex por aquella mujer.

No quería irme en ese momento, me hubiera encantado quedarme un rato más para seguir hablando con él, pero debía regresar al trabajo para no escuchar de nuevo los sermones de mi padre.

—Debo irme ya —anuncié muy a mi pesar.

Llamé a un taxi para que viniera a recogerme, unos minutos después los dos nos levantamos para salir de allí, Álex subió la persiana en silencio, pensativo y esperando algo más.

—¿Y mi beso? —Pidió al verme caminar hacia el taxi que estaba llegando.

—¿Quieres un beso? —Respondí retrocediendo mis pasos, acercándome a él—. ¿Solo uno? —Pregunté juguetona.

—Quiero muchos, tantos que no tendrías tiempo suficiente para dármelos, pero con uno de despedida me conformo. —Y acortando la distancia posó sus manos sobre mi cara y me besó.

Me marché del taller con una cara de estúpida. Si eso era la felicidad, la quería toda para mí.

Mi móvil sonó y me extrañé ya que este número de teléfono tan solo lo tenía cuando era Mery, en las pocas horas que podía ser yo. Miré la pantalla y pude ver que era Sergio. Mi amigo Sergio.

"

—¡Hola! —Exclamé.
—¿Hola? Te he estado llamando al otro teléfono. Chica, no me aclaro. ¿Ahora eres Mery?
—Yo siempre soy yo, pero no puedo tener el mismo número de teléfono —dije en voz baja para no parecer una narcotraficante—. Si quiero pasar desapercibida debo hacerlo así.
— Ya..., y volvemos locos a los demás.
—Solo te vuelvo loco a ti porque solo lo sabes tú tontorrón.
—Algún día me vas a matar. Como te pillen..., ya verás.
—No hay otra manera.
—Claro que la hay, pasa de tu familia y búscate la vida como he hecho yo. Así es la única manera de que seas feliz.
—Lo estoy empezando a ser.
—Ya, ¿por cuánto tiempo?
—No lo sé... —pensé en que Sergio tenía razón.
—Ese es el problema, la felicidad no espera cariño y ahora la tienes cogida de la mano, como la sueltas puede que no vuelva jamás.
—No puedo pensar en mañana, tan solo pienso en hoy, en ser feliz hoy y disfrutar del momento.
—Lo que tú digas, pero ese chico te tiene loca y quiero conocerlo.
—¿Estás por aquí?
—¡¡¡Siiiiiii!!! Estoy en el chiringuito de la playa, cerca de la dirección que me mandaste.
—Ahora mismo voy. No te muevas de allí.
—No pretendía hacerlo..., ya sabes que me pierdo con facilidad.
—Te quiero, lo sabes ¿verdad?
—Lo sé, pero no tanto como yo a ti. "

Colgué la llamada, cogí mi otro teléfono móvil y llamé a la oficina para decir que llegaría más tarde.

Le di la nueva dirección al taxista y deseé llegar para verlo.

Justo allí, en la barra de aquel bar de playa estaba Sergio bebiéndose una coca-cola. Los poros de mi cuerpo desbordaban una alegría infinita y ver su cara sonriente al verme hizo que los dos saliéramos corriendo para encontrarnos y abrazarnos.

—No sabes lo que te he echado de menos —me lamenté mientras le llenaba la cara de besos.

—Déjame dudar —recreó riéndose de mí —, ese tal Álex me está quitando el puesto.

—No seas celoso...

—Dime... ¿está bueno? —Quiso saber con impaciencia.

—Dímelo tú —y enseñándole una foto de los dos en el móvil gritó como tanto me gustaba que hiciera.

—¡¡Nena!! —Exclamó abriendo mucho los ojos mientras me quitaba el móvil de entre mis manos— ¡Está cañón!

—Lo sé —y entrelazando su brazo con el mío me lo llevé de nuevo al bar.

—Te estarás cuidando ¿no? —Quiso saber y yo me reí a carcajadas—. No quiero ser tío tan joven.

—Tomo la píldora —lo calmé para que estuviera tranquilo.

Le conté todas las novedades, todas las cosas que le había contado a Álex y todos mis miedos. Porque tenía miedo a seguir contando la verdad, tenía miedo a que se lo tomara mal y por defecto, perderlo.

Sergio era mi gran apoyo pero también era mi mayor juez. Me hacía ponerme en el lugar del otro, me hacía ver que debía decirle la realidad tal y como era, nada de medias verdades con información oculta. Debía ser valiente y hablar con mi madre y tenía que ser fuerte por lo que llegara después.

Capítulo 24

“Roto en mil pedazos” Álex

Me había enamorado perdidamente, me había pillado por la chica temeraria y debía decírselo cuanto antes, sobretodo antes de contarle lo que le ocultaba. Pero antes de poder declararme, de dejarle claros mis sentimientos por ella, mi corazón se rompió en mil pedazos.

Eran las tres menos cuarto de la tarde y tras arreglar una monovolumen de siete plazas fui a echarle gasolina para probarla antes de comer. En la gasolinera había un Mercedes clásico y como era de esperar me llamó la atención. El conductor hablaba con el dependiente que le estaba sirviendo la gasolina mientras en su interior una chica perfeccionaba su labial mirándose en el espejo del parasol, aquella chica se parecía a Mery de una manera brutal y me quedé observándola. Su pelo estaba recogido en una coleta baja con el pelo muy tirante y su blusa azul claro se ceñía a su cuerpo. Cada gesto reflejado en el espejo, cada movimiento idéntico al salir del coche para ir al interior del local me recordaba a ella. El tipo que la acompañaba fue tras ella, queriendo coger su mano cuando la alcanzó y desistiendo cuando ella se pasó el bolso a la otra mano para no dársela a su acompañante. Los dos entraron y tras la cristalera percibí que estaban en la zona del bar.

Pensé en seguir mi rumbo, olvidarme de aquella pareja, olvidarme de aquella mujer tan parecida a mi chica temeraria; pero algo me hizo esperar. Pensé en entrar tras ellos y observarla más de cerca, ver si aquella chica era la misma persona de la que me había enamorado.

Mis nervios no me dejaron pensar con claridad cuando por mi cabeza pasó esa posibilidad,

esa chica podía ser Mery. Cuando decidí ir hacia allí, ellos se adelantaron y salieron de nuevo juntos, caminando en silencio. Ella con algo en la mano y él bebiéndose un café, el chico la miró esperando algo pero ella parecía no darse cuenta. Me quedé unos segundos dentro del vehículo, observándola. Esa vez venía de frente por lo que la vi mucho mejor. No quería creerlo, no podía creer que fuera ella. Salí para ir en su encuentro, para confirmar que no era la persona que segundos después me destruiría por completo. La chica me miró durante un segundo eterno, un segundo en el que percibí esos ojos inconfundibles. Esos ojos que me suplicaban no acercarme ni un paso más. Y en ese entonces me di cuenta que su mirada transmitía terror.

Pero ni siquiera verla así me frenó, necesitaba saber porque aquel tipo quiso cogerla de la mano, porque estaba vestida de aquella manera tan diferente y ¡Joder! Hasta su pelo era otro.

—¿Mery? —La llamé con un nudo en el estómago cuando la tuve a tan solo tres metros de distancia.

El tipo me miró de arriba abajo, sorprendido de que conociera a la chica. Él pasó su brazo por la cintura de ella, haciéndome ver algo más. La miré durante unos segundos, esperando que ella se pronunciara, pero tan solo se quedó helada. No hizo falta nada más para darme cuenta que tenía razón, las diferencias de clase social eran evidentes y ella se avergonzaba de mí.

—¿Conoces a mi prometida? —Preguntó el capullo.

¡¿Qué cojones?!

—¿Vais a casaros? —Pregunté sin creer lo que estaba oyendo, mirándola fijamente, esperando una respuesta que nunca llegó.

Pero el silencio lo dijo todo, no hizo falta ninguna palabra para uno darse cuenta de la verdad, de lo que no quería escuchar. De todas esas piezas que empezaban a encajar dentro de mi cabeza sin poderlo evitar.

—¿Quién eres tú? ¿De qué conoces a Isabella? —Quiso saber su novio.

—Creo que no la conozco —susurré con un dolor muy profundo—. Perdona... —me disculpé ya que aquel capullo no tenía la culpa de que esa desconocida hubiera jugado conmigo —, la chica que conozco es muy diferente. No puede ser tu novia.

Ella dio un paso hacia mí, suplicando nuevamente con la mirada, con esa mirada que ya no reconocía. Esa falsa mirada que hizo que la observara con desprecio.

Me había engañado, me había utilizado y había jugado conmigo de la manera más cruel. Había conseguido que me enamorara de ella hasta perder la razón y con su juego me había devuelto de nuevo la esperanza de ser feliz. De ser yo mismo, que me aceptaran tal y como era. Pero todo había sido mentira. Era otra niña de papá que se aburría y quería jugar un poco antes del matrimonio.

La odiaba, todo el amor que la tenía se estaba convirtiendo en odio. Odio hacia ella, odio hacia mí por haberme dejado engañar.

La miré de nuevo y el chico la sujetaba nuevamente para no dejarla acercarse a mí. No me importó. No quería saber nada más de ella y en ese momento solo pensé en el maldito día en que la conocí, en ese día que daría lo que fuera por borrarlo de mi vida. Porque todo era más fácil cuando no quería sentir.

Me largué de allí con la visión nublada y mi pecho subiendo y bajando a toda velocidad, estaba hiperventilando y sabía que en cualquier momento iba a estallar. Salí todo lo rápido que pude para dejarlos atrás, para olvidarme de todo y no verla jamás.

Todo cuadraba, por eso no podía quedar conmigo, porque estaba con él. Siempre fue él. Mis lágrimas comenzaron a caer sin control, nublándome la visión y obligándome a parar para poder tranquilizarme. ¿Quién era ella? Se llamaba Isabella, jamás me dijo con exactitud quién era en

realidad, tan solo quería que supiera lo que a ella le interesaba. ¡Si hasta se cambió el nombre! Tan solo la conocía como Mery, un simple personaje que se había creado.

Me costaba pensar que todo lo que habíamos vivido era falso, sus besos parecían tan reales como la vida misma. Sus palabras parecían sinceras y sus lágrimas acabaron de convencerme. Fui un estúpido al creer en ella. Pensé que todo lo que tenía que ver con ella era real, pero simplemente fingía.

Mi rabia comenzó a crecer, tanto que tuve que buscar una zona apartada de la población. Aparqué a un lado y salí del vehículo con ansiedad, anduve por la acera sin saber qué hacer y dando vueltas a mi alrededor acabé golpeando un árbol que estaba a tan solo unos pasos de mí.

Grité, lloré y sufrí como un estúpido. Como el estúpido que había sido al quererla tan solo a ella. Como el estúpido que se dejó llevar y creyó en cada una de sus mentiras. Y tras esa decepción, decidí que jamás volvería a confiar en nadie más.

Me reventé los nudillos por los golpes, unos golpes llenos de rabia contenida, una rabia que tenía que sacar. La sangre comenzó a salir sin control, esa sangre que me recordó a mi propia vida, una vida descontrolada y sin frenos.

Un dolor comenzó a aparecer sobre mis nudillos pero no me importó, el dolor de mi alma era más intenso, más profundo que el de unos simples cortes.

Una hora más tarde, dejé la furgoneta en el taller y me largué excusándome con Paco. No quería ver a nadie, no podía hablar con nadie.

Llegué a mi casa pero todo me recordaba a ella, sobre mis sábanas quedaba su olor, ese olor que tanto me encantaba. En la mesilla posaba la foto de aquel día y sobre la cómoda su ropa olvidada. Pensé largarme al acantilado, aquel sitio tan solo mío que en mal momento decidí compartirlo con ella, pero tampoco podía refugiarme allí, quedaba el recuerdo de algo difícil de olvidar.

Cogí con rabia una bolsa de basura y empecé a meter todas sus cosas. Su ropa conscientemente olvidada, su foto sobre mi mesilla, su bote de colacao que guardaba en la cocina y su cepillo de dientes.

Horas más tarde:

Debía dejar de dar vueltas con el coche. No podía seguir así. Había llorado y golpeado hasta quedarme sin fuerzas, había gritado hasta quedar sin aliento y había sentido más de lo necesario. Pero llegué a la conclusión de que no se merecía que estuviera así por ella. No merecía que derramase ni una sola lágrima más.

Decidí dejar de sufrir. Volver a ser quien era hace unos meses antes de conocerla. Quería ser esa persona fría que nada le importaba. Esa persona que se emborrachaba cualquier día de la semana para olvidar sus problemas y eso me dio una idea. Busqué un establecimiento veinticuatro horas y compré una botella de Whisky ya que esa era la única forma que conocía para vencer ese dolor, ese dolor tan grande que no me dejaba respirar.

Unos golpes me despertaron. A duras penas conseguí abrir mis ojos mientras el sol cegador me ocultaba ver lo que pasaba a mí alrededor. Pude darme cuenta que aún seguía dentro de mi coche y la persona que golpeaba el cristal era Paco. Debí quedarme dormido cuando llegué hasta la puerta del taller.

—¡Apesta a alcohol! —Recriminó Paco con el ceño fruncido una vez que salí en su encuentro.

—Lo sé... —carraspeé mientras me masajeara las sienes. La cabeza me iba a reventar.
—Has vuelto a beber, pensé que lo habías dejado —dijo decepcionado señalando la botella de Whisky medio vacía que descansaba en el asiento del copiloto.
—Hoy no es el día ¿vale? —Conseguí decir algo irritado.
—Muy bien, pero mañana tendremos una charla.
—Está bien —respondí con resignación.

Lo agradecí, agradecí que lo dejara para el día siguiente, Paco era un hombre comprensivo y debía explicárselo. Era la única persona que en ese entonces me conocía bien, la única en que podía confiar.

Capítulo 25

“Explicaciones” Mery

Me quedé bloqueada al verlo venir, no supe cómo reaccionar y lo peor fue que mi silencio lo empeoró aún más. Pero... ¿Cómo explicarle frente a José Miguel lo que pasaba? Sabía a la perfección que le faltaría tiempo para ir con el cuento a mi padre; por eso, cuando me preguntó quién era Álex le mentí. Le conté que era amigo de Gonzalo y él creía que yo también había muerto. No supe si me creyó o no, pero no preguntó nada más. Debía actuar con normalidad, debía tragarme el nudo que tenía en la garganta para no llorar. Para no dejarme caer. Deseé correr tras él, pedirle que me escuchara, que confiara en mí; pero sabía que si lo hacía lo estropearía todo.

José Miguel me llevó de nuevo al trabajo, allí llamé a Álex en un sinfín de ocasiones pero su móvil estaba apagado, llamé también al taller de Paco pero me dijo que ya se había marchado.

Me negaba a pensar que no quería saber nada de mí, me negué a darme por vencida y por ello no me dejé caer. Cuando salí de la oficina fui directamente a su casa pero como no estaba me marché al taller. Paco no sabía nada, tan solo me contó que llegó serio y se marchó. Después cogí el coche y conduje por esa carretera que llevaba a aquel lugar. Aparqué donde tantas veces lo había hecho, bajé por el camino que llevaba a la playa y me descalcé cuando llegué a la arena. Anduve de un extremo a otro, observando entre la oscuridad de la noche, buscándolo entre las

olas. No estaba y tampoco había rastro de él en el acantilado. Me senté sobre la roca durante horas, esa roca que me recordó aquel primer beso que me dio antes de saltar; esperando, deseando verlo llegar en cualquier momento, esperando ser escuchada.

A las tres de la mañana regresé a su casa, cansada pero esperanzada. Llamé al timbre una vez, después unas cuantas veces más e insistí hasta casi fundirlo. La puerta de al lado se abrió y un hombre de unos cincuenta años se asomó.

—¿Pasa algo? —Preguntó con cara de pocos amigos. Negué con la cabeza y me disculpé.

—La gente madruga ¿sabes? —Recriminó casi dando un portazo.

Aquel hombre tenía todo el derecho del mundo a enfadarse, el silencio era evidente y yo lo estaba rompiendo de una manera tan egoísta como ensordecedora.

Tan solo me quedaba esperar, hablar con él y ser perdonada. Pero pensar en esa última palabra me quebró, esa palabra que tanto rechazaba, esa palabra que hizo que me sentara junto a su puerta mientras tapaba mi cara con las manos al mismo tiempo que mi visión comenzó a nublarse. Me saqué el móvil del bolsillo y volví a llamarlo mientras mi desesperación se engrandecía, mientras mi esperanza se perdía. Mientras mis lágrimas comenzaron a caer sin control.

Las horas que pasé sentada a los pies de su puerta me sirvieron para pensar en lo que debía hacer. Lo primero que pensé fue en cómo hablar con él, que decirle para que me escuchara. Después iría a mi casa y hablaría con mi madre, le explicaría todo, le haría entender que no era feliz y que había decidido independizarme. Con los ahorros que tenía me alquilaría un piso y comenzaría una vida nueva.

Llegué a casa cuando mi padre ya se había marchado a trabajar. No me importaba ser descubierta, ya no me importaba absolutamente nada. Horas pasaron hasta que el agotamiento me venció, hasta que sentí como mis párpados caían sin poderlo remediar. Necesitaba dormir, necesitaba estar despejada cuando hablara con él, necesitaba contarle todo de principio a fin.

Siete y media de la tarde y los nervios me abrumaron, me agobiaron de tal manera que comencé a bloquearme e intenté tranquilizarme para pensar con claridad y no titubear.

Aparqué al final de la calle, evitando así ser vista antes de tiempo, para así no darle tiempo a huir si sabía de mi presencia. Salí del coche nerviosa y desesperada, anduve a paso lento camino al taller, ese taller testigo de nuestra relación, testigo de momentos increíbles e inolvidables. Justo en la puerta pude ver a Paco hablando con alguien, y ese alguien era él, Álex. Mi corazón comenzó a palpar con fuerza y mi estómago se encogió con angustia. Parecía cansado y su semblante serio me indicó que no tendría muchas ganas de hablar. Quería correr, lanzarme a sus brazos y abrazarlo fuertemente para no dejarle marchar pero debía tranquilizarme, tenía que coger fuerzas, controlarme y afrontar su reacción. Noté como se paralizó cuando me vio llegar, su mirada se posó durante unos segundos interminables sobre mi rostro, fulminándome, tensando su mandíbula e intimidándome. Paco en cambio, sonrió abiertamente al verme, pero cambió su expresión al darse cuenta de que pasaba algo.

—¿Podemos hablar? —Pregunté acercándome a él, rezando porque me dejara explicarme.

—No tengo nada que hablar contigo —contestó muy serio, con una cara de asco que me partió el alma.

—Por favor —supliqué—, lo que viste ayer no es lo que parece. Déjame explicártelo.

—No tienes nada que explicar —respondió duramente— Tú y yo no éramos nada.

Lo miré agotada. Quería hacerme daño, quería devolverme cada golpe que había recibido de mí, quería enmascarar unos sentimientos que fueron visibles durante mucho tiempo, unos

sentimientos que sentí en cada centímetro de mi piel.

—Para mí has sido lo único real en mucho tiempo —declaré con un nudo en la garganta, pensando en aguantar lo máximo para no llorar.

—Una vez me dijiste que no debimos conocernos, que tú y yo no teníamos nada y jamás lo tendríamos, y... ¿sabes qué? —Continuó con una sonrisa irónica—. Tenías toda la razón..., para mí no has sido más que un entretenimiento.

—Sé que eso no es verdad —conseguí decir mientras una lágrima amenazaba con caer—, sé que lo dices porque no entiendes lo que está pasando... —Continué cogiéndolo del brazo para evitar que se marchase.

—¡No me toques! —Gritó mirándome con odio— Ni se te ocurra volver a tocarme ¿me has oído? —Continuó sin dejar de gritarme.

Mis lágrimas comenzaron a caer sin control porque me estaba dando cuenta de que lo había perdido para siempre. Paco se aproximó apartándolo de mí, intentando tranquilizarle.

—¡Déjame! —Le gritó a Paco dando un tirón en su brazo para soltarse del agarre de éste—. ¡Tú no sabes nada!

—No sé nada, pero no tienes derecho a tratarla así —le gritó— ¿No ves que está sufriendo?

—No te confundas —le respondió con una sonrisa amarga—, ella sabe fingir muy bien.

Se marchó al interior del taller, se fue sin mirarme de nuevo, dejándome sola con aquel hombre tan bueno que no comprendía nada.

Sentí vergüenza delante de aquel hombre, una vergüenza llena de culpabilidad. Pero... ¿Qué hacía ahora? ¿Lo seguía? ¿Le daba tiempo para despejar su mente de tanta frustración?

—¿Puedes decirle que me llame cuando quiera hablar? —Me dirigí a Paco mirándole fugazmente, secándome las lágrimas que resbalaban por mi rostro.

—Claro hija —dijo abrazándome, haciéndome sentir algo mejor—. Dale unos días, lo conozco, entonces te escuchará.

Álex salió con una bolsa de basura y me la lanzó cerca de los pies.

—No quiero volverte a ver —dijo con los ojos llenos de rabia—. Y ahora coge tus cosas y lárgate de aquí.

Sentí su odio, sentí que no lo conocía, que él no era esa persona que me hablaba con desprecio. Sentí que todo se había terminado.

Cogí la bolsa que posaba sobre el suelo y muy a mi pesar me marché, me marché sin mirar atrás.

Una vez dentro de mi coche me agarré fuertemente al volante y salí de aquel polígono sin saber dónde ir. Iba sin rumbo, sin poder pensar, sin poder procesar lo que había pasado. Estaba tan bloqueada que necesité parar a un lado de la carretera, junto a un bosque para respirar. Porque necesitaba respirar, necesitaba salir del coche y ponerme a caminar. Anduve durante casi una hora, corrí para descargar mi ansiedad, grité para calmar mi dolor y lloré como una niña sin consuelo.

Cuando ya no pude más regresé de nuevo a mi coche, para torturarme de nuevo, para abrir la bolsa de basura que reposaba sobre el asiento trasero. Lo primero que saqué fue aquel mono de trabajo con su mano de grasa marcada, posé mi mano temblorosa sobre ella y cerrando los ojos recordé aquel momento. Vi de nuevo su sonrisa, vi de nuevo nuestra lucha llenos de grasa y nos vi en aquel vestuario diminuto. Y tras un suspiro decidí no sacar nada más, no quería ver nada más.

Los días pasaron y yo no volví a trabajar, mis ojeras eran oscuras y mi estado de ánimo no era mejor, por lo que pude fingir estar enferma sin problemas. Cuando le conté a Sergio lo que había

pasado no se sorprendió y me hizo prometerle que no haría ninguna tontería, que debía esperar a su llamada. Pero mi impaciencia me pudo y cuando el fin de semana llegó, lo busqué de nuevo.

Sábado 2:30 am:

Tenía que estar preparada para todo, debía ser fuerte y si a pesar de mi insistencia por hablar con él no obtenía resultado le entregaría la carta que le escribí, la carta donde le explicaba todo con pelos y señales, la carta que guardé en mi bolsillo del pantalón.

Como tantos días salí de mi casa por la puerta de atrás, saqué mi coche y conduje hacia ese polígono abandonado donde estarían reunidos. Pensé en que no tenía nada que perder, pensé en que si a pesar de escucharme seguía sin querer saber nada de mí, lo aceptaría, lo dejaría en paz para siempre. Porque no quería ni podía obligarlo a estar conmigo.

La música se oía a pesar de la distancia, los coches eran más numerosos que días anteriores por lo que intuí que tenían una buena fiesta montada. Se oía de fondo la canción 11 pm. De Maluma, y me recordó a nuestra historia, con la diferencia que yo había mentido y por eso estaba allí. Entre aquellos coches vi el bmw que me indicó que él estaba allí.

De nuevo el miedo me inundó, me bloqueó, pero cogí aire y recordé que estaba allí para conseguir un propósito y no debía titubear.

Me acerqué al tumulto de gente con las piernas temblorosas, con la boca seca y con demasiada inseguridad. Conforme fui llegando comencé a ver caras conocidas: Lorient bebía una cerveza junto a otro chico, Elena bailaba con una desconocida y Carlos hablaba animadamente entre un grupo de chicos y chicas. Jonathan le contaba algo a Álex y junto a él Irene miraba su móvil sin ganas.

Fueron unos segundos en que varias posibilidades pasaron por mi cabeza: pensé en darme la vuelta, pensé en ir hacia él y darle la carta para después marcharme, pensé en ir hacia Carlos para alargar el momento pero lo que más miedo me daba era lo que tenía que hacer, hablar con él. Pero ninguna de esas posibilidades serviría para lo que minutos después ocurriría.

Poco tardó en mirar en mi dirección, para mirarme con esperanza, para en un segundo cambiar su semblante y parecer más duro. Para enmascarar unos sentimientos que al parecer seguían con él.

Llené mis pulmones de aire, cogí toda la fuerza que pude y anduve directamente hacia él.

Capítulo 26

“Rencor” Álex

Cuando la vi pensé que mi borrachera me estaba jugando una mala pasada, que me estaba haciendo alucinar pero la miré de nuevo y ahí seguía la chica temeraria. Era ella, de carne y hueso, la misma que me miró para después venir hacia mí.

Por un momento titubeé, por un momento pensé en dejarla hablar, escucharla e intentar entender, pero tan solo fue un segundo de debilidad. La misma debilidad que había dejado ver, la misma que estaba enterrando con todas mis fuerzas en aquel momento.

Carlos la vio antes de que pudiera llegar hasta mí, saludándola con alegría y abrazándola. Elena hizo lo mismo pero notó que aquella chica no tenía buena cara por lo que no siguió agobiándola. La chica que me había utilizado volvió a mirarme, volvió a dar un paso para acortar aún más la distancia mientras no podía apartar mis ojos sobre ella. Me fijé en su mirada, parecía triste y cansada, parecía suplicar una oportunidad. Pero no debía olvidarlo, ella era una manipuladora y debía hacer lo que fuera para no dejarla hablar.

Le di un trago a mi cerveza para dejar de mirarla, para hacerle ver que ese momento no me estaba perjudicando. Y por eso mismo me acerqué a Irene. No estaba bien utilizar a nadie, ella no se lo merecía pero no se me ocurrió nada mejor. Pasé mi brazo sobre los hombros de Irene, la acerqué más a mí y la dejé abrazarme por la cintura, tal y como creí que haría. Ella solo podía sonreír, dejando ver una expresión de satisfacción dirigida hacia esa chica llamada de una forma muy diferente a como yo la conocía. Quería que se marchara, quería que me dejara en paz y no volver a verla jamás.

Esa gran desconocida se acercó hacia nosotros sin quitarme la mirada de encima. Al parecer el acercamiento con Irene no había resultado. La miré yo también, desafiándola pero queriendo que todo eso hubiera sido tan solo una pesadilla y que mi Mery hubiera vuelto para sacarme de allí.

—¿Podemos hablar por favor? —Pidió con la voz apagada.

—¿Para qué? —Dije sin soltar a Irene, como si todo eso me importara una mierda, volviendo de nuevo a la cruda realidad.

—Solo te pido cinco minutos —susurró mirándome con esos ojos verdes tan profundos, esos ojos que tanto me gustaban.

Estaba empezando a titubear, estaba empezando a querer creer en ella pero en un último segundo me acordé de todo lo que hizo, me había mentido de la peor manera posible, había jugado conmigo para después seguramente dejarme tirado como un juguete roto, me había hecho creer en ella de una manera incondicional para después convertir todo ese sentimiento en rencor. Me había hecho ser de nuevo una persona que no podía confiar. Tenía que alejarla de mí, tenía que hacer que me odiara tanto que no quisiera volver a verme. Tenía que darle donde más le doliera.

—Te diré una cosa —anuncié lo más chulo que pude soltando a Irene y acortando la distancia entre ella y yo—. Si pensabas que eras la única que estaba jugando, te equivocas —cogí su barbilla para que mirara mi cara, para que sintiera todo el dolor que ella me hizo sentir—. Yo

también te mentí y te voy a decir en qué.

Ella exhaló un suspiro cuando la cogí por la barbilla, aguantando un sollozo, aguantando tanto que decir.

—¿Podemos hablarlo a solas? —Suplicó posando su mano sobre la mía.

Miré sus dedos entrelazándose con los míos, bajándolas para dejar mi agarre atrás. Por un momento cerré los ojos y disfruté de su cercanía, de su calor sobre mi mano, de su aliento rozar mis labios.

—No me importa decírtelo aquí, delante de todos —dije al abrir de nuevo los ojos, soltándola, señalando con la mano a todos los que estaban a mi alrededor— ellos ya lo saben.

—No hagas algo de lo que te puedas arrepentir —casi suplicó Elena acercándose a mí, pero ni siquiera ella podía frenarme.

—¿Sabes quién soy yo? —Pregunté ignorando por completo las palabras de Elena, sin dejar de mirar a los ojos a esa traidora llamada Isabella. Pensé en soltárselo ahí, delante de todos, humillándola de la peor manera pero solo alcé mi mano para posarla sobre su cuello, para atraerla hacia mí mientras me acercaba a su oído—. Soy el culpable del accidente que tuviste hace seis años —susurré.

Su expresión cambió, tembló cuando procesó las palabras. Sus ojos verdes se aclararon aún más mientras me miraba con incredulidad, con horror, con dolor.

—Dime que no es verdad —suplicó mientras daba unos pasos hacia atrás, separándose poco a poco de mí, haciéndome sentir que esta sería la última vez que la vería.

—Anda —dije muy bajito para que solo ella me escuchara, para terminar de ahuyentarla—, vete a ese callejón y dile a tu ex novio que te has estado tirando al culpable de su muerte.

Me sentía miserable y sucio por contárselo de aquella manera. Allí, delante de todos, haciéndola sentir de la peor manera que podía hacerlo.

Elena me empujó con fuerza para separarme aún más de la traidora, para mirarme con odio, para después acercarse a ella e intentar llevársela de allí.

Una lágrima comenzó a resbalar por su rostro mientras me miraba incrédula, la había hecho sufrir y supe que había conseguido lo que quería. Su cuerpo tembló como si se hubiera quedado helada, como aquel día en que la llevé por primera vez al acantilado. Con la diferencia de que en ese momento no fue por mis besos, temblaba por mis palabras, porque había utilizado algo que la dolía en lo más profundo de su alma. Sus ojos se llenaron de dolor, un dolor que pude sentir en lo más profundo de mí ser.

Un nudo comenzó a sentirse en mi estómago, las náuseas anunciaban lo peor y mi interior quería explotar. No podía caer, no debía dejar que nadie viera lo vulnerable que podía llegar a ser. Tragué de golpe la media cerveza que me quedaba para pasar ese mal trago, pero todo seguía igual. Quería vomitar, quería salir tras ella y consolarla. No podía verla así, pero era la única manera de separarla de mí.

Se marchó por donde había venido. Elena la siguió pero volvió al poco fulminándome con la mirada.

—¡Te has pasado! —Me gritó.

—¿Ahora sois amigas? —Respondí sin perder mi esencia de cabrón.

—Era una buena chica, no tenías derecho a tratarla así.

—¡La trato como me da la gana! —Le grité aun sabiendo que mi mejor amigo se enfadaría conmigo.

—Vete a la mierda Álex —escupió Carlos—, no te la merecías, has jugado con ella sabiendo que era la chica que casi muere en ese accidente. No sé lo que pasa contigo pero estás enfermo.

—¡Iros a la mierda! —Grité saliendo de allí.

Necesitaba marcharme, no podía aguantar más, el sentimiento de culpa me sobrepasaba. Tenerla tan cerca y sentir su olor me hizo darme cuenta que la quería tanto que dolía. Pero había tomado una decisión y no podía echarme atrás, no quería ser engañado de nuevo.

Llegué a mi casa una hora después, tras abrir la puerta con fuerza fui directo a mi habitación y arranqué las sábanas que aún no había podido quitar de mi cama. Esas sábanas que aún olían a ella. Las mismas que miré entre mis manos, esas manos de nuevo ensangrentadas por la rabia. Cerré los ojos y las olí por última vez antes de meterlas en una bolsa de basura y tirarlas al contenedor.

Varios días después:

—No puedes seguir así —me advirtió Paco mientras comíamos en el taller—. Tienes que superarlo, no puedes seguir bebiendo.

—Lo sé, solo es una mala temporada, nada más.

—Deberías buscar ayuda —sugirió.

—¿Que insinúas? Yo no voy a ir a un loquero. Esa chica ya está fuera de mi vida, con el tiempo la olvidaré.

—No es por ella, desde que murió tu abuela estas hecho una mierda y creí que lo estabas superando al conocerla a ella.

—Mi abuela era la única persona que me quería, la única persona en mi vida, creo que tengo el derecho de sufrir su pérdida.

—Claro que sí pero ¿de qué manera? ¿Crees que ella estaría orgullosa de ver en lo que te has convertido? ¡Abre los ojos de una vez! Tienes que reaccionar.

—Ya, pero un loquero no me va a ayudar en eso. Sigo estando solo —susurré con resignación.

—No lo estás hijo, yo estoy a tu lado —me indicó Paco con los ojos vidriosos— cuando mi mujer se fue tú me hiciste ver que la vida sigue, de diferente manera pero sigue. Me dijiste que tenía que vivirla como a ella le hubiera gustado..., y yo te pido lo mismo. Piensa en tu abuela, piensa en lo que quería para ti.

Ese hombre tenía razón, no podía seguir así. Debía dejar de estar cabreado con el mundo y tenía que dejar de hacer daño a los demás.

Lo miré, lo abracé y se lo conté todo. Le conté que me había enamorado de Mery como un estúpido, que la había pillado con su prometido aquel día. Le conté que ella fue la superviviente de aquel accidente por el que lo pasé tan mal y que se lo había contado de la peor manera para alejarla de mí. Paco no supo que decir, tan solo suspiró y negando con la cabeza me dijo que el tiempo lo curaba todo.

Capítulo 27

“Dolor” Mery

Odio, decepción, ira y dolor, mucho dolor..., eran algunos de los sentimientos que se mezclaban entre sí y no me dejaban respirar.

Oír lo que salió por la boca de esa persona me había hecho sentir sucia y decepcionada conmigo misma. Me odiaba por haber sido tan tonta, por haber fallado a Gonzalo de tal manera. No lo soportaba y en ese momento solo quería pensar en Gonzalo. Él fue la única persona que me quiso de verdad, tal y como era, la única persona que me entendía a la perfección porque él, era como yo.

Me monté en mi coche saliendo a toda velocidad de aquel lugar. Ese lugar en el que un día perdí a Gonzalo, ese lugar que me había dejado rota de nuevo. Porque estaba rota, me rompí hace años y lo había vuelto a hacer dejando mi alma y mi corazón destrozados.

Esa persona que me había devuelto a la vida, me había utilizado, me había hecho sentir de nuevo el amor para dejarme caer desde lo más alto. Había jugado conmigo de la peor manera, sabiendo que yo fui la novia del chico que murió por su culpa. Porque la muerte de Gonzalo fue su culpa.

Conducía sin destino hasta que me vi en las puertas del cementerio. Ese cementerio en el que descansaba Gonzalo.

No lo pensé dos veces y salté la verja con algo de dificultad.

Corrí y corrí hasta llegar donde tantas veces había llorado desde que salí del internado. Miré su fotografía y sonreí entristecida al ver como Gonzalo sonreía, era un chico feliz y no se merecía morir tan joven.

—Lo siento —susurré entre sollozos—, te juro que no lo sabía —continué acariciando su foto, deseando haber sido yo la que ocupara su lugar—. Perdóname.

Lloré amargamente durante horas a pesar que pensé que no podría llorar más, la oscuridad de la noche me consumió, haciéndome sentir algo oscuro que iba llenando poco a poco todo mi interior. Mi alma rota empezaba a empaparse de aquella sustancia que me agotaba, dejándola muerta por completo. Mi corazón latía con fuerza debido al ataque de nervios que sentía cada vez más fuerte y una presión muy fuerte sobre mi cabeza hizo que perdiera las fuerzas, llevándome a un estado de paz, haciéndome sentir con calma. Mis latidos ya no eran desbocados, ahora ese pequeño corazón tan solo quería dejar de sufrir.

Pero no tendría tanta suerte, desperté recostada sobre una lápida debido al ruido de unos jarrones moverse. Ya era de día pero demasiado temprano para que nadie entrara a aquel lugar. Presté atención sin ni siquiera pestañear y pude darme cuenta que no estaba sola. Había alguien allí, alguien muy cerca de mí me tocó el hombro asustándome, haciéndome mover bruscamente.

—No te voy a hacer nada —susurró una voz de mujer.

Me levanté entumecida y dolorida por el golpe que me debí dar en la cabeza, y supuse que debí desmayarme. Me froté los ojos para aclarar mi visión y me quedé de piedra al darme cuenta quién era ella.

—Lo siento —pude decir muy afectada— no debo estar aquí —susurré limpiando las lágrimas que comenzaron a salir.

—No lo sientas tesoro —siguió hablando aquella mujer, la misma que tantas veces observaba

en la distancia esperando que se marchara; ella era la madre de Gonzalo.

Oír cómo me llamó me llenó de emoción, su hijo me llamaba así y no soportaba que nadie más lo hiciera hasta ese momento. Escucharlo de su madre me gustó pero a la vez esa simple palabra hizo que mi cuerpo temblara de nuevo, haciéndome sentir realmente mal, ya que pude recordar porque estaba allí, porqué había pasado la noche junto a la tumba de Gonzalo.

Esa mujer no parecía la misma que vi hace seis años. Estaba muy desmejorada y demasiado delgada. Pero lo que más me sorprendió fue que ella se acercó a mí y me abrazó.

Me abrazó tan fuerte que no quise que dejara de hacerlo. Necesitaba eso, necesitaba comprensión. Lloramos las dos juntas durante un rato sin hablar. No necesitábamos decir nada, porque las dos compartíamos esa misma sensación, ese dolor tan fuerte que nos acompañaría por siempre.

—Tengo que irme —susurré tras separarnos.

—Ven a verlo cuando quieras —dijo mirándome con una mirada cansada —pero prométeme que no lo harás de noche.

—De acuerdo —conseguí decir forzando una media sonrisa.

Me marché pensando en algo. Ser quien quería ser tan solo me había hecho sufrir, ser Mery me había hecho sentir el amor pero también me había hecho sentir todo el dolor del mundo. Había conocido la ira, la agonía, la angustia y la decepción. No quería seguir así, la felicidad no estaba hecha para mí, no conseguía mantenerla junto a mí por mucho tiempo sin sufrir de nuevo. Me había cansado de luchar, me había cansado de querer ser quien soy en realidad. Y por todo eso me llegué a plantear si yo estaba equivocada, si mis padres tenían razón. Me planteé ser quien querían que fuera.

Ver mi coche solo me recordaba a él, a esa persona que me había destruido, esa persona que había acabado con Mery.

Ver de nuevo el mono con su mano marcada me llenó de ira y no podía aguantar más así. Aparqué el coche en el garaje y lo miré por última vez. Saqué el móvil del bolsillo y lo tiré con todas mis fuerzas en el interior de aquel trastero en el que tantas veces me cambié. Quedó destrozado, pero no me importó ya que jamás lo volvería a utilizar.

Mery había muerto y María Isabella tenía que ocupar su lugar. Vivir la vida que la mantenía constante, la vida en la que ni sentía ni padecía. La vida que jamás la haría sufrir tanto como la que había vivido ya. Me marché sin mirar atrás, tomando la mejor decisión que podía tener.

Cuando abrí la puerta de mi casa me encontré con una madre angustiada. Una madre que sufría por verme así.

—Cariño —me llamó con cautela— tienes mala cara.

—No te preocupes mamá, estoy bien.

—Tu padre no se ha enterado de que no has venido a dormir.

—Mejor —respondí aliviada por no tener que volver a tener aquella conversación que tanto me desagradaba—, si no te importa voy a descansar un poco.

—Está bien. Por cierto, José Miguel está preocupado por ti, le ha comentado a tu padre que últimamente estás distante, que notó algo raro cuando te encontraste con un chico ¿quién era, cariño?

—No era nadie— dije intentando ocultar el dolor—, solo era una persona de mi pasado, alguien que estaba el día del accidente con Gonzalo. Hice que no lo conocía cuando me llamó porque no quería recordar aquel día. No quiero saber nada que tenga que ver con eso.

—Descansa cariño, esta noche iremos al club.

Y de nuevo volví a ser María Isabella. Una chica sumisa, religiosa, estudiosa y paciente. La misma que querían que se casara con alguien al que no amaba.

Un mes después:

Miré mi reflejo en el espejo de mi tocador, tras maquillarme me eché un perfume nuevo y coloqué un mechón tras mi oreja. En el espejo de pie se veía a una chica con un vestido negro, con el pelo suelto y un maquillaje algo arriesgado para ella.

El timbre sonó y bajé con los zapatos en la mano y el bolso en la otra. En el recibidor me esperaba mi prometido, ese chico que me miró extrañado. Igual de extrañado que mi padre.

—No me esperéis despiertos —anuncié a mis padres—, llegaremos tarde. —Continué mientras me ponía los zapatos. Después entrelacé mi brazo con el de mi acompañante y salimos para ir a cenar.

—¿Llegaremos tarde? —Preguntó incrédulo.

—¿Tienes hora? —Exageré estar sorprendida.

Si debía aceptar mi vida para no sufrir lo haría, pero lo haría a mi manera. Y esa noche empezaría cenando lo que más me gustaba. Fuimos a cenar a una pizzería en un barrio obrero. Un barrio que me conocía ya que era donde vivía Marcus con Lucía, su novia. José Miguel miró varias veces el lugar, pero no dijo nada, en el fondo me divertía viendo como observaba todo, como quedaba extrañado por el servicio cercano del camarero. Él estaba acostumbrado a otras cosas.

Después quedamos con Marcus y Lucía para ir a una discoteca. Cuando entramos, la música estaba tan alta que aunque gritásemos apenas nos oíamos. Bebimos y bailamos, tanto que mis pies parecían de gelatina. José Miguel comenzaba a achisparse, comenzaba a reír y pasárselo bien gracias al alcohol.

Horas más tarde José Miguel estaba como una cuba, se había emborrachado como nunca ya que por lo general solo se permitía una copa de vino comiendo o cenando y en que notaba un poco de mareo, frenaba. Pero ese día fue diferente, no era él.

Esa noche todo me recordaba a él, cada canción, cada grupo de chicos pasándolo bien, hasta una chica que se parecía a Elena me recordó a él. Esa noche en la que lloré en silencio mientras bailaba y sentía la música como si fuera mi propia historia. Esa noche en la que haría algo para intentar olvidarlo.

Nos despedimos de nuestros amigos para buscar un taxi, para volver a casa. Pero en vez de eso lo adentré en una callejuela y lo miré.

—Querías un beso en condiciones ¿verdad? —Le pregunté dudosa a la vez que me paraba para mirarlo.

No podía creérselo, su mirada cristalina por el alcohol brilló aún más, brilló tanto que pensé que no estaba bien utilizarlo. Porque eso fue lo que pretendí. Quería dejar de pensar, quería besar a otra persona para no sentir los labios de Álex aún presentes, necesitaba que otro hombre me hiciera olvidar.

Cerré los ojos y lo besé. Al principio fue un beso suave pero después lo hice, metí mi lengua para sentir la suya. Para cambiar una sensación por otra. Para dejarme llevar, para olvidar.

Me aparté unos segundos después al darme cuenta que no era él, de que jamás podré olvidar lo que Álex me hacía sentir. Que jamás sentiré esa química al besarme con otro. Los besos de mi prometido eran torpes, su lengua no sabía seguirme el ritmo y su movimiento era robótico. ¿De

verdad no sabía besar? Me miró casi jadeante, queriendo más de lo que le podía dar pero yo ya había tenido suficiente.

El mes siguiente fue toda una revelación para él, quiso disfrutar, quiso conocer y quiso vivir. Siempre me acordaré de aquella conversación que me dijo frente a mi casa aquel día en que lo llevé a la discoteca:

—*Me has hecho ver un mundo nuevo, un mundo que quiero descubrir* —dijo aún achispado—. *Solo he visto lo que han querido que viera Isabella, pero quiero que me enseñes lo que hay detrás.*

—*Te lo enseñaré si empiezas a llamarme Mery.*

Ese siguiente mes que probó el beso de otra chica debido a un juego de hielo en otra discoteca, un juego que le animé a descubrir. Ese juego en el que le dije que se besara con quien él quisiera sin importar nada, ese juego que aprovechó para liarse con dos tías diferentes.

Ese mes en el que no volví a besarlo, porque en ese mes éramos más amigos que prometidos.

Capítulo 28

“Errores” Álex

Dos meses sin volverla a ver, dos meses sin escuchar su voz, dos putos meses soñando con su sonrisa y dos meses de arrepentimiento. Porque había cometido un error, debí escucharla cuando pude.

Tuve que verme al límite para poder reaccionar. Paco tenía razón, no podía dejarme vencer, no debía refugiarme en la bebida. Ese mal hábito lo adquirí cuando pensé que por mi culpa había muerto un chaval. Dos años tardé en darme cuenta que solo fue un accidente hasta toparme de nuevo con mi pasado, toparme de nuevo con una persona que sufrió con ese momento. Y esa persona era Mery, o más bien Isabella. Tuve mucho tiempo para pensar y recapacitar, para pensar en esos días que compartí con ella y por ello pensé que algo de cierto debía haber. El dolor que pude ver al contarme lo de Gonzalo era real. Lo noté, pude sentirlo. Al igual que sentí algo especial en su mirada. Sentí su amor, sentí su necesidad de estar conmigo a cada instante, por eso me costaba tanto aceptar su traición. Pero la realidad era evidente y pude verlo con mis propios ojos. Ella estaba con otra persona y al fin y al cabo debía aceptarlo. Por eso decidí pasar página, por eso me veía allí, en aquella discoteca junto a mis amigos intentando no pensar en ella.

Me di cuenta que una chica que no bailaba nada mal, me miraba de arriba a abajo de la manera más descarada. Esta es mi oportunidad, pensé. Sabía que aquella chica pondría toda la carne en el asador así que la miré y le sonreí. Ese gesto la invitó a acercarse, muy sensual mientras no dejaba de bailar, indicándome que quería lo mismo que yo.

—Hola —saludó la chica con una sonrisa demasiado amplia.

—Hola.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Tú dirás...

—¿Estas solo?

—¿Me ves con alguien? —Contesté vacilándola.

Ella no dijo nada, tan solo cogió mi mano y me arrastró hacia un lateral de la sala para comenzar a bailar muy provocativa, rozándose conmigo.

—¿No vas muy rápido? —Pregunté cogiéndola por la cintura, atrayéndola hacia mí.

—¿Para qué perder el tiempo?

—Tienes razón —le dije pegándome más a ella y besándola en los labios.

Besaba bien, pero mi cabeza aún seguía en otra parte, mis pensamientos eran solo para esa chica, la misma que me había roto el corazón en mil pedazos. Quería dejar de pensar en ella. Besarme con esa chica, la cual no sabía ni su nombre no me ayudó en nada. Me obligué a concentrarme y poco a poco Mery fue perdiéndose en la oscuridad.

Esa chica se rozaba con cada centímetro de mi cuerpo. Su mini vestido ajustado se le había subido aún más, dejándome notar al bajar mi mano, la curva de su trasero.

Lo apreté con fuerza atrayéndola hacia mí, haciendo que se frotara aún más contra el bulto que comenzaba a crecer entre mi entrepierna. Me besó con pasión, tanta que por un momento me hizo olvidar donde estábamos. Una persona de seguridad nos invitó a salir del local. O salíamos o frenábamos nuestra lujuria. Reímos y ella me volvió a coger de la mano llevándome hacia la

salida.

—¿Dónde me llevas?

—A un lugar con más intimidad, Álex.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Quise saber extrañado. Juraría que no la había visto en la vida.

—Algún día te lo diré —susurró en mi oído—. ¿Quieres saber mi nombre?

—No hace falta —contesté siendo sincero. Para lo que la quería no lo necesitaba.

Me llevó al aparcamiento de la discoteca. En él había varios grupos de chicos y chicas bebiendo y escuchando música con los coches abiertos. Tenían una buena fiesta montada.

La chica sin nombre me llevó hasta un Ford fiesta del '98 con los cristales tintados. Seguramente los habría tintado para tener más intimidad, esa chica era demasiado suelta. ¿A cuántos tíos se habría tirado en la parte trasera de aquel coche diminuto? Hacerme esa pregunta me hizo recordar algo.

Pensé en Mery, en aquella primera vez en la que se tensó al pensar que ya había follado con otra en la furgoneta, justo la misma reacción que tuvo cuando la llevé a mi casa, aunque pensó mal ya que ella era la única que había traspasado la puerta de mi casa. Una mala sensación recorrió mi cuerpo y se me quitaron las ganas de todo. No quería meterme en ese coche con la chica sin nombre, no quería volver a besarla y mucho menos follármela allí. Tan solo quería irme a casa.

—Lo siento, otro día será —anuncié mientras me giraba.

—¿Qué te pasa? —Preguntó algo cabreada.

—Ese coche es muy pequeño —dije poniéndolo de excusa— y hay mucha gente aquí.

—Podemos ir donde tú quieras —propuso acercándose a mí, cambiando su expresión, esa vez más amigable.

—En otro momento —dije quitándome sus manos de encima.

—¿En serio vas a dejarme así? —Dijo muy coqueta— ¿No vas a enseñarme si de verdad eres el rey? Y cuando digo el rey no me refiero solo al volante, quiero saber si también lo eres en el sexo.

Ella se mordió el labio inferior a la vez que sacaba pecho. Si se pensaba que así me iba a conseguir, lo tenía claro.

No me picaba con facilidad y menos con niñas creídas.

—Si prefieres que te diga que no eres mi tipo...

—He podido comprobar que ahí dentro si lo era, no me vengas con cuentos.

—Si tanto crees conocerme..., ¿no has oído decir por ahí que soy un cabron? Yo hago lo que me da la gana —contesté mirándola fijamente—. Ni tú ni nadie me va a debatir cuando digo algo. Si digo que no eres mi tipo, es que no lo eres.

—¿Entonces? —Quiso saber con actitud demasiado arrogante.

—Simplemente nos hemos utilizado, pero no me gustas. No quiero perder más el tiempo contigo.

—Algún día querrás volver a mí —me gritó, haciendo que todas las personas a nuestro alrededor se giraran, siendo ahora, nosotros su foco de entretenimiento.

—Tías como tú hay a patadas —afirmé lo más arrogante que pude con una sonrisa furiosa en la cara.

Y era cierto, chicas como ella las tenía para aburrir, pero como Mery no había conocido a ninguna.

Capítulo 29

“Volverlo a ver” Mery

Sergio había venido a pasar unos días conmigo. Días en los que me desahugué, días en los que volví a llorar y días en los que salimos junto a José Miguel. Sergio flipó por la relación que teníamos en ese momento, una relación que no tenía nada que ver con lo que le conté en el pasado. Sergio fue testigo de las noches de desenfreno de aquel chico desmadrado.

El último fin de semana lo dejamos para nosotros solos, para tomar algo relajadamente en un bar cerca de la playa. Octubre había llegado para traer el frío de golpe, para disfrutar de un chocolate caliente junto a mi mejor amigo.

—Deja ya de pensar en él, no lo merece.

—Lo sé —contesté deprimida mientras le daba vueltas con la cucharilla a mi chocolate.

—Se ha portado fatal contigo, debió decírtelo antes. No sé ni cómo pudo acostarse contigo sabiéndolo. Es un cínico, entérate de una vez que para él no fuiste importante.

—¿Sabes qué así no eres de ayuda? —Contesté molesta— Se supone que el mejor amigo está para dar ánimos, no para que me hundas en la miseria.

Sergio podía ser el mejor apoyo en un mal momento pero también podía llegar a ser cargante y muy pesimista.

Sabía que tan solo quería hacerme reaccionar, hacerme ver que tan solo jugó conmigo y que debía olvidarlo. Pero no podía, no había pasado un solo día sin acordarme de él.

Quería hacerlo, de verdad que quería, necesitaba olvidarme de él, de la traición hacia Gonzalo por haberme acostado con él.

—Hola —dijo alguien a mi espalda—. ¿Puedo sentarme con vosotros?

Me giré y vi a Elena mirándome a mí y después a mi acompañante.

—Hola Elena —respondí dudosa a la vez que me levantaba para saludarla—, él es Sergio.

—Encantada —contestó ella saludando también.

Sergio me miraba sin entender quién era esa chica, si conocía a Isabella o a Mery, si sabía la verdad o no.

—¿De qué os conocéis? —Preguntó Sergio, queriendo salir de dudas lo antes posible, una vez que nos sentamos a la mesa.

—Nos conocimos hace poco, pero creo que podríamos ser buenas amigas —contestó Elena mirándome con comprensión.

—Es la novia de un amigo de Álex —declaré.

—Ya voy formando el puzle —dijo Sergio mirándome con el ceño fruncido.

—Me gustaría poder hablar contigo tranquilamente —informó ella.

—Sergio es como mi hermano, lo sabe todo.

—Si vienes a convencerla para que lo perdone..., lo tienes claro. El tipo ese, se pasó dos pueblos, no se merece ni que lo mire a la cara.

—Lo sé, pero tiene una explicación. No quiero justificar nada, pero puedo entenderlo...

—¿Puedes entender que la mintiera de aquella manera? ¿Que la enamorara para romperla de nuevo? ¿Me estás diciendo que todo esto tiene una explicación? —Preguntó mi amigo algo alterado—. Si piensas que voy a dejar que le comas la cabeza a Mery lo tienes claro.

—Sergio por favor, soy mayorcita y que yo sepa tengo boca para poder hablar.

—Si cariño, pero el ser racional no va contigo, alguien tiene que dar la cara por ti.

—Que yo sepa la que se va a casar es ella ¿no? —Recriminó Elena—, pero no he venido aquí para echar en cara nada. Yo solo quiero hablar contigo —. Y esa vez se refirió a mí. ¿Me dejáis que me explique?

—Prefiero no saberlo —negué—. He decidido olvidarme de él.

—Él lo pasó mal, muy mal. Solo quiero que lo entiendas. Si luego sigues queriendo echarlo de tu vida, no te lo volveré a nombrar.

—Él nunca ha estado en mi vida —susurré con dolor—, él tan solo era una vía de escape—mentí—, lo que teníamos no era real.

—Tu vida solo ha sido real cuando estabas con él —interrumpió Sergio exasperado— y es tan real que duele. Por eso estás así.

—No os entiendo —advirtió Elena.

—No hay mucho que entender. A pesar de estar comprometida me enamoré de Álex como una tonta mientras me engañaba, mientras jugaba conmigo.

—Álex nunca ha jugado contigo —dijo su amiga.

—Él sabía que yo era la novia del chico que murió en un accidente, el mismo que provocó Álex hace seis años, el mismo en el que un inocente murió por su culpa.

—Te equivocas, ese accidente fue lo que su nombre indica, un accidente. La rueda hubiera reventado igualmente. No fue culpa de Álex, aunque lo pensó durante años.

—Si no hubiera roto el retrovisor de esa manera Gonzalo seguiría vivo.

—Gonzalo seguiría vivo si hubiera usado el cinturón de seguridad, así que te quede bien claro —dijo realmente cabreada—, el único responsable de la muerte de ese chico fue él mismo.

Lo pensé, las palabras de Elena tenían sentido, tanto que en el fondo lo sabía. Sabía que si te arriesgas a correr de aquella manera podías perder la vida al igual que la perdió él.

—Álex entró en una depresión que lo alejó de todos nosotros —continuó hablando—. Se refugió en la bebida y casi destroza su vida. Su jefe consiguió sacarlo de toda esa mierda. Lo dejó por un tiempo pero su abuela murió y lo acabó de hundir. Él mejoró cuando tu llegaste, pero volvió a beber cuando todo lo vuestro terminó —Se quedó unos segundos callada y prosiguió hablando—. Le hiciste mucho daño Mery, por eso te lo contó de esa manera, tenía que alejarte de él.

—El me vio con mi prometido —dije al fin, pensando en todo lo que había sufrido ese chico. Todo lo que había pasado, ese dolor tan grande que te parte el alma por la pérdida de un ser querido.

—¿Fue así como se enteró?! —Exclamó Elena sin poder creer lo que había oído.

Asentí con la cabeza y comencé a explicarme:

—Mis padres quieren que me case con un chico al que no quiero. Mi padre me obliga, me coacciona para que lo haga. Si no lo hago mi madre sufrirá en mi lugar. No puedo hacer otra cosa.

—¿Te has acostado con los dos en el mismo margen de tiempo? —Preguntó ella con cautela.

—Por eso no te preocupes..., el chico es virgen —continuó Sergio—. El pobre se reserva para el matrimonio, mientras nuestra pequeña amiga se tiraba a tu amigo en cualquier lugar.

—¡Sergio! —Grité.

—¿Qué?! —Respondió con la misma entonación—. No miento, lo que tenías con Álex era real y te ha roto el corazón; no deberías verlo jamás.

—Vale —nos interrumpió Elena mientras se masajeaba las sienes con los ojos cerrados—. Voy a resumir lo que ha pasado: tú tienes un novio virgen pero te tiras a Álex. Él os pilló y se

enfada. Normal ¿no? El que no quiere escucharte y la única forma de alejarte de él es diciéndote lo que pasó hace seis años.

—Podría decirse que sí —respondió Sergio muy interesado en el asunto.

—Tienes que contarle que con el tío ese no has hecho nada.

—¿Para qué? Eso no cambia las cosas —dijo negando con la cabeza.

—Pero el no tuvo la culpa del accidente.

—Puede que no —contesté siendo coherente—, no fue su culpa, pero me lo ocultó aun sabiendo que yo iba con Gonzalo. Se acostó conmigo sabiéndolo todo y me lo contó de la peor manera posible. Es un cínico.

—Te voy a contar algo —dijo mirándome con pena—. Álex se puso furioso aquel día, Gonzalo estaba muerto y tú estabas sangrando por la cabeza. La policía iba a llegar y teníamos que llevárnoslo de allí, pero ¿sabes lo que hizo él? Se lio a ostias con todo aquel que intentaba arrastrarlo para llevárselo. Gritaba y lloraba desconsolado por lo que me quedé con él. Mery..., nos quedamos a tu lado hasta que oímos como llegaban las ambulancias. Nos escondimos hasta que pudo ver que se te llevaban en una. Él no supo quién eras hasta que se lo contaste. Álex solo se ha enamorado de ti, y tan solo tenía miedo de que lo dejaras.

—Tiene sentido, pero no fueron las formas —dijo Sergio pensativo.

—¿Lo entiendes ahora? Él te quería y verte con tu novio lo destrozó, lo volvió loco. Volvió a beber y a empeorar.

—Me da igual —mentí—. No puedo hacer nada, no puedo traicionar nuevamente a Gonzalo.

—Ahora ya lo sabes —continuó ella entristecida—. Solo te pido que hables con él. Puedes venir a esta dirección esta noche, seguramente él esté allí con todos nosotros —dijo anotando en una servilleta una dirección junto a su número de teléfono.

—¿Y si no quiere verlo? —Preguntó Sergio mirándome, dándose cuenta de que empezaba a dudar.

—Podéis venir simplemente a verme a mí —respondió ella sonriéndonos—, nos lo pasaremos bien. Me has caído bien —continuó mirando a Sergio.

—Puede que vayamos, me gustaría conocer al estúpido que tiene a nuestra Mery loca por él.

—Si os pensáis que voy a ir..., lo lleváis claro, no quiero verlo.

—¿Tampoco irás a la carrera?

—No.

—Podrías ganar, podrías vencer de nuevo a Álex si es eso lo que quieres.

—Si vas..., corro contigo. —Dijo Sergio con una sonrisa en la cara.

—Lo que eres capaz de hacer solo por conocerlo —dije riéndome al fin.

—Dime cuando es esa carrera y yo haré que la gane —dijo emocionado mi amigo.

—Dentro de ocho días y por cierto... salgo a las once de trabajar, soy camarera de este bar. Si queréis venir conmigo ya sabéis donde encontrarme —dijo despidiéndose guiñándonos un ojo.

Seis horas más tarde:

—No sé cómo has podido convencerme, deberíamos irnos a casa.

—No me jodas la fiesta —advirtió divertido—, necesitamos pasarlo bien y tienes que ser fuerte, demostrarle a ese capullo quien eres, que vea el pivonazo que se ha perdido.

Nerviosa era poco. Cuando Elena salió del bar fuimos directos a su coche. Llegamos en quince minutos a ese local donde seguramente Álex ya estaría. Mi corazón iba a mil por hora y mis piernas no sabían ni andar. Entramos al local y la primera en la frente. La música que sonaba

me recordaba a nosotros.

²³⁵₉₂ ¿Cómo explicarle a la conciencia que esto fue mi culpa?
¿Cómo decirle al corazón que tú no volverás?
Hacer saber a mis ojos que no te verán nunca
¿Cómo explicarle a mi boca que no la besarás? ²³⁵₉₂

Y en ese mismo instante, nuestras miradas se encontraron de nuevo.

Capítulo 30

“Todo fue real” Álex

Era ella. Dos meses sin verla y estaba ahí, mirándome fijamente con dolor, ese dolor del cual tan solo yo fui culpable. Agarrado a su brazo la acompañaba un tío de lo más raro: llevaba el pelo largo agarrado por un moño alto engominado y tirante, su vestimenta también era algo peculiar pero su sonrisa parecía amigable. Junto a ellos estaba Elena, la causante de ese dolor que volví a sentir al verla.

Estaba preciosa, llevaba puesto ese vestido verde que sabía que me encantaba, el mismo que se bajó en el acantilado el primer día que la besé. Ese mismo vestido que se ponía cuando se lo pedía. Y si sabía que yo iba a estar allí ¿Qué pretendía usándolo? ¿Provocarme? ¿Quería jugar?

Noté como su acompañante me miraba con descaro, observándome de la cabeza a los pies, con una sonrisa maliciosa que no se molestaba en ocultar.

No sabía que hacían junto a Elena, pero parecían pasarlo bien y yo no iba a ser quien les estropeará la noche.

No podía dejar de mirarla, de ver como sonreía, como disfrutaba con sus amigos y aunque yo no estaba en el mismo punto, me alegré. Pude notar como alguna vez miraba en mi dirección, pero al encontrarse con mi mirada, rompía el contacto visual de inmediato.

Pensé en varias ocasiones acercarme a ella, pero... ¿para qué? Ya no había marcha atrás, lo que se dijo y lo que se dejó de escuchar quedó en el pasado, un pasado en el que ambos nos hicimos daño y no había necesidad de seguir haciéndolo. La vida era más fácil así.

Le había prometido a Paco no beber de nuevo, por lo menos hasta que no lo tuviera controlado por completo. Y en ese momento lo agradecí, agradecí estar sereno. Lo agradecí

porque así era más fuerte y menos vulnerable ante los encantos de la chica temeraria. Un rato después Mery se marchó con Elena hacia los servicios y yo quise aprovechar para salir a fumar pero entonces el tío raro se acercó a mí.

—Eres un estúpido, lo sabes ¿no? —Declaró aquel chico raro apoyándose en la barra sin ni siquiera mirarme.

—No te atrevas a insultarme... —amenacé.

—No me hace falta... —dijo sonriendo—, tu solito lo haces.

—¿Qué quieres? —Pregunté malhumorado.

—Decirte que la has cagado hasta el fondo. La has perdido por no querer escucharla—y esa vez se giró en mi dirección y me miró directamente a los ojos.

—No había nada que explicar —dije apoyándome en la barra con el codo izquierdo—, todo estaba claro.

—De verdad, no sé quién es peor de los dos —bufó—. Escúchame bien que tengo que ser rápido. Ella quiere evitar casarse, está comprometida porque la obligan, pero no ha hecho nada con él; el tío es virgen.

—No puede ser cierto —no podía creerlo, ¿Mery se iba a casar con aquel tío de la gasolinera sin haber tenido nada con él?

—Tanto como que me llamo Sergio.

—¿Tu eres Sergio? —Dije pensando en la historia que nos contó a Paco y a mí de Londres. Él era esa persona con la que vivió uno de los mejores momentos de su vida, él era su mejor amigo.

—El mismo.

—Mery me habló de ti, bueno... Isabella mas bien. Hasta en eso me engañó —dije con ironía.

—¿No sabes que existen los nombres compuestos? —Preguntó como si fuera tonto y casi reí al verlo—, se llama María Isabella.

—¿Porque me cuentas esto?

—Para que te des cuenta que no todo gira a tu alrededor. Los demás también tenemos problemas y debemos ser escuchados; y porque desde que tú apareciste por la vida de mi amiga..., por fin la vi feliz, aunque durara poco. Ella no se merecía que la trataras así.

—No creo que quiera escucharme —conseguí decir intentando asimilar lo que me estaba contando.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas —dijo dejándome solo de nuevo, regresando a ese lugar donde unos minutos más tarde lo acompañaron de nuevo.

Una y otra vez se repetían esas palabras en mi cabeza ¿la obligaban? ¿En qué siglo se creían que vivían? ¿Esperaba que me lo creyera? Pero lo que más me atormentaba era que su amigo decía que conmigo la vio feliz y si eso era cierto. ¿Cómo era ella antes de conocerla?

Minutos más tarde, me decidí. No lo pensé más y fui hacia ella. Me vio llegar porque de nuevo me buscó con la mirada, con esa mirada desconfiada, sin apenas creer que yo estuviera llegando a su lado para pararme frente a ella.

—¿Podemos hablar? —Pedí pacientemente.

—Estoy ocupada —titubeó.

—No creo que a tu amigo le importe esperar cinco minutos —y con la mejor de mis sonrisas lo miré, miré a ese chico que disfrutaba con la escena.

—Mejor otro día, no me apetece discutir... —suplicó, pero ya estaba decidido.

—Yo tampoco quiero discutir —le ofrecí mi mano para poder salir mejor entre la multitud

pero ella negó con la cabeza—. Muy bien, tú lo has querido —dije a la vez que la cogía por las piernas, posando su cintura sobre mi hombro y levantándola del suelo pude llevármela de allí.

Su amigo reía lleno de satisfacción y Elena sonreía junto a él.

—¡Suéltame! —Gritó a la vez que me golpeaba en la espalda.

—¡Cálmate! —Casi reí dejándola en el suelo una vez que ya nos alejamos lo suficiente.

—¿Qué coño haces? —Dijo colocándose bien el vestido— ¿Qué pasa por tu cabeza? ¿Estás loco?

—Sí, estoy loco y es por tu culpa. Tan solo quiero entender.

—Ya es tarde.

—Nunca es tarde —dije contradiciendo mis propias palabras mientras la miraba a los ojos—. Además, tu amigo me ha dado un pequeño adelanto.

—¡Lo mato! —Exclamó con una mirada furiosa dirigida hacia donde se encontraba su amigo.

—Me parece bien, pero después de que hablemos.

—Que sepas que esto no cambia nada —advirtió aún enfadada.

—Está bien —dije ansioso mientras me apoyaba en la columna.

Mery se tomó unos segundos antes de comenzar a hablar:

—Empezaré por el principio —informó algo cansada mirándome de nuevo—. Ya sabes que tuve un accidente —dijo a modo reproche—. Pues bien, avergoncé a mi padre con lo ocurrido y me llevó a un internado. Cuando salí de allí me amenazó, me dijo que debía hacer lo que él me dijera o mi madre sufriría las consecuencias. Para ese entonces ya tenía decidido con quien casarme. El chico con el que me viste, es el hijo del socio de mi padre.

—¿Por qué te sientes en la obligación?

—¿Te acuerdas de la historia de la mujer de la estación?

—¿La amiga de tu madre?

—Y la amante de mi padre... —confirmó.

Me costó unos segundos cuadrarlo todo ¿La amante de su padre? ¡Joder! Y ella tuvo que pasar el mal trago de hablar con ella en la estación. Y en ese momento entendí la razón de su enfado.

—Pero... ¿Qué tiene que ver eso contigo?

—No quiero hablar ahora de eso.

—¿Te chantajea con algo?

—Podría decir que sí.

—¿Puedo preguntarte algo más?

—Lo vas a hacer igualmente ¿verdad?

—Si...

—Suéltalo...

—¿Qué tipo de relación tienes con tu novio? —Pregunté algo dudoso. Ella me miró sin entender la pregunta y fue cuando quise aclarárselo—. Quiero saber hasta qué punto has llegado con él. Por lo que puedo entender..., debéis de llevar años juntos.

—¿Esto es necesario? —Preguntó algo agobiada.

—Por favor..., necesito saber —supliqué.

—Llevamos saliendo juntos cuatro años —dijo muy bajito mirándome muy detenidamente, esperando una reacción en mí. Yo, por supuesto no la corté esperando que continuara para saber al fin lo que quería saber—. Pero de estos cuatro años he estado dos en Londres sin apenas verlo. Cuando regresé retomamos la relación pero no es una relación normal si es lo que quieres saber. Salimos de vez en cuando, cenamos con nuestros padres y nos vemos en el club.

—¿Entonces? —Insistí—. ¿Hasta dónde has llegado con él?

—Si lo que quieres saber es si me he acostado con él...— respondió mirándome a los ojos—. No, no lo he hecho, tengo la suerte de que nuestras familias son muy estrictas en ese tema. Ellos creen que sigo siendo virgen.

—No puedes arriesgar tu felicidad por nadie —dije enfadado pero a la vez aliviado. Ella me miró pensativa, después negó con la cabeza y comenzó a hablar:

—Mi madre quiso quitarse la vida al darse cuenta de que mi padre la engañaba con su amiga. No puedo ni pensar que mi madre vuelva a entrar en depresión. No sabes hasta qué punto puede llegar mi padre.

—No es justo —dije acercándome a ella, acariciándole la cara.

—La vida no es justa —susurró quitándose de mi lado, evitando así cualquier contacto.

—Debí escucharte.

—Debiste contarme lo del accidente mucho antes. —Reprochó con la voz entrecortada.

—Lo sé, pero tuve miedo—admití—. Y siento que te enteraras de aquella manera —me lamenté—. Sé que no tengo justificación pero en ese momento me hiciste daño y yo solo quería alejarte de mí. Te quería tanto que dolía.

—Si me hubieras querido me lo hubieras dicho —reprochó negando con la cabeza.

—Entonces..., tú no me querías —susurré—. Tan solo fue un juego para ti— conseguí decir con la voz temblorosa.

—Te dije que fuiste lo único real que tenía —declaró con la voz rota.

—Pero no me querías lo suficiente... —quise saber con una presión en el pecho que no me dejaba respirar.

—Sí, te quería. —Admitió sin poder mirarme a la cara.

—Si me querías... ¿Por qué no me contaste esto antes?

—Por miedo —susurró pensativa unos segundos después.

—¿Lo ves? Los dos teníamos miedo —dije acercándome de nuevo a ella, posando mi mano sobre su cara.

—Te he dicho que esto no cambia nada —y volviendo a separarse de mí me dejó con ganas de besarla de nuevo.

—Vuelve conmigo —supliqué cogiéndola de la mano—. Por favor.

—No puedo —declaró agarrándose de la mano, mientras una lágrima comenzaba a caer por su mejilla.

—Te quiero —dije a la vez que besaba esa lágrima salada que resbalaba camino de sus labios—. Te quiero como nunca he querido a nadie.

—Lo siento —dijo abrazándome—, no puedo traicionarlo de nuevo.

—¿A quién? —Pregunté sin entender a qué se refería.

—A Gonzalo —declaró apartándose de mí, llorando sin poder dejar de hacerlo.

—El ya no está —susurré con gran pena—, y estoy seguro que él no querría verte así, querría que fueras feliz.

—Lo sé —consiguí decir unos segundos más tarde.

—¿Entonces? —Pregunté esperanzado.

—No puedo, de verdad que lo siento. Aunque la salud de mi madre no estuviera en peligro..., lo nuestro no podría ser; nos hemos hecho demasiado daño.

—Todo tiene solución —dije con un nudo en la garganta que me ahogaba.

Mis lágrimas comenzaron a caer tan rápido como lo habían hecho las de ella. Quise girarme para que no se diera cuenta, pero ella fue más rápida, me cogió la cara con su mano y con su

dedo pulgar secó las lágrimas que no dejaban de caer.

—Todo pasa —me dijo con una leve sonrisa.

—Dime que esto no es una despedida —susurré cogiéndola de la mano—, dime que te volveré a ver.

—Lo mejor para los dos es que desaparezca para siempre.

No quería ni pensarlo, no quería perderla y mucho menos que desapareciera de mi vida; pero no podía obligarla, no debía forzar una situación en la que ella no estuviera preparada. Si se quedaba conmigo debía ser porque realmente quisiera.

—¿Puedo pedirte una última cosa? —Susurré intentando jugar mi última carta.

—Dime... —anunció con un hilo de voz.

—Quiero un último beso —pedí secando la última lágrima que resbalaba por mi mejilla.

—Esto no está bien —dijo negando con la cabeza.

—Nada ha estado bien, pero lo hemos hecho. Por favor, quiero sentir por última vez tus labios, quiero saber que esto fue real.

—Nuestro problema es que fue demasiado real— anunció acercándose de nuevo a mí sin apartar la mirada ni un solo segundo.

Posó sus manos sobre mi nuca y acercándose demasiado a mi cuerpo me besó muy despacio. Me besó suavemente mientras sus lágrimas salaban ese beso que me indicaba que todo había sido real. Tan real que dolía en lo más profundo de mí ser.

Sin demorarse más, se apartó de mí, alejándose lo más rápido posible sin mirar atrás. Saliendo por aquella puerta que quise traspasar al segundo de verla desaparecer.

Capítulo 31

“Mezcla de sentimientos” Mery

Aire. Era todo lo que necesitaba para poder respirar. Volver a sentir sus labios me había hecho vibrar de nuevo. Sentirlo tan cerca me hacía ver que lo necesitaba, necesitaba tenerlo en mi vida. Pero mi felicidad junto a él no podía ser. Sabía perfectamente que Gonzalo querría que fuera feliz, él me diría que tan solo fue un accidente, que ya sabíamos a lo que nos exponíamos corriendo de esa manera..., pero no podía. Algo en mi interior no me dejaba avanzar, no me quitaba de la cabeza que al estar con Álex traicionaría a Gonzalo.

—¡Espérame! —Gritó Sergio al lado de Elena mientras salían del local— ¿Por qué te has ido con lo bien que se os veía?

—Porque no puede ser... —susurré apartando una lágrima que caía sin control.

—¡Por dios! ¡No seas melodramática! —Exclamó mi amigo.

—¿Porque no le das una oportunidad? —Suplicó Elena mientras me abrazaba.

—No puedo, me siento mal cuando pienso en todo lo de Gonzalo.

—¡No puedo contigo! —Anunció mi amigo exasperado—. Tienes la oportunidad de hacer lo que quieres con alguien al que le importas y tú no haces más que machacarte con lo de Gonzalo. Que te quede claro que él ya no está, no volverá. No vas a traicionarlo por estar con Álex.

Elena lo miró sorprendida, posó su mano sobre su brazo para intentar calmarlo, pero en el fondo sabía que ella pensaba lo mismo.

—No es tan fácil.

—Tómate tu tiempo —intervino Elena mirando nuevamente a Sergio, como si estuviera advirtiéndole—. Piénsalo cuando estés tranquila, así lo verás de otra manera.

—Nos hemos despedido —anuncié con tristeza—, ya no volveremos a vernos.

—Cuando digo que eres melodramática no lo digo en broma —susurró Sergio entrelazando nuestros brazos— ¿Qué quieres hacer ahora?

—Irme de aquí.

—Bien.

—Te llamaré —anuncié despidiéndome de Elena.

Llegué a mi casa muy tarde, tanto que me sorprendió ver luz en el salón. Mis padres estaban esperándome.

—¿Qué horas son estas para llegar a casa?! —Escupió mi padre con furia.

—No tengo ganas de discutir —susurré mirándoles con cansancio.

—¿No te has dado cuenta que a mí me da igual si las tienes o no? ¿Dónde estabas? —Gritó aún más fuerte mi padre acercándose a mí.

Una vez que llegó a mi lado me cogió muy fuerte por el brazo, me zarandeó como si aún fuera esa niña pequeña a la que reprendía por cualquier cosa y me advirtió en silencio.

—¡Suéltame! —Grité eufórica—. ¡Ni se te ocurra tocarme!

—No te atrevas a levantarme la voz —y mirándome con una furia descomunal me apretó aún más, haciéndome ver quién mandaba en esa casa.

—¡Déjala! —Ordenó mi madre muy fríamente. Los dos la miramos incrédulos, jamás en mi vida había visto que levantara la voz y mucho menos refiriéndose hacia mi padre—. Es joven,

creo que debe divertirse de vez en cuando —continuó hablando, esta vez más calmada.

—Que se divierta entonces con su novio.

—Creo que eres demasiado duro con ella, no sé lo merece —reclamó mi madre.

—Vete a tu habitación —ordenó el señor de la casa con una mirada fulminante.

Sabía que la discusión no había terminado ahí ni mucho menos. Pero ver como mi madre daba la cara por mí, enfrentándose a mi padre me sorprendió muchísimo. Jamás creí poder escucharla hablar de esa manera, y aunque aún estaba asombrada por su actitud me gustó. Me hacía pensar que se estaba volviendo más fuerte, pero... ¿por qué ahora?

Tres días pasaron sin ni siquiera mirar a mi padre a la cara, el viaje al trabajo era incómodo y agradecí cuando sin motivo aparente desaparecía. La semana había empezado y mi padre iba y venía de casa al trabajo fuera del horario habitual, cosa que empezó a mosquearme. Me extrañó muchísimo ese cambio de actitud por lo que comencé a estar a la defensiva.

—¿Podemos hablar? —Preguntó mi madre mientras terminábamos de recoger la mesa tras haber picado algo antes de la cena.

Había salido a las seis del trabajo y aprovechando que mi padre se quedó un rato más en la empresa, me fui a casa para cambiarme e ir a dar una vuelta, pero mi madre me preparó un picoteo para contarme lo que tanto le preocupaba.

—Claro...

—No quiero justificar para nada la actitud que tuvo el otro día tu padre contigo pero quiero explicarte porque perdió los nervios.

¿Perder los nervios? Mi madre no era consciente de que esa no fue la primera vez que mi padre me trataba así. Evidentemente, solo lo hacía cuando nadie nos veía. O eso creía él porque Carmen nos vio en una ocasión y desde entonces me dejaba la puerta trasera abierta por las noches, la que usaba el servicio.

—No hace falta mamá.

—Si hace falta —susurró con pena mientras me cogía la mano—, tu padre está muy nervioso porque está enfermo.

—¿Y lo paga conmigo? ¿Te parece justo? —Grité.

—Claro que no, por eso intervine. A partir de ahora tenemos que ser fuertes—. Ella me miró, me miró con los ojos vidriosos. Suspirando y cogiéndome la mano.

—¿Que pasa mamá? —Pregunté sabiendo que algo no iba bien.

—Cariño, tu padre tiene cáncer.

—¿Qué?!

—Ya sé que no te lo estoy diciendo de la mejor manera, pero te pido que tengas algo de paciencia con él.

—¿Qué tipo de cáncer? —Quise saber.

—Tu padre tiene cáncer de páncreas —susurró mientras comenzaba a llorar—. Está muy avanzado. —Continuó abrazándose a mí, pidiendo consuelo entre mis brazos.

La abracé fuerte al ver el dolor por el que estaba pasando, la abracé para calmar su dolor mientras asimilaba sus palabras. Me quedé bloqueada, sin saber que decir, sin saber cómo reaccionar; pero un mal pensamiento se cruzó por mi cabeza y fue entonces cuando una gran presión en el pecho me hizo reaccionar. Comencé a hiperventilar sin poderlo remediar, sintiendo como una lágrima comenzaba a caer sin control.

—Necesito salir de aquí —susurré alejándome de mi madre, dejándola rota de dolor en una casa de lo más solitaria.

En que salí por la puerta de casa me quité los zapatos y corrí sin rumbo, corrí sin saber qué hacer ni con quien hablar. Comencé a llorar mientras corría calle abajo, girando por Gran Vía y entrando en aquel garaje que no había entrado desde hacía meses, meses en los que puse todo mi empeño para no recordar y ese lugar solo me recordaba a él.

En ese momento solo pensaba en él. Mi mente nublada solo pensaba en Álex. Me monté en mi coche y saliendo a toda velocidad me dirigí rumbo al taller. Ese lugar en el que estaba la única persona con la que necesitaba hablar en ese momento.

Capítulo 32

“Comprensión” Álex

Sabía que volvería a verla, sabía que un día u otro nos encontraríamos de nuevo pero lo que nunca imaginé era que sería tan pronto. Mientras cerraba el taller pude darme cuenta de que la chica temeraria esperaba impaciente al otro lado de la carretera. Nuestras miradas se encontraron y en ese momento lo supe, no necesité nada más para saber que no estaba bien, algo le pasaba. Ella me miró dudosa pero al ver que yo me acerqué a ella anduvo en mi dirección casi corriendo, echándose entre mis brazos.

—Abrázame fuerte, por favor... —suplicó con la voz entrecortada.

No hacía falta que me lo pidiera, estaba deseando tenerla de nuevo entre mis brazos, pero pensar que algo le había ocurrido me llenaba de nerviosismo. La abracé, la abracé mientras cerraba los ojos a la vez que aspiraba su aroma. Ese olor que tanto me gustaba, ese que tanto había echado de menos.

No sabía porque estaba ahí pero me llenaba de alegría que hubiera recurrido a mí.

—¿Estas bien? —Pregunté con cautela mientras le apartaba el pelo de la cara.

—No, no estoy bien. —Respondió apartándose un poco de mí—, necesitaba hablar con alguien... —continuó hablando dudosa—, pero si estas ocupado lo entenderé.

—Todo mi tiempo es tuyo —informé sonriendo levemente mientras con mi pulgar secaba las últimas lágrimas que caían por su mejilla.

—Creo que esto ha sido un error —susurró pensativa—. No quiero confundirte...

—¿Somos amigos? —Pregunté intentando así evitar que se marchara.

—Podría decir que si... ¿no? —Respondió mirándome con gran tristeza.

—Entonces no ha sido un error —continué besándola en la frente, abrazándola de nuevo.

Ella me abrazó también, y sentí que los dos lo necesitábamos.

Noté como su cuerpo se acoplaba al mío a la perfección, dejándome sentir de nuevo esa sensación de paz, esa sensación de no querer separarme de ella ni un solo milímetro.

—Creo que estamos cortando el tráfico —anuncié con media sonrisa, al darme cuenta que seguíamos en mitad de la carretera, con dos coches esperando a que nuestro abrazo finalizara.

—No me había dado cuenta —dijo esta vez algo más feliz.

—¿Vamos a otro lugar y me cuentas que está pasando?

—¿Puedes conducir tú? —Me pidió mientras me entregaba las llaves de su coche.

—Vamos —y cogiéndola de la mano me la llevé de allí.

No sabía en qué punto estábamos, tan solo sabía que ella me necesitaba. Ella había regresado a mí en un mal momento y yo solo debía comportarme como lo que minutos atrás quedó claro, como solo un amigo. Nos montamos en su coche sin decir una sola palabra, aunque no hizo falta. El silencio entre nosotros no era para nada incómodo, a pesar de lo ocurrido.

Arranqué el coche y puse rumbo a aquel lugar, ese lugar que ahora era de los dos. De vez en cuando la miraba de soslayo, veía como descansaba con los ojos cerrados sobre el asiento del copiloto; estaba guapísima a pesar de los ojos hinchados por haber llorado. La chica que estaba viendo no era Mery, mi chica temeraria no se habría puesto esos pantalones color beige claro con esa blusa blanca. Pero... ¡Joder! Como le quedaba todo. Tenía un cuerpo perfecto, que hasta lo más recatado se veía sexy en él.

—Ya hemos llegado —anuncié mientras apagaba el motor.

—Debí quitarme esta mierda —se quejó quitándose uno de sus tacones altísimos, haciéndome ver de nuevo a la chica temeraria.

—¿Vas a salir descalza?

—¿Por qué no? —Preguntó totalmente convencida.

—Espera... —insistí saliendo del coche, dirigiéndome hacia la puerta abierta por donde ella ya estaba saliendo.

—Te cojo en brazos.

—No hace falta —advirtió sonriendo un poco.

—No lo hago por ti —mentí—, como te cortes en los pies luego tendré que ser yo quien te cure y te aseguro que los pies no es realmente mi parte favorita del cuerpo.

—Ya...

—Así que venga —dije cogiéndola en brazos, llevándomela a la roca del acantilado.

Una vez sentados la seriedad volvió a ser visible en su rostro y tras unos minutos en silencio ella comenzó a hablar.

—Soy mala persona —dijo al fin—. Y darme cuenta de lo que puedo llegar a pensar me horroriza. —Susurró con gran tristeza.

—¿Que ha pasado? —Pregunté con cautela.

Ella me miró dudosa, sin saber cómo empezar, sin saber escoger las palabras adecuadas.

—Mi padre tiene cáncer y en vez de sentir dolor por él, simplemente he sentido indiferencia. Y lo peor no es eso... —hizo una pausa pensando bien lo que iba a decir—, mientras mi madre lloraba rota de dolor un pensamiento me ha hecho sentir sucia. —Anunció llorando de nuevo—, me ha hecho sentir que soy la peor persona del mundo.

—Continúa... —le animé acercándome a ella, pasando mi brazo por sus hombros acercándola más a mí.

—Mientras mi madre lloraba amargamente yo solo pensaba que si él moría yo sería libre..., ¿lo entiendes? ¿Cómo en un momento así puedo pensar en mi libertad a costa de su muerte? ¿Porque no puedo compadecerme de ese hombre y desear que se recupere?

Mery negó con la cabeza, intentando evitar todos esos sentimientos que la atrapaban.

—Me siento sucia —continuó—, me siento mal conmigo misma porque ese pensamiento se ha cruzado durante un segundo por mi cabeza. No quiero que muera, yo tan solo quiero ser feliz. —Lloró aún más desconsolada, casi al límite de un ataque de nervios del que no quería que llegara.

—Ven —dije abrazándola—, tú no eres mala persona por pensar eso, y siento decirte en este momento que la culpa de ese pensamiento tan solo la tiene él. Si te hubiera tratado bien, si no hubiera hecho lo que ha hecho contigo, ahora no estarías así. No te sientas para nada culpable. —Acabé diciendo con seguridad.

Ella no dijo nada, tan solo pasó una de sus piernas sobre mí y poniéndose a horcajadas, se sentó más cómodamente y me abrazó con fuerza. Yo la abracé también y de nuevo volví a sentir esa sensación de paz cuando estaba entre sus brazos.

Minutos más tarde ella volvió a sentarse a mi lado y yo le pedí que me lo contara todo. Que me contara como se sentía, que me contara como había sido su vida junto a su familia. Ella lo hizo sin ocultar el mínimo detalle. Me contó de su infancia, me contó su calvario a raíz del accidente y me contó todo el chantaje del que estaba presa desde hace años.

Y a pesar de que ya me contó algo días atrás, me quedé helado, no entendía cómo su padre podía tener tan pocos escrúpulos. Lo odiaba, odiaba a ese hombre sin conocerlo. ¿Cómo podía

haber tratado a su propia hija de aquella manera? Ella era una buena chica a la que aquel hombre la estaba maltratando psicológicamente. Era un machaque continuo durante años, haciéndola confundir, haciéndola sumisa tras sus amenazas. Haciendo de ella una persona que no era en realidad. Haciéndola al fin y al cabo infeliz.

—¿Te tiras conmigo? —Me invitó señalando con la mirada el borde del acantilado.

—¿Ahora?—Pregunté saliendo de mis pensamientos.

—Sí. Necesito despejarme. Necesito un golpe de agua fría para despejar esta mente bloqueada.

—Tus deseos son ordenes —dije pensando en que tenía toda la razón. Después de escuchar por todo lo que Mery había pasado yo también lo necesitaba.

Ella sonrió al ver como yo empezaba a desnudarme sin perder el tiempo. Ese mismo tiempo que no dejé de mirarla, no podía dejar de contemplar ese cuerpo que se desnudaba frente a mí, ese cuerpo que meses atrás podía tocar sin pedir permiso.

—¿Lista? —Pregunté ofreciéndole mi mano para saltar los dos juntos, como la primera vez que lo hicimos.

—Si —susurró mirándome de arriba a abajo, comiéndome con la mirada.

Sonreí como un estúpido al pensar en la posibilidad de que ella volvería a mí, porque a pesar que fue ella la que me dijo que lo nuestro no podía ser, ahora sería ella la que poco a poco se acercaría a mí. Porque ya lo estaba haciendo, y la forma de mirarme me indicaba que ella, seguía coladita por mí.

Su mano se acoplaba a la perfección con la mía, su mirada me hablaba en silencio y su cercanía me encantaba.

La miré unos segundos antes de saltar, disfrutando de aquel momento, disfrutando de una complicidad evidente.

Saltamos gritando como locos para descargar todo lo malo que había en nuestro interior, para descargar todo lo pasado, para sentirnos vivos de nuevo. Una vez en la superficie ella me sonrió como aquella primera vez y entonces sus palabras cobraron sentido. Esas palabras que no entendí en su momento. Se sintió viva porque hacía mucho tiempo que manejaban su vida.

En ese momento todo empezaba a encajar: su tristeza que quería ocultar, su sonrisa sincera cuando estaba conmigo, la súplica de su mirada cuando la vi con su prometido.

Los dos comenzamos a recuperar la felicidad cuando nos conocimos.

Capítulo 33

“Mi escapatoria” Mery

Cualquier persona que nos hubiera visto pensaría que éramos dos locos saltando desde ahí, sobre un agua helada en pleno mes de octubre. Mucho más helada que la primera vez.

Salí a la superficie con la mente despejada. Pensando en dejar los problemas a un lado y olvidarme de todo. Me giré buscando a Álex por la superficie y lo encontré a unos metros de mí, mirándome con cautela. Sabía que quería acercarse, lo sentí pero sabía que lo que había pasado entre nosotros lo frenaba.

—¡Te echo una carrera! —Grité intentando normalizar la situación.

—¿Quieres perder? —Dijo sonriendo antes de nadar hacia mí.

Salí nadando todo lo rápido que pude, intenté concentrarme pero presentía que estaba muy cerca.

—El que pierda paga la cena —gritó poniéndose a la par.

—El que gane elige el sitio —contesté casi sin aliento.

Los dos reíamos sin parar a pesar de que el agua salada entraba con fuerza por mi boca. Escupí en varias ocasiones y pude ver cómo Álex me miraba algo preocupado.

—¿Estas bien? —Preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, pero si me ahogo que sepas que es por tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Si —respondí girándome para poder verlo mejor, nadando esta vez hacia atrás en dirección a la playa— no paras de reírte y me lo estás pegando.

—Es tan fácil como cerrar la boca —anunció burlándose de mí.

—Para tu información, estoy enfriada y si cierro la boca no puedo respirar —informé defendiéndome.

Él no dejó de reírse pero siguió nadando, pasándome y dejándome atrás.

—No quiero que pagues la cena, pero no puedo dejarte ganar... —informó muy chulo llegando a la orilla.

—Te aseguro que la próxima vez te ganaré.

—Ya, déjame dudar... —y sonriéndome con vacilación me esperó pacientemente a que llegara a su lado.

El agua resbalaba por ese cuerpo tan fibroso del que no podía quitar la mirada ni un segundo. Pensé en aquellos días en los que no tenía que reprimirme para mirarlo, para tocarlo, para abrazarlo.

—Acepto que nadas mejor que yo si cambiamos el trato...

—Nado mejor que tú y soy más rápido... —informó con el ego subido— pero dime...

—No te lo tengas tan creído —dije pasando junto a él, dándole un manotazo en el brazo.

—Por lo que veo... —susurró cogiéndome por la muñeca con una sonrisa de oreja a oreja —sigues teniendo la manita larga...

—¿Aceptas pagar y yo elijo?

—¿Qué pasa? ¿No tienes dinero para invitarme? —Siguió burlándose de mí, soltándome la muñeca poco a poco, acariciando con su pulgar mientras dejaba de tocarme.

—Por lo que veo, tú sigues siendo el mismo estúpido —declaré riéndome también—.

Simplemente lo hago porque me apetece cenar comida basura.

—Que sepas que mi sueldo de mecánico se puede permitir una cena decente...

—¿Que parte de que me apetece una buena hamburguesa del KFC con patatas y coca cola no entiendes?

—Está bieeen —dijo como si me hiciera un favor—. Y ahora vamos a vestarnos, no quiero que te enfermes más —susurró posando su mano sobre mi espalda.

Y en esos momentos echaba de menos esa sensación de protección que sentía entre sus brazos cada vez que salíamos del agua y me abrazaba hasta llegar arriba para evitar que pasara más frío.

Llegamos arriba sin volver a hablar. Cogí mi ropa y antes de meterme en el coche lo miré.

—Voy a vestirme —dije algo incómoda, ya que siempre nos vestíamos antes de entrar al coche para no mojarlo con la ropa interior que nos quitábamos.

—Bien, avísame cuando pueda entrar —dijo lo más natural que pudo.

Entré al asiento trasero y me quité la ropa interior que tenía empapada. Me puse los pantalones y con lo que no contaba, era que mi pelo empezó a mojar la blusa, dejando así transparentándose uno de mis pechos. Me moría de la vergüenza, pero debía hacer como si no me hubiera dado cuenta.

—¿Conduces tú? No puedo conducir con estos zapatos —informé saliendo del coche.

—Vale —susurró con los ojos muy abiertos al darse cuenta de que mi pecho estaba prácticamente pegado a mi blusa ahora transparente.

Me senté en el asiento del copiloto sonriendo en mi interior. Igual no estaba tan mal eso de la transparencia.

—¿KFC entonces? —Preguntó cuándo salimos a la carretera.

—Siiii —contesté emocionada.

—Pero creo que tendremos que esperar un poco... —propuso sin apartar la vista del asfalto, mientras accionaba el botón de la calefacción.

—¿Por qué?

—Mírate la blusa... —indicó sin ni siquiera mirarme, pero con una sonrisa que comenzaba a verse en su rostro.

—¿Qué le pasa a mi blusa? —Pregunté inocentemente.

El me miró y apartándose el pelo con cuidado sobre uno de mis pechos me indicó con la mirada que volviera a mirar.

Lo hice y pude ver cómo mi pecho seguía viéndose a la perfección.

—Ah, bueno..., se secará antes de llegar, es muy fina —dije sin darle importancia mientras cogía un poco de tela entre mis dedos y la agitaba para intentar secarla.

—No pienso entrar contigo en un restaurante de esa manera.

—¿Tanta vergüenza te daría? —Pregunté juguetona.

—No es eso...

—¿Entonces?

—Tendría que pelearme con todos los tíos del local y ahora no me apetece.

—Entonces podríamos pedirlo para llevar. Si me invitas a tu casa podríamos ver una peli. Te prometo que me iré pronto.

—Me parece buen plan —afirmó alegremente mirándome a los ojos, forzándose por no bajar de nuevo la mirada hacia donde los dos sabíamos.

Cogimos la comida para llevar y llegamos a su casa a las diez y veinte de la noche, pusimos la película de IN TIME mientras cenábamos, esa que nunca me cansaré de ver, esa que tanto me

encantaba. Una vez cenamos, sacó una tarrina de helado de chocolate de Häagen dazs de 460 ml y nos la acabamos entera. Estaba tan buena, que a pesar de estar llenísima no podía parar de comer.

—Estoy a reventar —anuncié tocándome la tripa.

—Yo también estoy lleno —y estirándose un poco, se acomodó en el sofá para seguir viendo el resto de la película—. Ponte cómoda, aún queda una hora de película.

Le hice caso. Desabroché el botón de mis pantalones y me recosté sobre el otro brazo del sofá.

—Puedes poner los pies aquí —dijo estirando de ellos poniéndolos muy cerca de su pecho, haciendo que estuviera mucho más cómoda completamente echada.

—¿No te daban asco los pies?

—Yo no he dicho eso... —anunció sonriendo sin apartar la mirada de la pantalla.

—Si lo has dicho —reclamé.

—He dicho que los pies son la parte que menos me gusta del cuerpo. Pero tus pies no huelen mal —dijo cogiendo uno de nuevo—, no me importa si así estás más cómoda —y me miró tan intensamente que creí morir en ese mismo momento.

—Gracias —susurré sin saber que decir.

Veinte minutos después, pude notar un pequeño silbido que provenía de Álex. Lo miré y me di cuenta de que se había quedado dormido. Me incorporé muy despacio para no despertarlo y busqué mis zapatos para salir de allí.

Con ellos en la mano busqué el mando de la televisión, me agaché poniéndome de cuclillas y al ir a cogerlo de al lado de su pecho lo desperté.

—¿Qué hora es? —Susurró incorporándose en el sofá.

—Las doce y poco. No quería despertarte.

—No importa, siento haberme quedado dormido. He tenido un día duro en el taller.

No pasa nada —dije levantándome—, de más que has estado conmigo un buen rato.

—Es tarde, puedes quedarte si quieres.

—Da igual —dije deseando pasar más tiempo con él.

—Puedo dormir en el sofá si es lo que te frena.

—Lo cierto es que no tengo ninguna gana de volver a mi casa —anuncié agotada sentándome en el sofá de nuevo—, pero no puedo molestarte más.

—No me molestas. Quédate —pidió mirándome tan intensamente que creí no poder frenar por más tiempo lo que sentía por él.

Lo pensé durante unos segundos. Quería quedarme ahí, no quería volver a mi casa y mucho menos encontrarme con mi padre porque... ¿Qué se debía hacer en esos casos? ¿Esperaba que me compadeciera de él y hacerle caso en todos sus deseos? ¿Esperaría un abrazo que no estaba dispuesta a darle?

—Avisaré a mi madre —anuncié sacándome el móvil del bolsillo y tras mandar un WhatsApp y ver que lo había leído lo apagué—, pero dormirás en tu cama.

—Solo si vienes conmigo —dijo sonriendo de nuevo—. Te prometo que no invadiré tu espacio.

—Solo porque este sofá tiene pinta de no ser muy cómodo —respondí devolviéndole la sonrisa.

Tras lavarme un poco para quitar la sal de mi cuerpo me puse una camiseta y unos calzoncillos que le iban pequeños, probamos varios pantalones cortos, pero al ir sin ropa interior no me fiaba mucho ya que se me caían bastante.

Nos acostamos uno en cada extremo de la cama y en ese momento eché de menos poder oler. Quería saber a qué olía, me encantaría recordar su olor, guardarlo en lo más profundo de mis recuerdos y poderlo reconocer en cualquier lugar sin necesidad de verlo; pero eso no pasaría jamás, y debía conformarme con saber que estaba a tan solo unos centímetros de mí.

Desperté pegada a él. Mi brazo posaba sobre su pecho y mi pierna se entrelazaba con la suya. Parecía una lapa acorralándolo en su extremo de la cama, dejando el mío libre por completo. Su mano descansaba sobre la mía, y eso me hizo pensar que él ya se había dado cuenta de mi posición.

Me moví muy despacio para dejarle espacio, pero él se giró hacia mí y me abrazó para que no me alejara.

—Buenos días —susurró con la voz ronca mientras me besaba en la frente.

—Buenos días —respondí con la voz de igual manera por la sequedad de mi garganta. Era lo que tenía comer comida basura.

Me quedé unos minutos abrazada a él, con los ojos cerrados disfrutando de ese momento mágico del cual creí que era un sueño. Un sueño del que no quería despertar.

Pasado ese momento nos separamos sin decir nada. Se estiró aún sobre la cama y yo me levanté en busca de mi ropa.

—¿Quieres ir al baño? —Ofreció.

—Ves tú primero, buscaré mi ropa.

—Entra tú, voy a darme una ducha cuando salgas.

—Vale —y cogiendo mi ropa del suelo me metí en el baño.

Después entró él para salir cinco minutos más tarde. Una toalla atada a sus caderas dejaba su abdomen al descubierto, después entró en su habitación y salió vestido con un pantalón de chándal negro y una camiseta del mismo color. ¡Dios! Como le quedaba la ropa negra.

—¿Quieres desayunar? —Preguntó mientras abría el armario de la cocina, justo el mismo donde el hueco del colacao que me devolvió estaba vacío.

—Da igual...

—Tengo batido de chocolate en la nevera—anunció algo serio, y supe que él estaba pensando lo mismo que yo.

No dije nada, pasé al interior de la cocina aún descalza y me llené una taza de aquel líquido que me bebí en dos tragos.

Una vez que llegamos a mi coche él se ofreció a llevarlo hasta el taller, cuando llegamos pude darme cuenta que la persiana estaba a medio abrir. Paco estaba en su interior y me dieron unas ganas tremendas de saludarlo pero el recuerdo del último día que lo vi me abrumó.

—Aparca ahí —le indiqué mientras me ponía los tacones—, quiero saludar a Paco.

Entramos al taller y a Paco se le iluminó la cara al verme aparecer junto a Álex.

—Buenos días —saludé con vergüenza a ese hombre que me miraba con ternura.

—Hija... —susurró con una amplia sonrisa, llegando hasta mí para abrazarme como lo haría un padre.

—No podía irme sin saludarte.

—Que no me entere que pasas por aquí y no pierdes un minuto en saludar a este viejo... —advirtió con alegría.

Lo miré y me acordé de todos esos momentos que pasamos juntos en el taller. Esas comidas interminables mientras me contaba con gran emoción como conoció a su mujer, sus batallas de joven y poder ver esa conexión que unía a Álex con ese gran hombre.

Me despedí de nuevo y Álex me acompañó a mi coche. Una vez que entré pensé en algo.

—¿Quieres apuntarte mi número de teléfono? Ya no tengo el mismo.
—No hace falta —anunció divertido.
—Ah... —quedé chafada, sin saber que decir.
—¿Sabes por qué no me hace falta?
—¿Porque no piensas llamarme? —Respondí intentando evitar que no se notase mi frustración.
—Porque si lo tuviera estaría tentado en llamarte, porque no quiero meterte en más problemas y porque estoy seguro que serás tú la que vuelvas a mí.
—No te lo creas tanto —dije arrancando el motor y saliendo de allí sin volver a mirarlo.

Capítulo 34

“Carrera” Álex

De nuevo volvió a llamarme y de nuevo volví a ignorarlo. Jonathan era muy insistente cuando se lo proponía, pero con lo que no contaba era que tenía un cabreo monumental.

El turbo de mi coche había muerto y justo en ese momento, a unas horas de la carrera. Intenté por todos los medios conseguir uno, pero ni las tiendas de repuestos ni de reparación me lo podrían entregar con urgencia. Mi última opción fue llamar a todos los desguaces próximos, pero siendo realistas... un viernes a las siete de la tarde nadie se molestaba en desguazar un coche para darme el maldito turbo.

Así que me vi echado en mi cama a las once de la noche sin querer hablar con nadie.

Mi móvil vibró unas cuantas veces más con insistencia, miré el visor de mi pantalla y un WhatsApp de Jonathan apareció en ella:

"

—Tío, venga. Ven con nosotros. No es para tanto, la próxima vez será.

—¿Para qué voy a ir? ¿Para ver al estúpido de Felipe creyéndoselo a más no poder?

—¿Y si te digo que Mery estará allí? ¿Qué me dices?

—Que me da igual —mentí sentándome en la cama pensando que esa noche podría verla de nuevo.

—No te lo crees ni tú. Vístete y baja que estamos en tu portal esperándote.

—¿Qué coño hacéis aquí?

—Esperarte, ya te lo he dicho. No seas mamon y baja rápido.

—Ya te he dicho que no pienso ir.

—Y yo te he dicho que bajes ya. No me hagas subir.

—Eres un pesado.

—Lo sé, pero date caña”

No volví a contestar. Me vestí rápidamente, me miré al espejo y observé mi pelo alborotado, algo rebelde debido a que no me peiné al salir de la ducha. Lo volví a mojar y con un poco de gomina entre los dedos conseguí que se viera algo decente. Cogí mi cartera, el móvil y las llaves

de casa para salir echando ostias de allí.

Mi idea era no ir, no quería ver como Felipe insinuaba que temía perder contra él y por eso no llegaba con coche. Lo que él no sabía era que me encantaría hacerle comer sus palabras y su chulería. Tan solo había una cosa, solo una persona que me hiciera cambiar de opinión y esa persona era Mery. O más que ella, fue la posibilidad de poder verla de nuevo, porque después de casi una semana sin verla seguía esperándola.

No sabía porque ni con que intenciones ella iba a ir a la carrera, ya que me dijo que no volvería a correr; pero lo que si sabía era que deseaba verla.

—¡Sabía que vendrías! —Gritó Jonathan al verme salir del portal.

—Aún estoy a tiempo de volver a subir, así que el pico cerrado... —advertí haciéndome el enfadado—, sigo muy mosqueado así que no quiero bromistas.

—¡A sus órdenes mi capitán! —Gritó el payaso de mi amigo a la vez que se ponía rígido y con su mano hacia su cabeza hizo el gesto de saludo militar.

—No eres más tonto porque no te entrenas —conseguí decir ocultando la sonrisa que amenazaba con salir.

Entré en la parte trasera del coche para no ser molestado, a pesar de que Elena me ofreció el sitio del copiloto.

Como estos dos me la hayan jugado y Mery no aparezca me las iban a pagar, pensé.

Llegamos una hora después al aeropuerto abandonado donde daría lugar la carrera. Había gente que no conocía de nada, pero para mi desgracia Felipe si estaba y con un Audi S3 preparado para ganar. Junto a la línea de salida había tres coches más. Pero ni rastro de la chica temeraria. Su coche no estaba por ninguna parte y yo comenzaba a ponerme nervioso.

—¿No decíais que Mery estaría aquí?

—Te he dicho que vendría no que estuviera aquí cuando llegáramos.

—Solo espero que gane al creído de Felipe. Necesita que alguien le baje los humos.

Mi mejor amigo y Elena se miraron sin decirme nada, algo ocultaban pero cuando fui a preguntarles vi como Felipe se acercaba hacia nosotros.

—Hola chicos —saludó con su sonrisa de sobrado— preciosa... —continuó dirigiéndose a Elena para intentar molestar a mi mejor amigo.

—Tengo buenas noticias para ti —dije entre dientes—. Hoy no podré ganarte porque no correré.

—Aunque hubieras corrido no lo hubieras hecho —dijo riéndose como si le hubiera contado un chiste—, pero cuéntame ¿porque no corres?

—Se me ha roto el coche —informé aguantándome las ganas de partirle la cara a ese gilipollas.

—¿Y ha sido hoy? Qué casualidad ¿no?

—Te puedo asegurar que me jode más que a ti no correr esta noche. —Dije acercándome más a él, esperando una burla más para tirarme sobre él.

Pero su respuesta nunca llegó. Se quedó mirando algo a mi espalda totalmente embobado. Me giré y sonreí al ver a la bestia. Aparcó a tan solo unos metros de nosotros, bajando del coche con su melena en movimiento debido al aire que comenzaba soplar. Llevaba unas mallas negras y una sudadera del mismo color. Parecía ir cómoda, preparada para la acción. Con forme se acercó a nosotros se recogió el pelo en una coleta alta, dejando algunos bollitos que la hacían parecer despeinada. Pero a mí me encantaba.

—Hola —saludó al llegar. Abrazó a Elena mirándola con complicidad, a continuación abrazó y besó a Jonathan en la mejilla y luego me miró a mí.

—¿Qué haces aquí? —Pregunté acercándome a ella, dándole un beso en la mejilla a la vez que disfrutaba de su caricia al posar su mano sobre mi cara.

—Me he enterado de lo que le ha pasado a tu coche y he venido a ofrecerte el mío.

—¿Qué? —Dije sorprendido sin dejar de mirarla—. No puedo aceptarlo —continué pensando en que no podría permitirme joder su coche también.

—Claro que no puedes, porque no está permitido —. Interrumpió Felipe.

—¿Por qué no? —Quiso saber Mery.

—Porque no y ya está. No se puede alquilar coches ni correr con coches prestados. Para este tipo de carreras más importantes cada uno corre con su vehículo.

—Puede que tengas razón —continuó Elena—, pero eso no lo vas a decir tú. Iremos con el organizador.

Anduvimos todos hasta llegar junto a un hombre de unos cuarenta y cinco años llamado Richard. Él era el organizador y nos informó de que Felipe tenía razón, Mery no podía dejarme su coche.

—¿Puedo correr yo? —Preguntó Mery.

—Aún estás a tiempo, pero deberás enseñarme tu documentación para ver qué ese coche es tuyo.

—Por supuesto. Y una cosa más... ¿puedo llevar un copiloto?

—No hay ningún problema.

—Ni se te ocurra cambiarte —me advirtió Felipe.

—No me subestimes campeón —dijo Mery riéndose, adelantándose a mi respuesta.

—Eres una nena, por muy buen coche que tengas no ganarás. No sabes dónde te estás metiendo.

—Mientras no me parta una uña todo irá bien —se burló Mery del comentario machista del gilipollas.

Una vez que se demostró que Mery era la propietaria del Mercedes se confirmó un lugar para ella en la carrera.

Tan solo quedaban quince minutos para que comenzara y yo estaba más nervioso que ella.

—¿Estas segura? Aún puedes echarte atrás —le informé.

—¿Y que ese tío piense que me acojono? Ni de coña. Debo intentarlo, pero solo si vienes conmigo —declaró algo tímida.

—No pienso dejarte sola —susurré pasando mi brazo sobre sus hombros para acercarla a mí y poder abrazarla al fin.

Nos montamos en su coche, nos posicionamos en la marca y posición de salida y cuando el momento llegó pude notar algo de nerviosismo en ella.

—Tranquila —posé mi mano sobre la suya y sobre el cambio de marchas entrelazamos nuestros dedos.

Ella me miró por última vez antes de echar todo el aire que estaba conteniendo, hasta esperar la orden de salida.

—Un, dos, tres... ¡YA! —Gritó el organizador a la vez que bajaba una bengala de luz roja hacia abajo, indicando así el inicio de la carrera.

Mery salió a toda velocidad haciéndome pegar al asiento. Pasó a varios coches, zigzagueando entre ellos con gran habilidad, demasiado concentrada. La carretera se fue estrechando dejando así sitio solo para dos. El Nissan 370Z quería cortarnos el paso por todos los medios, iba de un lado a otro sin dejar espacio para ponernos a la par, él sabía que si lo hacíamos lo pasaríamos sin problemas.

—En que te avise métete sin miedo —informé, ya que veía la manera de conducir del tío del Nissan; era brusco pero a la vez no se acercaba demasiado, en un descuido podría meterse sin problemas.

Cuando vi que intentó cortarle nuevamente el paso a la izquierda pude ver que más adelante se abría la curva y entonces la avisé.

—¡Ya! Por la izquierda —Grité. Ella hizo exactamente lo que le dije y así lo dejó atrás con un par de acelerones.

Tras pasar la primera vuelta perdimos de vista tanto al Nissan como a un Bmw viejo. Al verlo me acordé del mío y pude darme cuenta de que Felipe con su S3 podría ganarme sin problema, entonces me alegré de estar junto a Mery dentro de la bestia. Con él, las posibilidades de ganar eran mucho más probables. La segunda vuelta la usamos para conocer mejor el terreno y acercarnos todo lo posible al Audi de Felipe y al Golf gti tcr. Tenían una guerra entre ellos dos y lo mejor era no acercarse demasiado por el momento. Entraron a una de las curvas a toda velocidad pero el golf derrapó y se salió de la calzada acabando fuera de la pista entre las malezas del descampado contiguo.

—Es tu oportunidad —informé sin quitar los ojos de la carretera.

Ella aceleró y se posicionó tras el Audi. Tan solo quedaban tres curvas y una recta enorme para llegar a la meta y Felipe no lo pondría nada fácil.

—Te intenta echar de la pista —advertí al ver como al intentar Mery pasarlo en una de las curvas el Audi se acercó al lateral del Mercedes con intención de echarlo de la carrera. Ese tío era un guarro, no tenía sentido de la deportividad.

Me di cuenta que Mery titubeó y se quedó atrás algo pensativa.

—¿Qué te pasa? —Pregunté al verla así.

—Pensé que me echaría, me he asustado —declaró con un hilo de voz.

—¿Dónde está mi chica temeraria? Esa que me hizo en varias ocasiones agarrar a la puerta del coche como si me fuera la vida en ello... ¿Qué pasa con ella?

—Ella no tenía miedo a morir... —informó sin apartar la vista de la carretera.

—No nos va a pasar nada —dije intentando tranquilizarla—. Solo nos queda él y todo se acabó.

—¿Chica temeraria? —Preguntó divertida.

—Si, al igual que tu coche tiene mote, tú también lo tienes.

—¿Desde cuándo?

—Desde el primer día que te vi, desde que atravesaste esa línea continua dejándome sin palabras.

—Agárrate porque ella ha vuelto —informó pisando el acelerador una vez que pasamos la última curva.

Tan solo quedaba la recta pero Felipe intentaba por todos los medios no dejarnos pasar, seguramente tenía miedo de ponerse a la par con la bestia, ya que en recto le ganaríamos.

Mery empezó a sonreír cuando vio su oportunidad. Ella se adelantó a mis pensamientos y metió el morro del Mercedes por un hueco para hacerse paso. Felipe intentó acercarse demasiado con la intención de que Mery volviera tras él pero con lo que no contaba era que mi chica temeraria había vuelto y con ganas de ganar. Me agarré fuertemente donde pude al ver como Mery no se acojonaba, el Audi casi rozó con el Mercedes pero tras un momento realmente tenso él se apartó y Mery pudo ponerse a la par.

Durante unos segundos, Felipe miró el interior del Mercedes con furia, una furia que a Mery pareció hacerle gracia porque no dejaba de sonreír. Y no sonreía como lo hacía conmigo sino que

sonreía con rabia, fulminándolo con la mirada como nunca vi que lo hiciera con nadie.

El mercedes salió disparado al ella dar un pisotón al acelerador, haciéndome pegar al asiento, haciéndome sentir miedo por no ser yo quien controlaba a la bestia.

—Has ganado... —susurré incrédulo— ¡Has ganado!— Grité casi temblando por la adrenalina que aún corría por mis venas.

—¡¡¡Siiii!!! —Gritó— ¡¡Que se joda!! —Exclamó eufórica saliendo del coche al llegar de nuevo a la meta donde nos esperaba todo el mundo allí presente.

Salí del coche sin creer lo que había pasado, había sido realmente complicado, en un lugar totalmente nuevo para ella y lo había hecho de puta madre. Esa chica no dejaba de sorprenderme. Mery bordeó su coche y corrió saltando sobre mí cuando me tenía a tan solo unos pasos. No me lo esperaba pero la cogí con fuerza y giramos varias veces riendo como dos niños pequeños.

—Hemos ganado —susurró en mi oído mientras bajaba de mi agarre.

—Lo has hecho tu solita —informé realmente convencido.

—No, si tu no hubieras estado a mi lado te puedo asegurar que no hubiera ganado —afirmó mirándome con los ojos vidriosos, esos ojos verdes que en ese entonces se vieron mucho más intensos.

Me acerqué a su cara y la besé con suavidad sobre esa parte tan cercana a sus labios que tanto me gustaba besar para provocar algo en ella.

—¡¡LA POLI!! —Advirtió gritando alguien al ver las luces de las sirenas del coche de policía que corría a toda velocidad por la autovía. Por suerte teníamos unos minutos para poder huir.

—¡Toma! —Y dándome las llaves del Mercedes, Mery entró por la puerta del copiloto lo más rápido que pudo.

Capítulo 35

“Adrenalina” Mery

Salimos a toda velocidad de allí. Pude ver que Elena y Jonathan nos seguían sin poder alcanzarnos y la gente corría de un lado para otro entrando en sus vehículos. En cuestión de segundos había un montón de coches intentando salir por las diferentes entradas improvisadas que tenía el aeropuerto. Por suerte la policía comenzó a llegar cuando ya salíamos de allí. Ya no era un solo coche de policía contra todos, a él se le unieron cuatro o cinco más por lo que entre varios intentaron rodear a los coches que más cerca tenían. Me giré con el corazón en la boca suplicando que no nos siguieran, pero uno de ellos venía a toda velocidad hacia nosotros. Tres coches pasaron por fin por el hueco abierto donde en su día había una verja para delimitar el terreno. Cada vez estaba más cerca, pero Álex atravesó por fin esa entrada improvisada y salió a toda velocidad del lugar. Atravesamos el campo pasando a los vehículos que iban por delante, dejándolos atrás, muy atrás. Ya no podía diferenciar cual era el coche de policía o cual no. Fue ahí cuando pude respirar y relajarme sobre el asiento.

—Llama a Elena —Ordenó Álex pasándome su móvil.

Lo hice sin dudar y tardó muy poco en contestar:

"

—¡Álex! —Gritó ella.

—Soy Mery ¿Estáis bien? ¿Venís por detrás?

—Sí, pero casi nos pillan. Por suerte han ido a por otro coche más cercano. Dile a Álex que nos vemos en el Púrpura.

—Vale —dije más tranquila acabando con la llamada. "

—Dicen que nos vemos en el Púrpura, ¿qué es eso?

—Es un pub, vienes ¿no? —Afirmó mirándome esperanzado.

—Sí, hoy no tengo quien me espere con el látigo en la mano. —Anuncié irónicamente.

—¿Te refieres a tu padre?

—Sí, se han ido a Madrid unos días por temas médicos.

—Entonces, vamos a pasarlo bien —y pude ver esa sonrisa pícaro comenzar a salir de sus labios.

Aceleró en que salimos a la autovía y durante unos minutos el silencio inundó el interior de mi coche.

—Has hecho una buena carrera, he alucinado con el último tramo.

—Ya —dije sonriendo al acordarme cual fue mi motivación. El mote que me puso me hizo reaccionar y realmente me gustó.

—¿De qué te ríes?

—Con que tu chica temeraria, ¿eh?

—Para mí siempre lo serás —respondió algo dudoso pero seguro de lo que decía.

Me encantaba que aún pensara en mí de aquella manera, el imaginar que aún estaba en su vida aunque fuera de otra forma me hacía sentirme bien, realmente bien.

—¿Que se supone que se ganaba en la carrera?

—La cantidad exacta no lo sé, pero suelen ser unos 10.000€.

—¿Qué? Eso es mucho.

—Ya, era una buena motivación para ganar, pero el ganar a Felipe me podía, es un gilipollas y no lo aguanto.

—He podido comprobarlo, no veas la satisfacción que se me ha quedado al verle la cara de gilipollas al darse cuenta de que le hemos ganado.

—Se cree el rey de las carreras.

—Creía que eras tú quien se lo creía.

—Puede ser..., pero ya nos has demostrado a los dos quien manda aquí. Nos has quitado el trono como ya me dijiste una vez.

—En un reinado suelen ser dos, el rey y la reina. Si quieres podemos compartir el título —declaré riéndome al darme cuenta que la conversación se estaba volviendo algo estúpida.

Él se echó a reír y dimos por finalizada la conversación.

Alargué la mano y puse la radio para escuchar algo de música durante el resto del camino.

Llegamos al pub sobre las tres de la mañana, Elena aún no había llegado y yo me sentí fuera de lugar al ver como Álex saludaba a todo el mundo del local. Por suerte Carlos se acercó a mí y con una sonrisa en la cara me ofreció un chupito.

—¡Joder! ¡Está fuerte!

—¿Quieres otro?

—Más tarde —dije posando el vasito vacío sobre la barra—, aún me arde todo —y cuando digo todo, es todo. Ese líquido dejó un camino claro desde la punta de la lengua hasta mi estómago.

Pude darme cuenta cómo una chica morena con bastantes curvas se acercaba demasiado a Álex. Éste le apartó la mano que ella insistía en poner sobre su nuca y se apartó algo de ella.

—¡Tres chupitos de tequila! —Gritó Irene apoyándose en la barra justo entre Carlos y yo.

Ella me miró unos segundos y volvió a mirar al camarero. Éste vertió ese líquido del infierno dentro de los tres vasos de chupito, acompañándolos de sal y limón. Irene volvió a mirarme y sonrió. Me ofreció uno de los vasos y el otro se lo dio a Carlos. Carlos y yo nos miramos desconcertados pero ella enseguida se frotó un poco de limón entre el pulgar y el índice, echando un poco de sal sobre la zona mojada. Cogió de nuevo el limón y elevó su chupito para chocar con nosotros.

Los dos repetimos todo el ritual del tequila y chocamos los tres antes de vaciar ese líquido que ardía como el mismísimo infierno.

Tragué con dificultad y a continuación mordí con ganas la rodaja de limón.

—¿Habéis vuelto? —Quiso saber ella.

—No —respondí dudosa, ya que me encantaría decirle que sí para evitar que ella se acercase de nuevo a Álex.

—Todas somos igual para él, nunca cambiará —suspiró apoyando sus codos en la barra para poder ver mejor a la chica morena junto a Álex—. Se lió con esa tía un tiempo después de lo que te dijo. Pensé que sería mi oportunidad pero al fin me di cuenta que no le importamos lo más mínimo—. Volvió a girarse y me miró esta vez a los ojos—. No esperes mucho de él porque no te lo dará, si lo haces sufrirás.

Y dicho eso, se marchó por donde había venido.

—¿Qué coño ha sido eso? —Preguntó Carlos mirándome muy sorprendido.

—No tengo ni idea.

Me había dejado completamente descolocada. ¿Irene preocupándose por mí? Ni de coña, algo tramaba, pero me había sacado de dudas de que se conocían esos dos.

Los miré de nuevo y la morena del vestido diminuto no paraba de coquetear con él

descaradamente. Quería dejar de mirarlos, dejar de darle vueltas a la cabeza, dejar de sentir esos celos que volvían a nacer en mi interior.

—¿Otro chupito? —Invité a Carlos a seguirme con una sonrisa, intentando ocultar mi desilusión.

—¡Dos chupitos! —Gritó para que el camarero nos los sirviera.

Quince minutos más tarde llegó Elena con Jonathan y yo la abracé demasiado eufórica. Ella me abrazó y rió conmigo al ver el estado en el que me encontraba.

—Has bebido un poquito ¿verdad?

—Solo unos cuantos chupitos de tequila.

—Como sigas bebiendo eso vas a aguantar menos que nada —informó sonriendo de nuevo—. ¿Seguimos con algo más suave? —Preguntó arrastrándome hacia la barra.

Álex ya no estaba con la morena, noté como su mirada posaba sobre mí mientras reía con Carlos, pensé que eso lo frustraría pero en su lugar me guiñó un ojo y sonrió. Después usó de excusa que sus amigos habían llegado para acercarse a nosotros.

—Por un momento pensé que os habían pillado —dijo Álex rozando su brazo con el mío al pasar para saludar a Jonathan.

—Nos ha faltado muy poco, pero por suerte había más coches a los que seguir.

—Menos mal.

—¿Que pasa ahora con la pasta? Ella ha ganado y de qué manera... —alabó el novio de mi amiga regalándome una sonrisa encantadora.

—Hablaré con Richard. Llegaremos a un entendimiento.

—¿Para qué querías el dinero? —Pregunté con la lengua algo torpe debido al alcohol.

—Para dársela a Paco, un pequeño adelanto de lo que le deberé cuando me lo traspase.

—Espera, espera... —interrumpió Carlos—. ¿Has ganado a Felipe? —Preguntó realmente sorprendido.

—¿Qué pasa? —Intenté sonar molesta, pero mi sonrisa me delataba— ¿No me creías capaz?

—Es un tío duro, pero por lo que veo tú lo eres más.

—Eso ni lo dudes —respondí orgullosa.

—¡Me encanta esta canción! —Gritó Elena cogiéndome de la mano arrastrándome junto a ella para bailar.

Le echó un trago al cubata que había pedido y me lo ofreció.

Me bebí el medio cubata de trago y bailé con ella esa canción de Rosalía. Veinte minutos después y sin parar de bailar regresamos de nuevo con los chicos y pedimos de nuevo algo de beber.

—¿Quieres algo? —Pregunté a ese chico que me volvía loca.

—Sí, pero lo que quiero no se pide al camarero —respondió provocándome.

—¿Qué es lo que quieres? —Quise saber, pensando que en cualquier momento podría perder la fuerza de voluntad y me lanzaría a besar esos labios que no podía dejar de mirar.

—Me gustaría pasar algo de rato contigo —me susurró al oído acercándose demasiado a mí.

—¿Y de beber? —Pregunté mirándolo a esos ojos que tanto me intimidaban.

Él no dijo nada, simplemente negó con la cabeza.

Pedí una ronda de chupitos para todos y me lo bebí rápidamente.

—Ven conmigo —y cogiéndole de la mano lo arrastré a una zona algo más tranquila para poder tener más intimidad.

El alcohol empezaba a hacer de las suyas y yo solo quería pasarlo bien.

—¿Así está mejor? —Pregunté posando mis manos sobre su nuca mientras bailaba

lentamente junto a él.

—Vamos mejorando, pero creo que has bebido un poquito —informó abrazándome, posando sus manos sobre la parte baja de mi espalda.

—¿Y qué pasa con eso? —Pregunté inocentemente— solo quiero pasarlo bien —dije poniéndome de puntillas para poder llegar a su oído.

Media hora más tarde la tensión había crecido entre nosotros, ya no me contenía, ya no ponía freno a lo que sentía por él. Quería sentir su cuerpo junto al mío, quería sentir sus manos ásperas sobre mi cuerpo pero lo que más deseaba eran sus labios sobre los míos.

Eché un trago a un cubata que Elena me había traído y Álex me lo quitó de las manos.

—Creo que ha sido suficiente por hoy...

—¿Ahora te llamas Jesús y eres mi padre?

—No, pero no quiero que hagas nada de lo que mañana te puedas arrepentir.

—Puede que lo que haga hoy es lo que no me atrevo a hacer un día cualquiera... —informé pasando mi mano sobre su nuca y mientras la otra la posaba sobre su cara. Me acerqué a él muy despacio, besándole en la comisura de sus labios, ese lugar que tanto le encantaba cuando quería jugar conmigo.

—Creo que hay alguien esperando a atacar en que me marche de tu lado —advertí viendo cómo la chica morena me fulminaba con la mirada.

—No lo creo, ya le he dejado claro que no quiero nada con ella. Y ya me perdonarás... —susurró en mi oído—, pero le he dicho que estoy contigo, era la única forma de quitármela de encima.

—Entonces... —dije divertida mientras me mordía el labio inferior— deberíamos demostrárselo.

Alex me miró a los ojos como si pudiera devorarme con la mirada, como si con ella pudiera hacerme el amor en ese mismo lugar; pero hubo algo que lo frenó, había algo que no le permitía dejarse llevar.

Y a pesar de que no dijo nada no me importó. Me acerqué a él y lo besé suavemente en los labios, esos labios que se abrieron levemente para dejar paso un beso tierno, un simple beso casto pero suficiente para hacerme revivir de nuevo esos sentimientos que quise enterrar en lo más hondo de mi corazón.

Capítulo 36

“Mi debilidad” Álex

Sabía a alcohol, un alcohol que le había dado fuerzas para dar el paso, para dejarse llevar. Pero nadie mejor que yo sabía lo que conllevaba al día siguiente acordarse de lo que hizo el día anterior borracho como una cuba y por eso no podía dejarme llevar, no debía dejar que pasara. Pero ¡Joder! Que difícil me lo ponía, su beso me hizo recordarlo todo, absolutamente todo.

—Mery... —suspiré aún con sus labios rozando los míos.

—¿Qué pasa? —Susurró con la voz temblorosa.

—Esto no es necesario —conseguí decir muy a mi pesar.

—¿Y si no lo hago por ella? ¿Y si lo hago por mí? ¿Vas a rechazarme? —Me preguntó con los ojos vidriosos.

—Mírame bien —conseguí decir posando mis manos a ambos lados de su cara—. Me encantaría que esto no fuera un juego, me muero por creer que lo haces por ti, que necesitas tanto como yo sentir que nada ha cambiado, que tú y yo seguimos igual, pero no puedo. Por favor, no me lo hagas más difícil.

Ella se quedó callada, asimilando todo lo que le acababa de decir, mirándome intensamente y queriendo decir algo.

—Perdonar que interrumpa —dijo la chica morena sin nombre—. No sé si sabrás quien soy... —insistió ella mirando solo a Mery.

—Sí, lo sé.

—Vete por favor —pedí con cara de tener pocos amigos. Esa chica me estaba poniendo nervioso.

—No creo que lo sepas —continuó la pesada del vestido diminuto—. Él y yo estuvimos juntos hace muy poco, no creo que te lo haya contado.

—¡Pírate! —Grité aún más nervioso mientras me pasaba los dedos entre mi pelo debido a la desesperación.

—¿Que parte de que lo sé, no entiendes? —Contestó Mery sonriendo falsamente. La conocía demasiado bien y podía darme cuenta de que no le estaba haciendo ni pizca de gracia.

—¿Y no te importa?

—Entonces no estábamos juntos —informó Mery molesta—. Él era libre, podía hacer lo que le diera la gana y ahora hazle caso y pírate, quiero algo de intimidad.

La chica sin nombre se marchó totalmente descolocada, no había logrado su propósito y yo solo podía pensar en no haberla cagado. No quería que Mery se marchara.

—¿Que sabes? —Dije tanteando el terreno.

—Lo que ella ha contado. Me lo ha dicho Irene en que hemos llegado —susurró algo dolida.

—Lo siento —conseguí decir realmente arrepentido.

—No estábamos juntos, podías hacer lo que quisieras, no tienes que darme explicaciones.

—Pero estoy arrepentido. Ni siquiera quise saber su nombre.

—No quiero saber nada más... —susurró afectada.

—Solo fueron unos besos —seguí hablando para que no pensara que hubo algo más. Mery me miró dolida pero no dijo nada—. Vámonos de aquí.

La cogí de la mano y la saqué de aquel local para respirar aire fresco. A ella le vendría bien y

a mí también.

—¿Quieres venir conmigo a un lugar? —Preguntó intentando parecer despreocupada.

—¿Dónde me vas a llevar?

—Me llevarás tú. He bebido demasiado para conducir —y lanzándome las llaves de su coche sonrió al fin.

—Una pista —Pedí intrigado.

—Quiero enseñarte algo mío —y su mirada se iluminó de nuevo al ver como yo la cogía de la mano y la arrastraba en dirección a su coche sin perder más tiempo.

Conduje durante diez minutos hasta una zona totalmente en silencio. Era una urbanización llena de casas enormes y lujosas.

—Gira a la derecha y aparca al final de la calle.

Hice lo que me dijo y quedé alucinado al ver como ella sacaba unas llaves de su bolsillo y abría la puerta de la verja de la mansión que tenía frente a mí.

—No me digas que ésta es tu casa —dije en voz baja casi sin creer lo que veían mis ojos. Sabía que Mery sería de pasta debido al coche que tenía, pero nunca me imaginé hasta qué punto.

—Entra —ordenó con la puerta abierta esperando que pasara.

Nada más traspasar esa puerta pude ver un inmenso jardín con rosales, árboles y césped. Pero lo que más me llamó la atención fue la piscina que tenía, o más bien la mini playa que tenía en casa con cascada incluida. Estaba iluminada con unas pequeñas luces que hacían ese lugar realmente mágico.

—¿Te apetece un baño? —Preguntó quitándose las mallas y la sudadera, quedándose así en ropa interior.

—Hace frío pero... ¿Por qué no? —Y acercándome a ella, me desvestí y dejé la ropa sobre el suelo junto a la suya.

Entramos andando por la cuesta que simulaba la playa y cuando nos llegó por la cintura nadamos hacia la cascada.

—Es flipante —admiré casi tiritando—, hasta el agua es salada.

—No te he traído hasta aquí para que alucines con la piscina.

—¿Para qué entonces?

—¿No querías pasar tiempo conmigo?

—Nunca me cansaré de estar contigo —dije acercándome demasiado a ella —pero...

Mery me miró con una sonrisa encantadora, esperando que diera el paso, pero con lo que ella no contaba era que me lo estaba poniendo a huevo. Con un pie le hice la zancadilla y con mis manos posadas en sus hombros la empujé para sumergirla dentro de la piscina.

—¡¡¡Te vas a enterar!!! —Gritó una vez que salió a la superficie, corriendo hacia mí.

—Es una buena forma para perder la borrachera ¿verdad? —Declaré riéndome al ver su cara de asombro.

Salí corriendo de la mini playa y corrí por el césped para evitar que mi chica temeraria me alcanzara. Ella corría gritando y riendo mientras yo no la perdía de vista andando hacia atrás.

Pude ver que sonreía más de la cuenta y entonces caí. Me di una hostia tremenda cayendo de culo al tropezarme con una tumbona que no había visto antes. Ella corrió hacia mí sin parar de reír, agachándose a mi lado rozándome con su pelo mojado. Levanté la mirada y me quedé embobado mirándola. Era perfecta, era mi musa, ella era lo que yo necesitaba para ser feliz. Me incorporé un poco apoyando mi codo sobre la hierba y con mi otra mano acaricié su cara, pasando mi pulgar por esos labios que poco a poco dejaban de sonreír.

—¿¿Quién anda ahí?! —Oí gritar a una señora.

—¿Tu madre? —Pregunté sorprendido—. ¿No decías que no estaban en casa?

—Y no están, solo es Carmen. Vístete que vas a conocerla —anunció con una sonrisa de oreja a oreja.

Corrimos a por nuestra ropa mientras Mery la llamó para tranquilizarla. Cuando llegó a nosotros ya estábamos vestidos, pero con el pelo empapado.

—¿Quién es este jovencito? —Preguntó la señora abrazando a Mery.

—Él es Álex —respondió ella besándola en la cara, sonriendo a esa mujer bastante mayor para seguir trabajando.

—Lo supe en que te vi con él —dijo la señora acercándose a mí —me llamo Carmen y trabajo en esta casa —continuó hablando mientras me abrazaba con ternura—. Si no entráis ya os vais a enfermar —advirtió.

En ese momento me acordé de mi abuela, su abrazo me hizo acordarme de lo bien que me sentía entre los brazos de la mujer que dio todo su tiempo por mí. La abracé de la misma forma, sintiendo el cariño de esa desconocida.

—Siento haberla despertado —declaré algo avergonzado.

—Oh, no pasa nada. Pero tenéis que tener cuidado, en este vecindario hay muchos ojos y pueden ir con cuentos a los señores.

—No te preocupes —, dijo Mery— cada vez me importa menos lo que piensen.

—¿Queréis que os prepare algo?

—Para nada —continuó mi chica temeraria—. Vuelve a la cama y no madruges, no haremos más ruido.

Carmen se marchó dejándonos solos de nuevo. Nos había interrumpido en un momento en que me dejé llevar por la emoción del momento, pero no debía ser débil. No podía dejar que pasara nada en el estado en que Mery se encontraba.

—Vamos a coger unas toallas —informó para que la siguiera tras coger nuestra ropa interior empapada que aún posaba sobre el césped.

Entramos al interior de aquella casa inmensa. Solo el salón sería como mi casa entera. Me quedé flipando con la amplitud del cuarto de baño, era enorme y tenían un armario solo para toallas, mientras que yo, tan solo tenía una pequeña parte de la balda de mi armario destinada para ellas.

—¿Te apetece algo? —Preguntó entrando a la cocina con la toalla enrollada en el pelo.

—Sí —dije pensando en que lo que me apetecía en ese momento era besarla de nuevo.

—Abre la nevera y coge lo que quieras —dijo mientras sacaba pan de molde de un armario.

Vino hacia mí y se asomó a la nevera apoyándose sobre mi hombro.

—Estoy cansadísima ¿tú no?

—Sí, ya es tarde. Debería irme.

—Quédate conmigo esta noche —me pidió muy seria esta vez.

—¿Lo dices en serio?

—Es muy tarde, te prometo que no me acercaré a ti —susurró algo avergonzada.

Mery cogió un paquete de mortadela y se marchó a la encimera para hacerse el sándwich.

—¿Quieres uno?

—Lo que quiero es otra cosa —declaré poniéndome junto a ella— pero no puede ser hoy porque quizá mañana no pienses lo mismo.

—¿Qué es lo que quieres Álex? —Preguntó como si no lo supiera perfectamente.

—Por el momento esto —y quitándole el sándwich de entre las manos comencé a

comérmelo.

—Yo me esperaba otra cosa...

—¿No esperarías esto? —dijo divertido dándole un beso en la cara.

—No exactamente —anunció—, pero tampoco está mal.

Una vez que comimos lo suficiente subimos las escaleras para llegar hasta su habitación. Parecía una habitación de invitados, demasiado seria para ser de Mery, demasiado sosa, pero si te fijabas en los pequeños detalles podías darte cuenta de que la dueña de esa habitación no era para nada inocente. Entre los libros de la estantería podía leer el nombre de una autora de género romántica-erótica. Sobre su mesa de escritorio vi una foto con un chico en la que se la veía mucho más joven y feliz y eso me hizo pensar en el que fue su novio.

—No creo que te valga nada de mi ropa, aunque me encantaría verte con esto— dijo sacando un camisón largo que podría ser perfectamente de Carmen.

—Ahí no entro, pero a ti te quedará genial —dijo quitándoselo de las manos, poniéndoselo sobre su cuerpo.

—Que va, yo duermo desnuda. Pero por hoy haré una excepción —. Me lo quitó de entre las manos y buscando algo más dentro del armario encontró unos pantalones cortos de deporte y me los entregó.

—¿Te lo vas a poner? —Pregunté refiriéndome al camisón.

—¿Quieres que me lo ponga?

—Si —dijo pensando en que sería anti morbo total. Ese camisón sería mi aliado para poder resistir.

—Vale —y ni corta ni perezosa se quitó la ropa, quedándose completamente desnuda. Me miró con picardía y poniéndose el camisón con demasiada lentitud, me torturó.

Quería morir, no podía más. Esa chica sabía provocarme y de qué manera. Por fin se puso ese camisón larguísimo y recatado, pero eso no había acabado ahí, subió el camisón sobre sus rodillas y poco a poco se puso un tanga diminuto.

—Cómo te gusta provocar... —conseguí decir con un nudo en la garganta mientras mi paquete comenzaba a abultarse debido a mi erección.

—No sabía que te gustaban este tipo de camiones —dijo sin apartar los ojos de mi entrepierna.

—Creo que será mejor que nos echemos a dormir.

Me quité la ropa y me puse el pantalón que me prestó. Mery ya se había metido en la cama y se tapaba con un fino edredón, yo la imité y me acosté junto a la chica que tanto me desconcertaba.

Pasaron los minutos y no me podía dormir, Mery no hacía más que dar vueltas en la cama, haciéndome pensar que no se encontraba bien.

—¿Estas bien? —Dijo al fin.

—Me asfixio con este camisón, no puedo con él —se quejó encendiendo una luz tenue sobre su mesilla—. Sé que te encantaba pero no puedo dormir con él —dijo tirando de él quedándose tan solo en tanga. Fue hacia su armario y se puso un pantalón corto de pijama con una camiseta de tirantes a juego—. Ahora sí.

Volvió de nuevo a su cama y esa vez se acercó a mi mucho más.

—¿Te importa si te abrazo? —Preguntó.

—Ven aquí.

Nos abrazamos quedando frente a frente. Ella se acomodó y acarició mi espalda muy despacio, rozando sus uñas, haciendo que la piel se me erizara pero también activara el picor.

—Ráscame ahí... —Pedí moviéndome un poco.

Ella se incorporó un poco mientras se acercaba aún más a mí. Rascó por toda mi espalda y cuando terminó se acostó de nuevo junto a mí, rozando sus pechos con el mío y echándose tan cerca que podía notar su respiración algo agitada.

—Buenas noches —susurré dándole un beso suave y lento sobre su mejilla.

—Buenas noches —me contestó besándome suavemente en los labios.

Me lo esperaba, sabía que en cualquier momento lo haría y aunque no debía corresponderle, lo hice. La besé aún más, cogiéndola por la cintura atrayéndola más a mí. Ese gesto la volvió loca y me besó con ganas. Unas ganas que hacía mucho tiempo estábamos conteniendo. Subió sobre mi cuerpo sin dejar de besarme. Estaba eufórica y tenía todo el control de la situación. Su lengua buscaba la mía con desesperación, frotándose con fuerza, dejándome sin aliento.

Posé mis manos sobre su trasero y lo presioné con fuerza. Ella pareció encantada, tanto que comenzó a frotarse contra mí con la misma desesperación. Me volvía loco y ya no podía parar. Sabía que no debía, yo estaba en mis plenas facultades, pero ella había bebido y no quería que pensara que me estaba aprovechando de la situación.

—Mery por favor... —supliqué entre suspiros—, debemos parar.

—¿Por qué? —Preguntó mientras dejaba un camino de besos desde mi cuello hasta llegar a mi ombligo.

—Has bebido y no quiero que te arrepientas —dije maldiciéndome por intentar frenar ese momento.

—Ya no estoy borracha —anunció mientras me bajaba los pantalones para hacer que me olvidé de mis propias palabras.

—¡¡Joder!! —Exclamé más alto de lo que creí.

Ella sonrió al darse cuenta de que lo había conseguido. Me había olvidado de resistirme, me había olvidado del mañana y por lo tanto consiguió que me dejara llevar.

Tras ese momento la acosté sobre su espalda, la desnudé con prisa y bajé directamente sin pedir permiso, porque sabía que lo estaba deseando.

Ella se puso tensa a la vez que se agarraba con fuerza a las sábanas de la cama, disfrutando del momento.

—Siiiiii —susurró a la vez que me cogía del pelo—. Sube por favor —suplicó.

Negué con la cabeza sin dejar de jugar, estaba a tope y eso me encantaba.

—Ven... —ordenó apartándose un poco— quiero sentirte ya, no puedo esperar.

Su súplica me hizo darme cuenta que yo lo deseaba tanto como ella, pero no quería que eso acabara tan pronto.

Subí junto a ella y la besé con fuerza mientras frotaba mi sexo contra el suyo.

—No me hagas sufrir más —dijo moviéndose para que entrara de una vez.

—Tus deseos son órdenes —anuncié entrando muy despacio en su interior, sintiendo de nuevo esa euforia al hacer el amor con ella, al sentirla mía de nuevo.

—Te quiero —susurró mientras una lágrima caía sin poder remediarlo.

—Yo también te quiero —admití mirándola a los ojos siendo más sincero que nunca.

Capítulo 37

“Felicidad” Mery

La luz entraba a través de la ventana dándome en toda la cara. Me giré y choqué con algo, era Álex y estaba en mi cama. No podía creerlo, el alcohol me había hecho hacer cosas que no hubiera hecho sobria pero para nada me arrepentía. Si pudiera pedir algo, desearía repetir la noche anterior una y otra vez.

—Buenos días —susurré al ver como Álex se tapaba los ojos con su brazo para evitar que el sol diera de lleno en ellos.

—Buenos días —contestó girándose hacia mí, abrazándome y besándome en la frente.

Nos quedamos unos minutos en silencio, abrazándonos, pensando y recordando toda la locura que vivimos horas atrás.

—Álex... —lo llamé muy bajito.

—Dime.

—Creo que deberíamos hablar.

—No hace falta —dijo echando todo el aire que contenía en su interior— déjame disfrutar de este momento y luego haremos como si no pasó nada.

¿Era eso lo que él quería? ¿Hacer como si esa noche maravillosa no hubiera pasado? Yo no quería. No quería olvidar sus besos, no quería olvidar sus caricias y mucho menos sus palabras sinceras cuando me decía "te quiero".

Me abracé a él deseando que no se marchara, deseando poder parar el tiempo para estar con él por siempre.

—No puedo hacer como si esto no hubiera sucedido —susurré mientras me incorporaba un poco para poder mirarlo a los ojos—. ¿De verdad quieres olvidar lo de anoche? —Pregunté esperando una negativa por su parte.

—No quiero olvidar, pero estar junto a ti sin poder estar contigo me hace daño, nos hace daño a los dos —declaró demasiado serio y pensativo.

—¿Y si te dijera que quiero estar contigo? ¿Qué no me importa lo que pueda suceder?

—¿Lo dices en serio?! —Dijo emocionado y con alegría en la cara.

—Completamente —susurré dándole un beso tierno en los labios—. Quiero estar contigo, quiero ser feliz de una vez y sé que a tu lado lo conseguiré. Porque te quiero, te quiero y deseo como nunca lo he hecho con nadie. Porque me da igual las represalias que pueda tener mi padre en mi contra. No me importa nada, solo quiero estar contigo.

—¿Dejarías todas estas comodidades por mí? ¿Dejarías esta casa?

—Lo haría una y mil veces —contesté sonriendo como una tonta.

—Te quiero —dijo besándome en los labios con los ojos vidriosos—, te necesito en mi vida, no sabes lo que te he echado de menos—. Dijo acercándose más a mí, besándome de nuevo, haciéndome adicta a él.

Lo besé nuevamente, pensando y sintiéndome feliz. Porque lo era, era realmente feliz cuando estaba a su lado. Él me besó también, dejando ver de nuevo esa tensión sexual que tanto me gustaba. Podía sentir que me deseaba con cada caricia, con cada beso.

Estábamos completamente desnudos, pegados el uno al otro y sintiendo esa erección que buscaba ese lugar en el que encajaba a la perfección. Sus manos acariciaron cada parte de mi

cuerpo mientras yo le indicaba el camino. Esa vez no fue duro y rápido, esa vez sentí como me hacía el amor tan despacio que creí morir de placer.

—¿Tienes algo que hacer hoy? —Pregunté antes de levantarme para ir a la ducha.

—Solo quiero estar contigo —declaró besándome tiernamente.

—Genial, porque quiero enseñarte algo más.

—¿Más sorpresas?

—Solo una.

—No puedo esperar más —anunció levantándose de la cama.

—Voy a ducharme.

—¿Me haces un hueco?

Nos duchamos juntos, bajamos a la cocina y mientras desayunábamos preparé unos sándwiches y cogí algo de fruta y bebida de la nevera.

—¿Me llevas a hacer un picnic? —Preguntó dándome un beso tierno en los labios.

—Algo parecido.

Salimos de mi casa y puse rumbo hacia ese lugar que tanto me gustaba cuando iba de pequeña. Ese lugar que ya solo pisaba mi padre debido a la traición que llevó a cabo en esa misma casa. Llegamos al puerto y aparqué sin dificultad.

Busqué las llaves del yate y anduvimos por la pasarela.

—¿Tienes un barco? —Alucinó al verme parada frente al yate de mi padre.

—Es de mi padre.

Nos subimos a él y lo arranqué. Iba como la seda. Podía acordarme que hace años mi padre me enseñó a conducirlo, concretamente un año antes del accidente.

Me introduje entre los canales, disfrutando del paseo pasando los chalets a pie del canal que había en la zona. Poco más tarde me paré en la puerta de uno de los mejores del lugar y cómo no, era de mis padres.

Salimos del yate y entramos al jardín donde tanto jugué cuando era pequeña. Esta casa no era tan grande como en la que vivíamos, pero era perfecta. Una pena que mi padre la manchara de aquella manera.

—No me digas que esta casa es tuya también —alucinó al ver la casa que esperaba ser abierta.

—Sí, era mi lugar favorito hasta que mi padre traicionó a mi madre en esta misma casa. Como verás solo se puede acceder a través del canal y mi madre nunca tendría acceso para llegar a ellos.

—¿Como los pilló?

—Una vecina le contó que veía a mi padre llegar con una mujer todos los martes y jueves. Así que mi madre pagó a un pescador y la llevó hasta casa en un pequeño bote. Ella esperó en una de las habitaciones de invitados durante horas hasta que pudo oírlo llegar. Tuvo demasiada paciencia para aguantar lo que escuchaba y cuando empezaron con el acto mi madre les abrió la puerta de su habitación.

—Joder..., tuvo que pasarlo mal.

—Sí, lo hizo. Tanto que intentó acabar con ese sufrimiento tomándose más pastillas de la cuenta. Por suerte ese día salí antes del colegio porque no me encontraba bien y la encontré tirada en el suelo de su habitación con espuma saliéndole por la boca. Llamé a emergencias y le salvaron la vida.

—¿No era más fácil separarse que hacer eso?

—Para ella esa opción no existe. Lo quiere por encima de todo y no se da cuenta como es en realidad.

—Aquí pone tu nombre —dijo él señalando un trozo de cemento que agarraba el columpio.

—Lo hice cuando tenía seis años.

Entramos en la casa y le enseñé cual era mi habitación. Esa habitación que se veía tan solitaria. Pasé mis dedos por el canto de la cama de forja, había polvo y se veía dejado, pero por lo demás estaba intacta.

—¿Hace cuánto no vienes aquí?

—Desde entonces, unos siete años más o menos.

—¿Porque hoy?

—Cuando me he despertado y te he visto a mi lado he decidido contarte todo sobre mí, y esto es parte de mi pasado, algo importante de mi vida.

—Este es Gonzalo ¿verdad? —Me preguntó con un marco de fotos que había cogido de la mesilla.

—Sí.

—Es el mismo chico que vi ayer sobre tu mesa de escritorio.

—El siempre será parte de mi vida —susurré cogiendo el marco de entre sus dedos.

—Lo entiendo —admitió mientras me besaba en la frente.

—Vámonos de aquí —y tras dejar el marco en su lugar y echar un último vistazo a mi habitación, salimos de allí.

Esa casa me traía buenos recuerdos, pero también me hacía creer que volvía al pasado. Todo seguía intacto y no podía ni quería recordar ese mal momento en el que mi madre lo pasó realmente mal.

—¿Sabes conducir? —Le pregunté mientras subíamos de nuevo al yate.

—No creo que sea muy difícil.

—Te lo dejaré cuando salgamos a mar abierto —informé riéndome— no quiero que choques con la casa de ningún vecino.

—Sabes qué conduzco mejor que tú —me susurró en el oído acercándose demasiado a mí.

—No te lo crees ni tú.

Cuando pasamos el puerto y estuvimos solos, dejé que Álex cogiera los mandos. Con una breve explicación lo pilló a la perfección y podía decir que parecía que lo había hecho más veces.

—¡¡¡Esto es la hostia!!! —Gritó acelerando más.

—No te emociones campeón. Ve más despacio.

—Está bien... —se quejó bajando la velocidad.

Paramos en una pequeña cala desértica ya que el acceso a ella era muy complicado a pie, había una gran pendiente casi virgen.

—¿Podría pedirte un favor? —Me preguntó cuándo nos sentamos para observar el mar.

—Dime.

—¿Podrías volver al taller? Si no quieres trabajar no importa, pero tengo que pintar unos coches para una propuesta y he pensado que quizá puedas ayudarme.

—¿Qué propuesta?

—El propietario de un concesionario de coches de segunda mano me ha propuesto darme bastante trabajo si trabajamos también la chapa y pintura. Necesito pintar para él un coche esta semana que viene. Solo te pido eso, luego contrataré a alguien.

—Está bien.

—¿¿Si??

—Si —respondí riéndome al ver lo feliz que le hacía—. Pero solo para la prueba, de momento no puedo trabajar contigo hasta que lo tenga todo solucionado.

—Está bien —y besándome de nuevo suavemente me hizo olvidar todos los problemas que llevaba cargando durante años.

Capítulo 38

“Agonía” Álex

MI teléfono comenzó a sonar sin parar una y otra vez. Salí del foso en el que estaba metido intentando arreglar un vehículo y me limpié las manos de grasa con un trapo ya para tirar. Miré quien me llamó y pude ver que era la persona del concesionario. Decidí llamarlo y esperé varios tonos su contestación.

"—Buenos días. Alejandro ¿verdad?

—Sí, dígame.

—Soy Javier ¿podrías venir a por el coche? No tengo tiempo de llevártelo.

—¿Al medio día va bien?

—Tiene que ser ahora, me urge y espero que quede contento con el resultado. Como ya te dije, puedes ganar mucho dinero si hacemos negocios tú y yo.

—Está bien, dime la dirección.

—Es en Av. Constitución 43. Te espero ahí.

—En veinte minutos llegaré.

—No te arrepentirás. "

Llegué un poco antes y aquel hombre de negocios me esperaba con un Mercedes clásico. Se me hizo muy raro que me entregara las llaves y se marchara a pie, sin querer que lo llevara de nuevo al concesionario pero con esa gente nunca se sabía. Pensé no preguntar y hacer mi trabajo. En cuanto llegué al taller llamé a Mery para decirle que ya podía empezar a trabajar. Se alegró más de la cuenta y pude darme cuenta de que pintar le encantaba.

Ella llegó con una bolsa llena de comida que Carmen había preparado. Paco se chupó hasta los dedos y yo quise saber por qué Carmen seguía trabajando a pesar de su edad. Mery nos contó que está con su familia desde que ella tenía cinco años por lo que era una persona muy importante en su vida. Nos contó que empezó a trabajar con ellos cuando ella tenía cuarenta y ocho años, a raíz de que su marido y sus dos hijos murieran en un accidente. Tan solo ella se salvó, entró en depresión y fue acumulando pagos de hipoteca y deudas. Dos años después se

quedó sin nada y sin un lugar donde vivir. Su única opción era encontrar un trabajo con alojamiento y por eso entró a trabajar en su casa.

—La vida nos da golpes duros hija —dijo Paco pensativo— pero estoy seguro que gracias a ti su vida fue a mejor.

—Gracias —y levantándose de la mesa improvisada en un lado del despacho de Paco, Mery lo abrazó con un cariño realmente verdadero.

Desde que esa chica atravesó la puerta del taller pude ver en Paco esa luz de nuevo en sus ojos. Se divertía hasta llorar de la risa con mi chica temeraria y eso me hacía sentirme bien, porque al igual que para Mery, Carmen era muy importante, Paco lo era todo para mí.

Aún no habíamos terminado de recoger los restos de comida cuando el timbre del taller comenzó a sonar.

Paco salió del despacho para recibir a la persona que estaba entrando, fue entonces cuando Mery se abalanzó sobre mí para besarme. Después salimos los dos riéndonos, con pocas ganas de ponernos a trabajar con el estómago lleno.

—Tienes una mancha —anunció alzando la mano para quitarme la mancha cerca de mi labio. —Así está mejor —y después me besó de nuevo.

—Buenas tardes —saludó aquel hombre que comenzaba a reconocer conforme me acercaba a él.

—Buenas tardes —respondí —¿Se le olvidó algo en el coche? —Pregunté, ya que era lo único que se me ocurrió al ver a Javier en el taller.

Él no contestó, tan solo fijó su mirada sobre la persona que había quedado atrás, sobre esa persona que quedó paralizada.

Mery nos miraba con horror, algo le sucedía y fue cuando comencé a ponerme nervioso. No entendía cómo Mery miraba a aquel hombre que la sonreía abiertamente de tal manera.

—Hola pequeña traidora —soltó ese hombre con una malicia excesiva.

—¿Os conocéis? —Pregunté desconcertado.

Paco estaba igual que yo, no entendía nada pero la preocupación en su rostro era evidente.

—A esta chica la conozco desde hace muchos años, tantos como veintitrés, y te puedo asegurar que no es de fiar —continuó mirándome con rabia.

—¿Quién es? —Pregunté acercándome a Mery ya que estaba en estado de shock. Pero ella no contestó, seguía mirando a aquel hombre que la fulminaba con la mirada.

—Ya que Isabella no te lo dice, lo tendré que aclarar yo —respondió acercándose más a nosotros mientras Paco avanzó también en nuestra dirección—. Soy Jesús Del Valle, su padre.

—¡Usted no puede ser su padre! —Grité abrazando a Mery por los hombros, intentando protegerla de aquel hombre—. Usted me dijo que se llamaba Javier.

—¿Yo? —Dijo negando con la cabeza—. Debe confundirse, yo a usted no lo he visto en la vida. Tan solo lo he seguido porque ayer me robaron el coche y lo he reconocido mientras iba en un taxi hace unas horas. Da la casualidad que ése es el coche que me robaron. —Indicó señalando con un dedo el Mercedes que me entregó hacía un rato.

—¿Que pretende?! —Escupí acercándome demasiado al padre de mi chica.

Paco corrió a mi lado y comenzó a tirar de mí para apartarme de aquel psicópata.

—¿Aún no lo sabes? Quiero que te alejes de mi hija. Puedo darte mucho dinero. Tanto que jamás tendrás tiempo para gastar.

—¿Qué pasa si no quiero su sucio dinero? —Escupí alterado.

—Es muy sencillo. Solo tengo que llamar a la policía y decirles que he encontrado mi coche. Me lo has robado —afirmó con una seguridad que a cualquier persona podría convencer— y no

solo eso..., también has falsificado la matrícula. De esta no te libras de la cárcel.

—¡¡Es un hijo de puta!! —Grité soltándome del agarre de Paco, saltando sobre ese hombre que intentaba destrozarme la vida.

Lo empujé con fuerza, tanto que aquella persona despreciable cayó al suelo como si fuera una ficha de dominó.

Fue en ese momento cuando Mery reaccionó y corrió a mi lado, llorando desconsoladamente y pidiéndome que no le hiciera nada.

—Por favor —suplicó cogiéndome a ambos lados de la cara—, es lo que quiere, una excusa real para denunciarte. No lo hagas por favor... —siguió pidiéndome entre lágrimas.

Jesús Del Valle se levantó del suelo con una gran sonrisa dibujada en su rostro, disfrutando y alimentándose del gran dolor que ocasionaba en esa persona que era su hija. Se acercó a ella y cogiéndola por el brazo hizo que lo mirara a la cara.

—Tú decides: o te vienes conmigo y te olvidas de este sitio y de esta gente o hago que tu capricho se pudra en la cárcel.

Mery estaba destrozada, solo podía llorar a la vez que su cuerpo temblaba. Tenía miedo, mi chica temeraria tenía pánico del hombre que le dio la vida, ese hombre que poco a poco se la estaba quitando.

—Lo siento —consiguió decir sin mirarme a los ojos—. No puedo permitir que te haga daño —continuó rota de dolor.

—No... —Supliqué acercándome a ella y soltándola del agarre del mismísimo demonio—. No puedes hacerme esto —continué sintiendo un nudo en mi garganta que no me dejaba respirar—. Por favor..., no me dejes de nuevo —y llorando al igual que ella, la miré a los ojos, esos ojos que se estaban oscureciendo debido a la pena que la inundaba por completo—. No le tengo miedo, que haga lo que quiera pero por favor, no te marches con él.

—Tú decides —interrumpió ese hombre esperando la respuesta— pero sabes que yo no doy marcha atrás.

Mery lo miró de nuevo, pensando e intentando buscar una solución, pero luego su mirada se enfocó en mí para suplicarme en silencio que no continuara con esto.

—Lo siento —susurró Mery mientras posaba sus delicadas manos sobre mis mejillas—. Sabíamos que lo nuestro no podía ser y aun así insistimos —un silencio inundó toda la nave y ella llorando sin parar continuó con lo que me rompería para siempre—. Esto no tiene solución y lo mejor para los dos es que olvidemos que algún día nos conocimos, olvidemos cada momento vivido, cada palabra, cada pequeño detalle que nos hacía realmente felices. Por favor, te lo pido por favor... No me busques, olvídate de mí.

No podía creer que eso estuviera pasando nuevamente. No podía creer que mi chica saldría junto a ese hombre sin mirar atrás, esperando de mí algo realmente imposible porque me había enamorado de ella tanto que dolía. No podía ni quería olvidarme de ella, simplemente era imposible.

Dos semanas pasaron sin levantar cabeza, preocupándome por como estaría. Dos semanas trabajando como si fuera un fantasma, dos semanas eternas sin poder dejar de pensar en ella, recordando su sonrisa, sintiendo de nuevo sus besos y caricias todas las noches mientras soñaba con ella. Esos sueños tan reales en los que podía sentirme de nuevo feliz.

Capítulo 39

“Lo hago por ti” Mery

Me marché sin mirar atrás. Ya era bastante duro tener que aceptar la situación que nos tocaba vivir como para mirarlo de nuevo sabiendo que esa sería la última vez que lo vería.

El señor que se hacía llamar mi padre, me explicó nuevamente lo que pasaría si no actuaba como él deseaba, ya no utilizó solo a mi madre, esa vez Álex fue su fijación y con él no tendría compasión.

Pensé en escaparme, desaparecer por completo y así estar fuera de su alcance, pero luego pensaba en Álex y recapacitaba. Aunque no estuviera con él, mi padre lo usaría para vengarse de mí. Así que me veía en la misma situación que hace años, con la diferencia de que ahora estaba enamorada y debía olvidarlo.

Dos semanas pasaron sin ni siquiera pisar la calle. No me sentía con ánimos y si eso era lo que quería mi padre, una hija sin motivación y enferma..., ahí la tenía. Apenas comía y comencé a perder algo de peso. Los vómitos no ayudaron y mi madre comenzó a preocuparse. Sabía que algo me había ocurrido y no paró hasta que se enteró.

Una conversación profunda con mi madre me hizo pensar que no todo estaba perdido y debía mejorar.

Aún recuerdo cómo hace dos días entró en mi habitación con una bandeja con un zumo de naranja natural y unas magdalenas caseras que Carmen sabía que me encantaban.

"

—¿Puedo entrar? —Llamó mi madre al otro lado de la puerta.

—Pasa.

—Te he traído algo —anunció dejando la bandeja con el zumo y las magdalenas sobre mi

mesilla.

—No tengo hambre mamá.

—No me importa, debes comer. No puedes seguir así. El doctor ha dicho que debes cuidarte.

—Estoy bien, no te preocupes mamá —insistí cogiendo el zumo para darle un pequeño sorbo, tan solo esperaba que se quedara tranquila.

—Es por él ¿verdad? —Quiso saber mirándome con compasión—. Confía en mí por favor, soy tu madre y solo quiero que seas feliz.

No pude evitarlo y comencé a llorar. Tan solo pensar en él me hacía recordar todo de nuevo y la situación me superaba.

—Cuéntame que pasó, quizá aún pueda hacer algo. Hay veces que pensamos que todo está perdido pero piensa que todo tiene solución.

—Esto no la tiene mamá, jugué a ser libre y solo conseguí hacernos daño.

—No te entiendo cariño —se acercó a mí para recostarse a mi lado mientras me indicaba que me acostara junto a ella, mientras me acariciaba el pelo como cuando era pequeña y tenía alguna pesadilla— estoy contigo, solo tienes que explicármelo.

—Me enamoré mamá. Hice que él se enamorara de mí para después destruirlo.

—Él, ¿es el chico de la gasolinera?

—Si...

—Cuéntame que pasó.

—No era feliz mamá, sabes que nunca lo he sido desde que Gonzalo murió —hice una pausa y mi madre asintió sin interrumpir para que siguiera con la explicación— pero lo conocí, conocí a Álex y me enamoré de él como jamás lo he hecho de nadie.

—Sé que con José Miguel no eres feliz y no deberías seguir con él por compromiso.

—Ese es el problema mamá —lloré sentándome en la cama para poderla mirar a la cara cuando le dijera lo que tanto tiempo guardé—. Papá me obliga a seguir con él, me obliga a llevar una vida que no quiero. Soy presa bajo su fortaleza mamá. Ni siquiera puedo escaparme y hacer mi vida porque me amenaza con haceros daño.

—¿Qué?!

—Si mamá, sé que lo quieres mucho pero yo no puedo más, lo odio mamá. No puedo ni siquiera mirarlo a la cara porque es la persona que me ha destrozado la vida.

—Cielo, no tienes que hacer nada por mí. Debes ser feliz y no reprimirte por las amenazas que pueda hacer.

—No sabes hasta qué punto puede llegar.

Mi madre insistió y yo le conté todo, absolutamente todo.

Le conté las amenazas de mi padre cuando salí del internado, le hice ver el calvario por el que había pasado desde que volví de Londres, pero también le conté sobre las carreras de coches, como conocí a Álex, el viaje a Ibiza, lo que tenía que hacer solo para verlo de nuevo. Le conté sobre Paco, sobre mis visitas al cementerio, sobre los momentos en el acantilado y sobre todo quise que se enterara de que había estado íntimamente con Álex.

—Te prometo que esto no se va a quedar así —susurró mientras me besaba y me abrazaba con fuerza a la vez que comenzaba a llorar sin control— No sé cómo he podido estar tan ciega. Sabía que algo pasaba, pero ni por un momento pude pensar que se tratase de algo tan grave.

—No hagas nada mamá, déjalo así. No sabes hasta donde puede llegar con sus amenazas.

—El que no sabe hasta qué punto puedo llegar es él —anunció demasiado triste mientras se secaba las lágrimas, sonriéndome levemente, haciéndome creer que eso podría arreglarse.

Sábado 12 de noviembre

Llegó ese día que no quería que llegara. Mi cumpleaños. Ese día en el que cumplí veinticuatro años y una fiesta me esperaba en el club. Mi madre insistió, y me convenció para asistir. No sabía qué tramaba pero debía confiar en ella.

Un vestido de encaje y gasa color rojo con un escote impresionante me esperaba sobre la cama. Ese vestido que era de mi madre pero nunca se puso ya que a mi padre le parecía demasiado provocativo. Aquel día mi madre entró con él a mi habitación y con una sonrisa encantadora me lo regaló. Me lo pondría porque aparte de que era precioso a mi padre le horrorizaría. Solo pensar en ello una sonrisa comenzó a dibujarse en mi cara sin poderlo evitar.

Me senté en el tocador y comencé a maquillarme. Tapé las ojeras que desde hacía tiempo me acompañaban con un corrector, me hice un ahumado oscuro en los ojos y con un eyeliner me hice una raya en los ojos para acabar con ellos. Me miré nuevamente al espejo y pude ver que ese maquillaje no era nada cursi y recatado como acostumbraban a verme. Continué poniéndome algo de colorete y pinté mis labios con un labial permanente de un rojo pasión.

Me puse ese vestido que parecía hecho para mí, ya que se acoplaba a la perfección a mi cuerpo y a continuación bajé las escaleras pensando en la reacción de mi padre, seguramente le daría un infarto al verme. Me ordenaría que me cambiara pero siguiendo los consejos de mi madre debía hacer lo que a mí me hiciera feliz.

—¿Qué haces con ese vestido? —Enfurecido gritó mirando a mi madre, dándose cuenta de que la culpable de que lo llevara puesto era de ella—. Haz el favor de cambiarte— amenazó con una mirada agresiva.

—No —ordenó mi madre dándome la mano para que la siguiera hasta la puerta—. Está preciosa, a ella le queda mejor que a mí.

—¡No puede salir así! —Gritó fuera de sí.

—Dejemos la fiesta en paz si no quieres acabar mal —amenazó mi madre. Él se quedó helado al ver su reacción y decidió dejarlo pasar. Aunque sabía que eso tendría repercusiones.

Entramos en el coche pero mi madre se sentó junto a mí en la parte trasera sin soltarme de la mano. Ella nunca lo hacía y cada vez estaba más esperanzada porque veía que mi madre estaba entrando en una guerra contra ese hombre totalmente descolocado. Hacía tan solo dos días de aquella conversación y ya veía cambios.

Llegamos a las 20:00 p.m. y como en una boda yo era la última en llegar. Amigos de la familia, conocidos y personas las cuales era la primera vez que las veía, me saludaron y felicitaron con emoción.

—Estas preciosas... —saludó José Miguel sin dejar de mirar mis pechos.

—Perdona, pero los ojos los tengo aquí —advertí algo irritada haciendo que me mirara por fin.

—Lo siento, pero estas espectacular —se disculpó acercándose a mí, besándome en la cara. —¿Salimos esta noche? —Propuso sonriendo como un niño.

—¿Me necesitas a mí para disfrutar de la noche? —Pregunté devolviéndole una pequeña sonrisa—. Yo creo que no...

—Te necesito para que mis padres no me hagan un interrogatorio cuando vuelva y sepan que no estaba contigo —declaró sincero.

—Tú puedes elegir —dije con un suspiro.

Tras esa frase me marché dejándolo solo, pensativo. Nuestra relación había mejorado en los últimos meses, pero todo fue porque nuestra relación tan solo se basó en una simple amistad.

Cenamos un picoteo entre mesa y mesa, conversando con la gente y haciendo el papel de mi vida al sonreír a mi padre en público cuando me encontraba con su mirada. Ordenes de mi madre, según ella esa actitud lo pondría nervioso. Y lo hizo, no sabía ni dónde meterse al ver como se comportaba mi madre y mi cambio de humor.

Llegó la hora del baile y quise desaparecer. Mi padre anunció que el matrimonio entre José Miguel y yo llegaría pronto, cosa que hizo para incomodarme ya que ni siquiera habíamos presentado ningún tipo de papel en el registro.

La canción comenzó a sonar y mi prometido se acercó a mí para ofrecerme su mano y comenzar a bailar.

Y justo en ese momento mi corazón se paralizó. Un calor recorrió todo mi cuerpo al ver como mi madre entrelazaba su brazo con el de un hombre, ese mismo hombre que me robó el corazón, ese hombre que era el amor de mi vida.

No podía creerlo, estaba guapísimo y no dejaba de mirarme mientras caminaba junto a mi madre.

Capítulo 40

“Esperanza” Álex

Estaba preciosa, ese vestido la hacía deseable pero también se veía la gran diferencia entre nosotros. Una diferencia que no nos importaba y por eso estaba ahí, junto a su madre. Aquella mujer encantadora entrelazó su brazo con el mío para darme fuerzas, para meterme entre la multitud de la gente sin titubear, para al fin y al cabo hacer feliz a su hija. La miré y me acordé de ese día en el que la vi por primera vez:

Dos días atrás:

En que la vi aparecer por la puerta del taller supe a la perfección quien era esa señora tan bien vestida, esos ojos eran iguales que los de Mery, con la diferencia que los suyos parecían agotados.

—Buenos días ¿puedo ayudarla? —Ofrecí lo más educado que pude.

—¿Eres Álex?

—Sí —contesté con desgana, sabía que esa mujer no me amenazaría pero me pediría que no volviera a acercarme a su hija.

—Soy la señora Del Valle, pero puedes llamarme Esther. Soy la madre de María —y sonriendo levemente acabó confundíendome aún más.

—Lo sé —contesté devolviéndole la sonrisa—, en que he visto sus ojos me han recordado a Mery.

—Mery... —susurró pensativa—. Me gusta.

—Supongo que habrá venido hasta aquí para hablar conmigo. ¿Puedo invitarla a un café?

—Me encantaría —me siguió hasta el despacho y tras preparar el café nos sentamos sobre el sofá algo deteriorado por el paso del tiempo.

—He venido a entregarte esto —me dio una invitación desplegable de un color camel con un lazo marrón. No entendía nada.

La abrí y pude leer que dicha invitación era para el día 12 de noviembre, el cumpleaños de Mery.

—Lo siento —susurré devolviéndole la invitación—, no puedo ir.

—¿Por qué no? —Quiso saber sonriéndome de nuevo.

—No sé cómo sabe mi nombre..., no sé qué sabe de mí pero estoy seguro que no tiene ni idea de mi relación con su hija.

—Claro que lo sé y por eso estoy aquí.

—Su marido...

—Mi marido nada —me interrumpió—. Lo sé todo porque mi hija me lo ha contado. Y como comprenderás no puedo dejar que mi marido se salga con la suya. Si ella quiere estar contigo, que lo esté. Nosotros no tenemos el derecho de decidir por ella.

—Me pidió que no la buscara...

—Y yo te pido que la hagas feliz. Si es que quieres, claro.

—Por supuesto que quiero —declaré mirándola a los ojos— la quiero tanto que no me he acercado a ella para que no vuelva a sufrir.

—Hay hijo —susurró acariciándome la cara—, ella no ha dejado de sufrir y creo que ya es hora de que eso cambie.

—¿Cree que su marido aceptará que regrese a la vida de su hija? Porque yo creo que no.

—Que le den a mi marido, lo acepte o no me da igual —declaró muy seria—. Solo pienso en el estado de mi hija y en su felicidad.

—¿Qué le pasa? —Pregunté muy asustado.

—No lo ha pasado bien. No comía bien, no salía de su habitación y empezó a enfermar. No quiero verla así ¿me entiendes?

—Si —respondí mirando de nuevo esa invitación que sería el pasaporte para volverla a ver—. ¿Debo ir con traje?

—Por supuesto, pero de eso me encargo yo. Y ahora ven conmigo —ordenó levantándose del sofá, saliendo del taller para pararse frente al coche de Mery—. Toma —puso las llaves del mercedes sobre mi mano y sonriéndome nuevamente continuó hablando—. Mi marido lo escondió pero yo lo he recuperado. Guárdalo hasta el día de la fiesta y ve con él a ella.

No sabía qué hacer ni que decir, esa señora no se parecía en nada a su marido. Lo daba todo por su hija aun sabiendo que haciendo esto arruinaría su matrimonio.

—Ahora tengo que irme, pero te llamaré para concretar los detalles.

—Gracias —susurré sin poder creer lo que estaba pasando.

—No cielo, gracias a ti por haberle enseñado la felicidad a mi hija —se acercó un poco más a mí y dándome un beso en la mejilla esa mujer tan agradable desapareció.

Pasaron las horas y no recibía llamada alguna. Comenzaba a ponerme nervioso y a impacientarme. Tan solo quedaban dos días para la fiesta y yo seguía sin saber qué hacer.

Por fin me llamó y un paquete con un traje carísimo llegó al taller al día siguiente. Esa mujer tenía un ojo de modista porque la talla que eligió para mí me quedaba perfecta. Junto a él posaba una tarjeta de la boutique por si necesitaba algún arreglo.

12 de noviembre

Llegué algo nervioso al club, quería verla de nuevo pero no sabía que iba a encontrarme allí. Aparqué el mercedes en una plaza preferente, tal como la madre de Mery me había indicado. Salí del coche pensando en qué hacer cuando entrara por aquella puerta que me llevaría a un mundo completamente nuevo para mí.

—Disculpe —me llamó un hombre en que salí del aparcamiento—¿Podría indicarme su nombre?

—¿Para qué?

—La fiesta, es por eso que usted llegó al club ¿verdad?

—Sí, perdone. Soy Álex. Alejandro Torres —rectifiqué, solo esperaba que mi nombre estuviera en la maldita lista tal cual me aseguró Esther.

—Puede pasar —invitó aquel hombre algo más amable.

Abrí la puerta del local y una canción comenzó a sonar. Todo el mundo miraba como una pareja iba a iniciar el baile y mi respiración se cortó cuando me di cuenta de que era Mery la chica que todo el mundo miraba. Estaba preciosa, ella era preciosa.

Un brazo delgado se entrelazó con el mío invitándome a avanzar. La miré y Esther me sonreía agradeciendo mi llegada.

—No puedo verla con él —admití algo avergonzado.

—Confía en mí, no hagas ninguna locura— me advirtió algo divertida— aunque no te puedo

negar que me encantaría ver algo de acción en esta fiesta.

La miré de nuevo y pude darme cuenta de que Mery ya había notado mi presencia. Estaba en shock, su mirada de total perplejidad me indicaba que no entendía que hacía en aquel lugar y mucho menos del brazo de su madre.

Muy a mi pesar el baile comenzó y aquel tipo la cogió de la cintura acercándose peligrosamente a mi chica. Mi cuerpo se tensó al verlo pero me relajé al pensar que no lo quería a él sino a mí.

—Ahora sí —me indicó mi futura suegra, arrastrándome al centro de la pista—, ya podemos bailar.

—¿Vamos a bailar? —Pregunté horrorizado—. No tengo ni idea de bailar —admití intentando así evitar pasar un mal momento.

—Déjate llevar y haz lo que yo te diga —ordenó sin dejar de sonreír.

Bailamos durante un minuto y poco a poco nos acercábamos a la pareja protagonista. No sabía muy bien cómo actuar, como quería Esther que me comportara.

—¿Qué es lo siguiente?

—Vas a bailar con María.

—¿De verdad cree que su prometido la va a soltar? Se la está comiendo con la mirada —y no era mentira. Ese cerdo la miraba sin pudor, desnudando cada parte de su cuerpo perfecto.

—No le durará mucho, hazme caso.

La canción terminó dando paso a otra. Esther se acercó al prometido de Mery conmigo del brazo y lo obligó a bailar con ella. Por fin Mery se quedó sola, a tan solo dos metros de mí y no dejábamos de mirarnos. Miré de nuevo hacia Esther, la cual me indicaba que siguiera con el plan. Y así lo hice.

—¿Quieres bailar conmigo? —Sonó casi como una súplica, pero ella no articuló palabra. Se acercó a mí y posando su mano sobre mi hombro y la noté de nuevo.

—Estas preciosa —susurré en su oído una vez que la tuve más cerca a la vez que cogía su mano libre para comenzar a bailar.

Su olor era inconfundible y su tacto delicado al rozar sus dedos contra mi cuello me hicieron temblar, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo pidiéndome a gritos que me acercara más a ella.

—¿Qué haces aquí? —Quiso saber con urgencia y temor en su voz.

—Es tu cumpleaños... No te preocupes, tu madre me ha invitado.

—¿Mi madre? —Se sorprendió buscándola con la mirada.

—Relájate, no te pasará nada.

—No temo por mí —susurró abrazándome con fuerza—, tengo miedo que descargue su ira en ti.

La miré detenidamente, su mirada transmitía temor pero su sonrisa me hacía ver que se alegraba de verme.

—Tengo el respaldo de tu madre y si tú quieres, puedes venir conmigo en un cochazo de la hostia que tengo aparcado ahí afuera.

—¿Has cogido prestado un coche del taller? —Ella sonrió nuevamente, para nada consciente de que me refería a su coche.

—Solo si vienes conmigo lo descubrirás.

Ella posó sus brazos sobre mis hombros, pegando su cuerpo con el mío. Yo la abracé por la cintura y la miré a esos ojos que tanto había echado de menos. No hizo falta decir nada más, porque con tan solo mirarnos pude notar que todo seguía igual. Seguía siendo mi chica temeraria.

—Como me sigas mirando así tendré que romper la promesa que le hice a tu madre —

informé rozando mi nariz contra la suya. Quería besarla y sabía a la perfección que ella deseaba que lo hiciera.

—¿Que promesa? —Quiso saber más juguetona de lo normal, rozando su cuerpo contra el mío mientras bailábamos muy despacio.

—La de no liarla antes de tiempo.

—Sabes que te quiero ¿verdad? —Me declaró con los ojos cristalinos.

—Lo sé, claro que lo sé. Pero no tanto como te quiero yo —susurré a la vez que juntaba mi frente con la suya.

Se me hacía muy difícil resistirme, no podía tenerla tan cerca después de dos semanas echándola de menos. Quería besarla hasta dejarla sin aliento, quería estar a solas y sentirla mía de nuevo. Sentir que nada nos separaría nunca más.

—Te he echado de menos —admitió besándome en la cara.

—No hagas eso por favor —supliqué—, no me tientes.

—¿Quieres besarme? —Provocó acariciándome muy despacio pasando de mi nuca a mi cara.

Posé mi cara sobre su mano mientras cerraba los ojos disfrutando de sus caricias, disfrutando de ese momento como si estuviéramos solos, como si tan solo fuéramos ella y yo. Bajó su mano por mi brazo hasta llegar a mi mano y la cogió mientras se separaba un poco de mí.

—No te apartes —supliqué atrayéndola hacia mí—, aún no ha terminado la canción.

Ella sonrió y elevando mi mano giró sobre sí, regresando de nuevo junto a mí.

—Cásate conmigo —dije sin pensar sonriéndole como un estúpido.

—De acuerdo —aceptó sin dejar de sonreír.

Y a pesar de haber prometido no llamar demasiado la atención, no pude evitarlo. La besé suavemente en los labios, bajo la mirada de los cotillas cercanos que se estaban dando cuenta de la situación. La cogí en brazos y giré junto a ella haciéndola reír de felicidad.

Pero esa felicidad no duraría demasiado. Su padre se aproximaba a nosotros a gran velocidad.

—¿Qué haces tú aquí?! —Me gritó realmente enfurecido.

Capítulo 41

“Emoción” Mery

Todo mi cuerpo comenzó a temblar desde el momento en que lo vi. Su beso y su petición de matrimonio no ayudaron lo más mínimo para tranquilizarme, pero me encantaba.

Adrenalina, con el todo era adrenalina. Me llevaba al país de la felicidad con solo rozarme y su sonrisa hacía que me muriera por él. Moriría una y mil veces solo por estar a su lado, sentir de nuevo sus caricias y esos besos por los que me volvía completamente loca.

Pero los gritos de mi padre me hicieron volver a la realidad.

—¿Qué haces tú aquí? —Le gritó a Álex fulminándole con la mirada.

—Soy un invitado más —contestó demasiado tranquilo, sin soltarme, acercándose más a él.

—Suelta a mi hija de inmediato —ordenó mi padre mirando la mano de Álex que posaba sobre mi cadera.

—¿Que está pasando aquí? —Interrumpió mi madre, salvándonos del inicio de una discusión.

—Este chico se ha colado —le informó—, llamaré a seguridad.

—Tu no vas a llamar a nadie —lo fulminó mi madre con la mirada—. A este chico le di yo personalmente la invitación.

—¿Que tú has hecho que?! —Gritó mi padre más alto de lo que quiso, ya que al darse cuenta miró a su alrededor para asegurarse de no estar montando un espectáculo.

—¿No me has oído cariño? —Se burló mi madre—. Este chico es mi invitado y ni se te ocurra echarlo de aquí.

—Este chico casi le arruina la vida a nuestra hija —informó esta vez más bajo, cogiendo a mi madre por el brazo, acercándose más a ella en modo amenazante.

Álex dio un paso en su dirección para defender a mi madre, pero ella lo miró indicándole que no lo hiciera.

—Aquí el único que ha arruinado su vida has sido tú —gritó zafándose de su agarre— y no solo la de ella... también la mía.

—Habla en casa —advirtió muy enfadado.

—Lo que tengas que decir dilo ahora, que todo el mundo se entere quien es Jesús Del Valle.

—¿Qué te pasa? —Preguntó mi padre atónito— ¿Has bebido?

—No me hagas reír... ¿El señor me permite beber? —Preguntó ella fuera de sí—. ¡No! Como tampoco me permites llevar ese vestido —gritó señalándome—. He estado ciega y no quería ver las cosas. Te perdoné algo que no me perdono a mí misma de haberlo hecho. Acepto tus normas y bailo a tu son, pero esto se acabó.

—¿Qué quieres decir? —La expresión de mi padre mostraba un pánico que jamás vi. Tenía miedo, miedo al rechazo, miedo a verse solo, miedo a que mi madre lo abandonara.

—Me enamoré de ti como una tonta, durante años fui haciendo y diciendo lo que tú querías porque creí que me amabas, pero me doy cuenta de que no es así. Si me quisieras me dejarías ser libre, poder vestir como quiera, beber dos copas de vino si es lo que quiero y pasarlo bien. Me has moldeado a tu semejanza pero luego buscas la pasión en otros brazos. Y por si fuera poco..., quieres destruir también la vida de nuestra hija. Lo siento, pero no te lo voy a permitir.

Él, Jesús Del Valle se había quedado sin palabras, totalmente extrañado y rojo como un tomate por la vergüenza.

Sentí lástima por mi madre, se había liberado pero a costa de qué. Había desnudado su vida ante los ojos de los curiosos. Su expresión era cansada y sus ojos transmitían una tristeza enorme. Mi padre no pudo con la presión y se marchó no sin antes mirarme con desprecio.

—Mamá... —susurré con un nudo en la garganta. Me acerqué a ella y la abracé con fuerza.

—Debí hacer esto hace mucho... —declaró forzando una sonrisa.

—Siento haber causado tantos problemas... —declaró Álex apenado.

—No cielo, tú no has causado ningún problema. Ya estaban mucho antes de que entraras en nuestras vidas.

—Pero usted me ha defendido y a causa de ello ha discutido con su marido.

—Eso no importa y trátame de tú —le indicó con una sonrisa amable.

—Tengo que hacer algo... —dije pensando en José Miguel—. Vuelvo enseguida —y mirando a mi futuro marido una vez más, me marché en su búsqueda.

Lo encontré muy cerca, observando cada movimiento que hacía. En que vio que a la persona que buscaba era a él, suspiró sabiendo lo que le esperaba.

—Hola —saludó algo triste.

—Quiero hablar contigo —susurré muy culpable.

—Vamos afuera —salimos por la cristalera que llevaba al gran balcón con vistas a las piscinas—. Supongo que lo nuestro tiene fecha de caducidad...

—La tendría si es que alguna vez fuimos algo... —continué—. Sabes que lo nuestro no era normal, nunca fuimos realmente una pareja.

—Lo sé... —suspiró con resignación—, pensé que con el tiempo algo en ti cambiaría. Pero me di cuenta desde que vi a ese chico en la gasolinera que jamás me mirarías como a él. Y por si no me quedó claro entonces, hoy lo he visto de nuevo. Has sonreído y te veías preciosa —susurró acariciando mi cara—, pero el motivo de esa sonrisa no fui yo, fue él, aquel chico que con solo mirarte ha hecho que temblaras de emoción.

—Lo siento... —tan solo pude decir— pero no puedo forzar algo que no nace en mí.

—Lo entiendo y aunque me costará olvidarte, sé que es lo mejor. Yo también quiero a una persona que me quiera, que me mire como tú lo miras a él. Y debo agradecerte haber hecho que abriera los ojos, que disfrutara de un mundo completamente desconocido para mí.

—Gracias por hacer que todo sea tan fácil —conseguí decir mientras una lágrima caía al ver la comprensión de ese chico.

—No llores —indicó limpiándome las lágrimas—. Estaré bien.

Jamás quise nada de afecto de ese chico, pero en ese momento necesitaba abrazarlo. Ver como se habría conmigo, como aceptaba la situación con resignación sin montar un espectáculo me hacía ver que era un buen chico. Pero al que jamás podría amar. Lo abracé y él me correspondió con fuerza.

—Prométeme que serás feliz— susurró en mi oído.

—Te prometo que lo intentaré —y sin decir nada más me marché mirándole una última vez para regresar con las personas que más quería en el mundo.

Los dos hablaban animadamente y me paré unos segundos para observarlos mejor. Mi madre reía y juraría que Álex le habría dicho alguna tontería para hacerla reír.

—Ya estoy aquí —informé uniéndome a ellos.

—¿Nos vamos? —Preguntó mi madre. ¿Nos? No entendía nada ¿mi madre vendría con nosotros?

—Por mí sí —continuó Álex—, a no ser que mi chica temeraria quiera quedarse más tiempo aquí. —Lo miré con los ojos muy abiertos ¿había oído bien? ¿Me había llamado así delante de

mi madre?

Ella volvió a reír y entonces entendí que la conversación tan interesante de hacía un minuto era sobre mí.

—Podemos irnos.

Álex preparó sus dos brazos para que nosotras los entrelazáramos con el suyo y salimos los tres de allí sin mirar atrás.

—¡No me lo puedo creer! —Grité al ver mi coche aparcado en una plaza reservada.

—Tu madre me lo trajo al taller.

—¿En serio? ¿Cuándo? Vosotros... ¿Desde cuándo os conocéis? ¿Cómo has recuperado el coche?

—Lo cogí del garaje de la empresa.

—Pensé que lo vendería..., me hizo firmar una autorización.

—¿Esta? —Preguntó sacando y rompiendo la autorización de la guantera—. ¿Podéis llevarme a casa de Esmeralda? Voy a pasar la noche con ella.

—Claro que sí mamá —y abrazándola de nuevo agradecí todo lo que había hecho por mí— ¿Quieres conducirlo?

—¿En serio?

—Es todo tuyo —anuncié mientras me metía en el asiento del copiloto.

Álex pasó atrás y mi madre acarició el volante en que se sentó en el asiento. Arrancó el coche y metió primera para salir de aquel lugar al que no regresaríamos jamás.

Salimos a la carretera y mi madre cada vez estaba más emocionada, tanto que la aguja de la velocidad subía hasta sobrepasar la velocidad permitida.

—Ahora entiendo a quién has salido —dijo Álex asomándose entre los asientos delanteros de mi coche.

Mi madre sonrió de nuevo orgullosa, y pude darme cuenta de que se llevarían muy bien. Nada más llegar donde vivía la amiga de mi madre, ella se bajó no sin antes guiñarme un ojo y dándome un beso de despedida.

—¿Me llevas al lugar donde me besaste por primera vez? —Pedí girándome en mi asiento para ver de nuevo a mi novio.

Él se asomó y una vez que me besó con ganas salió del coche para conducirlo hasta el acantilado.

—¿Qué pasa? —Preguntó al ver como no dejaba de mirarlo mientras conducía el Mercedes.

—No me cansaré nunca de mirarte —admití algo avergonzada.

—¿Te he dicho ya que te amo? —Preguntó sonriéndome mientras acariciaba mi cara con dulzura.

—Creo que no —negué pensando en que jamás usó esa palabra para describir lo que sentía por mí.

—Pues que te quede claro..., te quiero, te amo y estoy enamorado de ti hasta volverme loco.

—Yo también te amo.

—¿Y qué más? —Quiso saber.

—Me vuelves loca —dije entre risas—. Cada vez que me tocas tiemblo de deseo porque quiero más de ti... y por no hablar de tus besos...

—¿Que le pasan a mis besos? —Preguntó muy orgulloso de mi declaración.

—Son los mejores besos que me han dado en mi vida.

—Lo sabía —su sonrisa me hizo ver que se lo estaba creyendo más de la cuenta—, pero también te digo que seguro hay un montón de chicos que te dan mil vueltas.

—No te lo crees ni tú —dijo riéndose de mi declaración.

Dos minutos más tarde llegamos a aquel lugar que tanto me encantaba.

—¿Estas enamorada de mí? —Preguntó algo pensativo.

—Echa el asiento para atrás —ordené mirándolo intensamente.

Él hizo lo que le ordené sin preguntar el porqué. Fue entonces cuando pasé para posicionarme sobre él, a horcajadas.

—Estoy enamorada de ti como nunca lo he estado de nadie. Te quiero, te adoro, te amo... y no te puedes hacer una idea de lo que te he echado de menos todo este tiempo — declaré, y a continuación le di un beso intenso que le hizo suspirar.

—Joder Mery, no me digas eso que me pongo malo —indicó cogiéndome por mi trasero, rozando su erección contra mí.

No dije nada, tan solo lo besé muy despacio, disfrutando nuevamente de sus besos, sus caricias y el calor de su cuerpo. Un calor intenso y reconfortante una vez que nos quitamos la ropa para sentirnos de nuevo.

—Tengo algo para ti —me indicó al salir del coche tras pasar un momento maravilloso.

—¿Qué es?

—No es gran cosa...

—¡¡Quiero verlo ya!! —Grité llena de emoción.

Fue hacia el maletero y sacó un regalo envuelto con un papel de regalo con unos corazones dibujados. Reí al verlo, eso no pegaba para nada con él.

—¡Dámelo ya! —Exclamé al ver que no me lo entregaba.

—No seas impaciente..., te lo daré en la roca del acantilado.

—Pues vamos corriendo —indiqué muy feliz.

Me eché a correr a pesar de los zapatos de tacón, tiré de él con impaciencia y una vez que llegamos a ese lugar donde me besó por primera vez lo miré ansiosa.

—Ahora sí, no es gran cosa pero en que la vi, sabía que tenía que ser tuya.

Lo desenvolví rápidamente, como si tuviera de nuevo 5 años y ese fuera el mejor regalo de mi vida. Cuando arranqué todo el papel y la vi, una sonrisa de oreja a oreja inundó mi rostro, me encantó. Una gorra con la palabra Queen (reina) apareció entre el papel.

—¡¡Me encanta!! —Exclamé al darme cuenta del significado.

—Me dijiste un día que podrías quitarme el puesto de rey, pues bien; ya no solo eres la reina de las carreras, también lo eres de mi corazón. —Álex hincó la rodilla sobre la fría roca y me miró muy serio—. Por eso te entrego esto... —rebuscó entre el bolsillo de smoking y sacó una pequeña cajita en la que contenía un anillo realmente precioso—. Es de compromiso —susurró—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero casarme contigo —respondí agachándome junto a él para besarlo de nuevo.

—Toda reina tiene un rey —dijo levantando las cejas varias veces...

—¿Que tramas? —Pregunté sabiendo que algo escondía.

Cogió mi gorra y con delicadeza me la puso sobre la cabeza y con una gran sonrisa, sacó otra gorra idéntica tras su espalda en la que ponía King (rey) y se la colocó de la misma manera, hacia atrás.

—Ahora sí —y a continuación sacó el anillo de la cajita y lo introdujo en mi dedo anular.

No podía estar más feliz. Llevaba un anillo de compromiso hermoso de la persona más maravillosa que había conocido jamás. Lo amaba, lo amaba con todas mis fuerzas. Por su fortaleza, por su valentía, por su generosidad, por todo lo bueno que había visto en él pero sobre todo por su amor, porque me sentía realmente amada.

Epílogo

Siete años después

Álex:

—Dejar al abuelo descansar —ordené mientras me reía al ver como mis dos enanos se colgaban de las piernas de Paco para no dejarle marchar.

—Estos niños me dan la vida —se agachó para besar a Óscar y Vega en la frente—. Por cierto..., me ha dicho su profesora que este granujilla ha pegado a un compañero.

—¿Eso has hecho? —Le pregunté agachándome a su lado.

—Si papi..., es que le ha quitado la pintura roja a Vega y la ha hecho llorar... —informó mi granuja de tan solo tres años.

—¿Quien ha llegado del cole? —Canturreó la culpable de mi felicidad.

—Mami...

—Maaaaami...

Y con solo escuchar su voz, salieron disparados a sus brazos. Ellos la adoraban tanto como yo. Mery había hecho que me enamorara de ella hasta perder la razón, me había hecho experimentar sensaciones completamente nuevas para mí y me había regalado lo más valioso que podía tener en mi vida. Mis hijos. Ellos lo eran todo y cada mañana despertaba agradeciéndole a la vida por haber puesto a mi chica temeraria en el momento justo, en aquella carretera donde nos vimos por primera vez, traspasando esa línea continua que hizo de nuestro primer encuentro de lo más inquietante.

La miré y vi a una chica valiente y luchadora. Una chica que me hizo crecer como persona, una chica que me enseñó que las mejores cosas estaban en los detalles más insignificantes. Una chica que amaré hasta el resto de mis días.

—Mis tesoros... —dijo orgullosa llenándoles la cara de besos— no sé qué haríamos sin ti —dijo a la vez que cogía a Óscar y Vega en brazos y se acercó a Paco para besarlos en la cara.

—No hija, que sería de mí sin vosotros.

Paco no nos había dejado solos en ningún momento, apoyándonos más de lo que debería. Lo quería, realmente se había ganado un hueco enorme dentro de nuestras vidas. Mery lo adoraba y los niños sentían devoción por él.

—¿Para mí no hay besos? —Reclamó Esther, mi querida suegra.

—Abuuuu— gritaron al unísono.

Ella se acercó y los besó y abrazó con emoción.

—¿Que tal suegra? —Reí al ver su expresión al oírme llamarla de tal manera.

—Te tengo dicho que si me llamas así no te haré caso.... —refunfuñó ocultando una sonrisa.

—Pero siempre contestas —le informé acercándome a ella para abrazarla.

—¿Cómo estas hijo? —Preguntó besándome en la cara.

—Feliz, sabes que siempre estoy feliz y nunca me cansaré de agradecerte.

—¿Quieres hacer algo por mí?

—Dime...

—Deja de llamarme suegra de una vez —ordenó dándome un manotazo en el hombro.

—¿Cómo quieres que te llame si eres su suegra? —Intentó molestarla también Paco.

—Tu cállate —ordenó ella riéndose—. ¿O quieres que te llame abuelo? —Continuó ella intentando molestar un poco a Paco, ya que estando jubilado tenía un sentimiento contradictorio con la edad.

—Lláname como quieras. Abuelo está bien —continuó acercándose a ella para saludarla.

Esos dos se llevaban muy bien. Desde el principio tuvieron una complicidad que se notaba cada día más. Y como todos los viernes, ellos llegaban a buscarnos al taller para después pasar a por Carmen e ir a comer todos juntos.

—¡Venga! Cambiaros ya que al final llegaremos tarde a buscar a Carmen —volvió a ordenar mi suegra.

—Ya vamos mamá —y pasándole a Vega a ella y a Óscar a Paco nos marchamos al baño para cambiarnos.

Mery:

Antes de bajar la persiana del taller lo miré con orgullo. Entre los dos habíamos llevado el taller muy arriba, con mucho esfuerzo y dedicación. Compramos la nave contigua para ampliar el negocio, para dar posibilidades a los jóvenes sin recursos. Era una escuela taller en la que algunos de los alumnos estaban subvencionados debido al riesgo de exclusión social. Esa idea nos llegó cuando Álex quiso ayudar a Antonio, el nieto de Manuela. Se quedó sin trabajo por la falta de turistas y él le contrató. Llegaron en un vuelo con una simple maleta, buscando posibilidades. El chico aprendió muy rápido, le gustaba la mecánica pero se le daba mejor pintar. Le enseñé todo lo que sabía, cada técnica, cada truco que aprendí con los años y se convirtió en un profesional, tanto que años después regresaron a Ibiza para montarse su propio taller.

Nos habíamos convertido en una pequeña familia: Mi madre, Paco, Carmen, Manuela, Antonio y nosotros cuatro. Cada verano volábamos hasta allí y las navidades venían ellos.

Miré a mi marido orgullosa. Orgullosa de ver en la persona en que se había convertido. Esa persona comprometida, luchadora y para nada arrogante.

Esa persona que me amaba con todas sus fuerzas y dedicaba cada minuto de su tiempo para cuidarme. Esa persona que me hizo tan feliz como dichosa.

Habíamos crecido juntos como pareja pero también como personas. Habíamos aprendido a confiar, a creer en el perdón, a creer que todo puede ser posible si se cree. Ya no éramos los mismos, éramos mejores. Ya no existía el orgullo entre nosotros, ya no había rencor ni reproches. Tan solo quedó el amor y la admiración.

Aprendimos juntos a ser padres de unos niños maravillosos. Unos niños que admiraban a su padre casi tanto como yo. Álex lo era todo para mí.

De camino al restaurante pasamos por aquel parque donde llevábamos a los niños. Ese parque en el que había visto en varias ocasiones a mi padre escondido, viendo desde lejos como sus nietos jugaban con otros niños.

Desde aquel día, ese día en el que cumplí veinticuatro años no había hablado con él. Pude saber que superó el cáncer y me alegraba por él. Mi madre y él se divorciaron y aunque le costó un poco adaptarse a la situación, ella comenzó a ser feliz.

Fin

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero dar las gracias a mi marido, esa persona que me apoyó desde un principio para dar fuerza a esta historia, para dejar a un lado la vergüenza y luchar por tener este libro entre mis manos. A mis hijos, que me han ayudado cuando les pedía consejo.

Gracias a mi amiga Maite por sus consejos, por animarme a seguir escribiendo ya que ella escribió un libro que también publicó: Las Fases.

A los lectores de Wattpad por cada voto y comentario, por cada palabra bonita y pidiendo más historias como esta. Muchas gracias a todos ellos y a los futuros lectores que quieran darle una oportunidad a esta historia que tanto disfruté escribiéndola.